

D GCL
A

C.1131057
E.106608



24



Imp. y lit. de N. Gonzalez, Madrid.

FRAY LUIS DE LEÓN.

POESÍAS

DEL

MAESTRO FRAY LUIS DE LEÓN.

COLECCIONADAS, CORREGIDAS Y PUBLICADAS
Á LA VISTA DE TODAS LAS EDICIONES ANTERIORES
Y DE MUCHOS MANUSCRITOS.

POR

DON FRANCISCO BESALÚ,

Presbítero, Licenciado en Sagrada Teología y Derecho
Canónico, Catedrático que fué de Historia Eclesiástica
en el Seminario de Gerona, Penitenciario de las Co-
mendadoras de Calatrava y últimamente Rector de
Montserrat.

EDICION 15.ª

Con permiso de la Autoridad Eclesiástica,

MADRID:

OFICINA TIPOGRÁFICA DEL HOSPICIO.

1872.



R. 82881

6025122

WESTON TRAY LUIS DE ALON

WESTON TRAY LUIS DE ALON
WESTON TRAY LUIS DE ALON

WESTON TRAY LUIS DE ALON

WESTON TRAY LUIS DE ALON

WESTON TRAY LUIS DE ALON

WESTON TRAY LUIS DE ALON

WESTON TRAY LUIS DE ALON

WESTON TRAY LUIS DE ALON

SIGNIFICACION POÉTICA DE FRAY LUIS DE LEON.

El entusiasmo universal por los Clásicos, singularmente los latinos, era el carácter distintivo de la época del renacimiento de las letras en todas las naciones, y de seguro que no se hubieran entónces concedido los honores de poeta á cualquiera que en sus canciones se hubiese dispensado de imitar los bellos pensamientos y las cultísimas formas de Virgilio y de Horacio. El génio sobresaliente de Fray Luis de Leon conoció bien pronto las tendencias de aquel movimiento literario, y para secundarlo y triunfar con él; le vemos entregado en todos los periodos é instantes de su vida al estudio de los inspirados profetas del pueblo de Dios, á los inimitables poetas de la Grecia, á los sublimes cantores del Lacio, y en especial á Horacio, como el más conforme á su carácter pensador y filosófico, á su noble profesion de maestro en Salamanca.

Prendado de la majestad, riqueza y flexibilidad de las lenguas sábias, cuyas bellezas sin número y sin medida habia saboreado en el estudio de todos los Clásicos ese génio grande, ese espíritu superior, ese poeta aventajado, emprende con valor decidido y desconoció hasta entónces la traduccion en verso del elegante Virgilio, del culto Horacio, del inimitable Píndaro, del patético Tibulo, de Job, el poeta dramático más antiguo que se conoce, cuyo libro es el escrito más sublime de poesía filosófica; de David, el primero de los líricos sagrados, cuyos *salmos* son un raudal inmenso de poesía divina; y finalmente de Salomon, discípulo de Natan, y príncipe de la poesía moral, que en sus *proverbios* habia cantado *al que tuvo el viento entre sus manos, al que recogió las aguas en su manto y levantó los límites de la tierra*. Tambien la bella Italia del gran Papa Leon X, parecida y en algunas cosas superior á la Italia de Augusto, dió entónces á los génius españoles modelos que imitar, y Fray Luis de Leon no podia permanecer indiferente ante aquellos eminentes génius que daban vida y vigor á la más clásica antigüedad, tan grata para él: y Petrarca y Juan de la Casa y el Cardenal Bembo le ofrecieron para su rico repertorio composi-

VI

ciones llenas de belleza, gravedad, agudeza y alto modo de pensar.

Tan largos estudios y tan improbables trabajos sobre los mejores modelos profanos y sagrados de todas las literaturas del mundo le hicieron gustar desde luego aquella grandiosa sencillez, aquel perfume de antigüedad, lleno de majestad y dulzura, que hace el mejor deleite de sus obras poéticas y que le señala y le distingue entre todos los hablistas castellanos. ¡Tanto le costaba «manifestar que nuestra lengua recibe bien todo lo que se le encomienda, y que no es dura ni pobre, como algunos dicen, sino de cera y abundante para los que la saben tratar!» Si poderosas eran las causas que le impulsaron á hacer sus brillantes traducciones profanas, abonarán eternamente su profunda religiosidad y la delicadeza de su cristiano corazón los motivos que pone en el prólogo de las traducciones sagradas, y son sus vivas ansias de popularizar los inspirados cánticos del Dios de Sion.

Traducciones que llevó á cabo sin que los pensamientos perdieran nada de su valor poético, sin que las formas decayesen de su belleza clásica, y siguiendo lo que es más, las figuras del mismo original. ¡Oh ingenio privilegiado! ¿Quién como él interpretó con mayor fidelidad? ¿Quién tradujo con más exactitud? ¿Quién imitó con tanta perfección? Y lo que más admira, ¿quién supo remontarse tan pronto á la altura de sus maestros, al nivel de sus modelos, y á una originalidad en sus composiciones, que con frecuencia son iguales á los clásicos en la forma y casi siempre superiores en el fondo? Y si no compárense su *Cancion á todos los Santos...* con el *Quem virum...* su *Profecia del Tajo...* con el *Pastor cum traheret...* el *¡Qué descansada vida!* con el *Beatus ille...* de Horacio, y se verá claramente si este religioso ejemplar, este sabio consumado, este estético de primer orden, cuya vida y cuyas obras son marcadamente líricas, supo comunicar á sus composiciones, escritas en un estilo natural y sin aparato, tanta elevación, tanta fuerza y tanta majestad como dió á las suyas el protegido de Augusto, el profesor de los Pisones, el poeta del Lacio.

¿Y podía ménos que quedar vencedor el poeta del cristianismo del cantor de la gentilidad? El que con inimitable

facilidad describe la gloriosa Ascension de Cristo á los cielos, las bellezas casi divinas de la Madre de Dios, el desconocido heroismo de los mártires, la gloria inmortal de los santos, los encantos de las vírgenes inocentes y puras, el perfumado sacrificio de las virtudes en comparacion de los poetas que ensalzaron las glorias de Júpiter, de Baco, de Vénus y de todas las demás falsas divinidades que poblaban su olimpo, y de unas virtudes fundadas tan sólo en el orgullo de la razon; y que si algunas veces hablaron de la naturaleza y de sus fenómenos fué sin consideracion á su Criador y á los fines de su providencia; lo mismo que cuando trataron de la humanidad y sus héroes, fué casi siempre para hacer la apotéosis del vicio, del pecado y del orgullo del más fuerte.

Nuestro poeta, léjos de rebajarnos nunca á las ambiciones de la tierra ni sumergirnos jamás en el cieno del vicio, constantemente nos eleva y nos engrandece para hacernos oír gustosos cómo los cielos cantan su gloria, la tierra sus catástrofes, la religion sus misterios, la patria sus luchas y sus victorias, y la pobre humanidad el rudo combate de sus encontradas pasiones. Estas canciones serán inmortales, merced á la abundancia de concepciones sublimes, sentimientos valientes, variedad de tonos, oportunidad y parsimonia en los episodios, rapidez y fidelidad en las descripciones, y todo con un lenguaje verdaderamente poético: cuyo bello conjunto da á sus producciones un colorido propio y cierto sabor, que constituye su originalidad y las caracteriza, para que no puedan confundirse jamás con las de ningún otro escritor.

Era tan eminentemente poético el génio de Fray Luis de Leon que no necesitaba buscar las bellezas, sino que estas buscaban á él, pues nacian espontáneamente de su alma, y salian con profusion de su pluma, por cuya razon sus canciones producen aquel efecto mágico, que nunca podrán causar las composiciones que conserven vestigios de los esfuerzos del poeta. Con tan bellas cualidades, ¿cómo no han de ser buscadas con afan, leídas con entusiasmo y ponderadas en todo tiempo las poesías de Fray Luis de Leon? La sublime sencillez que algunas veces parece desaliño y negligencia en embellecer las formas, no es un defecto sino

VIII

una cualidad á la que deben con frecuencia su mayor mérito aquellas poesías, son como el arco que se embebe para lanzar despues la flexa con mayor fuerza y hacer más penetrante la herida. Este defecto de formas se compensa muy ventajosamente por aquellos rasgos de fé viva y de entusiasmo ardiente, con que siempre persuade la filosofía evangélica, la moral divina y aquella esperanza tan consoladora en los labios de un ministro de Dios, que nunca podrán percibir perfectamente los que entregados á un irracional escepticismo y al más frío egoismo buscan sus goces en las nebulosas profundidades, que dejan entrever la horrible imágen del caos.

Su alma flexible, que con tanta viveza y energía pinta sin esfuerzo los afectos de que está poseida, encanta, cautiva y se apodera del espíritu de los lectores, para hacerles participar de aquellos mismos afectos, aquellas mismas sensaciones que el poeta debió experimentar en el tiempo, en el lugar y ante los personajes que escribió sus composiciones. Y esto ¿no es ser un poeta aventajado, mayormente cuando sabe lograrlo con una estrofa, un solo verso, una expresion, una imágen? ¡Tanta era la economía poética de este génio superior! Así consiguió ser uno de los poetas más originales de nuestra patria, ser reputado justamente por el creador de la oda española, imprimiéndole como dote permanente aquel caracter religioso, que hace á la poesía tan agradable, tan útil, tan divina y lo bastante firme para no volver jamás á loar los vicios, divinizar los errores y aplaudir los caprichos: fatal abuso con el que por muchos siglos mancharon los poetas el origen celestial, el fin santo y la sublime mision de la poesía, que es elevar, engrandecer y divinizar las ideas, los sentimientos y la vida del hombre en su peregrinacion sobre la tierra.

Por este camino la España y todas las naciones le deben el haber educado las musas en las sublimes inspiraciones del catolicismo, purificándolas para siempre de los pensamientos bajos, de los sentimientos crueles y de la vida disoluta que las mataba; despojándolas para no volver á vestir jamás aquellos adornos sensuales y provocativos con que hasta su tiempo habian pervertido á la pobre humanidad. Y desde entónces el corazon humano quedó perpétuamente cerrado á

los últimos lamentos de la musa idólatra, cuando ya el claro sol de las ciencias cristianas había bañado las almas con sus eternos resplandores, y los fieles habían derribado de sus altares á las falsas divinidades: escollo donde había mafragado la verdadera poesía y abismo inmundo del cual salió aquella poesía gentilica, tan falsa, como baja y desmoralizadora. ¡Cuánto debe la civilización moderna al arte cristiano, á la poesía religiosa, á las musas educadas en la soledad no ociosa sino muy aprovechada del claustro! ¡Cuánto han perdido las sociedades modernas destruyendo en un momento de loco frenesí esos sagrados recintos de la piedad, esas verdaderas escuelas del progreso, y esas poéticas soledades! donde oíanse résonar de continuo himnos celestiales, el lamentar de los profetas, los triunfos de la Iglesia y no pocas veces los cánticos de libertad é independencia que exalaba el pecho de la patria oprimida, loores á los adelantos de la ciencia ó al descubrimiento de regiones apartadas.

Todo esto es verdad, diran algunos, pero Fray Luis de Leon imitó con mucha frecuencia á los mejores poetas: ¿es esto acaso un defecto? ¿es esto censurable? no era por el contrario seguir el camino más llano, más seguro y por consiguiente el más corto para ser otro día un gran escritor poético y prosáico, el oír á los sabios, seguir á los experimentados é imitar á los modelos; mayormente cuando la poesía estaba aun en aquella larga y penosa adolescencia de lo que no podían acabar de sacarla el serio Boscan, ni el dulce Garcilaso ni el festivo Moncada; porque esta gloria estaba reservada á Fray Luis de Leon, quien supo dirigirla con pie seguro en los generosos arranques de su gloriosa juventud. Y esto cuando la lengua castellana comenzaba á formarse, y en sentir de muchos y notables varones aún no se la consideraba digna ni capaz de traducir fielmente los altos pensamientos teológicos. En aquella época y por semejante camino llegó Fray Luis de Leon á poner las musas castellanas en estado de poder mirar frente á frente á los genios inmortales de Virgilio, y Horacio con sus sublimes poesías que no son el resultado de un trabajo árduo y detenido; sino el fruto de algunos ratos de ocio en que el teólogo de profesion se distraía de sus penosas tareas y tomaba aliento para volver á ellas de nuevo. «Nunca, dice,

hice caso de esto que compuse, ni gasté en ello más tiempo del que bastaba para aliviarme de otros trabajos, ni puse en ello más estudio del que merecía lo que nacia para nunca salir á luz.»

Por otra parte, las circunstancias en que escribió Fray Luis de Leon en nada se parecen á las circunstancias en que escribieron Horacio y Virgilio. Estos hallaron en la poesía su honor y se fortuna, siendo premiados por Augusto y halagados por el aura popular. Aquel no tiene ningun estímulo para ser poeta, eslo solamente porque siente arder en su alma la llama de la inspiracion superior; pero ocúltalo porque teme el juicio errado de nuestras gentes. «Y así tenía, dice, por vanidad escusada á costa de mi trabajo ponerme por blanco á los golpes de mil juicios desvariados y dar materia de hablar á los que no viven de otra cosa.» Pues bien, las obras poéticas de este escritor que se califica á sí mismo de simple aficionado, y escritas como él dice casi en la niñez, son la mejor página del Parnaso español. ¡Qué laureles no hubiera conseguido en los campos de la poesía, si se hubiera entregado á ella con toda la espontaneidad de su génio esencialmente poético! ¡si hubiera escrito sus versos cuando ya estaba formado su gusto y cuando el estudio habia robustecido su inteligencia! Pero ¡oh exigencias de los tiempos á qué no obligas á los mortales! Entónces se consideraba la poesía como cosa frívola é indigna de ocupar la atención de varones graves y de altos pensamientos; y á pesar de estas preocupaciones y de que nuestros poetas de aquella época solo escribian como por distracción y esparcimiento, ¿no es hasta cierto punto asombroso que contemos tantas y tan buenas *composiciones poéticas* de aquel siglo llamado con razon nuestro siglo de oro?

Descuellan entre todas las poesías españolas las de Fray Luis de Leon, las cuales leidas desapasionadamente no pueden ménos de arrancar grandes elogios á los amantes del buen gusto por su valiente sencillez, por su natural novedad, por su noble delicadeza y por la sublimidad de sus arranques. Ellas marcan, á no dudarlo, la gran época de nuestra poesía, á la que el inocente y sufrido preso de Valladolid supo comunicar muy pronto un carácter religioso y nacional á todas luces. Desde entónces nuestros preceptistas para

el estudio de las bellas letras han llenado sus libros de elocuentes ejemplos para todos los géneros del buen decir; con ellas los profesores han hecho resonar las cátedras de la elocuencia, y con su estudio se han inspirado los poetas españoles de este siglo y del pasado, como Fray Diego Gonzalez, Jovellanos, Melendez, Cadalso, Bacas de Guzman, Quintana, Martinez de la Rosa... Finalmente, en ellas hemos visto los primeros albores de la belleza literaria, y quitado su dulzor siempre creciente cuantos hemos tenido la dicha de estudiar en esta España poética, que si no es el país del codiciado oro, es una region de sentimientos caballerescos; que si no crea sistemas y escuelas filosóficas hasta la anarquía, como otras naciones, en cambio nunca deja apagar el fuego divino de los amores cristianos; que si ahora no extiende sus conquistas, tampoco suelta jamás la lira con que canta sus pasadas hazañas, y deja escapar sus suspiros por un porvenir no lejano.

Estas obras póstumas que inmortalizarán la justa fama que siempre las ha acompañado, las bellezas sin número que las adornan, y sobre todo la injusta persecucion, el superior talento y el acrisolado mérito del Autor, han sufrido sin embargo tantos malos siniestros, que al reseñarlos formarán una larga página en la Historia de su vida y escritos, que nuestros lectores recibirán en otra parte. Desde luego lamentarán con nosotros y con cuantos conozcan la gran significacion poética de Fray Luis de Leon, el que estas escogidas piezas no se hubiesen publicado durante su vida y bajo su inspeccion; aunque el gran mérito y la justa celebridad del poeta de Salamanca hizo que sus cantos, apenas salian de su boca, fueran copiados por centenares de plumas más ó ménos diestras en España, en América y en muchos puntos de Europa. Esa misma multitud de códices copiados por tan diferentes manos y en tan distantes países, fué la causa que tan famosas composiciones fueran deslucándose por muchas erratas de los copiantes, corrompiéndose por la alteracion de sus versos, y descendiendo del alto aprecio con que habian sido recibidas, por haberse mezclado con ellas otras composiciones, que en nada se parecian á las de nuestro Autor. El poner coto á estos males y relevar del ya pesado patronato que un amigo suyo habia prestado á

sus poesías por condescender con lo que más apetecía, que era el vivir desconocido, le hicieron recoger á su hijo perdido, y apartándole de mil malas compañías que se le habían juntado, y enmendándole de otros tantos malos siniestros que había cobrado con el andar vagueando. Corregido, enmendado y reconocido por suyo lo envió á su gran amigo D. Pedro Portocarrero, bajo cuya tutela se proponía publicarlo; mas, bien fuera por su prision, por haberse perdido ó por haber surgido alguna dificultad, lo cierto es que por entónces sus poesías no vieron la luz pública, á pesar de haberlas aumentado durante su prision y aún despues; sino que así fueron esparciéndose, sacando copias de copias, que cada dia eran ménos exactas, hasta que cuarenta años despues de su muerte, el célebre poeta D. Francisco de Quevedo las dió á luz por vez primera. Valióse para esto de un manuscrito, que por desgracia no era de los más correctos, que le franqueó D. Manuel Sarmiento de Mendoza, canónigo magistral de la santa iglesia de Sevilla, en la época crítica que D. José Pellicer de Salas y Tovar y el convento de San Felipe el Real de Madrid tenían preparados sus respectivos códices mucho más correctos, para darlos á la imprenta. Para desgracia de estas poesías y de la literatura se imprimieron por el de Sarmiento Mendoza, y sin que Quevedo pusiera mano en su necesaria correccion, cuando era el más competente y le hubiera sido más fácil por abundar entónces las copias y ser más reciente la época del Autor. Mas tarde, á instancias de D. Gregorio Mayans y Siscar, se comenzaron á hacer algunas correcciones, las que aumentó mucho Fray Antolin Merino, allanando así el terreno para que pudiésemos dar esta edicion, la más completa y la más correcta: merced á los muchos códices y variadas ediciones que hemos podido consultar, de todos los cuales damos á nuestros lectores las siguientes noticias bibliográficas.

EDICIONES DE LAS POESIAS DEL MAESTRO FRAY LUIS DE LEON.

- 1631.—16.º—Madrid, imprenta de la viuda de Sanchez, por el célebre poeta D. Francisco de Quevedo.
 1631.—16.º—Milan, imprenta de Felipe Guisolfi, por el fa-

- moso 2.º Duque de Feria, Gomez Suarez de Figuerola y Córdoba.
- 1761.—8.º—Valencia, imprenta de José Tomás Lucas, por un amigo del sabio literato Gregorio Mayans y á instancias de este.
- 1771.—8.º—Madrid, imprenta de Joaquin Ibarra, por Sedano.—*Parnaso Español*, tomo 5.º
- 1779.—8.º—Madrid, imprenta de Andrés Sotos.—*Poesias Es-
pirituales*.
- 1782.—8.º—Madrid, Imprenta Real. Scéltá di poesie Castigliane traductte in verso toscano é ilustratte del conte Jovam Baptista Conti, tomo 3.º
- 1785.—8.º—Valencia, imprenta de José Tomás Orga.
- 1790.—8.º—Madrid, Imprenta Real, por un celoso amante de las letras, Ramon Fernandez.—*Coleccion de Poesias*, tomo 10.º
- 1816.—8.º—Madrid, imprenta de la viuda de Ibarra, por Fray Antolin Merino, agustino, compilador crítico de las *Obras del Maestro Leon*, tomo 6.º
- 1822.—16.º—París, imprenta de Bobeé et Hingray.—*Coleccion de los mejores poetas Castellanos*.
- 1830.—8.º—Madrid, imprenta de Manuel de Burgos, por el gran poeta é inmortal biógrafo D. Manuel José Quintana.—*Poesias Selectas Españolas*, tomo 3.º
- 1847.—4.º—París, imprenta de Jain et Thunot, por Baudry.—Librería Europea.—Esta publicacion se hizo bajo la direccion del Excmo. Sr. D. Eugenio de Ochoa, Académico de la Lengua.—*Tesoro de Autores Misticos Españoles*, tomo 3.º
- 1849.—4.º—Madrid, Imprenta Nacional y establecimiento tipográfico de Saunaque, de real orden.—*Coleccion de Autores Selectos, latinos y castellanos*, tomos 2.º, 3.º y 5.º
- 1855.—Fólio.—Madrid, imprenta de D. Manuel Rivadeneyra, *Biblioteca de Autores Españoles*, tomo 37.º

CÓDICICES MANUSCRITOS.

- 1.º Pertenece al Excmo. Sr. D. Gaspar de Jovellanos, con 223 hojas en 4.º y letra de últimos del siglo xvi.
- 2.º Era del Sr. D. Estanislao de Lugo, Director que fué de los Reales Estudios de San Isidro en Madrid, con 175 hojas y casi igual en todo al anterior.
- 3.º Se hallaba en la Biblioteca del convento de Padres agustinos en San Felipe el Real de Madrid: su letra era de últimos del siglo xvi, como los dos anteriores, y comprendía 128 hojas en 4.º
- 4.º Lo poseía el Sr. D. Juan Agustin Cean Bermudez, Académico de la Historia, quien le había comprado en un baratillo de libros en Sevilla, que habían pertenecido á D. José Pellicer de Salas y Tovar, Cronista de los Reyes de Castilla y de Leon: tan parecido es al anterior, que parece copiado por él.
- 5.º Lo conservaba con mucho esmero el Sr. Don Faustino Ortiz de Rufrancos, beneficiado de San Pablo en Salamanca: su letra era de principios del siglo xvii, con 267 hojas en 4.º
- 6.º Existía en la Biblioteca del Colegio mayor de San Ildefonso de la Universidad de Alcalá con 148 hojas en 4.º y letra de principios del siglo xvii.
- 7.º Se hallaba en la Biblioteca del Real Palacio de Madrid, procedente de la Biblioteca del Sol en Valladolid: comprendía 428 hojas en 4.º y tiene la fecha de 1583.
- 8.º Fué del P. Luis Minguez, Escolapio, Rector del Colegio de Lavapiés en esta corte.
- 9.º Existía en la Biblioteca de la Santa Iglesia Catedral de Sevilla llamada *Colombina* un tomo en 4.º y letra de principios del siglo xvii.
- 10.º Conservábase en la Biblioteca Magliabechiana de Florencia, copiado de mano italiana á principios del siglo xvii.

- 11.º En la Biblioteca Nacional existen los manuscritos 30, 70, 98, 238, 243 y 820.
- 12.º En la Biblioteca de la Academia de la Historia cuatro opusculitos manuscritos.
- 13.º El Sr. D. José Sancho Rayon posee tres manuscritos; uno en folio, de 182 hojas, con letra de últimos del siglo xvi, pues la dedicatoria á Portocarrero está firmada en 1581; otro en cuarto de 33 hojas, letra de mediados del siglo xvii, y el tercero, en 8.º, dice haber sido copiado en Roma en 1613.

Quevedo publica el primero estas brillantes poesías religiosas para oponerlas como un muro capaz de sostener la corrupcion del estilo, y al mismo tiempo de las costumbres que todo lo inundaba. Mayans aconseja á la Compañía de impresores y libreros de Valencia la reproduccion más correcta de estas canciones bellísimas, que cuanto más se leen, más agradan, con el noble objeto de reanimar entre nosotros el gusto poético que tanto habia decaido. En las ediciones de Sedano y Rivadeneyra preside el pensamiento de immortalizar á nuestros clásicos y sus obras, dando ménos importancia á la utilidad de los lectores, pues imprimieron obras que mejor sirven para la consulta que para el estudio. Más provechoso plan dirige la *Biblioteca de Fernandez*, que se proponia constituir un rico manantial de poesías, de donde se pudiesen sacar la pureza, la abundancia y la magnificencia de nuestro lenguaje poético, desconocido sin duda por los que andan mendigando las galas poéticas de los extranjeros: porque ignoran las bellezas propias de nuestra poesía, que en esta parte compite con la antigüedad y excede á las demás de la Europa. Ninguno de los editores ha hecho tanto como Merino para aumentar la gloria de Fray Luis de Leon, purificando sus poesías y facilitando su estudio y su imitacion, tanto: que desde entónces son buscadas con interés por los amantes de la poesía y publicadas en Francia por Boebeé et Hingray como en Italia lo fueron por Conti. Pocos años despues el gran poeta Quintana y el digno académico Ochoa popularizaban en grande escala por Europa y

America esas composiciones clásicas y eminentemente religiosas, que merecian gran aceptacion entre los amantes del buen gusto, los aplausos de los inteligentes como Martinez de la Rosa, y que el gobierno en 1849 mandara imprimir las mejores poesías en la *Coleccion de Autores Selectos*, y que protegiera de un modo tan provechoso las ediciones de Rivadeneira.

Propagar en vasta escala las doctrinas puras y los sentimientos nobles de nuestra santa Religion; cooperar por cuantos medios nos sea posible al fomento de nuestra literatura; eternizar la gratitud de los Españoles hácia los grandes génius y sus obras clásicas; contribuir á la mejor cultura religiosa, moral y literaria de todas las clases: he aquí las altas miras y los santos fines que nos han impulsado á hacer esta edicion 15.ª, que si todavía deja algo que desear, aventaja mucho á todas las anteriores por el número, integridad y correccion de las composiciones; por la hermosura de sus tipos, variedad de tamaños y solidez de su material, con que da á luz los inmortales escritos de nuestros clásicos esta *Biblioteca económica y esmerada*

Trabajos, disgustos y desembolsos, todo lo damos por bien empleado, con tal de conseguir los adelantos de nuestro movimiento religioso y literario, hasta hacerlo respetable ante los extanjeros, que tan mal nos juzgan, por desconocer el gusto y el carácter de nuestra literatura, y no pocas veces por preocupacion; y para poner en las manos no sólo de los sabios, de los inteligentes y de los estudiosos, sino tambien entre todas las clases del pueblo, tan solícito por leer y tan satisfecho, cuando se le proporciona fácilmente lo bueno, lo mejor, lo más sublime del rico caudal de nuestra gran literatura. España, pues, estudiando nuestras glorias literarias en las puras fuentes de nuestros clásicos, indudablemente se regenerará, concebirá altas aspiraciones, y realizará los elevados destinos que la divina Providencia le tiene reservados.

FRANCISCO BESALÚ, *Presbítero.*

POESÍAS

DE

FRAY LUIS DE LEON

DIVIDIDAS EN TRES LIBROS.

ENTRE las ocupaciones de mis estudios en mi mocedad, y casi en mi niñez, se me cayeron como de entre las manos estas obrecillas, á las cuales me apliqué más por inclinacion de mi estrella que por juicio ó voluntad. No porque la Poesía, mayormente si se emplea en argumentos debidos, no sea digna de cualquier persona y de cualquier nombre; de lo cual es argumento que convence, haber usado Dios de ella en muchas partes de sus sagrados Libros, como es notorio; sino porque conocia los juicios errados de nuestras gentes, y su poca inclinacion á todo lo que tiene alguna luz de ingenio ó de valor; y entendia las artes y maña de la ambicion y del estu-

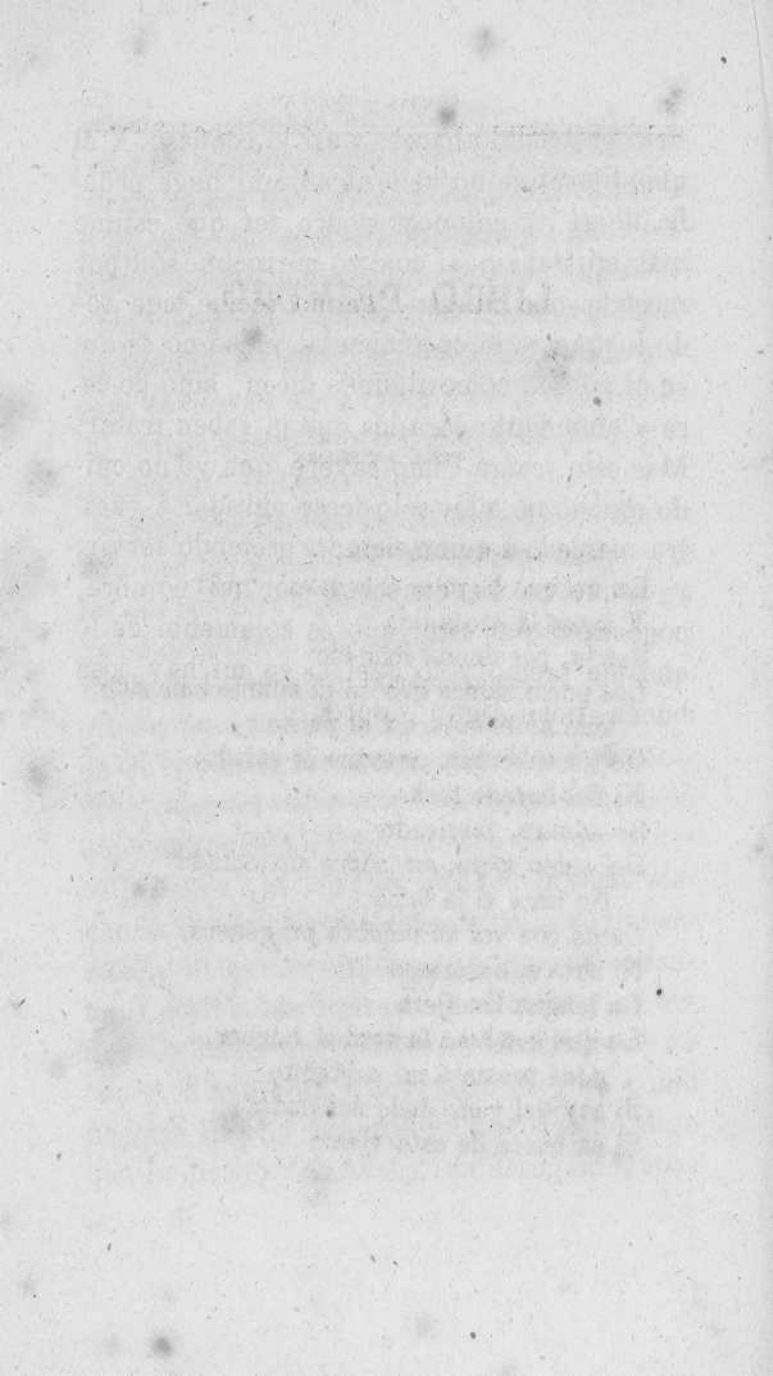
dio, del interés propio y de la presuncion ignorante, que son plantas que nacen siempre y crecen juntas, y se enseñorean ahora de nuestros tiempos. Y así tenía por vanidad excusada, á costa de mi trabajo ponerme por blanco á los golpes de mil juicios desvariados, y dar materia de hablar á los que no viven de otra cosa. Y señaladamente siendo yo de mí natural tan aficionado al vivir encubierto, que despues de tantos años como há que vine á este reino, son tan pocos los que me conocen en él, que, como vuestra merced sabe, se pueden contar por los dedos. Por esta causa nunca hice caso de esto que compuse, ni gasté en ello más tiempo del que tomaba para olvidarme de otros trabajos, ni puse en ello más estudio del que merecia lo que nacia para nunca salir á luz; de lo cual ello mismo, y las faltas que en ello hay, dan suficiente testimonio. Pero como suele acontecer á algunos mozos, que maltratados de los padres ó ayos, se meten frailes, así estas mis mocedades, teniéndose como por desechadas de mí, se pusieron, segun parece, en religion, y tomaron nombre y hábito muy más honrado del que ellas merecian; y han anda-

do debajo de él muchos dias en los ojos y en las manos de muchas gentes, haciendo agravio á una persona religiosa y bien conocida de vuestra merced, á quien se allegaron, con la cual yo en los años pasados tuve estrecha amistad, y no la nombro aquí por no agraviarla más. La ocasion de este error vuestra merced la sabe, y porque es para pocos, y decirla aquí sería comunicarla con muchos, no la digo. Basta saber, que la persona que he dicho, por condescender con mi gusto, que era vivir desconocido, disimuló hasta que, fatigado ya con otras cosas que la malicia y envidia de algunos hombres pusieron á sus cuestras, de las cuales Dios le descargó, como ha parecido, trató conmigo que si no me era pesado, le librase yo tambien de esta carga. Si el reconocer mis obras y el publicarme por ellas fuera poner en condicion la vida, en un ruego y demanda tan justa lo hiciera; y no aventurando en ello cosa que importe, mas que es vencer un gusto mio particular, si lo rehusara no me tuviera por hombre. Y así lo hice, ó por mejor decir, lo hago ahora. Y recogiendo á este mi hijo perdido, y apartándole de mil malas compañías que se le habian

juntado, y enmendándole de otros tantos malos siniestros que habia cobrado con el andar vagueando, le vuelvo á mi casa y recibo por mio; y porque no se queje de que le he sacado de la iglesia adonde él se tenía por seguro, envíole á vuestra merced para que le ampare como cosa suya, pues yo lo soy; que con tal trueque bien sé que perderá la queja y se tendrá por dichoso.

Son tres partes las de este libro. En la una van las cosas que yo compuse mias. En las dos postreras las que traduje de otras lenguas, de autores así profanos como sagrados. Lo profano va en la segunda parte, y lo sagrado, que son algunos salmos y capítulos de Job, van en la tercera. De lo que yo compuse, juzgará cada uno á su voluntad; de lo que es traducido, el que quisiere ser juez pruebe primero qué cosa es traducir poesías elegantes de una lengua extraña á la suya, sin añadir ni quitar sentencia, y guardar cuanto es posible las figuras del original y su donaire, y hacer que hablen en castellano, y no como extranjeras y advenedizas, sino como nacidas en él y naturales. Lo cual no digo que he hecho yo, ni soy tan arrogante; mas

helo pretendido hacer, y así lo confieso. Y el que dijere que no lo he alcanzado, haga prueba de sí, y entónces podrá ser que estime más mi trabajo; al cual yo me incliné solo por mostrar que nuestra lengua recibe bien todo lo que se la encomienda, y que no es dura ni pobre, como algunos dicen, sino de cera y abundante para los que la saben tratar. Mas esto, caiga como cayere, que yo no cuido mucho de ello; solo deseo agradar á vuestra merced, á quien siempre pretendo servir; y el que no me conociere por mi nombre, conózcame por esto, que es solamente de lo que me precio y lo que, si en mí hay cosa buena, tiene algun valor.



LIBRO PRIMERO.

VIDA RETIRADA.

¡Qué descansada vida
La del que huye el mundanal ruido,
Y sigue la escondida
Senda, por donde han ido
Los pocos sabios que en el mundo han sido!
Que no le enturbia el pecho
De los soberbios grandes el estado,
Ni del dorado techo
Se admira, fabricado
Del sabio moro, en jaspes sustentado.
No cura si la fama
Canta con voz su nombre pregonera,
Ni cura si encarama
La lengua lisonjera
Lo que condena la verdad sincera.
¡Qué presta á mi contento,
Si soy del vano dedo señalado,
Si en busca de este viento

Ando desalentado

Con ansias vivas y mortal cuidado?

¡Oh campo! ¡oh monte! ¡oh rio!

¡Oh secreto seguro, deleitoso!

Roto casi el navío,

A vuestro almo reposo

Huyo de aqueste mar tempestuoso.

Un no rompido sueño,

Un dia puro, alegre, libre quiero;

No quiero ver el ceño

Vanamente severo

De quien la sangre ensalza ó el dinero.

Despiértenme las aves

Con su cantar suave no aprendido,

No los cuidados graves

De que es siempre seguido

Quien al ajeno arbitrio está atenido.

Vivir quiero conmigo,

Gozar quiero del bien que debo al cielo

A solas sin testigo,

Libre de amor, de celo,

De ódio, de esperanzas, de recelo.

Del monte en la ladera

Por mi mano plantado tengo un huerto,

Que con la primavera

De bella flor cubierto

Ya muestra en esperanza el fruto cierto.

Y como codiciosa

De ver y acrecentar su hermosura,

Desde la cumbre airosa

Una fontana pura
Hasta llegar, corriendo se apresura.

Y luégo sosegada,
El paso entre los árboles torciendo,
El suelo de pasada
De verdura vistiendo,
Y con diversas flores va esparciendo.

El aire el huerto crea,
Y ofrece mil olores al sentido,
Los árboles menea
Con un manso ruido,
Que del oro y del cetro pone olvido.

Ténganse su tesoro
Los que de un flaco leño se confían;
No es mio ver el lloro
De los que desconfían
Cuando el cierzo y el ábrego porfían.

La combatida antena
Cruje, y en ciega noche el claro dia
Se torna, al cielo suena
Confusa vocería,
Y la mar enriquecen á porfia.

A mí una pobrecilla
Mesa de amable paz bien abastada
Me baste, y la vajilla
De fino oro labrada
Sea de quien la mar no teme airada.

Y miéntras miserable-
Mente se están los otros abrasando
En sed insaciable

Del no durable mando,
Tendido yo á la sombra esté cantando.
A la sombra tendido,
De hiedra y lauro eterno coronado,
Puesto el atento oido
Al son dulce, acordado,
Del plectro sábiamente meneado.

Á DON PEDRO PORTOCARRERO.

Virtud, hija del cielo,
La mas ilustre empresa de la vida,
En el oscuro suelo
Luz tarde conocida,
Senda que guia al bien, poco seguida:
Tú dende la hoguera
Al cielo levantaste al fuerte Alcides,
Tú en la más alta esfera
Con las estrellas mides
Al Cid, clara victoria de mil lides:
Por ti el paso desvía
De la profunda noche, y resplandece
Muy más que el claro dia
De Leda el parto, y crece
El Córdoba á las nubes, y florece:
Y por tu senda ahora
Traspasa luengo espacio con ligero
Pié y ala voladora
El gran Portocarrero,
Osado de ocupar el bien primero.

Del vulgo se descuesta,
Hollando sobre el oro, firme aspira
A lo alto de la cuesta;
Ni violencia de ira,
Ni dulce y blando engaño le retira.

Ni mueve más ligera,
Ni más igual divide por derecha
El aire y fiel carrera
O la traciana flecha,
O la bola tudesca, un fuego hecha.

En pueblo inculto y duro
Induce poderoso igual costumbre,
Y dó se muestra oscuro
El cielo enciende lumbre,
Valiente á ilustrar más alta cumbre.

Dichosos los que baña
El Miño, los que el mar monstruoso cierra
Desde la fiel montaña
Hasta el fin de la tierra,
Los que desprecia de Umé la alta sierra.

Á DON PEDRO PORTOCARRERO

La cana y alta cumbre
De Illiberi, clarísimo Carrero,
Contiene en sí tu lumbre
Ya casi un siglo entero,
Y mucho en demasía
Detiene nuestros gozos y alegría.

Los gozos que el deseo
Figura ya en tu vuelta, y determina
A dó vendrá el Lileo,
Y de la Cabalina
Fuente la moradora,
Y Apolo con la cítara cantora.

Bien eres generoso
Pimpollo de ilustrísimos mayores;
Mas esto, aunque glorioso,
Son títulos menores,
Que tú por ti venciendo,
A par de las estrellas vas luciendo.

Y juntas en tu pecho
Una suma de bienes peregrinos,
Por donde con derecho
Nos colmas de divinos
Gozos con tu presencia,
Y de cuidados tristes con tu ausencia.

Porque te ha salteado
En medio de la paz la cruda guerra,
Que ahora el Marte airado
Despierta en la alta sierra,
Lanzando rabia y sañas
En las infieles bárbaras entrañas.

Dó mete á sangre y fuego
Mil pueblos el morisco descreido,
A quien ya perdon ciego
Hubimos concedido,
A quien en santo baño
Teñimos para nuestro mayor daño.

Para que el nombre amigo,
¡Ay piedad cruel! desconociese
El ánimo enemigo,
Y así mas ofendiese:
Mas tal es la fortuna,
Que no sabe durar en cosa alguna.

Así la luz que ahora
Serena relucia, con nublados
Vereis negra á deshora,
Y los vientos alados
Amontonando luégo
Nubes, lluvias, horrores, trueno y fuego.

Mas tú, ahí solamente
Temes del caro Alfonso, que inducido
De la virtud ardiente
Del pecho no vencido,
Por lo más peligroso
Se lanza, discurriendo victorioso.

Como en la ardiente arena
El ítbico leon las cabras sigue,
Las haces desordena,
Y rompe, y las persigue,
Armado relumbrando,
La vida por la gloria despreciando.

Testigo es la fragosa
Poqueira, cuando él sólo, y traspasado
Con flecha ponzoñosa
Sostuvo denodado,
Y convirtió en huida
Mil banderas de gente descreida.

Mas sobre todo, cuando
 Los dientes de la muerte agudos fiera
 Apénas declinando,
 Alzó nueva bandera,
 Mostró bien claramente
 De valor no vencible lo excelente.

El, pues, relumbre claro
 Sobre sus claros padres, mas tú en tanto,
 Dechado de bien raro,
 Abraza el ocio santo,
 Que mucho son mejores
 Los frutos de la paz y muy mayores.

Á DON PEDRO PORTOCARRERO.

TRIUNFO DE LA INOCENCIA.

No siempre es poderosa,
 Carrero, la maldad, ni siempre atina
 La envidia ponzoñosa:
 Y la fuerza sin ley que más se empina,
 Al fin la frente inclina;
 Que quien se opone al cielo,
 Cuando más alto sube, viene al suelo.

Testigo es manifiesto
 El parto de la tierra mal osado,
 Que cuando tuvo puesto
 Un monte encima de otro, y levantado,
 Al hondo derrocado
 Sin esperanza, gime
 Debajo su edificio, que le oprime.

Si ya la niebla fría
Al rayo que amanece odiosa ofende,
Y contra el claro día
Las alas oscurísimas extiende,
No alcanza lo que emprende
Al fin, y desaparece,
Y el sol puro en el cielo resplandece.

No pudo ser vencida,
Ni lo será jamás, ni la llaneza,
Ni la inocente vida,
Ni la fe sin error, ni la pureza,
Por más que la fiereza
Del tigre ciña un lado,
Y el otro el basilisco emponzoñado.

Por más que se conjuren
El odio, y el poder, y el falso engaño,
Y ciegos de ira apuren
Lo propio y lo diverso, ajeno, extraño,
Jamás le harán daño;
Antes cual fino oro
Recobra del crisol nuevo tesoro.

El ánimo constante
Armado de verdad, mil aceradas,
Mil puntas de diamante
Embota y enflaquece, y desplegadas
Las fuerzas encerradas,
Sobre el opuesto bando
Con poderoso pié se ensalza hollando.

Y con cien voces suena
La fama, que á la sierpe, al tigre fiero

Vencidos los condena
Al daño no jamás perecedero;
Y con vuelo ligero
Viniendo la vitoria,
Corona al vencedor de gozo y gloria.

Á FRANCISCO SALINAS,

CATEDRÁTICO DE MÚSICA EN LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA.

El aire se serena
Y viste de hermosura y luz no usada,
Salinas, cuando suena
La música extremada
Por vuestra sábia mano gobernada.

A cuyo son divino
Mi alma, que en olvido está sumida,
Torna á cobrar el tino
Y memoria perdida
De su origen primera esclarecida.

Y como se conoce,
En suerte y pensamientos se mejora;
El oro desconoce
Que el vulgo ciego adora,
La belleza caduca engañadora.

Traspasa el aire todo
Hasta llegar á la más alta esfera,
Y oye allí otro modo
De no perecedera
Música, que es de todas la primera.

«Ve como el gran Maestro
 »A aquesta inmensa cítara aplicado,
 »Con movimiento diestro
 »Produce el son sagrado,
 »Con que este eterno templo es sustentado.»

Y como está compuesta
 De números concordés, luégo envía
 Consonante respuesta,
 Y entre-ambas á porfia
 Mezclan una dulcísima armonía.

Aquí la alma navega
 Por un mar de dulzura, y finalmente
 En él así se anega,
 Que ningun accidente
 Extraño ó peregrino oye ó siente.

¡Oh desmayo dichoso!
 ¡Oh muerte que das vida! ¡oh dulce olvido!
 ¡Durase en tu reposo,
 Sin ser restituido
 Jamás á aqueste bajo y vil sentido!

A este bien os llamo,
 Gloria del Apolineo sacro coro,
 Amigos, á quien amo
 Sobre todo tesoro,
 Que todo lo demás es triste lloro.

¡Oh! suene de contino
 Salinas, vuestro son en mis oídos,
 Por quien al bien divino
 Despiertan los sentidos,
 Quedando á lo demás amortecidos.

**AL NACIMIENTO DE LA HIJA DEL MARQUÉS DE
ALCAÑICES.**

Inspira nuevo canto,
Caliope, en mi pecho en este día,
Que de los Borjas canto
Y Enriquez la alegría,
Y el rico don que el cielo les envía.

Hermoso sol luciente,
Que el día traes y llevas, rodeado
De luz resplandeciente
Más de lo acostumbrado,
Sal ya, verás nacido tu traslado.

O si te place ahora
En la region contraria hacer manida,
Detente allá en buen hora,
Que con la luz nacida
Podrá ser nuestra esfera esclarecida.

Alma divina, en velo
De femeniles miembros encerrada,
Cuando veniste al suelo
Robaste de pasada
La celestial riquísima morada.

Diéronte bien sin cuento
Con voluntad concorde y amorosa
Quien rige el movimiento
Sexto, con la diosa
Que en la tercera rueda es poderosa.

De tu belleza rara
El envidioso viejo mal pagado
Torció el paso y la cara;

Y el fiero Marte airado
El camino dejó desocupado.

Y el rojo y crespo Apolo,
Que tus pasos guiando, descendia
Contigo al bajo polo,
La cítara heria,
Y con divino canto así decia:

«Desciende en punto bueno,
Espíritu real, al cuerpo hermoso,
Que en el ilustre seno
Está ya deseoso
De dar á tu valor digno reposo.

»El te dará la gloria,
Que en el terreno cerco es mas tenida:
De abuelos larga historia,
Por quien la no sumida
Nave, por quien la España fué regida.

»Tú dale en cambio de esto
De los eternos bienes la nobleza,
Deseo alto, honesto,
Generosa grandeza,
Claro saber, fé llena de pureza.

»En su rostro se vean
De tu beldad sin par vivas señales,
Los sus dos ojos sean
Dos luces celestiales
Que guien al bien sumo á los mortales.

»El cuerpo delicado
Como cristal lucido y trasparente,
Tu gracia y bien sagrado,

Tu luz, tu continente,
A sus dichosos siglos represente.

»La soberana abuela
Dechado de virtud y de hermosura,
La tia, de quien vuela
La fama, en quien la dura
Muerte mostró lo poco que el bien dura.

»Con todas cuantas precio
De gracia y gentileza han ya tenido,
Serán por ti en desprecio,
Y puestas en olvido,
Cual hace la verdad con lo fingido.

»¡Ay tristes! ¡ay dichosos
Los ojos que te vieren! huyan luego,
Si fueren poderosos,
Antes que prenda el fuego,
Contra quien no valdrá ni oro ni ruego.

»Ilustre y tierna planta,
Gozo del claro tronco generoso,
Creciendo te levanta
A estado el mas dichoso
De cuantos dió ya el cielo venturoso.»

Á FELIPE RUIZ DE LA TORRE Y MOTA.

DE LA AVARICIA.

En vano el mar fatiga
La vela portuguesa, que ni el seno
De Persia, ni la amiga

Maluca da árbol bueno,
Que pueda hacer un ánimo sereno.

No da reposo al pecho,
Felipe, ni la mina, ni la rara
Esmeralda provecho;
Que más tuerce la cara
Cuanto posee más el alma avara.

Al capitán romano
La vida, y no la sed quitó el bebido
Tesoro persiano;
Y Tántalo metido
En medio de las aguas afligido
De sed está: y más dura
La suerte es del mezquino, que sin tasa
Se cansa así, y endurece
El oro, y la marpasa
Osado, y no osa abrir la mano escasa.

¿Qué vale el no tocado
Tesoro, si corrompe el dulce sueño,
Si estrecha el ñudo dado,
Si más enturbia el ceño,
Y deja en la riqueza pobre al dueño?

Á FELIPE RUIZ.

¿Cuándo será que pueda
Libre de esta prision volar al cielo,
Felipe, y en la rueda
Que huye más del suelo,
Contemplar la verdad pura sin velo?

Allí á mi vida junto,
En luz resplandeciente convertido,
Veré distinto y junto
Lo que es, y lo que ha sido,
Y su principio propio y escondido.

Entónces veré cómo
El divino poder echó el cimiento
Tan á nivel y plomo,
Dó estable eterno asiento
Posee el pesadísimo elemento.

Veré las inmortales
Columnas dó la tierra está fundada,
Las lindes y señales
Con que á la mar airada
La Providencia tiene aprisionada.

Por qué tiembla la tierra,
Por qué las hondas mares se embravecen,
Dó sale á mover guerra
El cierzo, y por qué crecen
Las aguas del Océano y descrecen.

De dó manan las fuentes,
Quién ceba y quién bastece de los rios
Las perpétuas corrientes,
De los helados fríos
Veré las causas y de los estíos.

Las soberanas aguas
Del aire en la region quién las sostiene;
De los rayos las fraguas;
Dó los tesoros tiene
De nieve Dios, y el trueno dónde viene.

¿No ves, cuando acontece
Turbarse el aire todo en el verano?
El día se ennegrece,
Sopla el Gallego insano,
Y sube hasta el cielo el polvo vano.

Y entre las nubes mueve
Su carro Dios, ligero y reluciente;
Horrible son conmueve,
Relumbra fuego ardiente,
Treme la tierra, humíllase la gente.

La lluvia baña el techo,
Envían largos ríos los collados;
Su trabajo deshecho,
Los campos anegados
Miran los labradores, espantados.

Y de allí levantado
Veré los movimientos celestiales,
Así el arrebatado
Como los naturales,
Las causas de los hados, las señales,

Quién rige las estrellas
Veré, y quién las enciende con hermosas
Y eficaces centellas;
Por qué están las dos osas,
De bañarse en el mar siempre medrosas.

Veré este fuego eterno,
Fuente de vida y luz, dó se mantiene,
Y por qué en el invierno
Tan presuroso viene,
Porque en las noches largas se detiene.

Veré sin movimiento
 En la más alta esfera las moradas
 Del gozo y del contento,
 De oro y luz labradas,
 De espíritus dichosos habitadas.

Á FELIPE RUIZ.

DEL HOMBRE MODERADO Y CONSTANTE.

¿Qué vale, cuanto vée
 Dó nace, y dó se pone el sol luciente,
 Lo que el indio posée,
 Lo que nos da el Oriente,
 Con todo lo que afana la vil gente?

El uno miéntras cura
 Dejar rico descanso á su heredero,
 Vive en pobreza dura,
 Y perdona al dinero,
 Y contra sí se muestra cruel y fiero.

El otro que sediento
 Anhela al señorío, sirve ciego;
 Y por subir su asiento
 Abájase á vil ruego,
 Y de la libertad va haciendo entrego.

Quien de dos claros ojos
 Y de un cabello de oro se enamora,
 Compra con mil enojos
 Una menguada hora,
 Un gozo breve, que sin fin se llora.

Dichoso el que se mide,
 Felipe, y de la vida el gozo bueno

A sí solo lo pide;
Y mira como ajeno
Aquello que no está dentro en su seno.

Si resplandece el día,
Si Eolo su reino turba en saña,
El rostro no varía;
Y si la alta montaña
Encima le viniere, no le daña.

Bien como la ñudosa
Carrasca en alto risco desmochada
Con hacha poderosa,
Del ser despedazada
Del hierro torna rica y esforzada.

Querrás hundirle, y crece
Mayor que de primero, y si porfia
La lucha, más florece,
Y firme al suelo envía,
Al que por vencedor ya se tenía.

Exento á todo cuanto
Presume la fortuna, sosegado
Está, y libre de espanto
Ante el tirano airado
De yerro, de cruera y fuego armado.

«El fuego, dice, enciende,
Aguza el hierro crudo, rompe y llega,
Y si me hallares, prende,
Y da á tu hambre ciega
Su cebo deseado, y la sosiega.

»¿Qué estás? ¿no ves el pecho
Desnudo, flaco, abierto? ¿ó no te cabe

En puño tan estrecho
 El corazón, que sabe
 Cerrar cielos y tierra con su llave?

»Ahonda mas adentro,
 Desvuelva las entrañas el insano
 Puñal, penetre al centro;
 Mas es trabajo vano,
 Jamás me alcanzará tu corta mano.

»Rompiste mi cadena,
 Ardiendo por prenderme; al gran consuelo
 Subido he por tu pena;
 Ya suelto encumbro el vuelo,
 Traspaso sobre el aire, huello el cielo.»

AL LICENCIADO JUAN DE GRIAL.

Recoge ya en el seno
 El campo su hermosura, el cielo aoja
 Con luz triste el ameno
 Verdor, y hoja á hoja
 Las cimas de los árboles despoja.

Ya Febo inclina el paso
 Al resplandor Egeo, ya del día
 Las horas corta escaso,
 Ya el malo mediodía
 Soplando, espesas nubes nos envía.

Ya el ave vengadora
 Del Ibico navega los nublados,
 Y con voz ronca llora;
 Y el cuello al yugo atados

Los bueyes van rompiendo los sembrados.

El tiempo nos convida

A los estudios nobles, y la fama,

Grial, á la subida

Del sacro monte llama,

Dó no podrá subir la postrer llama.

Alarga el bien guiado

Paso, y la cuesta vence, y solo gana

La cumbre del collado;

Y dó más pura mana

La fuente, satisfaz tu ardiente gana.

No cures si al perdido

Error admira el oro, y va sediento

En pos de un bien fingido,

Que no así vuela el viento,

Cuanto es fugaz y vano aquel contento.

Escribe lo que Febo

Te dicta favorable, que lo antiguo

Iguala, y vence el nuevo

Estilo; y, caro amigo,

No esperes, que podré atener contigo.

Que yo de un torbellino

Traidor acometido, y derrocado

Del medio del camino

Al hondo, el plectro amado

Y del vuelo las alas he quebrado.

PROFECÍA DEL TAJO.

Folgaba el rey Rodrigo

Con la hermosa Cava en la ribera

Del Tajo, sin testigo;
 El pecho sacó fuera
 El rio, y le habló de esta manera:
 «En mal punto te goces,
 Injusto forzador; que ya el sonido
 Y las amargas voces,
 Y ya siento el bramido
 De Marte, de furor y ardor ceñido.

¡Aquesta tu alegría
 Qué llantos acarrea! ¡aguesa hermosa,
 Que vió el sol en mal día,
 Al Godo ¡ay! cuán llorosa!
 ¡Al soberano cetro ¡ay! cuán costosa!

»Llamas, dolores, guerras,
 Muertes, asolamientos, fieros males
 Entre los brazos cierras,
 Trabajos inmortales
 A ti y á tus vasallos naturales.

»A los que en Constantina
 Rompen el fértil suelo, á los que baña
 El Ebro, á la vecina
 Sansueña, á Lusitania,
 A toda la espaciosa y triste España.

»Ya dende Cádiz llama
 El injuriado Conde, á la venganza
 Atento, y no á la fama;
 La bárbara pujanza,
 En quien para tu daño no hay tardanza.

»Oye, que al cielo toca
 Con temeroso son la trompa fiera,

Que en Africa convoca
El moro á la bandera,
Que al aire desplegada va ligera.

»La lanza ya blande
El árabe cruel, y hiere el viento
Llamando á la pelea;
Innumerable cuento
De escuadras juntas veo en un momento.

»Cubre la gente el suelo,
Debajo de las velas desaparece
La mar, la voz al cielo
Confusa, incierta crece,
El polvo roba el día y le oscurece.

»¡Ay, que ya presurosos
Suben las largas naves! ¡Ay, que tienden
Los brazos vigorosos
A los remos, y encienden
Las mares espumosas por dó hienden!

»El Eolo derecho
Hinche la vela en popa, y larga entrada
Por el hercúleo estrecho
Con la punta acerada
El gran padre Neptuno da á la armada.

»¡Ay triste! ¡Y aún te tiene
El mal dulce regazo, ni llamado
Al mal que sobreviene
No acorres? ¡Ocupado
No ves ya el puerto de Hércules sagrado?

»Acude, acorre, vuela,
Traspasa la alta sierra, ocupa el llano,

No perdones la espuela,
 No des paz á la mano,
 Menea fulminando el hierro insano.

» ¡Ay cuánto de fatiga!

¡Ay cuánto de sudor está presente
 Al que viste loriga,
 Al infante valiente,
 A hombres y á caballos juntamente!

» Y tú, Bétis divino,

De sangre ajena y tuya amancillado,
 Darás al mar vecino

¡Cuánto yelmo quebrado!

¡Cuánto cuerpo de nobles destrozado!

» El furibundo Marte

Cinco luces las haces desordena,

Igual á cada parte;

La sexta ¡ay! te condena,

¡Oh cara patria! á bárbara cadena.»

A DON DIEGO OLOARTE, ARCEDIANO DE LEDESMA.

NOCHE SERENA.

Cuando contemplo el cielo,
 De innumerables luces adornado,
 Y miro hácia el suelo,
 De noche rodeado,
 En sueño y en olvido sepultado:

El amor y la pena

Despiertan en mi pecho una ansia ardiente,

Despiden larga vena

Los ojos hechos fuente,
La lengua dice al fin con voz doliente:

«Morada de grandeza,
Templo de claridad y hermosura,
Mi alma que á tu alteza
Nació ¡qué desventura
La tiene en esta cárcel baja, oscura?

»¡Qué mortal desatino
De la verdad aleja así el sentido,
Que de tu bien divino
Olvidado, perdido,
Sigue la vana sombra, el bien fingido?»

El hombre está entregado
Al sueño, de su suerte no cuidando,
Y con paso callado
El cielo vueltas dando,
Las horas del vivir le va hurtando.

¡Ay! despertad, mortales,
Mirad con atencion en vuestro daño;
¡Las almas inmortales,
Hechas á bien tamaño,
Podrán vivir de sombra y solo engaño?

¡Ay! levantad los ojos
A aquesta celestial eterna esfera,
Burlareis los antojos
De aquesta lisonjera
Vida, con cuanto teme y cuanto espera.

¡Es más que un breve punto
El bajo y torpe suelo, comparado
A questo gran trasunto,

Dó vive mejorado
Lo que es, lo que será, lo que ha pasado?

Quien mira el gran concierto
De aquestos resplandores eternals,
Su movimiento cierto,
Sus pasos desiguales,
Y en proporcion concorde tan iguales;
La luna cómo mueve

La plateada rueda, y va en pos de ella
La luz dó el saber llueve,
Y la graciosa estrella
De amor le sigue reluciente y bella;

Y cómo otro camino
Prosigue el sanguinoso Marte airado,
Y el Júpiter benino
De bienes mil cercado,
Serena el cielo con su rayo amado.

Rodéase en la cumbre
Saturno, padre de los siglos de oro;
Tras él la muchedumbre
Del reluciente coro
Su luz va repartiendo y su tesoro.

¿Quién es el que esto mira,
Y precia la bajeza de la tierra,
Y no gime y suspira,
Por romper lo que encierra
El alma, y de estos bienes la destierra?

Aquí vive el contento,
Aquí reina la paz, aquí asentado
En rico y alto asiento

Está el amor sagrado,
De honra y de deleites rodeado.

 Inmensa hermosura
Aquí se muestra toda, y resplandece
Clarísima luz pura,
Que jamás anochece;
Eterna primavera aquí florece.

 ¡Oh campos verdaderos!
¡Oh prados con verdad frescos y amenos!
¡Riquísimos mineros!
¡Oh deleitosos senos!
¡Repuestos valles, de mil bienes llenos!

LAS SIRENAS Á CHERINTO.

No te engañe el dorado
Vaso, ni de la puesta al bebedero
Sabrosa miel cebado,
Dentro el pecho ligero,
Cherinto, no traspases el postrero.

 Asensio, ten dudosa
La mano liberal; que esa azucena,
Esa purpúrea rosa,
Que el sentido enajena,
Tocada, pasa al alma y la envenena.

 Retira el pié, que esconde
Sierpe mortal el prado, aunque florido
Los ojos roba; adonde
Florece más, metido
El engañoso lazo está escondido.

Pasó tu primavera,
Ya la madura edad te pide el fruto
De gloria verdadera;
¡Ay! pon del cieno bruto
Los pasos en lugar firme y enjuto.

Antes que la engañosa
Circe del corazon apoderada
Con copa ponzoñosa
El alma trasformada
Te ayunte, nueva fiera á su manada.

No es dado al que allí asienta,
Si ya el cielo dichoso no le mira,
Huir la torpe afrenta:

O arde oso en ira,
O hecho jabalí, gime y suspira.

No fies en viveza,
Atiende al sabio rey Solimitano;
No vale fortaleza,
Que al vencedor Gazano
Condujo á triste fin femenil mano.

Imita al alto Griego,
Que sabio no aplicó la noble antena
Al enemigo ruego
De la falsa Sirena,
Por dó por siglos mil su fama suena.

Decia conmoviendo
El aire en dulce son: «La vela inclina,
Que del viento huyendo,
Por los mares camina
Ulises, de los griegos luz divina.

»Allega y da reposo
Al inmortal cuidado, y entre tanto
Conocerás curioso
Mil historias que canto,
Que todo navegante hace otro tanto.

»Todos de su camino
»Tuercen á nuestra voz, y satisfecho
»Con el cantar divino
»El deseoso pecho,
»A sus tierras se van con mas provecho.

»Que todo lo sabemos
Cuanto contiene el suelo, y la reñida
Guerra te contarémos
De Troya, y su caída
Por Grecia y por los dioses destruida.»

Asi falsa cantaba,
Ardiendo en crueldad; mas el prudente
El camino atajaba
A la voz en su gente
Con la aplicada cera sabiamente.

Si á ti se presentare,
Los ojos, sabio, cierra, firme atapa
La oreja si llamare;
Si prendiere la capa,
Huye, que solo aquel que huye escapa.

À UN JUEZ AVARO.

. Aunque en ricos montones
Levantes el cautivo inútil oro,

Y aunque tus posesiones
Mejores con ajeno daño y lloro;
Y aunque cruel tirano
Oprimas la verdad, y tu avaricia,
Cerrada en nombre vano,
Convierta en compra y venta la justicia;
Y aunque engañes los ojos
Del mundo, á quien adoras, no por tanto,
No nacerán abrojos
Agudos en tu alma, ni el espanto
No velará en tu lecho;
Ni huirás la cuita, la agonía
Del último despecho;
Ni la esperanza buena en compañía
Del gozo tus umbrales
Penetrará jamás, ni la Megera
Con llamas infernales,
Con serpentino azote la alta y fiera
Y diestra mano armada,
Saldrá de tu aposento sola una hora;
¡Ay! ni tendrás clavada
La rueda, aunque más puedas, voladora
Del tiempo hambriento y crudo,
Que viene, con la muerte conjurado,
A dejarte desnudo
Del oro, y cuanto tienes más amado;
Y quedarás sumido
En males no finibles y en olvido.

AL APARTAMIENTO.

¡Oh ya seguro puerto
De mí tan luengo error! ¡Oh deseado
Para reparo cierto
Del grave mal pasado!
¡Reposo alegre, dulce, descansado!
Techo pajizo adonde
Jamás hizo morada el enemigo
Cuidado, ni se esconde
Envidia en rostro amigo,
Ni voz perjura, ni mortal testigo.
Sierra que vas al cielo,
Altísima, y que gozas del sosiego
Que no conoce el suelo,
A donde el vulgo ciego
Ama el morir ardiendo en vivo fuego,
Recíbeme en tu cumbre,
Recíbeme; que huyo perseguido
La errada muchedumbre,
El trabajo perdido,
La falsa paz, el mal no merecido.
Y dó está más sereno
El aire me coloca, miéntas curo
Los daños del veneno
Que bebí mal seguro,
Mientras el mancillado pecho apuro.
Miéntas que poco á poco
Borro de la memoria cuanto impreso
Dejó allí el vivir loco

Por todo su proceso
Vario, entre gozo vano y caso avieso.

En ti, casi desnudo
De este corporal velo, y de la asida
Costumbre roto el nudo,
Traspasaré la vida
En gozo, en paz, en luz no corrompida.

De ti en el mar sujeto
Con lástima los ojos inclinando,
Contemplaré el aprieto
Del miserable bando,
Que las saladas olas va cortando.

El uno que surgia
Alegre ya en el puerto, salteado
De bravo soplo, guia
En alto mar lanzado,
Apenas el navío desarmado.

El otro en la encubierta
Peña rompe la nave, que al momento
El hondo pide abierta;
El otro calma el viento,
Otro en las bajas Sirtes hace asiento.

A otros roba el claro
Dia y el corazon el aguacero,
Ofrecen al avaro
Neptuno su dinero;
Otro nadando huye el morir fiero.

Esfuerza, opone el pecho;
Mas cómo serás un afligido
Que va, el leño deshecho,

De flaca tabla asido,
Contra un abismo inmenso embravecido?
¡Ay, otra vez y ciento
Otras, seguro puerto deseado!
No me falte tu asiento,
Y falte cuanto amado,
Cuanto del ciego error es codiciado.

MORADA DEL CIELO.

Alma region luciente,
Prado de bienandanza, que ni el hielo
Ni con el rayo ardiente
Falleces, fértil suelo,
Produtor eterno de consuelo;
De púrpura y de nieve
Florida la cabeza, coronado,
A dulces pastos mueve
Sin honda ni cayado
El buen pastor en ti su hato amado.
El va, y en pos dichosas
Le siguen sus ovejas, dó las paze
Con inmortales rosas,
Con flor que siempre nace,
Y cuanto más se goza, más renace.
Ya dentro á la montaña
Del alto bien las guia, ya en la vena
Del gozo fiel las baña,
Y les da mesa llena,
Pastor y pasto él solo y suerte buena.

Y de su esfera cuando
 La cumbre toca altísimo subido
 El sol, él sesteando,
 De su hato ceñido
 Con dulce son deleita el santo oído.

Toca el rabel sonoro,
 Y el inmortal dulzor al alma pasa,
 Con que envilece el oro,
 Y ardiendo se traspasa,
 Y lanza en aquel bien libre de tasa.

¡Oh son! ¡oh voz! siquiera
 Pequeña parte alguna descendiese
 En mi sentido, y fuera
 De sí el alma pusiese,
 Y toda en ti, ¡oh amor! la convirtiese.

Conocería dónde
 Sesteas, dulce Esposo, y desatada
 De esta prision á donde
 Padece, á tu manada
 Junta, no ya andará perdida, errada.

EN LA ASCENSION.

¡Y dejas, Pastor santo,
 Tu grey en este valle hondo, oscuro,
 Con soledad y llanto,
 Y tú, rompiendo el puro
 Aire, te vas al inmortal seguro?

Los ántes bien hadados,
 Y los ahora tristes y afligidos,

A tus pechos criados,
 De ti desposeidos,
 ¿A dó convertirán ya sus sentidos?
 ¿Qué mirarán los ojos
 Que vieron de tu rostro la hermosura,
 Que no les sea enojos?
 Quien oyó tu dulzura,
 ¿Qué no tendrá por sordo y desventura?
 Aqueste mar turbado
 ¿Quién le pondrá ya freno? ¿quién concierto
 Al viento fiero, airado,
 Estando tú encubierto?
 ¿Qué norte guiará la nave al puerto?
 ¡Ay! nube envidiosa
 Aun de este breve gozo, ¿qué te aquejas?
 ¿Dó vuelas presurosa?
 ¡Cuán rica tú te alejas!
 ¡Cuán pobres y cuán ciegos ¡ay! nos dejas!
 «Tú llevas el tesoro
 » Que sólo á nuestra vida enriquecia,
 » Que desterraba el lloro,
 » Que nos resplandecia
 » Mil veces más que el puro y claro día.
 » ¿Qué lazo de diamante
 » ¡Ay alma! te detiene y encadena
 » A no seguir tu amante?
 » ¡Ay! rompe y sal de pena,
 » Colócate ya libre en luz serena.
 » ¿Que temes la salida?
 » ¿Podrá el terreno amor más que la ausencia

- » De tu querer y vida?
 » Sin cuerpo no es violencia
 » Vivir, más es sin Cristo y su presencia.
 » Dulce Señor y amigo,
 » Dulce padre y hermano, dulce esposo,
 » En pos de ti yo sigo
 » O puesto en tenebroso,
 » O puesto en lugar claro y glorioso.

Á SANTIAGO.

Las selvas conmoviera,
 Las fieras alimañas como Orfeo,
 Si ya mi canto fuera
 Igual á mi deseo,
 Cantando el nombre santo Zebedeo;
 Y fueran sus hazañas
 Por mí con voz eterna celebradas,
 Por quien son las Españas
 Del yugo desatadas
 Del bárbaro furor, y libertadas;
 Y aquella nave dichosa,
 De al cielo esclarecer merecedora,
 Que joya tan preciosa
 Nos trajo, fuera ahora
 Contada del que en Citia y Cairo mora.
 Osa el cruel tirano
 Ensangrentar en ti su injusta espada:
 No fué consejo humano;
 Estábase ordenada
 La primera corona, y consagrada.

Asaz de bien cumpliste
Lo que por ti fué á Cristo prometido;
De su cáliz bebiste,
Apénas que subido
Le viste al cielo, ya de ti partido.

No sufre larga ausencia,
No sufre, no, el amor que es verdadero;
La muerte y su inclemencia
Tiene por muy ligero
Medio, por ver al dulce compañero.

¡Oh viva fé constante!
¡Oh verdadero pecho, amor crecido!
Un punto de su amante
No vive dividido,
Síguele por los pasos, que habia ido.

Cual suele el fiel sirviente,
Si en el camino su amo le ha dejado,
Que haciendo prestamente
Lo que le fué mandado,
Vuelve corriendo al amo ya alejado.

Así entregado al viento
Del mar Ejeo al mar de Atlante vuela,
Dó puesto el fundamento
De la cristiana escuela,
Torna buscando á Cristo á remo y vela.

Allí por la maldita
Mano el sagrado cuello fué cortado...
Camina en paz, bendita
Alma, que ya has llegado
Al término por ti tan deseado.

A España, á quien amaste,
Que siempre al buen principio el fin responde,
Tu cuerpo le enviaste,
Para dar luz á donde
El sol su resplandor cubre y esconde.

Por los tendidos mares
La rica navecilla va cortando;
Nereidas á millares
Del agua el pecho alzando,
Turbadas entre sí, la van mirando.

Y de ellas hubo alguna,
Que con las manos de la nave asida,
La aguja con la una;
Y con la otra tendida
A las demás que alleguen las convida.

Ya pasa del Ejeo,
Vuela por el Ionio, atrás ya deja
El puerto Lilibeo,
De Córcega se aleja,
Y por llegar á nuestro mar se aqueja.

Esfuerza, viento, esfuerzo,
Hinche la santa vela, hiere en popa
El curso haz que no tuerza
Dó Abila casi topa
Con Calpe, hasta llegar al fin de Europa.

Y tú, España, segura
Del mal y cautiverio que te espera,
Con fé y voluntad pura
Acude á la ribera,
A recibir tu guarda verdadera.

Que tiempo será, cuando
De innumerables huestes rodeada,
Del cetro real y mando
Te verás derrocada
En sangre, en llanto y en dolor bañada.
De hácia el Mediodía,
Oye que la voz amarga suena,
La mar de Berbería
De flotas veo llena,
De gente hierven playa y el arena.
Con voluntad conforme
Las proas contra ti se dan al viento,
Y con clamor deforme
De pavoroso acento
Avivan del remar el movimiento.
Y la infernal Megera
La frente de culebras rodeada,
Guia la delantera
De la morisca armada
De llamas, de furor, de muerte airada.
¡Cielos! so cuyo amparo
España está, merced en tanta afrenta;
Si ya este suelo caro
Os fué, nunca consienta
Vuestra piedad, que un mal tan crudo sienta.
Mas ¡ay! que la sentencia
En tablas de diamante está esculpida;
Del Godo la potencia
Por el suelo caida,
España en breve tiempo es destruida.

¿Qué río caudaloso
Que los opuestos muelles ha rompido
Con sonido espantoso,
Por los campos tendido
Tan presto y tan feroz, jamás se vido?

Mas cese el triste llanto,
Recobre el Español su bravo pecho,
Que ya el Apóstol santo,
Un otro Marte hecho,
Del cielo viene á darle su derecho.

Vesle de limpio acero
Cercado, y con espada relumbrante,
Como un rayo ligero,
Cuanto le va delante
Destroza, y desbarata en un instante.

Del grave espanto herido,
Los rayos de su vista no sostiene
El pueblo descreido;
Por valiente se tiene
Cualquier que para huir ánimo tiene.

Como leon hambriento
Sigue, teñida en sangre espada y mano,
De más sangre sediento,
Al moro que huye en vano;
De muertos deja lleno el monte, el llano.

Huye, si puedes tanto,
Huye.... por demás es que no hay huida;
Bebe dolor y llanto
Por la misma medida
Con que de ti ya España fué medida.

¡Oh gloria, oh gran prez nuestra!

¡Escudo fiel, oh celestial guerrero!

Vencido ya se muestra

El africano fiero

Por ti, tan orgulloso de primero.

Por ti del vituperio,

Por ti de la afrentosa servidumbre

Y duro cautiverio

Libres en clara lumbre,

Y de la gloria estamos en la cumbre.

Siempre venció tu espada,

O fuese de tu mano poderosa,

O fuese meneada

De aquella generosa

Que sigue tu milicia victoriosa.

«Las enemigas haces

»No sufren de tu nombre el apellido;

»Con solo aqueste haces

»Que el Español oido

»Sea, y de un polo á otro tan temido.»

De tu virtud divina

La fama que resuena en toda parte,

Siquiera sea vecina,

Siquiera más se aparte,

A las gentes conduce á visitarte.

El áspero camino

Vence con devccion, y al fin te adora

El franco, el peregrino

Que Libia descolora,

El que en Poniente, el que en Levante mora.

Á TODOS LOS SANTOS.

¡Qué santo ó que gloriosa
Virtud, qué deidad, que el cielo admira,
¡Oh Musa poderosa
En la cristiana lira!
Diremos entre tanto que retira
El sol con presto vuelo
El rayo fugitivo, en este día
Que hace alarde el cielo
De su caballería?
¡Qué nombre entre estas breñas á porfía
Repetirá sonando
La imágen de la voz, en la manera
El aire deleitando,
Que el Efrateo hiciera
Del sacro y fresco Hermon por la ladera?
¡A dó ceñido el oro
Crespo de verde yedra, la montaña
Condujo con sonoro
Laud, con fuerza y maña
Del oso y del leon domó la saña?
Pues ¡quién diré primero,
Que el Alto y el Humilde, y que la vida
Por el manjar grosero
Restituyó perdida,
Que al cielo levantó nuestra caída?
Igual al Padre eterno,
Igual al que en la tierra nace y mora,
De quien tiembla el infierno,

A quien el sol adora,
En quien todo el ser vive y se mejora.
Tras dél el vientre entero,
La Madre de esta luz será cantada,
Clarísimo lucero
En esta mar turbada,
Del linaje humanal fiel abogada.
Espíritu-Divino,
No callaré tu voz, tu pecho opuesto
Contra el dragon maligno,
Ni tú en olvido puesto,
Que á defender mi vida estás dispuesto.
Osado en la promesa,
Barquero de la barca no sumida,
A ti mi voz profesa,
Y á ti que la lucida
Noche te traspasó de muerte á vida.
¿Quién no dirá tu lloro,
Tu bien trocado amor, ¡oh Magdalena!
De tu nardo el tesoro,
De cuyo olor la ajena
Casa, la redondez del mundo es llena?
Del Nilo moradora,
Tierna flor de saber y de pureza,
De ti yo canto ahora,
Que de la santa alteza
De Arabia esparce luz tu fortaleza.
¿Diré el rayo Africano,
Diré el Stridones sabio, elocuente,
O del panal romano,

O del que justamente
Nombraron Boca de Oro entre la gente?

Columna ardiente en fuego,
El firme y gran Basilio al cielo toca,
Mayor que el miedo y ruego,
Y ante su rica boca
La lengua de Demóstenes se apoca.

Cual árbol con los años
La gloria de Francisco sube y crece;
Y entre los ermitaños
El claro Anton parece
Luna que en las estrellas resplandece.

¡Ay padre! ¿y dó se ha ido
Aquel raro valor? ¡ay! ¿qué malvado
El oro ha destruido
De tu templo sagrado?
¿Quién zizañó tan mal tu buen sembrado?

A donde la azuzena
Lucía y el clavel, dó el rojo trigo,
Reina ahora la avena,
La granza, el enemigo
Cardo, la sin razon, el falso amigo.

Convierte piadoso
Tus ojos y nos mira, y con tu mano
Arranca poderoso
Lo malo y lo tirano,
Y planta aquello antiguo, santo y llano.

Da paz á aqueste pecho,
Que hierve con dolor en noche oscura;
Que fuera de este estrecho

Diré con mas dulzura
 Tu nombre, tu grandeza y hermosura.

No niego, dulce amparo
 Del alma, que mis males son mayores
 Que aqueste desamparo;
 Mas cuanto son peores,
 Tanto resonarán más tus loores.

Á UNA SEÑORA, PASADA LA MOCEDAD.

DE LA MAGDALENA.

Elisa, ya elpreciado
 Cabello que del oro escarnios hacía,
 La nieve ha demudado,
 ¡Ay! ¡Yo no te decia:
 «Recoge Elisa el pié, que vuela el dia?»

Ya los que prometian
 Durar en tu servicio eternamente,
 Ingratos se desvian,
 Por no mirar la frente
 Con rugas afeada, el negro diente.
 ¿Qué tienes del pasado
 Tiempo sino dolor? ¿cuál es el fruto
 Que tu labor te ha dado,
 Sino es tristeza y luto,
 Y el alma hecha sierva al vicio bruto?

¿Qué fé te guarda el vano,
 Por quien tú no guardaste la debida
 A tu bien soberano;
 Por quien mal proveida,

Perdiste de tu seno la querida
Prenda; por quien velaste,
Por quien ardiste en celo, por quien uno
El cielo fatigaste
Con gemido importuno,
Por quien nunca tuviste acuerdo alguno
De ti misma? Y ahora,
Rico de tus despojos, más ligero
Que el ave huye, y adora
A Lida el lisonjero;
Tú quedas entregada al dolor fiero.
¡Oh cuánto mejor fuera
El don de la hermosura que del cielo
Te vino, á cuyo era
Haberlo dado en velo
De santidad, ajeno al polvo, al suelo!
Mas hora no hay tardía,
Tanto nos es el cielo piadoso,
En cuanto dura el día;
El pecho hervoroso
En breve del dolor saca reposo.
Que la gentil señora
De Magdalo, bien que perdidamente
Dañada, en breve hora
Con el amor ferviente
Las llamas apagó del fuego ardiente.
Las llamas del malvado
Amor con otro amor mas encendido,
Y consiguió el estado
Que no fué concedido

Al huésped arrogante en bien fingido.

De amor guiada y pena,
Penetra el techo extraño, y atrevida
Ofrécese á la ajena
Presencia, y sábia olvida
El ojo mofador, busca la vida.

Y toda derrocada
A los divinos piés que la traian,
Lo que la en sí fiada
Gente olvidado habian,
Sus manos, boca y ojos lo hacian.

Lavaba, larga en lloro
Al que su torpe mal lavando estaba;
Limpiaba con el oro
Que la cabeza ornaba
A la limpieza, y paz á su paz daba.

Decia: «Solo amparo
De la miseria, extrema medicina
De mi salud, reparo
De tanto mal, inclina
A aqueste cieno tu piedad divina.

»¡Ay! ¿qué podrá ofrecerte
Quien todo lo perdió? Aquestas manos,
Osadas de ofenderte,
Aquestos ojos vanos
Te ofrezco, y estos labios tan profanos.

»Lo que sudó en tu ofensa
Trabaje en tu servicio, y de mis males
Proceda mi defensa;
Mis ojos dos mortales

Fraguas, dos fuentes sean manantiales.

»Bañen tus piés mis ojos,
Límpienlos mis cabellos, de tormento
Mi boca, y red de enojos
Les dé besos sin cuento,
Y lo que me condena te presento.

»Preséntote un sugeto
Tan malamente herido, cual conviene,
Dó un médico perfecto
De cuanto saber tiene
Dé muéstra, que por siglos mil resuene.»

Á NUESTRA SEÑORA.

Vírgen, que el sol más pura,
Gloria de los mortales, luz del cielo,
En quien la piedad es cual la alteza,
Los ojos vuelve al suelo,
Y mira un miserable en cárcel dura
Cercado de tinieblas y tristeza;
Y si mayor bajeza
No conoce ni igual el juicio humano,
Que el estado en que estoy por culpa ajena,
Con poderosa mano
Quiebra, Reina del cielo, esta cadena.

Vírgen, en cuyo seno
Halló la Deidad digno reposo,
Dó fué el rigor en dulce amor trocado,
Si blando al rigoroso
Volviste, bien podrás volver sereno

Un corazón de nubes rodeado;
Descubre el deseado
Rostro que admira el cielo, el suelo adora;
Las nubes huirán, lucirá el día.
Tu luz, alta Señora,
Venza esta ciega y triste noche mía.

 Virgen y madre junto,
De tu Hacedor dichosa engendradora,
A cuyos pechos floreció la vida,
Mira cómo empeora,
Y crece mi dolor más cada punto;
El odio cunde, la amistad se olvida;
Si no es de ti válida
La justicia y verdad, que tú engendraste,
¿Adónde hallarán seguro amparo?
Y pues madre eres, baste
Para contigo el ver mi desamparo.

 Virgen del sol vestida,
De luces eternas coronada,
Que huellas con divinos pies la luna;
Envidia emponzoñada,
Engaño agudo, lengua fementida,
Odio cruel, poder sin ley ninguna,
Me hacen guerra á una;
Pues contra un tal ejército maldito,
¿Cual pobre y desarmado será parte,
Si tu nombre bendito,
María, no se muestra por mi parte?

 Virgen, por quien vencida
Llora su perdición la sierpe fiera,

Su daño eterno, su burlado intento,
Miran de la ribera,
Seguras, muchas gentes mi caída,
El agua violenta, el flaco aliento;
Los unos con contento,
Los otros con espanto, el más piadoso
Con lástima la inútil voz fatiga;
Yo, puesto en ti el lloroso
Rostro, cortando voy la onda enemiga.

Vírgen, del Padre esposa,
Dulce madre del Hijo, templo santo
Del inmortal Amor, del hombre escudo,
No veo sino espanto:
Si miro la morada, es peligrosa;
Si la salida, incierta; el favor mudo,
El enemigo crudo,
Desnuda la verdad, muy proveida
De valedores, de armas la mentira;
La miserable vida
Solo cuando me vuelvo á ti respira.

Vírgen, que al alto ruego
No más humilde sí diste que honesto,
En quien los cielos contemplar desean;
Como terrero puesto,
Los brazos presos, de los ojos ciego,
A cien flechas estoy que me rodean,
Que en herirme se emplean:
Siento el dolor, mas no veo la mano,
Ni puedo huir ni me es dado escudarme,
Quiera tu soberano

Hijo, Madre de amor, por ti librarme.

Vírgen, lucero amado,
En mar tempestuoso clara guía,
A cuyo santo rayo calla el viento,
Mil olas á porfía
Hunden en el abismo un desarmado
Leño de vela y remo, que sin tiento
El húmedo elemento
Corre; la noche carga, el aire truera,
Ya por el suelo va, ya el cielo toca,
Gimé la rota antena;
Socorre ántes que embista en dura roca.

Vírgen, no inficionada
De la comun mancilla y mal primero
Que al humano linaje contamina,
Bien sabes que en ti espero
Desde mi tierna edad; y si malvada
Fuerza, que me venció, ha hecho indina
De tu guarda divina
Mi vida pecadora, tu clemencia
Tanto mostrará más su bien crecido,
Cuanto es más la dolencia,
Y yo merezco ménos ser valido.

Vírgen, el dolor fiero
Añuda ya la lengua, y no consiente
Que publique la voz cuanto desea;
Mas oye tú al doliente
Animo, que continuo á ti vocea.

ESPERANZAS BURLADAS

Huid contentos de mi triste pecho:
¿Qué engaño os vuelve á dó jamás pudistes
Tener asiento ni hacer provecho?

Tened en la memoria cuándo fuistes
Con público pregon ¡ay! desterrado
De toda mi comarca y reinos tristes;

A dó ya no vereis sino nublado,
Y viento, y torbellino, y lluvia fiera,
Suspiros encendidos y cuidados.

No pinta el prado aquí la primavera,
Ni nuevo sol jamás las nubes dora,
Ni canta el ruisueñor lo que ántes era.

La noche aquí se vela, aquí se llora
El dia miserable sin consuelo,
Y vence el mal de ayer el mal de ahora.

Guardad vuestro destierro, que ya el suelo
No puede dar contento al alma mia,
Si ya mil vueltas diere andando el cielo;

Guardad vuestro destierro, si alegría,
Si gozo y si descanso andais sembrando,
Que aqueste campo abrojos solo cria;

Guardad vuestro destierro, si tornando
De nuevo, no quereis ser castigados
Con crudo azote y con infame bando;

Guardad vuestro destierro, que olvidados
De vuestro ser en mí sereis, dolores;
Tal es la fuerza de mis duros hados.

Los bienes más queridos y mejores

Se mudan, y en mi daño se conjuran,
Y son por ofenderme á sí traidores.

Mancéllanse mis manos si se apuran,
La paz y la amistad me es cruda guerra,
La culpa falta, mas las penas duran.

Quien mis cadenas más estrecha y cierra
Es la inocencia mia y la pureza;
Cuando ella sube, entónces vengo á tierra.

Mudó su ley en mí naturaleza,
Y pudo en mi dolor lo que no entiende
Ni seso humano ni mayor viveza.

Cuanto desenlazarse más pretende
El pájaro cautivo, más se enliga,
Y la defensa mia más me ofende.

En mí la ajena culpa se castiga,
Y soy del malhechor ¡ay! prisionero,
Y quieren que de mí la fama diga:

«Dichoso el que jamás ni ley ni fuero,
Ni el alto tribunal, ni las ciudades,
Ni conoció del mundo el trato fiero;

Que por las inocentes soledades
Recoge el pobre cuerpo en vil cabaña,
Y el ánimo enriquece con verdades.

Cuando la luz el aire y tierras baña,
Levanta al puro sol las manos puras,
Sin que se las aplomen ódio y saña.

Sus noches son sabrosas y seguras,
La mesa le bastece alegremente
El campo, que no rompen rejas duras.

Lo justo le acompaña y la luciente

Verdad, la sencillez en pechos de oro,
La fé no colorada falsamente,
De ricas esperanzas almo coro,
Y paz con su descuido le rodean,
Y el gozo, cuyos ojos huye el lloro.»
Allí, contento, tus moradas sean,
Allí te lograrás, y á cada uno
De aquellos que de mí saber desean,
Les dí que no me viste en tiempo alguno.

AL SALIR DE LA CÁRCEL.

Aquí la envidia y mentira
Me tuvieron encerrado,
Dichoso el humilde estado
Del sábio que se retira
De aqueste mundo malvado;
Y con pobre mesa y casa
En el campo deleitoso
Con solo Dios se compasa,
Y á solas su vida pasa,
Ni envidiado ni envidioso.

IMITACION DE DIVERSOS.

Vuestra tirana exencion,
Y ese vuestro cuello erguido
Estoy cierto que Cupido
Pondrá en dura sujecion.
Vivid esquiva y exenta,

Que á mi cuenta
Vos servireis al amor,
Cuando de vuestro dolor
Ninguno quiera hacer cuenta;
 Cuando la dorada cumbre
Fuere de nieve esparcida,
Y las dos luces de vida
Recogieren ya su lumbre;
 Cuando la ruga enojosa
En la hermosa
Frente y cara se mostrare,
Y el tiempo que vuela helare
Esa fresca y linda rosa;
 Cuando os viéredes perdida,
Os perdereis por querer,
Sentireis que es padecer
Querer y no ser querida.
 Direis con dolor, señora,
Cada hora:
¡Quién tuviera ¡ay, sin ventura!
O ahora aquella hermosura
O ántes el amor de ahora!
 A mil gentes que agraviadas
Teneis con vuestra porfía
Dejareis en aquel día
Alegres y bien vengadas.
 Y por mil partes volando,
Publicando
El amor irá este cuento,
Para aviso y escarmiento

De quien huye de su bando.

¡Ay! Por Dios, señora bella,

Mirad por vos, mientras dura

Esa flor graciosa y pura,

Que el no gozalla es perdella.

Y pues no ménos discreta

Y perfecta

Sois que bella y desdeñosa,

Mirad que ninguna cosa

Hay que á amor no esté sujeta.

El amor gobierna el cielo

Con ley dulce eternamente:

¿Y pensais vos ser valiente

Contra él acá en el suelo?

Da movimiento y viveza

A belleza

El amor, y es dulce vida;

Y la suerte más valida

Sin él es triste pobreza.

¿Qué vale el beber en oro?

¿El vestir seda y brocado?

¿El techo rico labrado?

¿Los montones de tesoro?

¿Y qué vale, si á derecho

Os da pecho

El mundo todo y adora?

¿Si á la fin dormís, señora,

En el solo y frío lecho?

IMITACION DEL PETRARCA.

Mi trabajoso día
Un poco hácia la tarde se inclinaba,
Y libre ya del grave ardor pasado
Las fuerzas recogia,
Cuando sin entender quién me llevaba,
A la entrada me hallé de un verde prado
De flores mil sembrado,
Obra dó se extremó naturaleza:
El suave olor, la no vista belleza,
Me convidó á poner allí mi asiento;
¡Ay triste! que al momento
La flor quedó marchita
Y mi gozo tornó en pena infinita.

De labor peregrina
Una Casa Real ví, cual labrada
Ninguna fué jamás por sabio moro:
El muro plata fina,
De perlas y rubís era la entrada,
La torre de marfil, el techo de oro;
Riquísimo tesoro
Por las claras ventanas descubria,
Sonaba en lo interior dulce armonía,
Tan dulce que me puso en esperanza
De eterna bienandanza:
Entré, que no debiera,
Hallé por paraiso cárcel fiera.

Cercada de frescura,
Más clara que el cristal hallé una fuente

En un lugar secreto y deleitoso;
De entre una peña dura
Nacía, y murmurando dulcemente,
Con su correr hácia el campo hermoso:
Yo, todo deseoso,
Lancéme por beber; ¡ay triste y ciego!
Bebí por agua fresca ardiente fuego,
Y por mayor dolor, el cristalino
Curso mudó el camino,
Que es causa que muriendo
Ahora viva en sed y pena ardiendo.
De blanco y colorado
Una paloma, y de oro matizada,
La más bella y más blanda que se vido,
Se vino mansa al lado,
Cual una de las dos por quien guiada
La rueda es de quien reina en Pafó y Guido.
¡Ay! Yo de amor vencido,
En el seno la puse, y al instante
El pico en mí lanzó, cruel, tajante,
Y me robó del pecho el alma y vida;
Y luégo, convertida
En águila, alzó el vuelo,
Quedé merced pidiendo yo en el suelo.
Al fin vi una doncella
Con semblante real de gracia lleno,
De amor rico tesoro, y de hermosura;
Puesto delante de ella
Humilde le ofrecia, abierto el seno,
Mi corazon y vida con fé pura:

¡Ay, cuán poco el bien dura!
 Alegre lo tomó, y dejó bañada
 Mi alma de dulzor; mas luégo airada
 De mí se retiró por tal manera,
 Como si no tuviera
 En su poder mi suerte:
 ¡Ay dura vida! ¡Ay perezosa muerte!
 Cancion, estas visiones
 Causan en mí encendida
 Ansia de fenecer tan triste vida.

IMITACION DE HORACIO.

ODA IX, LIBRO II, NOM SEMPER.

No siempre descendiendo
 La lluvia de las nubes baña el suelo:
 Ni siempre está cubriendo
 La tierra el torpe yelo;
 Ni está la mar salada
 Siempre con tempestades alterada.
 Ni en la áspera montaña
 Los vientos de continuo haciendo guerra
 Ejecutan su saña;
 Ni siempre en la alta sierra
 Desnuda la arboleda
 Sin hoja, Nise, y sin verdor se queda.
 Mas tú continuamente
 Insistes en llorar á tu robada
 Madre con voz doliente:
 Y ni la luz dorada

Del sol cuando amanece
Mitiga tu dolor, ni si anochece.

Pues no lloró al querido
Antilocho sin fin al padre anciano,
Que tres edades vido;
Ni siempre en el troyano
Suelo fué lamentado
El príncipe Troilo en flor cortado.

Da fin á tus querellas:
Y vuelta al dulce canto que solias,
O canta mis centellas,
O tus duras porfías,
Que convierten en rios
Los siempre lagrimosos ojos mios.

Di como me robaste
De en medio el tierno pecho el alma y vida;
Di como me dejaste
Nunca de mí ofendida;
Y como tú de ingrata
Te precias, y de amar yo á quien me mata.

Y como aunque fallece
En mí ya la esperanza y alegría,
La fé viviendo crece
Más firme cada dia;
Y siendo el agraviado,
Perdon ante tus piés pido humillado.

IMITACION DE HORACIO.

ODA XII, LIBRO II.

Al canto y lira mia
No dicen las escuádras, las francesas
Banderas en Pavía
Cautivas, ni las armas cordobesas,
Ni el Nuevo Mundo hallado,
Ni el mar con turca sangre hora bañado.

Al son de trompa clara,
Y con heróico verso á ti conviene,
Grial, cantar la rara
Virtud del de Vivar que par no tiene,
Ó con más libre pluma
Hacer de nuestros hechos rica suma.

Mi musa no se emplee
Más de en la ilustre Nise, en su hermosura,
Que el sol igual no vee;
En la luz del mirar, y en la dulzura
De voz, que cuando suena
Alivia de dolor el alma y pena.

¿Por dicha habrá tesoro
Que á su rico cabello se compare,
Aunque se junte el oro
Que el indiano suelo engendra y pare,
Y cuanta pedrería
Ormuz á Portugal y Persia envía?

¿Pues qué sentido os deja?
¿Qué libertad no roba cuando inclina
Al beso, ó falsa aleja

La boca hermostísima y se inclina,
Amando el ser forzada,
Y á veces ella os besa no rogada?

SONETOS.

Amor casi de un vuelo me ha encumbrado
A donde no llegó ni el pensamiento;
Mas toda esta grandeza de contento
Me turba, y entristece este cuidado.

Que temo que no venga derrocado
Al suelo, por faltarle fundamento;
Que lo que en breve sube en alto asiento,
Suele desfallecer apresurado.

Mas luégo me consuela y asegura
El ver que soy, señora ilustre, obra
De vuestra sola gracia, y en vos fio:

Porque conservareis vuestra hechura,
Mis faltas suplireis con vuestra sobra,
Y vuestro bien hará durable el mio.

Alargo enfermo el paso, y vuelvo cuanto
Alargo el paso atrás el pensamiento;
No vuelvo, que ántes siempre miro atento
La causa de mi gozo y de mi llanto.

Allí estoy firme y quedo, mas en tanto,
Llevado del contrario movimiento,
Cual hace el extendido en el tormento,
Padezco fiero mal, fiero quebranto.

En partes, pues, diversas dividida

El alma por huir tan cruda pena,
 Quisiera dar ya al suelo estos despojos:
 Gime, suspira y llora desvalida,
 Y en medio del llorar sólo esto suena,
 ¡Cuando volveré, Nise, á ver tus ojos!

Ahora con la aurora se levanta
 Mi luz, ahora coge en rico ñudo
 El hermoso cabello, ahora el crudo
 Pecho ciñe con oro, y la garganta;
 Ahora vuelta al cielo, pura y santa,
 Las manos y ojos bellos alza, y pudo
 Dolerse ahora de mi mal agudo;
 Ahora incomparable tañe y canta:
 Así digo, y del dulce error llevado,
 Presente ante mis ojos la imagino,
 Y lleno de humildad y amor la adoro;
 Más luégo vuelve en sí el engañado
 Animo, y conociendo el desatino,
 La rienda suelta largamente al lloro.

¡Oh cortesía, oh dulce acogimiento,
 Oh celestial saber, oh gracia pura,
 Oh de valor dotado y de dulzura
 Pecho real y honesto pensamiento!
 ¡Oh luces del amor, querido asiento,
 Oh boca donde vive la hermosura,
 Oh habla suavísima, oh figura
 Angélica, oh mano, oh sabio acento!

Quien tiene en solo vos atesorado
 Su gozo y vida alegre, y su consuelo,
 Su bienaventurada y rica suerte:
 ¿Cuando de vos se viere desterrado,
 ¡Ay! que le quedará sino recelo,
 Y noche, y amargor, y llanto, y muerte?

Despues que no descubren su lucero
 Mis ojos lagrimosos noche y dia,
 Llevado del error sin vela y guia,
 Navego por un mar amargo y fiero:

El deseo, la ausencia, el carnicero
 Recelo, y de la ciega fantasía
 Las olas más furiosas á porfía
 Me llevan al peligro postrimero.

Aquí una voz me dice, cobre aliento,
 Señora, con la fé que me habeis dado,
 Y en mil y mil maneras repetido;

Más ¿cuánto de esto allá llevado ha el viento?
 Respondo; y á las olas entregado,
 El puerto desespero, el hondo pido.

APÉNDICE PRIMERO.

POESÍAS IMPRESAS,

QUE SE DUDA SEAN DE FRAY LUIS DE LEON; PORQUE FALTAN EN MUCHOS MANUSCRITOS, NO TIENEN SU ESTILO, Y ALGUNOS ESCRITORES DUDAN DE SU AUTENTICIDAD.

CANCION Á JESUCRISTO CRUCIFICADO.

Inocente Cordero,
En tu sangre bañado,
Con que del mundo los pecados quitas,
Del robusto madero
Por los brazos colgado
Abiertos, que abrazarme solicitas;
Ya que humilde marchitas
El color y hermosura
De ese rostro divino,
A la muerte vecino;
Antes que el alma soberana y pura
Parta para salvarme
Vuelve los mansos ojos á mirarme.
Ya que el amor inmenso
Con último regalo
Rompe de esa grandeza las cortinas,
Y con dolor intenso
Arrimado á ese palo,
La cabeza rodeada con espinas
Hácia la Madre inclinas,
Y que la voz despides
Bien de entrañas reales,

Y las culpas y males
A la grandeza de tu Padre pides,
Que sean perdonados,
Acuérdate, Señor, de mis pecados.

Aquí donde das muestras
De maniroto y largo
Con las palmas abiertas con los clavos;
Aquí donde tú muestras
Y ofreces mi descargo;
Aquí donde redimes los esclavos,
Dónde por todos cabos
Misericordia brotas,
Y el generoso pecho
No queda satisfecho
Hasta que el cuerpo de la sangre agotas;
Aquí, Redentor, quiero
Venir á tu justicia yo el primero.

Aquí quiero que mirès
Un pecador metido
En la ciega prision de sus errores;
Que no temo te aires
En mirarte ofendido,
Pues abogando estás por pecadores;
Que las culpas mayores
Son las que más declaran
Tu noble pecho santo,
De que te precias tanto;
Pues cuando las más graves se reparan,
En más tu sangre empleas,
Y más con tu clemencia te recreas.

Por mas que el peso grave
De mi culpa se siente
Cargar sobre mi corvo y flaco cuello,
Que tu yugo suave
Sacudió inobediente,
Quedando en nueva sujecion por ello;
Por más que el suelo huella
Con pasos tan cansados,
Alcanzarte confio;
Que, pues por el bien mio
Tienes los soberanos piés clavados
En un madero firme,
Seguro voy que no podrás huirme.

Seguro voy, Dios mio,
De que mi buen deseo
Siempre ha de hallar en tu clemencia puerto;
De ese corazon fio,
A quien ya claro veo
Por las ventanas de ese cuerpo abierto,
Que está tan descubierto,
Que á un ladron maniatado
Que lo há contigo á solas,
En dos palabras solas
Te lo tiene robado;
Y si esperamos, luégo
De aquí á bien poco la acertará un ciego.

A buen tiempo he llegado,
Pues es cuando tus bienes
Repartes con el Nuevo-Testamento,
Si á todos has mandado

Cuantos presentes tienes,
Tambien yo ante tus ojos me presento;
Y cuando en un momento
A la Madre hijo mandas,
Al discípulo Madre,
El espíritu al Padre,
Gloria al ladron,
¿Cómo entre tantas mandas
Ser mi desgracia puede
Tanta, que sólo yo vacío quede?

Miradme, que soy hijo
Que por mi inobediencia
Justamente podeis desheredarme;
Ya tu palabra dijo
Que hallaria clemencia
Siempre que á ti volviese á presentarme.
Aquí quiero abrazarme
A los piés de esta cama
Donde estás espirando;
Que si, como demando,
Oyes la voz llorosa que te llama,
Grande ventura espero,
Pues siendo hijo, quedaré heredero.

Por testimonio pido
A cuantos te están viendo,
Cómo á este tiempo bajas la cabeza:
Señal que has concedido
Lo que te estoy pidiendo,
Como siempre esperé de tu largueza.
¡Oh admirable grandeza!

¡Caridad verdadera!
 Que, como sea cierto
 Que hasta el testador muerto,
 No tiene el testamento fuerza entera,
 Tan generoso eres,
 Que porque todo se confirme, mueres.

Cancion, de aquí no hay paso,
 Las lágrimas sucedan
 En vez de las palabras que te quedan;
 Que esto nos pide el lastimoso caso,
 No contentos ahora,
 Cuando la tierra, el sol y el cielo llora.

Á NUESTRA SEÑORA.

No viéramos el rostro al Padre eterno
 Alegre, ni en el suelo al Hijo amado
 Quitar la tiranía del infierno,
 Ni el fiero capitan encadenado;
 Viviéramos en llanto sempiterno,
 Durara la ponzoña del bocado,
 Serenísima Virgen, si no hallara
 Tal Madre Dios en vos donde encarnara.

Que aunque el amor del hombre ya habia hecho
 Mover al Padre eterno á que enviase
 El único Engendrado de su pecho
 A que encarnando en vos le reparase,
 Con vos se remedió nuestro derecho,
 Hicistes nuestro bien se acrecentase,
 Estuvo nuestra vida en que quisistes,
 Madre digna de Dios, y así vencistes.

No tuvo el Padre más, Vírgen, que daros,
Pues quiso que de vos Cristo naciese,
Ni vos tuvistes más que deseáros,
Siendo el deseo tal, que en vos cupiese;
Habiendo de ser Madre, contentaros
Pudiérades con serlo de quien fuese
Méno*s* que Dios, aunque para tal madre,
Bien estuvo ser Dios el Hijo y Padre.

Con la humildad que al cielo enriquecistes,
Vuestro sér sobre el cielo levantastes,
Aquello que fué Dios solo no fuistes,
Y cuanto no fué Dios, atrás dejastes;
Del Espíritu-Santo concebistes,
Y al Verbo en vuestro vientre le cifrastes;
Que lo que el cielo y tierra no abrazaron,
Vuestras santas entrañas encerraron.

Y aunque sois Madre, sois Vírgen entera,
Hija de Adan, de culpa preservada;
Y en órden de nacer vos sois primera,
Y ántes que fuese el cielo sois criada;
Piadosa sois, pues la serpiente fiera
Por vos vió su cabeza quebrantada;
A Dios de Dios bajais del cielo al suelo,
Del hombre al hombre alzais del suelo al cielo.

Estais ahora, Vírgen generosa,
Con la perpétua Trinidad sentada,
Dó el Padre os llama Hija, el Espíritu Esposa,
Y el Hijo que engendrastes Madre amada.
De allí con larga mano y poderosa
Nos repartís la gracia que os es dada;

Allí gozais, y aquí para mi pluma,
Que en la esencia de Dios está la suma.

DEL MUNDO Y SU VANIDAD.

Los que teneis en tanto
La vanidad del mundanal ruido,
Cuál áspide al encanto
Del mágico temido,
Podréis tapar el contumaz oído.

¿Por qué mi ronca musa,
En lugar de cantar como solía,
Tristes querellas usa,
Y á sátira la guía
Del mundo la maldad y tiranía?

Escuchen mi lamento
Los que, cual yo, tuvieren justas quejas;
Que bien podrá su acento
Abrasar las orejas,
Rugar la frente, y enarcar las cejas.

Mas no podrá mi lengua
Sus males referir ni comprendellos,
Ni sin quedar con mengua
La menor parte de ellos,
Aunque se vuelvan lenguas mis cabellos.

Pluguiera á Dios que fuera
Igual á la experiencia el desengaño,
Que dáros de él pudiera,
Porque, si no me engaño,
Naciera gran provecho de mi daño.

No condeno del mundo
La máquina, pues es de Dios hechura;
En sus abismos fundo
La presente escritura,
Cuya verdad el campo me asegura.

Inciertas son sus leyes,
Incierta su medida y su balanza,
Sujetos son los reyes,
Y el que mas, alcanza
A miserable y súbita mudanza.

No hay cosa en él perfecta:
En medio de la paz arde la guerra,
Que al alma mas quieta
En los abismos cierra,
Y de su patria celestial destierra.

Es caduco y mudable,
Y en solo serlo más que peña firme,
En el bien variable,
Porque verdad confirme,
Y con decirla su maldad afirme.

Largas sus esperanzas,
Y para conseguir el tiempo breve,
Penosas las mudanzas
Del aire, sol y nieve,
Que en nuestro daño el cielo airado mueve.

Con rigor enemigo
Todas las cosas entre sí pelean,
Mas el hombre consigo,
Con quien todas guerrean,
Y cuya justa perdicion desean.

La soledad huida
Es de los por quien fué mas alabada,
La trápala seguida,
Y con sudor comprada
De aquellos por quien fué menospreciada.

La pobreza envidiosa,
La riqueza de todos envidiada,
Mas esta no reposa
Para ser conservada,
Ni puede aquella tener gusto en nada.

Es el mayor amigo
Espejo, mas de alinde en que nos vemos,
En presencia testigo
Del bien que no tenemos,
Y en ausencia del mal que no hacemos.

Pródigo en prometernos,
Y en cumplir tus promesas, mundo avaro,
Tus cargos y gobiernos
Nos enseñan bien claro
Que es tu mayor placer, de balde, caro.

Guay del que los procura,
Pues hace la prision, adonde queda
En servidumbre dura,
Cual gusano de seda,
Que en su delgada fábrica se enreda.

Porque el mejor es cargo,
Y muy pesado de llevar ahora,
Y despues más amargo,
Pues perdeis á deshora
Su breve gusto, que sin fin se llora.

Tal es la desventura
De nuestra vida y las miserias de ella,
Que es próspera ventura
Nunca jamás tenella
Con justo sobresalto de perdella.

¡De dó, señores, nace
Que nadie de su estado está contento,
Y más le satisface
Al libre el casamiento,
Y al que es casado, el libre pensamiento?

¡Oh dichosos tratantes!
Ya quebrantado del pesado hierro,
Escapado denantes
Por acertado yerro,
Dice el soldado en áspero destierro;

Que pasais vuestra vida
Libre ya de trabajosa pena,
Segura la comida,
Y mucho más la cena;
Llena de risa, y de pesar ajena.

¡Oh dichoso soldado!
Responde el mercader, de ese espacioso
Mar en alto llevado,
Que gozas del reposo
Con presta muerte ó con vencer gozoso.

Del rústico villano
La vida con razon envidia y ama
El consulto tirano,
Cuando desde su cama
Oye la voz del consultor que llama;

El cual por la fianza
Del campo á la ciudad por él llevado,
Llama sin esperanza,
Del buey y corvo arado
Al ciudadano bienaventurado.

Y no solo sujetos
Los hombres viven á miserias tales,
Que por ser más perfectos,
Lo son todos sus males,
Sino tambien los brutos animales.

Del arado quejoso,
El perezoso buey pide la silla,
Y el caballo brioso
¡Mira qué maravilla!
Querria mas arar que no sufrilla.

Y lo que más admira,
Mundo cruel, de tu costumbre mala,
Es ver cómo el que aspira
Al bien que le señala
Su misma inclinacion, luégo' resbala.

Pues no tan presto llega
Al término por él tan deseado,
Cuando es de torpe y ciega
Voluntad despreciado,
O de fortuna en tierno agraz cortado.

Bastáranos la prueba
Que en otros tiempos ha la muerte hecho,
Sin la funesta nueva
De don Juan, cuyo pecho
Alevemente de ella fué deshecho.

Con lágrimas de fuego,
Hasta quedar en ellas abrasado,
O por lo ménos ciego,
De míserás llorado,
Por no ver tanto bien tan mal logrado.

La rigurosa muerte
Del bien de los cristianos envidiosa,
Rompió de un golpe fuerte
La esperanza dichosa,
Y del infiel la pena temerosa.

Mas porque de cumplida
Gloria no goce, de morir tal hombre,
La gente descreida,
Tu muerte los asombre
Con sola la memoria de tu nombre.

Sientan lo que sentimos,
Su gloria vaya con pesar mezclada,
Recuérdense que vimos
La mar acrecentada
Con su sangre vertida, y no vengada.

La grave desventura
Del Lusitano, por su mal valiente,
La soberbia y locura
De su bisoña gente
Desbaratada miserablemente.

Siempre debe llorarse,
Si como manda la razon se llora;
Mas no podrá jactarse
La parte vencedora,
Pues reyes dió por rey la gente mora.

Así que, nuestra pena
No les pudo causar perpétua gloria,
Pues siendo toda llena
De sangrienta memoria,
No sé puede llamar buena victoria.

Callo las otras muertes
De tantos Reyes en tan pocos días,
Cuyas fúnebres suertes
Fueron anatomías,
Que liquidar podrán las peñas frías.

Sin duda cosas tales,
Que en nuestro daño todas se conjuran,
De venideros males
Muestras nos aseguran,
Y al fin universal nos apresuran.

¡Oh ciego desatino!
Que llevas nuestras almas encantadas
Por áspero camino,
Por partes desusadas
Al reino del olvido condenadas.

Sacude con presteza
Del leve corazón el grave sueño,
Y la tibia pereza
Que con razón desdeño,
Y al ejercicio aspira que te enseñe.

Soy hombre piadoso
De tu misma salud, que va perdida;
Sácala del penoso
Trance dó está metida;
Evitarás la natural caída,

A la cual nos inclina
La justa pena del primer bocado;
Mas en la rica mina
Del inmortal costado,
Muerto de amor, serás vivificado.

DEL CONOCIMIENTO DE SÍ MISMO.

CANCION.

En el profundo del abismo estaba
Del no ser encerrado y detenido,
Sin poder ni saber salir afuera,
Y todo lo que es algo en mí faltaba,
La vida, el alma, el cuerpo y el sentido,
Y en fin, mi sér no sér entónces era,
Y así de esta manera
Estuve eternamente,
Nada visible, y sin tratar con gente;
En tal suerte, que aún era muy más buena
Del ancho mar la más menuda arena,
Y el gusanillo de la gente hollado
Un rey era, conmigo comparado.

Estando pues en tal tiniebla oscura,
Volviendo ya con curso presuroso
La sexta edad, el estrellado cielo,
Miró el gran padre, Dios, de la natura,
Y vióme en sí benigno y amoroso,
Y sacóme á la luz de aqueste suelo;
Vistióme de este velo
De flaca carne y hueso,

Mas dióme el alma, á quien no hubiera peso
Que impidiera llegar á la presencia
De la divina é inefable Esencia,
Si la primera culpa no agravara
Su ligereza, y alas derribara.

¡Oh culpa amarga, y cuánto bien quitaste
Al alma mia! ¡cuánto mal hiciste!
Luégo que fué criada y junto infusa,
Tú de gracia y justicia la privaste,
Y al mismo Dios contraria la pusiste,
Ciega, enemiga, sin favor, confusa,
Por ti siempre rehusa
El bien, y la molesta
La virtud, y á los vicios está presta:
Por ti la fiera muerte ensangrentada,
Por ti toda miseria tuvo entrada,
Hambre, dolor, gemido, fuego, invierno,
Pobreza, enfermedad, pecado, infierno.

Así que, en los pañales del pecado
Fuí como todos luégo al punto envuelto,
Y con la obligacion de eterna pena
Con tanta fuerza y tan estrecho atado,
Que no pudiera de ella verme suelto
En virtud propia ni en virtud ajena.
Sino de aquella, llena
De piedad tan fuerte
Bondad, que con su muerte á nuestra muerte
Mató, y gloriosamente hubo deshecho,
Rompiendo el amoroso y sacro pecho,
De donde mana soberana fuente

De gracia y de salud á toda gente.

En esto plugo á la bondad inmensa

Darme otro sér mas alto que tenía,

Bañándome en el agua consagrada,

Quedó con esto limpia de la ofensa,

Graciosísima y bella el alma mia,

De mil bienes y dones adornada;

En fin, cual desposada

Con el Rey de la gloria:

¡Oh cuán dulce y suavísima memoria!

Allí la recibió por cara esposa,

Y ella le prometió de no amar cosa

Fuera de él ó por él miétras viviese:

¡Oh si, de hoy mas siquiera, lo cumpliese!

Crecí despues, y fuí en edad entrando,

Llegué á la discrecion, con que debiera

Entregarme á quien tanto me habia dado;

Y en vez de esto, la lealtad quebrando

Que en el bautismo sacro prometiera,

Y con mi propio nombre habia firmado,

Aun no hubo bien llegado

El deleite vicioso

Del cruel enemigo venenoso,

Cuando con todo dí en un punto al traste:

¡Hay corazon tan duro en sí, que baste

A no romperse dentro en nuestro seno,

De pena el mio, de lástima el ajeno?

Más que la tierra queda tenebrosa

Cuando su claro rostro el sol ausenta,

Y á bañar lleva al mar su carro de oro;

Más estéril, más seca y pedregosa
Que cuando largo tiempo está sedienta,
Quedó mi alma sin aquel tesoro
Por quien yo plaño y lloro,
Y hay que llorar contino,
Pues que quedé sin luz del sol divino,
Y sin aquel rocío soberano
Que obraba en ella el celestial verano;
Ciega, disforme, torpe, y á la hora
Hecha una vil esclava, de señora.
¡Oh Padre inmenso! que inmóvil estando,
Das á las cosas movimiento y vida,
Y las gobiernas tan suavemente,
¿Qué amor detuvo tu justicia, cuando
Mi alma, tan ingrata y atrevida,
Dejando á ti, del bien eterno fuente,
Con ansia tan ardiente
En aguas detenidas
De cisternas corruptas y podridas,
Se echó de pechos ante tu presencia?
¡Oh divina y altísima clemencia!
¡Que no me despeñases al momento
En el lago profundo del tormento!
Sufrióme entónces tu piedad divina,
Y sacóme de aquel hediondo cieno,
Dó sin sentir aun el hedor estaba
Con falsa paz el ánima mezquina,
Juzgando por tan rico y tan sereno
El miserable estado que gozaba,
Que solo deseaba

Perpétuo aquel contento:

Pero sopló á deshora un manso viento
Del Espíritu eterno, y enviando
Un aire dulce al alma, fué llevando
La espesa niebla que la luz cubria,
Dándole un claro y muy sereno dia.

Vió luégo de su estado la vileza,
En que guardando inmundos animales,
De su tan vil manjar áun no se hartaba;
Vió el fruto del deleite y de torpeza
Ser confusion y penas tan mortales;
Temió la recta y no doblada vara,
Y la severa cara.

De aquel Juez sempiterno:

La muerte, juicio, gloria, fuego, infierno,
Cada cual acudiendo por su parte,
La cercan con tal fuerza y de tal arte,
Que quedando confuso y temeroso,
Temblando estaba, sin hallar reposo.

Ya que, en mí vuelto, sosegué algun tanto,
En lágrimas bañando el pecho y suelo,
Y con suspiros abrasando el viento,
«Padre piadoso, dije, Padre santo,
Benigno Padre, Padre de consuelo,
Perdonad, Padre, aqueste atrevimiento;
A vos vengo, aunque siento,
De mí mismo corrido,
Que no merezco ser de vos oido;
Mas mirad las heridas que me han hecho
Mis pecados, cuán roto y cuán deshecho

Me tienen, y cuán pobre y miserable,
Ciego, leproso, enfermo, lamentable.

»Mostrad vuestras entrañas amorosas
En recibirme ahora y perdonarme,
Pues es, benigno Dios, tan propio vuestro
Tener piedad de todas vuestras cosas;
Y si os place, Señor, de castigarme,
No me entregueis al enemigo nuestro;
A diestro y á siniestro
Tomad vos la venganza,
Herid en mí con fuego, azote y lanza;
Cortad, quemad, romped, sin duelo alguno
Atormentad mis miembros de uno á uno:
Con que, despues de aqueste tal castigo,
Volvais á ser, mi Dios, mi buen amigo.»

Apénas hube dicho aquesto, cuando
Con los brazos abiertos me levanta,
Y me otorga su amor, su gracia y vida,
Y á mis males y llagas aplicando
La medicina soberana y santa
A tal enfermedad constituida,
Me deja sin herida,
De todo punto sano,
Pero con las heridas del tirano
Hábito, que iba ya en naturaleza
Volviéndose, y con una tal flaqueza,
Que aunque sané del mal y su accidente.
Diez años há que soy convaleciente.

EPITAFIO AL TÚMULO DEL PRÍNCIPE DON CÁRLOS.

Aquí yacen de Cárlos los despojos,
 La parte principal volvióse al cielo,
 Con ella fué el valor, quedóle al suelo
 Miedo en el corazon, llanto en los ojos.

CANCION Á LA MUERTE DEL MISMO.

Quien viere el suntuoso
 Túmulo al alto cielo levantado,
 De luto rodeado,
 De lumbres mil copioso,
 Si se pára á mirar quién es el muerto,
 Será desde hoy bien cierto,
 Que no podrá en el mundo bastar nada
 Para estorbar la fiera muerte airada;

Ni edad, ni gentileza,
 Ni sangre real antigua y generosa,
 Ni de la más gloriosa
 Corona la belleza,
 Ni fuerte corazon, ni muestras claras
 De altas virtudes raras,
 Ni tan gran padre, ni tan grande abuelo,
 Que llenan con su fama tierra y cielo.

¿Quién ha de estar seguro,
 Pues la fénix que sola tuvo el mundo,
 Y otro Cárlos Segundo,
 Nos lleva el hado duro.
 Y vimos sin color tu blanca cara,

A su España tan cara,
 Como la tierna rosa delicada,
 Que fué sin tiempo y sin sazón cortada?
 Ilustre y alto mozo,
 A quien el cielo dió tan corta vida,
 Que apenas fué sentida,
 Fuiste breve gozo,
 Y ahora luengo llanto de tu España,
 De Flandes y Alemaña,
 Italia, y de aquel mundo nuevo y rico,
 Con quien cualquier imperio es corto y chico.

No temas que la muerte
 Vaya de tus despojos victoriosa;
 Antes irá medrosa
 De tú espíritu fuerte,
 Las hazañas ínclitas que hicieras,
 Los triunfos que tuvieras;
 Y vió que á no perderte se perdía,
 Y así el mismo temor le dió osadía.

APÉNDICE SEGUNDO.

POESÍAS INÉDITAS,

QUE FUNDADAMENTE SE CREEN SER DE FRAY LUIS DE LEÓN.

CANCION Á LA MUERTE DEL MAESTRO TURNON.

Escuela esclarecida,
 Gloria de todas cuantas
 Alumbra el sol hermoso y cubre el cielo,

Estás tan afligida,
Y con lágrimas tantas
Bañas tan tierna y tristemente el suelo,
Que el más dulce consuelo
En rostro te daría,
Y el más alto contento
En lágrimas amargas volvería;
Y así mi ingenio y arte
No gastarán el tiempo en consolarte.

Pero así lamentando
La muerte tan sin tiempo
Del que tu noble senectud honraba,
Vuelve de cuando en cuando
A contemplar el templo
Dó la inmortal corona le esperaba;
Y que el cielo aguardaba
Al tiempo que su gloria
La tierra dilatase,
Porque perpetuase
En una y otra parte su memoria;
Y como ya en el suelo
Eternizada estaba, fuese al cielo.

Mas si por acordarte
De su temprana muerte
No puedes concluir tu amargo llanto,
Mira que no fué parte
Para dolor tan fuerte
Aquel forzoso y repentino espanto;
Mira el lucido manto,
Y en el escaño de oro

Perpétuo entronizado,
Verás el Hijo amado
Gozar del rico é inmortal tesoro;
Que ahora no tuviera
Si el ánima del cuerpo no partiera.

Aquellas nueve hermanas
No acaban de quejarse
De las tres horrorosas hilanderas
Sangrientas y tiranas,
Que sin jamás cansarse
Mueven las manos negras y ligeras;
Maldicen las tijeras
De riguroso filo,
Que del ingenio raro
De todas nueve amparo
Cortaron tan tempranamente el hilo,
Cuando el fruto cogia,
Que en otro tiempo cierto prometia.

Con ansia y con ternura
Todas nueve llorando,
Las frentes de laurel verde ceñidas,
Su clara hermosura
Con lágrimas turbando,
De las manos de cuando en cuando asidas
Y de negro vestidas,
En lamentable punto
Sobre la losa fría
Con amarga armonía
Hagan lúgubres honras al difunto;
Después de celebradas

Las coronas le dejen consagradas.

En mármol esculpidas

Pongan letras honrosas,

Donde no podrá el tiempo hacerles daño,

De oro guarnecidas,

Sutiles y hermosas,

Y vengan al sepulcro de año en año

A lamentar su daño;

Y pues traerán la frente

No de laurel cercada:

Allí venga esmaltada

La desdicha de todas diestramente

Con esta letra en torno:

«Turnon fué de las musas el adorno.»

Tus hijos eminentes,

Escuela celebrada,

La falta plañirán del docto hermano,

Y las extrañas gentes

A donde publicada

Fuere de aquel ingenio soberano

La muerte y fin temprano:

Y tú, fama ligera,

Sin perezoso vuelo

Por todo el ancho suelo

Canta con voz su nombre pregonera;

Y si no la levantas,

Hasta el cielo estrellado humilde cantas.

En su feliz memoria,

De mármol blanco y frío

Un sepulcro levanta suntuoso,

Que señale la gloria
 De su nombre divino,
 Que nuestro siglo hizo venturoso;
 Y un epitafio hermoso
 Escribe de esta suerte:
 «Aunque estás sepultado
 Aquí en mármol labrado,
 Claro Turnon, ni el tiempo ni la muerte,
 Ni ménos el olvido,
 Sepultarán tu nombre esclarecido.»

EL ALMA SE DESCRIBE Á SÍ MISMA.

De tres soy la segunda hermosura
 En que de Dios reluce la belleza;
 Ser alma, sin doblez, clara figura
 De la alta Trinidad es mi nobleza;
 De un solo poder fué mi ventura
 Naciese á inmortal naturaleza;
 Acá ninguno puede sujetarme,
 Donde faltó poder para criarme.

Soy singular en dar y tomar vida,
 Y dóila á quien me da alojamiento;
 Recíbola de Dios, que es la medida
 Del sér, regla, compás y fundamento;
 Soy, pues, dentro la Madre concebida
 De todo lo mortal, por cuyo asiento
 Escondo mi virtud, lustre y tesoro
 Y ella sube más que plata y oro.

Deseo con amor muy verdadero
 La paz de mi mortal carne enemiga,

Y ya que me dejare, luégo espero
Hacer con ella al fin eterna liga.
Puede ver y moverse cuando quiere,
Y yo no puedo tal sin que la siga,
Quedando libre en mí la Trinidad
Memoria, entendimiento y voluntad.

Es poco para mí el firmamento,
El aire, tierra y mar con sus primiores;
Ni me bastan á dar contentamiento
Los ángeles á mí algo mayores;
Tengo de mi caudal conocimiento,
Que hay para gozar bienes mejores;
A dó ni quema el sol acelerado,
Ni llega nieve, niebla ni nublado.

Y tanto es igualmente encendido
El corazon del firme, namorado,
En cuanto es más ó ménos entendido
El sér, gracia y valor del que es amado;
Ni la suma bondad ha consentido
Fuese apetito bueno defraudado;
Pues si vida inmortal hay, y la veo,
No hará buria Dios de mi deseo.

Conmigo fué servido desposarse
Mi mismo Hacedor acá en el suelo,
Y dentro de mi pecho regalarse
Hinchiéndole de amor, paz y consuelo;
Por me buscar anduvo sin cansarse
En hábito servil y mortal velo;
Mostró por me salvar su excelencia,
Su bondad y saber y omnipotencia.

Vime de ricas perlas arreada,
De gracia, de virtud y dones llena,
De aquí á poco rato despojada,
En lloro, y en afan y mortal pena;
Mas viendo Dios la triste encarcelada,
Romper muriendo quiso la cadena;
Fué por mí tan dichosa la victoria
Que redundó el mal en mayor gloria.

Á LA VIDA RELIGIOSA.

Mil varios pensamientos
Mi alma en un instante revolvía,
Cercada de tormentos,
De pena y agonía,
Buscando algun descanso y alegría;
Mas, como no hallaba
Contento en esta vida ni reposo,
Desalada buscaba
Con paso presuroso
A su querido amor y dulce esposo,
Y andándole buscando,
Cansada, se sentó junto á una fuente
Que la iba destilando
Un risco mansamente,
Regando el verde prado su corriente.
Las parleruelas aves
Una acordada música hacían
De voces tan suaves,

Que al alma enternecian,
Y en amor de su esposo la encendian:
Y con gentil donaire
Plegando y desplegando sus alillas,
Jugaban por el aire
Las simples avecillas,
Divididas en órden por cuadrillas;
Y en forma de torneo
Las unas con las otras se encontraban,
Con ligero meneo
Despues revoleaban,
Y entre la verde yerba gorjeaban.
Gozando de esta fiesta
Mi alma, entre mil flores recostada,
Durmió un poco la siesta,
Y estando descuidada,
Oyó una voz que la dejó admirada.
«No temas, la decia;
Mas oye atentamente lo que digo:
Si buscas alegría
Y estar siempre conmigo,
Huye del mundo y de quien es su amigo;
»Que si al trabajo huyes,
Y gustas de deleites y consuelo,
Sabe que te destruyes,
Pues truecas por el suelo
La gloria eterna del empíreo cielo.
»Mira que estás cercada
De tres contrarios tuyos capitales,
Y vives descuidada

De los crecidos males
Que te podrán causar contrarios tales.

»Advierte que está el uno
Apoderado ya de tu castillo,
Y los dos de consuno
Comienzan á batillo,
Sin que tus fuerzas puedan resistillo.

»Déjales por despojos
El contento, regalo y la riqueza,
Y no vuelvas los ojos
A ver esa vileza,
Pues cuanto dejar puedes es pobreza.

»Que si dejares uno,
Ciento tendrás por él en esta vida
Sin descontento alguno;
Y allá en la despedida
Dárate Dios la gloria prometida.

»Verás en este suelo,
Dando de mano al mundo fementido,
Un retrato del cielo
Que Dios tiene escondido
En la celdilla pobre y el vestido.

»Ajeno del cuidado
Que al mercader sediento trae ansioso,
De solo Dios pagado,
Se goza el religioso,
Libre del mundo falso y engañoso.

»No busca los favores
Que al ambicioso traen desvelado
En casas de señores;

Mas ántes retirado
Goza su suerte y su feliz estado.

»No tiene desconsuelo
Ni puede entristecerle cosa alguna,
Porque es Dios su consuelo,
Ni la vana fortuna
Con su mudable rueda le importuna.

»La casa y celda estrecha
Alcázar le parece torreado;
La túnica deshecha,
Vestido recamado;
Y el suelo duro, lecho delicado.

»El cilicio tejido
De punzadoras cerdas de animales,
Que al cuerpo está ceñido,
Aparta de los males
Que causa el ciego amor á los mortales.

»La disciplina dura
De retorcido alambre le da gusto,
Pues cura la locura
Del estragado gusto
Que huye á rienda suelta de lo justo.

»En estos ejercicios
Su vida pasa más que venturosa,
Apartado de vicios,
Sin que le dañe cosa
Mundo, demonio, carne pegajosa.

»Cuanto el seglar procura
Adquirir con deleites y hacienda
Le dan de añadidura,

No más de porque atienda
Al servicio de Dios, y no le ofenda.»

Gustaba en gran manera
Mi alma de la plática que oía;
Y para ver quién era
El que aquello decía,
Durmiendo, aquí y allí me revolvia.

Mas tocando la mano
Al agua cristalina de la fuente,
Salió mi intento vano,
Pues luégo de repente
La voz se fué y el sueño juntamente.

**LIRA EN LOOR Y HONRA DE DIOS NUESTRO SEÑOR,
TOMANDO OCASION DE LAS CRIATURAS.**

Cuando la noche oscura
Romper quiere su velo tenebroso
Y triste vestidura,
Que afea el cielo hermoso
Y envuelve su belleza y ser gracioso:
La redondez criada
La aurora en su salida hermosea,
Su cabeza dorada
Sus cabellos ondea,
Y todo el orbe con su luz rodea.

El aire en su pureza,
Vestido de estos claros resplandores,
Descubre su belleza,
Y los altos vapores
Ofrecen á la vista mil colores.

¡Quién los ojos extiende
Al horizonte así clarificado,
Que en fuego no se enciende,
Y queda enamorado
De quien ser tan hermoso fué criado?

En las ramas frondosas
Con arte natural cantan las aves,
En la pluma vistosas,
Con el cantar suaves,
Y el alma libran de cuidados graves.

¡Oh canto y armonía,
Que todo el bosque umbroso tiene atento,
Suave melodía
De dulce sentimiento,
Que al cielo tras sí roba el pensamiento!

La tecla más aguda
En su más alto punto levantada
Parece ronca y muda,
Si en canto es comparada
Con este son y música acertada.

Aquellas nueve hermanas
Que en el parnaso monte á coros cantan,
No se muestren ufanas,
Si á las fieras encantan:
Que á Dios estotras el amor levantan.

En su carro triunfal
De la naturaleza fabricado,
Con mano artificial
De fino oro labrado,
Y más que de rubíes esmaltado,

Las riendas aflojando
El sol á nuestro polo se apresura,
Sus caballos guiando,
A la suprema altura
De donde da á las sombras estrechura.

Y luégo que parece
Encima de la sierra ó alta cumbre,
La luna se oscurece,
Vencida de esta lumbre,
Con toda la estrelláda muchedumbre.

Si alguna nube oscura
De sus dorados rayos es tocada,
Se vuelve clara y pura,
Hermosa, arrebolada,
De diversos colores matizada.

Rocío de Diana
Y de su cabellera sacudido
En la fresca mañana,
Siendo del sol herido,
Más que cristal se muestra esclarecido.

De plantas olorosas
La verde pradería rodeada,
De flores y de rosas
Al natural pintadas,
De este rocío queda aljofarada.

Mas pues no se defiende
De las fébeas llamas la verdura,
Y el aire más se enciende
Y pierde su frescura,
Quiérome retirar á la espesura.

¡Oh alta Providencia
Del que crió los árboles hojosos
Para hacer resistencia
A los rayos penosos
Del sol al mediodía calurosos!
Al bosque está cercana
La cumbre de la sierra más airosa,
Donde una fuente mana
En su correr graciosa,
Que al arboleda baja presurosa.
Con un dulce sonido
Su curso entre las yerbas va guiando,
Y con manso ruido
Las guijas va volcando,
A todas de la arena levantando.
Y por entre las hojas
Del sol los claros rayos aparecen,
Las arenitas rojas
Con ellos resplandecen,
Que á las del Tajo aurífero parecen.
Despues que aquesta fuente
Ha regado los árboles ramosos,
Juntando su corriente,
Con pasos presurosos
Se extiende en dos estanques espaciosos,
Dó las aguas cortando
Nadáran los peces con destreza,
Sus alas desplegando
Con tanta ligereza,
Que vencen á la vista y su firmeza.

Aquí y allí pasean
Con saltos y ligero movimiento,
Adornan y hermocean
El frígido elemento,
De quien su ser reciben y sustento.

¡Ay Dios! cuando esto miro
Para mi bien y gusto fabricado,
Y por tu amor suspiro,
Y ser tan inflamado
Cuanto por esto quieres ser amado.

En una fria peña
Vereis una gran vena y abertura,
Por donde se despeña
El agua ya más pura
Para mostrar del todo su hermosura.

Despues sale brotando
Con natural donaire y gentileza,
Sus saltos levantando
Con el vuelo y presteza,
Que á su peso negó naturaleza.

Al son de su ruido
Alrededor las aves se embebecen,
Delítase el oido,
Los ojos se adormecen,
Que de velar cansados desfallecen.

Los árboles mirando
El agua cristalina en su pureza,
De sí se están pagando,
Mirando la belleza
Que á tal tiempo les dió naturaleza.

El frescor de esta fuente
El fuego de la siesta está templando,
Hasta que del Oriente
El sol se va alejando,
Las sombras paso á paso acrecentando.

Y las aguas marinas
Con sus prestos caballos rompe á nado,
A las tierras vecinas
De su luz ha privado,
De noche el aire queda rodeado.

Esferas celestiales,
Que con primor divino estais labradas
De luces eternas
En órden esmaltadas,
Y de dorados clavos tachonadas:

Mostrad vuestra alegría
En esta oscuridad centelleando,
Y todas á porfía
Los aires alumbrando,
Suplid la luz de quien os la está dando.

Salid, claros planetas,
De rayos más serenos encendidos;
Corred, altos cometas,
Que siendo consumidos
Jamás sereis por rastro conocidos.

Las riendas retiradas
Afloja á los que traen tu litera,
O luna plateada
De la menor esfera,
Que la gente etiópica te espera.

¡Ay orbes celestiales!

Cuán bien me da á entender vuestra figura
Los rayos divinales,
La gloria y hermosura
Que tiene el gran Pintor de esta pintura.

Y pues toda la tierra
Tan fea me parece viendo el cielo
Y todo lo que encierra
El estrellado velo,
No quiero desde hoy más amor del suelo.

Por ti, corte divina,
Por ti, casa de Dios, ciudad sagrada,
Mi alma peregrina,
De ti tan alejada,
Suspira caminando su jornada.

¡Oh aires sosegados
Ya libres de las voces y ruidos
Al cielo encaminados,
Del corazon salidos,
Llevad con vuestras ondas mis gemidos.

Lleguen á la presencia
Del Uno entre millares escogido,
Lamentando su ausencia:
En tierra del olvido
Queda mi corazon de amor herido.

Y mi alma afligida
En duro cautiverio, y mal tan fuerte,
Tendrá toda su vida
Por venturosa suerte
Vivir en esperanza de allá verte.

LIRA Á LA MAGDALENA.

Si de mi bajo estilo,
De mi dura zampoña el descontento,
No me cortase el hilo
El que me da aliento
Para poder seguir tan alto intento,
Diré de Magdalena
Y su raro valor: pues pudo tanto
Que con su breve pena
Y temporal quebranto
Fué libre del eterno y triste llanto.
Estábase afligiendo
Sobre los piés sagrados derramando
Arroyos, que gimiendo
Iba de cuando en cuando
Con los rubios cabellos enjugando.
Y de oloroso unguento
Cubriendo la cabeza delicada,
Mostrando el sentimiento
En lágrimas bañada,
Del verse de su bien tan apartada.
Sintió allí convertirse
En piedad amorosa la aspereza;
¡Oh grande arrepentirse!
¡Oh dichosa terneza
Que pudo quebrantar tan gran dureza!
Cual hielo empedernido
En los humidos brazos de Anfítrite
De la peñuela asido,

El claro sol derrite,
Y tener más dureza no permite.

Estaba ya deshecho
En la amorosa vista de su amante
El cristalino pecho,
Más duro que diamante
Producido del oro de Levante.

Feliz alma y dichosa,
Que en haber por amor amor trocado
Mereces ser esposa
Del Mayoral sagrado,
Socorre, pues, Señora, á su ganado.

Hágate piadosa
Haberte amor sacado por su mano
De aquella temerosa
Region del gran tirano,
De en medio de este tráfago mundano.

DE LA HERMOSURA EXTERIOR DE NUESTRA SEÑORA.

LIRA.

No invoco aquel napeo
Coro, que en el parnaso hace su asiento,
Ni al gran músico Orfeo,
No su acordado acento,
Ni la sonora voz de su instrumento.

No pido su favor
Al rutilante Febo, coronado
De claro resplandor;
Ni á las que su ganado
En Helicone traen apacentado.

Las Nereides hermosas
Gocen con libertad de su reposo,
Corónense de rosas
Y de mirto frondoso
Gocen del aire puro y oloroso.

El diestro Apolo rija
El numeroso, dulce, heróico canto,
Y los yerros corrija
De los que suben tanto,
Que quieren habitar su monte santo.

Que si el divino aliento
De la Virgen en mí propicio aspira,
Correrá en popa el viento
Mi destemplada lira,
Si con sereno rostro ella me mira.

Tiéneme tan rendido
Vuestra gracia, donaire y faz hermosa,
Que no me causa olvido
De vos alguna cosa
Alegre, triste, próspera ó penosa.

Medito esa hermosura,
De quien nunca apartó mi pensamiento
El gozo ó la amargura,
Pues no derriba el viento
A quien pone en el alma su cimiento.

Cuando de vos me ausento,
Me ausento de mi bien y mi reposo,
Pues pende mi contento
De ese semblante hermoso,
En cuya ausencia me es todo penoso.

Rubios son como el oro
Que en el crisol se acendra sus cabellos,
En ellos mi tesoro
Tengo, pues son tan bellos
Que me tiene cautivo en uno de ellos.

Y mucho más si deja
Por el cuello al desgaire derramada
La dorada madeja,
Cual suele la manada
De cabras en Galaad apacentada.

Mirando vuestros ojos,
Vírgen, mi corazón así llagaron,
Y en sus pobres despojos
De modo se entregaron
Que de su libertad los despojaron.

Cual suele en la verdura
Una torre de mármol fabricarse,
Y en medio la espesura
De léjos divisarse,
Y sobre el alto cedro levantarse;

Así entre las facciones
La nariz en el rostro se adelanta
Con tantas perfecciones,
Y con belleza tanta
Cual la torre en el bosque se levanta.

Las mejillas hermosas,
Cual nubes al Oriente arreboladas,
Más blancas son que rosas
De rojo matizadas,
Cual colorados cascos de granadas.

Parecen una cinta
Vuestros labios, ó Vírgen soberana,
Teñida en fina tinta
De carmesí ó de grana,
De quien sabrosa miel destila y mana.

Parecen vuestros dientes,
Mas blancos que el marfil, á las manadas
Que suben de las fuentes,
Dó fueron descargadas
Del peso de la lana, y jabonadas.

Pues la voz sonora
Que sale articulada de la boca,
Tan dulce es y graciosa,
Que ablanda lo que toca,
Diamante, ó pedernal, ó dura roca.

Teneis una fontana
Debajo de la lengua tan sabrosa,
Que miel y leche mana,
Y así está tan melosa
Que excede en dulcedumbre á toda cosa.

Pues la garganta pura
Sobre los tiernos hombros levantada,
Parece en la postura
A la torre encumbrada
Con muro y contramuro edificada,

¿Qué diré de los pechos
De leche milagrosa abastecidos?
Semejantes son hechos
Á los recién nacidos
Cabritos, entre lilió mantenidos.

Más frescos son y hermosos,
Más blancos que el jazmin y armiño fino,
Más dulces y sabrosos
Que el esmerado vino,
Y que el ambrosía, que es manjar divino.
Y si alguno ha notado
Que excedo en encumbrar vuestra hermosura,
Señal es que ha quedado
Tan corto de ventura,
Que no mereció ver vuestra figura.

Porque si este alcanzára
A ver aunque de léjos vuestra alteza,
A voces pregonara,
Absorto en tal belleza:
Que echó su resto en vos naturaleza.

¿Pues qué diré, Señora,
De vuestro vientre puro? A vos me ofrezco,
Guiad mi lengua ahora,
Que veis que ya enmudezco,
Y en un vuelo tan alto desfallezco.

Un vaso me parece
De marfil primamente fabricado,
Cuyo precio engrandece
De perlas ser sembrado,
Y de finos zafiros rodeado.

Parece un trigo hermoso
Cercado de mil flores muy amenas,
Fértil, dulce, oloroso,
Con frescas azucenas,
Que alrededor le cercan como almenas.

Vuestros pasos preciosos,
 Heredera del alto Principado,
 Ligeros son y hermosos,
 Pues aun con el calzado
 A dó llegó ninguno habeis llegado.

Y aunque en lo dicho todo
 Su mano poderosa ha Dios mostrado,
 Mas todo es como lodo,
 Si fuere comparado,
 Al Ser, que á ser quien sois os ha encumbrado.

¿Pues cuál será este Ser?
 ¿Cuál la gracia y beldad que siempre dura
 El gozo y el placer,
 Los dones y hermosura
 Con que Dios enriquece esa alma pura?

Mas baste ya con esto,
 Pues la pesada carne estorba el vuelo,
 Dejando todo el resto
 Para cuando sin velo
 Conozca vuestra alteza allá en el cielo.

LIRA SOBRE LA CONVERSION.

Por bosques y riberas
 Ando buscando siempre á mi querido,
 Mis voces lastimeras
 Resuenen en su oido,
 Para que jamás tengan de mí olvido.
 ¡Oh esperanza mia!
 ¡Oh bien de mi vivir gran Dios eterno!

Dichoso fué aquel día
Que mi corazón tierno
Con golpe lo libraste del infierno.

No fué mortal la herida,
Señor, que recibí de vuestra mano,
Fué gracia sin medida,
Un bien tan soberano
Que no lo alcanza entendimiento humano.

Mi alma, que metida
Estaba en lo profundo del pecado,
Por vos fué redimida,
Por vos le fué quitado
Aquello que sin vos fuera excusado.

¿Qué gracias puedo daros,
Señor, por un tan alto beneficio,
Sino glorificaros,
Haciéndoos un servicio
De mi alma en perpétuo sacrificio?

SELVA RÚSTICA.

Á LA VIDA DEL CAMPO.

LIRA

¡Oh cuán dichoso estado,
Y cuán dulces riquezas
Son las que el labrador rústico tiene!
Pues vive descuidado
Sin miedo de tristezas,
Y el alma en dulce soledad mantiene:
Sus trabajos sostiene

Con fértiles despojos,
Extendiendo los ojos
Viendo la variedad que el campo ofrece,
Y goza bien tan alto
Sin tener de perderlo sobresalto.

Libre de mil cuidados
Que levanta el tráfago
Del vano vulgo de locuras lleno,
Cultiva sus sembrados
Y acuérdesese del pago
Que le dará el trabajo y tiempo bueno;
No juzga el bien ajeno,
Ni la ambicion dañosa
En el jamás reposa,
Para que pierda bienes tan seguros
No le fatiga nada,
Ni el oro, ni la plata más cendrada.

Si del trabajo duro
Congojado se siente,
Busca entre verdes prados su reposo,
Y estando allí seguro,
Menosprecia la gente
Que habita en el poblado más famoso;
El brocado precioso,
Las perlas orientales,
Los tesoros reales,
Los topacios y seda tiene en poco,
Gozando de aquel prado
De varias flores rico y esmaltado.

Cuando en más alta cumbre

Está el sol levantado,
Y saca los vapores de este suelo,
Si siente pesadumbre
Del calor demasiado,
Halla entre frescas plantas su consuelo:
Contempla el raso cielo
Tendido entre las flores
De diversos colores,
Susurrando la abeja por entre ellas,
Y á ratos recostado
Debajo un árbol verde y acopado.

Las aguas plateadas,
Que salen murmurando
De entre las duras peñas cavernosas,
Haciendo mil entradas,
Mil vueltas rodeando,
Por manos de natura artificiosas;
Las rosas olorosas,
Y los cantos suaves
Que despiden las aves,
Cantando sus pasiones amorosas,
Le dan tal alegría,
Que no siente trabajo noche y día.

Á LA ASUNCION DE NUESTRA SEÑORA.

Al cielo vais, Señora,
Allá os reciben con alegre canto:
¡Oh! quién pudiese ahora
Asirse á vuestro manto
Para subir con vos al monte santo!

De ángeles sois llevada,
 De quien servida sois desde la cuna,
 De estrellas coronada,
 Cual Reina habrá ninguna,
 Pues por chapin llevais la blanca luna.

Volved los linceos ojos,
 Ave preciosa, sola humilde y nueva,
 Al val de los abrojos,
 Que tales flores lleva,
 Dó suspirando están los hijos de Eva.

Que si con clara vista
 Mirais las tristes almas de este suelo,
 Con propiedad no vista
 Las subireis de vuelo,
 Como perfecta piedra imán al cielo.

A NUESTRA SEÑORA.

Cortar me puede el hado
 La tela del vivir, sin que me ampare;
 Mas aunque el cielo airado,
 María, el dolor doblare,
 Olvídeme de mí, si te olvidare

A ti sola me ofrezco,
 A ti consagro cuanto yo alcanzare,
 Sin ti nada merezco,
 Y miéntras yo durare,
 Olvídeme de mí, si te olvidare.

Nací para ser tuyo,
 Viviré si esta gloria conservare,

La libertad rehuyo,
 Y mientras yo reinare,
 Olvídeme de mí, si te olvidare.

El alma te presento,
 Y si el furioso mar la contrastare,
 Diré con sufrimiento
 Mientras más la tocare,
 Olvídeme de mí, si te olvidare.

CANCION A NUESTRA SEÑORA.

Vírgen muy más que el sol resplandeciente,
 Fuente de eterna vida,
 Lucero que oscureces al de Oriente,
 En tempestad bonanza,
 Norte por quien me rijo en mi partida,
 Puerto al alma afligida,
 Ancora donde estribá su esperanza,
 Hoy con tu industria y arte
 Este tu siervo herido al mar se parte.

Partido el corazon huye llorando
 De la brava tormenta,
 En que andan por la tierra fluctuando
 Altivos corazones,
 Que quieren más sufrir cualquiera afrenta,
 Que por vida contenta
 Trocar sus intereses y ambiciones,
 Y no ven los cuitados
 Los grillos en que están aherrojados.

Mas tú, Reina del cielo piadosa,
 Que jamás te olvidaste

De la pasada vida religiosa,
 En el mayor tormento
 El corazon llagado confortaste,
 Los ojos enjugaste,
 Y el animo oprimido cobró aliento,
 Y así de esta manera
 Trocaste el sol ardiente en primavera.
 Y mis ojos, cobrando mucha lumbre,
 Pasmaron del engaño
 En que andan los que rigen la alta cumbre
 Del mundo á quien adoran,
 Que viendo claramente el desengaño
 Siguen siempre su daño,
 Aunque con verso público lo lloran,
 Apellidando el rio,
 El campo, el mundo, el sol, el valle umbrío.

Á NUESTRA SEÑORA.

Gózase el alma mia
 Tu hermosura grande contemplando,
 Dulcísima María,
 Y estoy considerando
 Si te veré algun tiempo, cómo y cuándo.
 Robaste mis entrañas
 Con uno de los ojos de tu cara,
 Y son cosas extrañas
 Las que el Señor declara,
 Al que en mirarte algun tiempo repara.
 Amor me tiene preso,
 Y muchos dias há puesto en cadena,

No amor vano y avieso
Que en mis versos no suena,
Sino el que en Dios te tengo, *gratia plena.*

Testigos son mis ojos,
Que corren sin cesar como los ríos;
Testigos los enojos
Que los suspiros míos
Declaran por lugares muy sombríos:

Iria yo, Señora,
Con gran gozo á buscarte, si pudiese;
Mas ¡ay de mí! que ahora
Por mucho que anduviese
No habia de llegar á dó quisiese.

Al alma ya vencida
Del grande amor que causa tu hermosura,
Perder por ti la vida
Le es poco, Vírgen pura,
Y estar sin ti le causa pena dura.

Por cierto no me quejo
Por verme con tu flecha tan herido;
Y pues prenderme dejo,
O Vírgen, ya rendido,
Yo escojo por victoria el ser vencido.

La pena que padezco
En verme tanto tiempo de ti ausente,
Es ver que no merezco
Gozar del bien que siente,
Aquel que te contempla ya presente.

En un punto y momento
Entónces cuando yo verte pudiere,

Habrá fin el tormento
 De aquel que por ti muere,
 De aquel que mucho más que   s  te quiere.

No hallo ya descanso
 A donde, Vírgen pura, no te veo:
 Tu rostro claro y manso,
 Tu gracia y rico aseo
 Alegran, y acrecientan mi deseo.

A ti pues, Reina, clamo
 Con ansias y suspiros noche y d a;
 Con lágrimas te llamo,
 Socorre al alma mía
 Con gozo y regocijo y alegría.

DOS SONETOS.

Cuando me paro   contemplar mi vida,
 Y hecho los ojos con mi pensamiento
 A ver los lasos miembros sin aliento,
 Y la robusta edad enflaquecida,
 Y aquella juventud rica y florida,
 Cual llama de candela en presto viento,
 Batida con tan recio movimiento,
 Que   pique estuvo ya de ser perdida;

Condeno de mi vida la tibieza
 Y el grande desconcierto en que he andado
 Que   tal peligro puesto me tuvieron:

Y con velocidad y ligereza
 Determino de huir de aqueste estado,
 D  mis continuas culpas me pusieron.

Tiéneme el agua de los ojos ciego,
Del corazon el fuego me maltrata,
Cualquiera de los dos por sí me mata,
Mas nunca al fin de aquesta muerte llego:

De esta agua alguna parte mata el fuego,
Y el agua parte de este fuego mata,
Lo que el uno deshace y desbarata
El otro torna y lo renueva luego;

El uno vive cuando el otro muere
Y con entrambos vivo y muero junto:
¡Ay gran dolor! ¡Ay desigual ventura!

Por si cualquiera darme muerte quiere,
Pero impedido el uno y otro, al punto
La vida me renuevan triste y dura.

LIBRO SEGUNDO.

VIRGILIO.—ÉGLOGA PRIMERA.

Titiro y Melibeo.

- Mel.* Tú, Titiro, á la sombra descansando
De esta tendida haya, con la avena
El verso pastoril vas acordando;
Nosotros desterrados, tú sin pena
Cantas de tu pastora, alegre, ocioso,
Y tu pastora el valle, el monte suena.
- Tit.* Pastor, este descanso tan dichoso
Dios me le concedió, que reputado
Será de mí por Dios aquel piadoso;
Y bañará con sangre su sagrado
Altar muy muchas veces el cordero
Tierno de mis ganados degollado;
Que por su beneficio soy vaquero,
Y canto, como ves, pastorilmente
Lo que me da contento, y lo que quiero.
- Mel.* No te envidio tu bien, mas grandemente
Me maravillo haberte sucedido
En tanta turbacion tan felizmente.

Todos de nuestro patrio y dulce nido
Andamos alanzados; vesme ahora
Aquí cual voy enfermo y afligido.

Y guio mis cabrillas, y esta que hora
En medio aquellos árboles parida,
¡Ay! con lo que el rebaño se mejora,

Dejó dos cabritillos dolorida
Encima de una losa, fatigado
De mí sobre los hombros es traída.

¡Ay triste! que este mal y crudo hado,
A nuestro entendimiento no estar ciego,
Mil veces nos estaba denunciado.

Los robles lo decían ya con fuego
Tocados celestial, y lo decía
La siniestra corneja desde luégo.

Mas tú, si no te ofende mi porfía,
Declárame, pastor, abiertamente
Quien es aqueste Dios de tu alegría.

Tit. Pensaba, Melibeo, neciamente,
Pensaba yo que aquella que es llamada
Roma no era en nada diferente

De aquesta villa nuestra acostumbrada,
Adonde las más veces los pastores
Llevamos ya la cria destetada.

Así con los perrillos los mayores,
Así con las ovejas los corderos,
Y con las cosas grandes las menores

Solia comparar; mas los primeros
Lugares con aquella comparados,
Son como dos extremos verdaderos;

Que son de Roma así sobrepujados,
 Cual suelen del ciprés alto y subido
 Los bajos romerales ser sobrados.

Mel. Pues di, ¿qué fué la causa que movido
 A Roma te llevó? *Tit.* Fué el libertarme,
 Lo cual, aunque algo tarde, he conseguido.

Que al fin la libertad quiso mirarme
 Despues de luengo tiempo, y ya sembrado
 De canas la cabeza, pudo hallarme

Despues que Galatea me ha dejado,
 Y soy de la Amarílis prisionero,
 Y vivo á su querer todo entregado;

Que en cuanto duró aquel imperio fiero
 En mí de Galatea, yo confieso
 Que ni curé de mí ni del dinero.

Llevaba yo á la villa mucho queso,
 Vendia al sacrificio algun cordero;
 Mas no volvia rico, ni por eso.

Mel. Esto fué aquel semblante lastimero
 Que tanto en Galatea me espantaba,
 Esto por qué decia: ¡Ay hado fiero!

Esto por qué tristísima dejaba
 La fruta sin coger en su cercado,
 Que Titiro, su bien, ausente estaba.

Tú, Titiro, te habias ausentado;
 Los pinos y las fuentes te llamaban,
 Las yerbas y las flores de este prado.

Tit. ¿Qué pude? que mil males me cercaban,
 Y allí para salir de servidumbre
 Los cielos más dispuestos se mostraban.

Que allí vi, Melibeo, aquella cumbre,
Aquel divino mozo por quien uno
Mi altar en cada mes enciende lumbre.

Allí primero de él que de otro alguno
Oí: «Paced, vaqueros, libremente,
Paced como solia cada uno.»

Mel. Por manera que á ti perpétuamente
Te queda tu heredad, ¡oh bienhadado!,
Aunque pequeña, pero suficiente,
Bastante para ti, demasiado,
Aunque de pedregal y de pantano
Lo más de toda ella está ocupado.

No dañará el vecino grey mal sano
Con males pegadizos tu rebaño,
Dejando tu esperanza rica en vano;

No causará dolencia el pasto extraño
En lo preñado de él, ni en lo parido
Las no usadas yerbas harán daño.

Dichoso poseedor, aquí tendido,
Del fresco gozarás junto á la fuente,
A la márgen del rio conocido.

Las abejas aquí continuamente
De este cercado, hartas de mil flores,
Te adormirán, sonando blandamente.

Debajo el alta peña sus amores
El leñador aquí cantando, al viento
Esparcirá, y la tórtola, dolores.

La tórtola en el olmo haciendo asiento,
Repetirá su queja, y tus queridas
Palomas sonarán con ronco acento.

Tit. Primero los venados las lucidas
 Estrellas morarán, y el mar primero
 Denegará á los peces sus manidas,
 Y beberá el germano y parto fiero,
 Trocando sus lugares naturales,
 El Albi aqueste, el Tigri aquel ligero.

Primero pues que aquellas celestiales
 Figuras de aquel mozo, de mi pecho
 Borradas, desaparezcan las señales.

Mel. Nosotros, pero, iremos con despecho,
 Unos á los sedientos africanos,
 Otros á los de Scitia, campo estrecho,
 Y otros á los montes y á los llanos
 De la Creta, y del todo divididos
 De nuestra redondez á los britanos.

Despues de muchos dias ya corridos,
 ¡Ay! ¿si avendrá que viendo mis majadas
 Las pobres chozas, los paternos nidos,
 Despues de muchas mieses ya pasadas,
 Si viéndolas diré maravillado:

¡Ay tierras ¡ay dolor! mal empleadas!
 ¿Tan buenas posesiones un soldado
 Maldito? ¿y tales mieses tendrá un fiero?
 ¡Ved para quién hubimos trabajado!

¡Mira á qué miserable y lastimero
 Estado á los cuitados ciudadanos
 Condujo el obstinado pecho entero!

Vé pues, ó Melibeo, y con tus manos
 En órden pon las vides, y curioso
 Ingiere los perales y manzanos.

Andad, ganado mio ya dichoso,
 Dichosas ya en un tiempo, id, cabras mias,
 Que ya no cual solia alegre, ocioso,

No estando ya tendido en las sombrías
 Cuevas, os veré lejos ir paciando,
 Colgadas por las peñas altas frias.

No cantaré ya versos, ni paciando
 Vosotras ni del citiso florido,
 Ni del amargo sauce ireis cogiendo.

Tit. Podrias esta noche, aquí tendido
 En blanda y verde hoja, dar reposo
 Al cuerpo flaco, al ánimo afligido.

Y cenaremos bien, que estoy copioso
 De maduras manzanas, de castañas
 Ingertas y de queso muy sabroso.

Y ya las sombras caen de las montañas
 Más largas, y convidan al sosiego,
 Y ya de las aldeas y cabañas
 Despide por los techos humo el fuego.

ÉGLOGA II.

FORMOSUM PASTOR.

Coridon y Alexis.

En fuego Coridon, pastor ardia
 Por el hermoso Alexi, que dulzura
 Era de su señor, y conocia
 Que toda su esperanza era locura.
 Solo siempre que el sol amanecia,

Entrando de unas hayas la espesura,
Con los montes á solas razonaba,
Y en mal formado verso así cantaba:

«No curas de mi mal, ni das oído
A mis querellas, crudo, lastimeras,
Ni de misericordia algun sentido,
Alexi, en tus entrañas vive, fieras.
Yo muero en viva llama consumido,
Tú siempre en desamarme perseveras,
Ni sientes mi dolor, ni yo te agrado,
Por donde me será el morir forzado.

»Busca el ganado ahora lo sombrío,
Y por las cambroneras espinosas
Metidos los lagartos, buscan frío,
Y Testilis comidas provechosas
Compone á los que abrasa el seco estío
Con ajos y con yerbas olorosas;
Conmigo, por seguirte solamente,
Resuena la cigarra al sol ardiente.

»¡Ay triste! ¿Y no me hubiera mejor sido
Las iras de Amarílis, los enojos
Y su desden soberbio haber sufrido,
Y haber dado á Menalca mis despojos?
Bien que es Menalca un poco denegrido,
Bien que tú, en color blanco hermoso en ojos:
Mas no fies en eso, que preciada
Sobre la blanca rosa es la violada.

»Despreciasme arrogante, y no te curas
De mí, ni de saber cuánto poseo
En queso y en ganado, las alturas

Pazco con mil ovejas del Libeo
En el estío, en las heladas duras
De fresca leche falto no me veo,
Y canto lo que Anfiön ya cantaba
Las veces que sus vacas convocaba.

»Pues ménos soy tan feo; que aún ahora,
Estando el mar en calma, he contemplado
Mi rostro en la ribera, y si no mora
Pasion en ti, con Dafni comparado,
No temeré tu voz despreciadora
Ni temeré de ti ser condenado:
Así no condenases las cabañas,
El apriscar, la caza, las montañas.

»El perseguir los ciervos temerosos
Con ponzoñosas flechas ¡ay! te agrade,
Al pasto los cabritos deseosos
Guiar con verde acebo no te enfade,
Morar los montes yermos y fragosos
A ti, ni la cabaña, desagrade,
Que puesto entre las selvas, y cantando
Conmigo irás al dios Pan imitando.

»El Pan fué el que primero sábiamente
En la flauta diversas voces puso;
De grueso y de tamaño diferente
Con cera muchas cañas Pan compuso;
Pan guarda las ovejas, Pan la gente
Del campo, y no te pese hacer al uso
De la zampoña docta el labio bello,
Que Amintas se perdía por sabello.

»Tengo de siete voces bien formada

Una sonora flauta, que me diera
Dameta, ya muriendo en la pasada
Siega, y diciéndome de esta manera:
«Tú me sucede en esta, que tocada
Por ti, te acordarás de mí siquiera;
Dametas me le dió, quedó lloroso
Amintas, el tontillo, de envidioso.

»Tengo tambien dos corzos que me cria,
Una de mis ovejas variados
De blanco, y que le agotan cada dia,
Con no poco peligro mio hallados:
Llevármelos la Testilis porfia,
Yo para ti los tengo muy guardados,
Y al fin los llevará, pues en mis dones,
Despreciador, los ojos aún no pones.

»Ofrécente las ninfas officiosas
Sus canastillos, de azucenas llenos;
Coge para ti Nais la blanca rosas,
La viola, los lirios, los amenos
Acantos y amapolas olorosas,
Flores de anis y los tomillos buenos,
Y casia y otras mil yerbas divinas,
Junto con el jazmin las clavellinas.

»Pues yo te cogeré manzanas bellas,
Cubiertas de su flor, y las queridas
Castañas de Amarflis, y con ellas
Ciruelas que merecen ser cogidas;
Tú, mirto, y tú, laurel, ireis sobre ellas,
Que juntes oleis bien. ¡Ay tosco! ¡olvidas
Que Alexi de tus dones no hace caso,

Y que, si á dones va, no es Yola escaso?

» ¡Qué hice? ¡Ay! sin sentido puesto he fuego
En el rosal amado, en la agua pura
Lancé los jabalís, turbé el sosiego
Del líquido cristal. ¡Ay! la espesura
Del bosque moró Apolo; ¿que huyes, ciego?
Y Páris en el bosque halló ventura:
Pálas more sus techos suntuosos,
Nosotros por los montes deleitosos.

» Por las montañas la leona fiera
Al ya no osado lobo hambrienta sigue,
El lobo carnicero á la ligera
Cabra de dia y de noche la persigue,
En pos de la retama y cambronera
La cabra golosísima prosigue,
Yo en pos de ti, ¡ó Alexi! y de consuno
En pos de sus deleites cada uno.

» Su obra ya los bueyes fenecida,
Y puesto sobre el yugo el lúcio arado,
Se tornan, y la sombra ya extendida
De Febo, que se pone apresurado,
Huyendo alarga el paso, y la crecida
Llama que me arde el pecho no ha menguado;
Mas ¿cómo menguará? ¿quién puso tasa?
¿Quién limitó con ley de amor la brasa?

» ¡Ay Coridon! ¡ay triste! Y ¿quién te ha hecho
Tan loco, que en tu mal embebecido,
La vid aún no has podado? Vuelve al pecho,
Recobra el varonil vigor perdido,
Haz algo necesario ó de provecho,

De blando junco ó mimbre algun tejido;
 Que si te huye aqúeste desdeñoso,
 No faltará otro Alexi, más sabroso.»

ÉGLOGA III.

Dametas, Menalcas, Palemon.

DIC MIHI, DAMETA.

Men. Dime, ¿es de Melibeo este ganado?

Dam. No es, sino de Egon, que el mismo Ego
 Ahora me le habia encomendado.

Men. ¡Ovejas desdichadas! Hace entrego
 De sí mismo á Neera, preferido
 Porque yó no lo sea, y arde en fuego,
 Y fia su ganado de un perdido,
 Ordéñasle dos veces en un hora,
 La madre dejás seca, y desvalido el hijo.

Dam. Paso, amigo, que áun ahora
 Nos acordamos quién.... ya me entendistes,
 Y dónde, aunque la diosa que allí mora
 Con ojos lo miró no nada tristes,
 Y de través las cabras lo miraron:
 Mirad que habláis con hombre, ¿bien lo oistes?

Men. Sí, sí, en el mismo tiempo que me hallaron
 Cortando de Miconis las posturas
 Con mala podadera, y me prendaron.

Dam. O cuando junto á aquellas espesuras
 El arco y la zampoña quebrantabas
 De Dafni con entrañas, malo, duras.

Con envidiosa rabia te abrasabas,
 Porque lo habia al zagalejo dado,
 Y sino le dañaras, reventabas.

Men. ¿Qué no osará quien puede, si un malvado
 Ladron así se atreve? Di, atrevido,
 ¿No fué por ti un cabron á Damo hurtado,
 Y la Licisca al cielo alzó el ladrido?
 Grité: ¿Dó sale aquel? Titiro mira,
 Tú en la juncada estabas escondido.

Dam. Cantando vencí á Damo; ¿quién me tira
 Cobrar lo que mi flauta mereciera,
 Si Damo de lo puesto se retira?

Si no lo sabes, mio el cabron era,
 Y el mismo Damo serlo confesaba,
 Negábamelo no sé en qué manera.

Men. ¿Tú á él? ¿tú tocas flauta? ¿No sonaba
 Tu caramillo vil por los oteros,
 Y el verso miserable aún no igualaba?

Dam. Pues ¿quieres que probemos esos fieros?
 Yo pongo esta becerra que dos cria,
 É hinche cada tarde dos lecheros.

Yo pongo, no rehuyas la porffa;
 Tú di lo que pondrás, y experimenta
 A dó llega tu musa, á dó la mia.

Men. Del ganado no pongo, que doy cuenta
 Por horas á mi padre, y una dura
 Madrastra aún los cabritos tambien cuenta;
 Mas, si adelante llevas tu locura,
 Pondré lo que dirás que es más precioso
 Dos vasos de haya y de extremada hechura.

Labrólos el Alcedon ingenioso,
Formó por la redonda entretejido,
Como de hiedra y vid, un lazo hermoso.

En el medio de bulto está esculpido
El Conon, y aquel otro que pusiera
El mundo por sus partes repartido;

El que mostró la siega y sementera,
Y del arar el tiempo conveniente:
Nuevos los tengo en casa en su vasera.

Dam. Del mismo tengo dos extrañamente
Hechos; las asas ciñe un verde acanto,
Y en medio de relieve está eminente

Orfeo, y su montaña atenta al canto;
Nunca los estrené, mas comparada
La vaca, los tus vasos no son tanto.

Men. Saldré á cualquier partido, y si te agrada,
Será juez Palemon, que allí viene,
Que yo enmudeceré tu voz osada.

Dam. A ello, que á mi nada me detiene;
Mas para escarmentar aqueste osado,
Que atiendas bien, Palemon, nos conviene.

Pal. Sobre esta yerba donde estoy sentado
Cantad, que ahora el tiempo nos convida,
Que viste de verdura y flor el prado;

Ahora el bosque cobra la perdida
Hoja, y ahora el año es mas hermoso,
Ahora inspira el cielo gozo y vida.

Comienza tú, Dameta, y tú, gracioso
Menalca, le responde alternamente;
Que el responderse á veces es sabroso.

- Dam.* De Júpiter diré primeramente,
Que al cielo y á la tierra está vecino,
Y escucha mi cantar atentamente.
- Men.* Y á mí Febo me ama, y de contino
Sus dones le presento, el colorado
Jacinto y el laurel verde divino.
- Dam.* Traviesa Galatea me ha tirado,
Perdida por ser vista, una manzana,
Y luego entre los sauces se ha lanzado.
- Men.* Mi dulce fuego, Amintas, de su gana
Se viene á mi cabaña, conocido
Más ya de mis mastines que Diana.
- Dam.* Ya tengo con qué hacer á mi querido
Amor gentil presente, porque veo
Adónde dos palomas hacen nido.
- Men.* Conforme yo al poder, y no al deseo,
Diez cidras á mi bien he presentado,
Y mañana otras diez darle deseo.
- Dam.* ¡Oh cuántas y que cosas platicado
Conmigo há Galantea! ¡oh si el viento
Algo de ello á los dioses ha llevado!
- Men.* ¡Qué me sirve que, Amintas, mi contento
Desees, si yo aguardo en la parada,
Y sigues tú del gamo el movimiento?
- Dam.* Envíame á la Filis, que es llegada
Mi fiesta, y ven tu, Yola, cuando fuere
La vaca por mi á Céres degollada.
- Men.* Amo á la bella Fílis que me quiere,
Y me dijo llorosa en la partida:
«Adios, gentil zagal, si no te viere.»

- Dam.* El lobo es al ganado y la avenida
A las mieses, al árbol enemigo
El viento, á mí Amaril embravecida.
- Men.* Ama el sembrado el agua, sigue amigo
La rama el cabritillo destetado,
La madre el sauz, yo á solo Amintas sigo.
- Dam.* Mi musa pastoril ha contentado
A Pollio; apacentad con mano llena,
Musas, una ternera á vuestro amado.
- Men.* De versos tiene Pollio rica vena;
Un toro le criad que á cuerno hiera,
Y con los piés esparza ya la arena.
- Dam.* Quién, Pollio, bien te quiere, lo que espera
Le venga, y de la encina dulces dones,
Y amomo cóge de la zarza fiera.
- Men.* Quien no aborrece á Bavio, los borrones
Ame de Mebio y lea, y juntamente
Las zorras junza, ordeñe los cabrones.
- Dam.* Los que robais el prado floreciente,
Huid, huid ligeros, que se esconde
Debajo de la yerba la serpiente.
- Men.* Mirad por el ganado que no ahonde
El paso, que la orilla es mal segura,
¿No veis cuál se mojó el carnero, y dónde?
- Dam.* No pazcas par del rio, á la espesura
Guia, Titiro, el ható; que á su hora
Yo le bañaré todo en fuente pura.
- Men.* Las ovejas, zagal, recoge, que hora
Si las coge el calor, despues en vano
Se cansará la palma ordeñadora.

Dam. ¡Ay en cuán buenos pastos, cuán mal sano
Y flaco estás mi toro! que al ganado
Y al ganadero mata amor insano.

Men. El mal de estos corderos no es causado
De amor, y tienen solo hueso y cuero;
No sé cuál ojo malo os ha mirado.

Dam. ¡Dime dónde, y tendrete por certero,
Tendrete por Apolo; de este cielo
Apénas se descubre un codo entero?

Men. ¡Mas dime tú hora dó produce el suelo
En las rosas escritos los reales
Nombres, y goza á Fílís sin recelo?

Pal. No es mio el sentenciar contiendas tales,
Y tú mereces y este la becerra,
Y quien canta de amor los dulces males,
Y quien prueba de amor la amarga guerra.

ÉGLOGA IV.

SICELIDES MUSÆ.

Un poco más alcemos nuestro canto,
Musa; que no conviene á todo oído
Decir de las humildes ramas tanto.

El campo no es de todos recibido,
Y si cantamos campo, el campo sea
Que merezca del Cónsul ser oído.

La postrimera edad de la Cumea,
Y la Doncella vírgen ya es llegada,
Y torna el reyno de Saturno y Rea.

Los siglos tórnan de la edad dorada;

De nuevo largos años nos envía
El cielo, y nueva gente en sí engendrada.

Tú, luna casta, llena de alegría
Favorece, pues reina ya tu Apolo,
Al Niño que nació en aqueste día.

El hierro lanzará del mundo él solo,
Y de un linaje de oro el mas preciado
El uno poblará y el otro polo.

En este vuestro, en este consulado,
Polio, de nuestra edad gran hermosura;
Tendrá principio el rico y alto hado.

En él comenzarán con luz más pura
Los bienhadados meses su carrera,
Y el mal fenecerá, si alguno dura.

Lo que hay de la maldad nuestra primera
Deshecho, quedarán ya los humanos
Libres de miedo eterno y de ansia fiera.

Mezclados con los dioses soberanos
De vida gozarán, cual ellos, llena
De bienes deleitosos y no vanos.

Verálos, y verán su suerte buena;
Y del valor paterno rodeado,
Cuanto se extiende el mar, cuanto la arena,

Con paz gobernará: pues, Niño amado,
Este primero don inculto y puro
El campo te presenta de su grado.

Ya te presenta el campo el bien seguro
Vacar, la verde hiedra trepadora,
El lirio blanco, el trébol verde oscuro.

Y las ovejas mismas á su hora

De leche vienen llenas, sin recelo
De lobo, de leon y de onza mora.

Tu cuna brota flores, como un velo
Derrama sobre ti de blancas rosas,
Y no produce ya ponzoña el suelo,

Ni yerbas ni serpientes venenosas;
Antes sin diferencia ha producido
En todas partes yerbas prevechosas.

Pues cuando ya luciere en ti el sentido
De la virtud, y fueres ya leyendo
Los hechos de tu padre esclarecido,

De suyo se irá el campo enrojeciendo
Con fértiles espigas, y colgadas
Las uvas en la zarza irán creciendo.

Los robles en las selvas apartadas
Miel dulce manarán, más todavía
Habrá del mal antiguo sus pisadas.

Habrá quien navegando noche y dia
Corra la honda mar, quien ponga muro
Contra el asalto fiero y batería;

Quien rompa arando el campo seco y duro.
Habrá otro Tifi y Argo, otros nombrados;
Que huyan por la gloria el ocio oscuro.

Habrá otros desafíos aplazados,
Irá otra vez á Troya, conducido
De su virtud, Aquiles, y sus hados.

Mas ya cuando la firme edad crecido
Te hiciere ser varon, el marinero
La mar pondrá y las naves en olvido.

El pino mercader, rico y velero,

No ya de sus confines alejado,
Lo propio trocará con lo extranjero.

Que adonde quiera todo será hallado
Sin reja, y sin esteva ó podadera,
Sin que ande al yugo el toro el cuello atado.

No mudará la lana su primera
Color, con artificios enseñada
A demostrarse otra de lo que era;

Porque en la oveja nace colorada,
Con carmesí agradable y con hermoso
Rojo y con amarillo inficionada.

El sandix de sí mismo en 'el vicioso
Prado pacido viste á los corderos
Por hado no mudable ni dudoso.

Porque con voz concorde, y sus ligeros
Usos, las Parcas dicen, volteando:
«Venid tales los siglos venideros.»

Emprende, que ya el tiempo viene andando,
Pimpollo ó divinal obra del cielo,
Lo grande que á ti solo esta esperando.

Mira el redondo mundo, mira el suelo,
Mira la mar tendida, el aire y todo
Ledo esperando el siglo de consuelo.

¡Oh, si el benigno hado de tal modo
Mis años alargase, que pudiese
Tus hechos celebrar y bien del todo!

Que si conmigo Orfeo contendiese,
Y si cantando contendiese Lino,
Aunque la madre y padre de estos fuese,
Caliope de Orfeo, y del divino

Lino el hermoso Apolo, no sería
 Mi canto que su canto menos dino;
 Ni el dios de Arcadia, Pan, me vencería,
 Y aunque fuese juez la Arcadia desto,
 La Arcadia en mi favor pronunciaría.

Conoce pues con blando y dulce gesto
 O Niño, ya á tu Madre que el preñado
 Por largos meses diez le fué molesto.

Conócela; que á quien no han halagado
 Sus padres con amor y abrazo estrecho,
 Ni á su mesa los dioses le han sentado,
 Ni le admiten las diosas á su lecho.

ÉGLOGA V.

Menalcas y Mopso.

CUR NON MOPSE.

Men. Pues nos hallamos juntos, Mopso, ahora,
 Maestros, tú en tañer suavemente,
 Y yo en cantar con dulce voz sonora,
 ¿Por qué no nos sentamos juntamente
 Debajo de estos corilos, mezclados
 Con estos olmos ordenadamente?

Mop. Tú eres el mayor, á ti son dados,
 Menalca, los derechos de mandarme,
 Y á mí el obedecer á tus mandados.
 Y pues que así te place, aquí sentarme
 A la sombra que el céfiro menea,
 O quiero, y es mejor allí llegarme

Al canto de la cueva, que rodea
 Cual ves, con sus racimos volteando
 La vid silvestre en torno, y hermosa.

Men. Conmigo mismo estoy imaginando
 Que Aminta en nuestro campo es quien contigo
 Tan solo competir puede cantando.

Mop. ¿Qué mucho es que compita aquel conmigo
 Presumirá vencer al dios de Delo?

Men. Mas di si hay algo nuevo, Mopso amigo;
 Di del amor de Fili y del consuelo;
 O di en loor de Alcon ó de los fieros
 De Codro y de tu grey pierde el recelo:
 Pierde, que habrá quien guardelos corderos.

Mop. Antes aquestos versos que he compuesto
 Quiero probar ahora los primeros:
 En la corteza escritos los he puesto
 De un árbol, y su tono les he dado,
 Y di, compita Amintas despues desto.

Men. Cuanto es el blando sauz sobrepujado
 De la amarilla oliva, y el espliego
 Del rosal es vencido colorado;
 Tan gran ventaja tú, si no estoy ciego,
 Haces al mozo Amintas; mas di ahora,
 Que ya en la cueva estamos, di ahora luego.

Mop. A Dafni, pastor muerto con traidora
 Y muerte crudelísima, lloraban
 Toda la deidad que el agua mora.
 Testigos son los rios cual estaban,
 Cuando del miserable cuerpo asidos,
 Los padres las estrellas acusaban.

No hubo por quien fuesen conducidos
Los bueyes á beber aquellos días,
Ni fueron los ganados mantenidos.

Aun los leones mismos en sus frias
Cuevas tu muerte, Dafni, haber llorado
Dicen las selvas bravas y sombrías.

Que por tu mano Dafni el yugo atado
Al cuello va el leon y tigre fiero;
Tú el enramar las lanzas has mostrado.

Tú diste á Baco el culto placentero,
Tú de tu campo todo y compañía
La hermosura fuiste y bien entero;

Así como del olmo es alegría
La vid, y de la vid son las colgadas
Uvas, y de la grey el toro es guía;

Cual hermosea el toro las vacadas,
Como las mieses altas y abundosas
Adornan y enriquecen las aradas.

Y así luego que crudas y envidiosas
Las parcas te robaron, se partieron
Apolo y sus hermanas lagrimosas.

Pálas y Febo el campo aborrecieron,
Y los sulcos que ya llevaban trigo,
De avena y grama estéril se cubrieron.

En vez de la violeta y del amigo
Narciso, de sí mismo brota el suelo
Espina y cardo agudo y enemigo.

Pues esparcid ya rosas, poned velo
A las fuentes de sombra, que servido
Así quiere ser Dafni desde el cielo.

Y con dolor, pastores, y gemido
 Un túmulo poned, y en el lloroso
 Túmulo a questo verso esté esculpido:

*Yo, Dafni, descansando aquí reposo,
 Nombrado entre las selvas hasta el cielo,
 De hermosa grey pastor muy más hermoso.*

Men. Cuanto al cansado el sueño en verde suelo,
 Cuanto el matar la sed en fresco rio
 Es causa de deleite y de consuelo;

No menos dulce ha sido al gusto mio
 Tu canto: y no tan solo en la poesta,
 Mas en la voz, si yo no desvarío.

Igualas tu maestro y su armonía
 Dichoso, que por él serás tenido
 Fuera de toda duda y de porfía.

Mas por corresponder á lo que he oido,
 En la forma y manera que pudiere,
 Quiero poner mis versos en tu oido.

Al cielo encumbraré cuanto en mí fuere
 A tu Dafni, diré á tu Dafni, encanto,
 Que Dafni á mí tambien me quiso y quiere.

Mop. No hay don que á mi juicio valga tanto,
 Y mereció en tus versos ser cantado,
 Y ya me los loaron con espanto.

Men. De blanca luz en torno rodeado,
 Con nueva maravilla Dafni mira
 El no ántes visto cielo ni hollado:

Y en bajo de sus plantas viendo, admira
 Aquellos eternals resplandores,
 Y aparta la verdad de la mentira.

Allí pues de otras selvas y pastores,
Alegre, y de otros campos goza y prados,
Con otras ninfas trata sus amores.

No temen allí el lobo los ganados,
Ni las redes tendidas ni el cubierto
Lazo fabrica engaño á los venados.

Ama el descanso Dafni, y de concierto
Los montes y las peñas pregonando,
Dicen: «Menalca es Dios, este es Dios cierto.

»Favorece pues bueno prosperando
Los tuyos y sus cosas amoroso;
Los tuyos, que tu gloria están cantando.

»Que en este valle ahora y bosque umbroso
Levanto cuatro aras, y dedico
A Dafni dos, y dos á Febo hermoso.

»Y en ellas cada un año sacrificio
De leche dos lecheros apurada,
Y de olio vasos dos te santifico.

»Y sobre todo, en mesa embriagada,
Abundante con vino y alegría,
A la sombra ó al fuego colocada.

»A la sombra en verano, mas el día
En que reinare el hielo, junto al fuego
Tu honor festejaremos á porfia.

»Dametas y el Egon cantarán luego
Alfeo imitara tambien, saltando,
Los sátiros con risa y dulce juego.

»Esto tendrás perpétuo siempre cuando
El día de las ninfas, cuando fuere
El día que los campos va purgando.

» En cuanto por las cumbres ya paciere
Del monte el jabalí, en cuanto amare
El rio y en el agua el pez corriere,

» Y en cuanto de tomillo se apastare
La abeja, y asimismo de rocío
La cigarra su pecho sustentare;

» Tanto tu fama y nombre yo confío
Irá mas de continuo floreciendo,
Al hielo siempre el mismo y al estío.

» Como á Céres y á Baco, á ti ofreciendo
Irán sus sacrificios los pastores,
Y sus promesas les irás cumpliendo.»

Mop. ¿Qué dones no serán mucho menores
Que lo que á versos tales es debido?
Tales, que no es posible ser mejores.

Que á mí no me deleita así el sonido
Del viento que silbando se avecina,
Ni las costas heridas con ruido;

Las costas donde azota la marina,
Ni el rio sonoro á mí me agrada,
Que en valles pedregosos va y camina.

Men. Primero pues por mí te será dada
Esta flauta, con que el Alexi hermoso
De mí y la Galatea fué cantada.

Mop. Y tú toma este báculo ñudoso,
Que Antino, mereciendo ser amado,
Nunca me le sacó, y es muy vistoso
En ñudos, y con plomo bien chapado.

ÉGLOGA VI.

PRIMA SIRACUSIO.

Primero con el verso siciliano
 Se quiso recrear la musa mia,
 Y no se desdeñó del trato humano
 Y pastoril vivienda mi Talía,
 Los reyes ya cantaba y Marte insano,
 Mas al oído Febo me decía:
 «Conviénete, mi Titiro, primero
 Ser guarda de ganado y ser vaquero;
 » Conviénele al pastor pacer ganado,
 Y que la flauta y verso iguales sean: »
 Y pues continuo, ó Varo, estás cercado
 De tantos que de ti cantar desean,
 Y que en las tristes guerras su limado
 Ingenio de continuo y verso emplean,
 Yo quiero con el son de la pastora
 Zampoña concertar mi musa ahora.

Mandado soy, y si por caso alguno
 Algun aficionado me leyere,
 De ti, Varo, mi avena, de ti uno,
 En cuanto el cielo en torno se volviere;
 El pino cantará, el lauro, el pruno,
 Y todo lo que el bosque produjere;
 Que no hay cosa que á Febo caiga en grado,
 Como la carta á dó Varo es nombrado.

Digamos pues, Piérides: un día
 De Cromi y de Mnasilo fué hallado

Sileno en una cueva, que yacia
En sueño, y mas en vino, sepultado;
Las venas hinchadísimas tenia
Del vino que bebió el dia pasado,
Y la guirnalda por el suelo estaba,
Mas el barril del asa le colgaba.

Dieron sobre él los mozos, que burlados
Del viejo, muchas veces se dolieron
Acerca de unos versos, y llegados,
Con su guirnalda misma le prendieron.
Egle llegando, ayuda á los turbados,
Egle bella entre cuantas diosas fueron;
Y ya despierto y viéndolo, la frente
Con moras le pintaron juntamente.

Entonces él riendo del engaño,
«¿A qué fin proseguis en más atarme?
Baste el haber podido hacerme daño,
Baste el haber podido aprisionarme;
Los versos que pedis, luego os los taño;
Podeis seguros, dice desatarme:
Los versos para vos; porque á la hermosa
Yo la satisfaré con otra cosa.»

Y comenzó, y del canto la dulzura
Los sátiros movió, movió las fieras,
Del roble y de la encina misma dura
Las cimas menear á compas vieras;
De Pindo no se alegra más la altura
Con Febo y con sus nueve compañeras,
Ni el Rodope jamás admiró tanto,
Ni el Ismaro, de Orfeo el dulce canto.

Cantaba en qué manera, en el tendido
Vacio decendiendo derramadas,
Las menudas simientes habian sido
Por acertado caso en sí ayuntadas;
De dó la tierra, el aire, el encendido
Fuego, las aguas dulces y saladas
Nacian de principio, y cuán de presto
El tierno mundo fuera así compuesto.

Y cómo comenzó á secarse el suelo,
Y á su lugar la mar se retiraba,
Y se figura todo, y cómo el cielo
Con nuevo sol las tierras alumbraba;
Ya toman las ligeras nubes vuelo,
Ya la agua en largos hilos abajaba,
Ya crece la floresta, y van por ella
Los raros animales sin sabella.

Despues dice las piedras alanzadas
Por Pirra, y de Saturno el reino de oro,
Las aves en el Cáucaso cebadas,
En el sabio ladron del gran tesoro;
Y el Hila, por las costas apartadas
Buscado por demás con triste lloro,
La fuente dó quedó, y la voz continua,
Que hinche de Hila, Hila la marina.

Y habla con Pasifae, dichosa,
Si nunca ó vaca ó toro hubiera habido,
Y dice en su consuelo: «¡Ay! ¿qué afrentosa
Locura ¡ay desdichada! te ha vencido?
Jamás apeteció tan torpe cosa
La Preta, aunque bramó por el exido,

Y aunque temió á su cuello el duro arado,
Y en su frente los cuernos ha buscado.

»¡Ay vírgen desdichada! tú perdida
Andas por la montaña, y él, echado
Debajo un negro roble, en la florida
Yerba reposa el bello y blanco lado,
Y paze allí la yerba amortecida,
O por ventura sigue, enamorado,
En medio la copiosa y gran vacada
Alguna vaca hermosa que le agrada.

»Cerrad, ninfas del bosque, las salidas,
Ninfas de las florestas, cerrad luégo;
¿Si acaso encontraré con las queridas,
Con las vagas pisadas de mi fuego?
Que ó las dehesas verdes y floridas,
Le tienen, ó por caso el amor ciego,
Siguiendo algunas vacas le ha traido
Al gortinio pesebre conocido.»

Y canta en pos de aquello la doncella,
De la rica manzana aficionada,
Y viste de corteza amarga aquella
Hermosa compañía lastimada,
Que del fraterno caso se querella
Y en álamos subidos trasformada,
Y con raíz hondísima los planta
Y con ramas crecidas los levanta.

Y canta cómo Galo en la ribera
De los rios de Permeso hallado
Por una de las nueve hermanas fuera,
Y cómo de la misma fué llevado

Al monte de Parnaso, y la manera
 Que el apolineo coro levantado
 Le hizo reverencia, y cómo Lino
 Le dijo con acento y son divino.

De flores coronado, le decia:

«Toma de Euterpe, Gallo, aquesta avena,
 Que antes dió al de Ascreo, que movia
 Los árboles las veces que la suena;
 Con ella cantarás el alegría
 De la gortinia selva y suerte buena,
 Porque no haya bosque ni floresta
 De quien se precie Apolo más que de esta.

» ¡Qué servirá decir cómo cantada,
 Es la Scilla que á Niso fué traidora,
 O la de quien se suena que, cercada
 Las ingles de fiereza labradora,
 De Ulises fatigó la noble armada,
 Y en el profundo piélago dó mora,
 ¡Ay triste! los medrosos marineros
 Despedazó cruel con perros fieros?

» ¡Oh como referia del Teseo
 Los miembros trasformados, los manjares,
 Los dones, el convite crudo y feo
 Que ofrece Filomela, los pesares
 Con que vengó su pena! Y dice arreo
 Las alas que la llevan por lugares
 Desiertos, con que vuela desdichada
 Sobre la que ántes era su morada.

» Y todo lo que á Febo ya cantando
 El bienaventurado Eurota oido

Habia, y el oírlo continuando,
 Lo habian sus laureles aprendido,
 Sileno lo cantaba, y resonando
 Los valles, á los cielos va el sonido,
 Hasta que ya la estrella apareciendo,
 Del pasto las ovejas fué cogiendo.»

ÉGLOGA VII.

FORTE SUB ARGUTA.

Melibeo, Coridon, Tirsi.

Mel. Debajo un roble que, movido al viento,
 Ruido blando hacia, el Dafni estaba,
 Y Tirsi y Coridon al mismo asiento
 Su hato cada uno amenazaba;
 El Tirsi conducia ovejas ciento,
 Cabras el Coridon apacentaba,
 Ambos zagales bellos, ambos diestros,
 Y en responder cantando muy maestros.

Allí fué en cuanto cubro defendiendo
 Los mirtos del mar cierzo, desmandado
 Del hato un cabron mio, y yo siguiendo,
 Al Dafni vi, y de él visto, fuí llamado;
 «Aquí ven, Melibeo, aquí corriendo,
 Dice, que tu cabron aquí ha parado,
 Y si te vaga un poco, aquí tendido,
 Descansarás la prisa que has traído.

»Aquí las vacas por el prado y eras
 Se vienen á beber, aquí florecen

Del Mincio en verde hoja las riberas,
 Y los enjambres suenan, y adormecen.
 Mas ¡quien diera recaudo á mis corderas!
 Que ni Fflis, ni Alcipe no parecen,
 Y estaban á cantar desafiados
 El Tirsi, El Coridon, y muy trabados.»

Al fin aventajé su canto y ruego
 A mi negocio propio, y comenzaron
 El uno acometiendo, el otro luégo
 Volviendo la respuesta, y porfiaron
 Gran pieza así en el dulce y docto juego,
 Que á aquesta ley los mismos se obligaron;
 El Coridon decia así cantando,
 Y el Tirsi así cantaba, replicando.

Cor. Amadas musas, inspiradme ahora
 De versos la feliz y docta vena
 Del Codro, que con el que en Delo mora
 Cantando á las parejas casi suena;
 O si para aquel solo se atesora
 El primor todo de la dulce avena,
 Colgada para siempre desde luego
 A aqueste pino mi zampona entrego.

Tir. Este poeta que ahora se levanta,
 Pastores los de Arcadia, coronado
 De hiedra levantad á gloria tanta,
 Que con envidia el Codro traspasado,
 Reviente, ó si excediere en lo que canta,
 El uno le ceñid y el otro lado,
 Con vacar le ceñid la docta frente;
 No prenda en él la lengua maldiciente.

Cor. De un jabalí cerdoso te presenta
Esta cabeza el Titiro, ó Diana,
Y estos ramosos cuernos donde cuenta
El ciervo vividor su vida vana;
Y si lo que en el alma representa,
Por medio de tu mano alcanza y gana,
De mármol estarás, y con calzado
De tornasol teñido y de violado.

Tir. Y tú de leche un vaso por ofrenda
De mí tendrás en cada un año cierto;
No es justo que el pequeño don te ofenda,
Pues guardas, Lampsaceno, un pobre huerto.
De piedra eres ahora, mas si enmienda
El año, de riqueza irás cubierto;
Con oro lucirás si acrecentare,
La nueva cria el ható y mejorare.

Cor. Nerine Galatea, más sabrosa
Que el tomillo hibleo, y que el nevado
Cisne mas blanca mucho, y mas hermosa
Que el álamo, de hiedra rodeado,
Si vive en tu sentido y si reposa
De aqueste tu pastor algun cuidado,
Vendrás con pié ligero á mi majada
En tornando del pasto la vacada.

Tir. Y yo, más que el asensio desabrido,
Más aspero que zarza, y vil te sea
Más que las ovas viles, más huido
Que el lobo es de la oveja yo me vea,
Si no se me figura haber crecido
Un siglo aquesta luz odiosa y fea.

Id hartos, id novillos á la estancia,
Que ya es mala vergüenza tal tardanza.

Cor. Fuentes, de verde musco rodeadas,
Y más que el blando sueño yerba amena,
Y vos, ramas, que en torno levantadas,
Haceis sombra á la pura y frescá vena;
Debajo de vosotras allegadas
Sesteen las ovejas, que ya suena
El grillo y la vid brota, y ya camina
Viniendo el seco estío, y se avecina.

Tir. Aquí hay hogar y fuego, aquí la llama
Con tea resinosa siempre dura,
Aquí el humo que sube y se derrama
Matiza con hollin, el techo oscura;
Aquí si el blanco cierzo sopla y brama,
Curamos de él lo mismo que se cura
De no robar el rio su ribera,
O de guardar la grey el lobo entera.

Cor. Debajo de sus árboles caida
Yace la fruta, y sobre la montaña
Tuerce de su serval al ramo asida
La serva, y del castaño la castaña;
La copia por los campos extendida
Con gozo el monte y llano alegría y baña,
Mas si los ojos cubre relucientes,
Alexis, verás secas aún las fuentes.

Tir. Los campos están secos y agostados
Por culpa del sereno aire, muere
La yerba sedienta en los collados,
Tender su hoja ya la vid no quiere;

Serán aquestos daños remediados
 Al punto que mi Fílis pareciere;
 Ante ella su verdor cobrará el suelo,
 Descenderá con lluvia largo el cielo.

Cor. El álamo de Alcides es querido,
 Del Baco la vid sola es estimada,
 El mirto de la Vénus siempre ha sido,
 Y en el laurel por Febo es Dafni amada,
 El corilo es de Fílis escogido,
 Del corilo la Fílis pues se agrada,
 Al corilo conozcan por rey solo
 El mirto y el laurel del crespo Apolo.

Tir. Bellísimo en el bosque el fresno crece,
 El pino es en los huertos hermosura,
 El álamo los rios enriquece,
 La haya de los montes el altura;
 Mas cuando ante mis ojos aparece,
 O Licida divino, tu figura,
 En los huertos el pino no es hermoso,
 En los bosques el fresno no es vistoso.

ÉGLOGA VIII.

PASTORUM MUSAM.

Damon y Alfesibeo.

El dulce y docto contender cantando
 De Alfeo y de Damon, que embebecida
 La novilla admiró, casi olvidando
 La yerba y el pacer, por quien perdida

La presa tuvo el lince, y restañando
 Los rios sosegaron su corrida;
 Digamos pues el canto y los amores
 De Alfeo y de Damon, doctos pastores.

¡Oh tú, que hora con reino victorioso,
 O vences el Timavo ó la vecina
 Costa! ¡Si jamás dia tan dichoso
 Veré, que me conceda con voz dina
 Cantar tu pecho y brazo valeroso,
 Cantar tu verso y musa peregrina?
 A lo cual sola dice justamente
 La majestad del trágico elocuente.

De ti hizo principio, en ti fenece,
 Y todo mi cantar en ti se emplea;
 Recibe aquestos versos que te ofrece
 La voz que tu querer cumplir desea;
 Al vencedor laurel que resplandece
 En torno de tu frente y la hermosea,
 Consiente que allegada y como asida
 Aquesta hiedra vaya entretejida.

Apénas de la noche el velo frio
 Habia el claro cielo desechado,
 Al tiempo que es dulcísimo el roció
 Sobre las tiernas yerbas al ganado,
 Vertiendo de los ojos largo rio,
 Al tronco de un olivo recostado,
 Damon tocó la flauta lastimero,
 Y comenzó á cantar así el primero.

Dam. Procede ya, lucero, ante el sol bello,
 En tanto que de Nise fementida,

Por vil amor trocado me querello,
Y notifico al cielo mi herida,
Bien que nunca hallé provecho en ello,
En esta hora postrera de mi vida:
Y tú conmigo ahora el son levanta,
Zampoña, como en Ménalo se canta.

En Ménalo continuo el bosque suena,
En Ménalo los pinos son cantores,
Con la voz pastoril siempre resuena,
Y siempre oye sus quejas, sus amores,
Y siempre oye los dioses de la avena
Dulcísima primeros inventores.
Pues suena ya, y conmigo el son levanta,
Zampoña, como en Ménalo se canta.

Casó Nise con Mopso; ¿qué mistura
No templará el amor? El tigre fiero
Pondrá con la paloma, y por ventura
En uno pacerán lobo y cordero:
Dispónete, que tuya es la ventura,
Sus, Mopso, que por ti sale el lucero.
¡Ay! suena ya, y conmigo el son levanta,
Zampoña, como en Ménalo se canta.

Mas ¡qué bien empleada la que enfado
De todos, arrogante, y burla hacias;
La que mi sobrecejo y mi cayado,
Mi barba y mi zampoña aborrecias;
La que de nuestras cosas el cuidado
Ajeno de los dioses ser creias!
¡Ay! suena ya, y conmigo el son levanta,
Zampoña, como en Ménalo se canta.

Pequeña, y con tu madre y yo por guia,
 Te vi entre mis frutales hacer daño,
 Ya desde el suelo yo tocar podia
 Las ramas, y doblaba el sexto año
 Como te vi, te dí ¡ay! la alma mia,
 Llevóme en pos de sí preso el engaño.
 ¡Ay! suena ya, y conmigo el son levanta,
 Zampona, como en Ménalo se canta.

Ya te conozco, amor: entre las breñas,
 En fiero punto, en dia temeroso,
 Ni nuestro en sangre, ni con nuestras señas,
 De duros Garamantes, del fragoso
 Rodope procediste, y de las peñas
 Del Ismaro, dóbate el mar furioso.
 ¡Ay! suena ya, y conmigo el son levanta,
 Zampona, como en Ménalo se canta.

Por ti, crudo, tiñó la cruda mano
 En sus hijos Medea ensangrentada;
 Mas ¡cuál fué de los dos más inhumano,
 O tú, malvado amor, ó tú, malvada?
 Tú fuiste siempre, amor, un mal tirano,
 Tú fuiste una cruel desapiadada.
 ¡Ay! suena ya, y conmigo el son levanta,
 Zampona, como en Ménalo se canta.

Mas ya siquiera huya perseguido
 El lobo de la oveja, y sea arreo
 Del roble la azucena, y al sonido
 Del cisne se aventaje el cuervo feo,
 Y Titiro al Arion preferido,
 Arion sea en mar, en monte Orfeo.

¡Ay! suena ya, y conmigo el son levanta,
Zampoña, como en Ménalo se canta.

Y si quiera se anegue todo el mundo,
Vivid, selvas, por tiempo prolongado;
Que yo del alto risco al mar profundo
Venirme determino despeñado;
Si no lo fué el primero, este segundo
Servicio de ti, Nise, será amado.

¡Ay! cesa ya, zampoña, y no levantes
El son ni como en Ménalo más cantes.

Aquí dió fin Damon á su lamento,
Y suspiró profunda y tiernamente;
Tocó del grave mal el sentimiento
Al monte, que responde en son doliente;
Y luego puesto en pié, con nuevo acento,
Sonando la zampoña dulcemente,
Alfeo comenzó: lo que ha cantado
Vos, musas, lo decid, que á mí no es dado.

Alfes. Corona aqueste altar con venda y flores,
Agua me da, y enciende la verbena,
Incienso macho enciende; en mis dolores
Veré si hay fuerza alguna ó arte buena,
Veré si torno á Dafni á mis amores;
No falta sino el canto: canta y suena,
Y di: «Vé mi conjuro, y la mar pasa,
Y vuelve de la villa á Dafni á casa.»

El canto y el conjuro es poderoso
A retraer la luna reluciente;
En rostro demudó Circe monstruoso
Con cantos del Ulises á la gente;

De canto rodeada vigoroso,
Revienta por los prados la serpiente.
Vé presto, mi conjuro, y la mar pasa,
Y vuelve de la villa á Dafni á casa.

Tres cuerdas te rodeo lo primero,
De su color cada una variada
Imágen, y con pié diestro y ligero
En torno de aquesta ara consagrada
Traerte alrededor tres veces quiero:
Que el número de tres al cielo agrada.
Vé presto, mi conjuro, y la mar pasa,
Y vuelve de la villa á Dafni á casa.

Añuda, ó Amarílis, con tres ñudos
Cada uno de estos hilos colorados;
Añuda ya, y no estén los labios mudos;
Di en cada ñudo de estos por ti dados:
«Ñudos de amor estrechos, ciegos, crudos,
Ñudos de amor doy firmes añudados.»
Vé presto, mi conjuro, y la mar pasa,
Y vuelve de la villa á Dafni á casa.

Así como esta cera torna blanda,
Así como este barro se endurece,
Y un mismo fuego en ambas cosas anda,
Y juntamente seca y enternece;
Así tu amor conmigo á Dafni ablanda,
Y para las demás se empedernece.
Vé presto, mi conjuro, y la mar pasa,
Y vuelve de la villa á Dafni á casa.

Esparce aquesas puches de harina,
De farro y sal mezclada, en esa llama;

Al fuego aquel laurel verde avecina,
Y encima de él el balsamo derrama:
Dafni crudo me abrasaba á mí mezquina,
Yo quemo en su lugar aquesta rama.
Vé presto, mi conjuro, y la mar pasa,
Y vuelve de la villa á Dafni á casa.

Cual la novilla, de buscar cansada
A su toro por los montes, junto al rio
Se tiende dolorida, y olvidada,
No huye de la noche ni del frio;
Así me busques Dafni, así buscada,
En pago del amor te dé desvío.
Vé presto, mi conjuro, y la mar pasa,
Y vuelve de la villa á Dafni á casa.

En los pasados años aquel ciego
Y desleal me diera estos despojos,
Entónces caras prendas, dulce fuego,
Ahora crudos y ásperos abrojos;
Aquestos, tierra, ahora yo te entrego,
Porque le restituyas á mis ojos.
Vé presto, mi conjuro, y la mar pasa,
Y vuelve de la villa á Dafni á casa.

Tambien estas ponzoñas producidas
En Ponto, porque el Ponto es fértil de ellas,
De su lugar las mieses traducidas,
Y vuelto en lobo al Meris vi con ellas;
A Meris, que las vidas fenecidas
Reduce á ver la luz de las estrellas.
Vé presto, mi conjuro, y la mar pasa,
Y vuelve de la villa á Dafni á casa.



Esta ceniza coge y lleva afuera,
 Adonde el agua corre vé á lanzalla,
 Por las espaldas la echa, y ven ligera;
 No mires Amarilis al echalla,
 Con esto tentaré aquella alma fiera;
 Mas ¿qué canto ó qué Dios podrá ablandalla?
 Vé presto, mi conjuro, y la mar pasa,
 Y vuelve de la villa á Dafni á casa.

¿No ves que las cenizas alzan llama
 En cuanto me detengo? Por bien sea,
 ¡Ay, yo no sé quién es, que alguno llama,
 Que la perrilla en el portal vocea!
 ¿Si viene por ventura, ó si quien ama,
 Soñando finge aquello que desea?
 ¡Ay! pon á tu camino, ¡ay! pon ya tasa,
 Conjuro, que mi Dafni es vuelto á casa.

ÉGLOGA IX.

¿QUO TE, MÆRI PEDES?

Licidas y Meris.

Lic. ¿A dó, Meri, los piés te llevan hora?
 ¿Por caso vas á donde va el camino?
 ¿Por ventura á la villa vas tú ahora?

Mer. ¡O Licida! Por nuestro mal destino
 Hemos á ver vivos allegado
 Lo que en el pensamiento nunca vino.
 A que nos diga un malo, apoderado

De nuestras heredades sin mesura:
«Id fuera, que esto todo á mí me es dado.»

Y así que se le vuelva en desventura,
Le envío triste ahora estos corderos,
Pues todo lo trastorna la ventura.

Lic. Oyera yo que desde los oteros
De dó vienen cayendo los collados
Hasta del agua y haya los linderos,
Que todos estos pastos y sembrados,
por medio de sus versos y poesía
Fueron á tu Menalca conservados.

Mer. Oiriaslo que ansina se decia;
Mas versos entre armas pueden tanto,
Como contra el leon el ciervo haria.
Y si ya la corneja con su canto
A fenecer los pleitos como quiera,
No me inclinára de continuo tanto;
Si de esto ya avisado no estuviera,
Por cierto ten que ahora ni este amigo
Tuyo, ni mi Menalca vivo fuera.

Lic. ¡Ay! ¿cabe tal maldad, ni en enemigo?
¡Ay! casi nuestras fiestas acabadas,
Menalca, y nuestros gozos ya contigo.
¿Quién hiciera en las fuentes enramadas?
¿Quién cantara á las Ninfas de contino?
¿Quién sembrara con flores las majadas?
¿O los versos que ayer con arte y tino
A la Amaril hurté calladamente,
Cuando conmigo á solazarse vino?
Titiro, en cuanto vuelvo prestamente,

Las cabras apacienta, y en paciendo,
Llévalas á la pura y fresca fuente;

Llévalas, y al llevar ten cuenta yendo
No ofendas al cabron, porque enojado
Hiere mal, con el cuerno acometiendo.

Mer. O lo que para Varo no acabado,
Más lleno de primor y de dulzura
Cantaba, deleitando monte y prado.

Los cisnes de loor, si Mantua dura,
Si Mantua, de Cramona ¡ay! mal vecina,
Cantando, subirán en grande altura.

Lic. Así huye tu enjambre de malina
Arbol, así las ubres tu vacada
Con pasto bueno ensanche á la continua.

Di, si te acuerdas de algo, que me es dada
La flauta á mí tambien, y de mi canto
Me dicen los pastores les agrada.

Bien que no les doy fé, ni daré en cuanto
No merezco del Varo ser oido,
Mas como entre los cisnes ansar canto.

Mer. En eso mismo estoy embebecido,
Si pudiese tornarlo á la memoria,
Que no merece ser puesto en olvido.

¡Qué pasatiempo hallas ó que gloria
En las ondas? ¡Oh! aquí ven, Galatea,
A dó de sus esmaltes hace historia.

A dó el verano bello hermosea
Y pinta la ribera, pinta el prado,
Y todo en derredor cuanto rodea.
Aquí el álamo blanco levantado

Hace sombra á la cueva deleitosa,

Aquí teje la vid verde sobrado,

Aquí hace la vid estancia umbrosa;

Aquí pues ven ya, y deja que en la arena

Golpee á su placer la mar furiosa.

Lic. ¿Y lo que yo te oyera una serena

Noche? Que si los versos hora olvido,

Su tono en mis orejas siempre suena.

Mer. Dafni, ¿qué miras, todo convertido

A los antiguos signos? ¿Qué mas bella

Que otra más bella luz ha aparecido?

Mira cuál sale y sube la alta estrella

De César, con la cual se goza el trigo,

Y las uvas colora en la vid ella.

Ingiere con aquesta luz que digo,

Ingiere, Dafni, los perales luégo;

Tus nietos cogerán el fruto amigo.

Hace á la muerte en todo el tiempo entrego,

Y del gusto tambien, que yo solia

Largos soles pasar en canto y juego.

Y ahora ya gastada la alma mia,

En demás de mil versos que me olvido,

Aun la voz misma me huye y se desvia.

Primero de los lobos visto he sido;

Mas cien veces aquesto todo arreo

Te será de Menalca referido.

Lic. Con achaques dilatas mi deseo,

Y el mar te calla ahora sosegado,

Y ni resuena el viento, segun veo.

Sus murmullos los aires han echado,

Y es este el medio espacio que aparece,
A donde el Bianor está enterrado.

Aquí sentados, pues, si te parece,
Cantemos; aquí asienta los corderos,
Que en la villa estarás cuando anochece.

Y si temes algunos aguaceros
Al venir de la noche, así cantando
Iremos más alegres y ligeros.

El camino el cantar irá aliviando,
Y yo te aliviaré de aqueste peso,
Porque cantemos yendo caminando.

Mer. Pon, Licida, ya fin á este proceso,
Hagamos lo que hacemos de presente;
Que el tiempo y la sazón de todo eso
Es cuando aquel tornare á estar presente.

ÉGLOGA X.

EXTREMUM HUNC, ARETUSA.

Este favor de ti, que es el postrero,
Me sea, ó Aretusa, concedido:
De Galo algunos versos decir quiero,
Mas versos que convengan al oído
De la Licori, lazo estrecho y fiero
En que padece preso el afligido;
Que ¿quién jamás con buena y justa excusa
A Galo negará su verso y musa?

Concédeme pues, Ninfa, alegremente
Esta merced debida y deseada;

Así cuando huyendo tu corriente
Debajo de la mar va apresurada,
La Doris no inficione osadamente
Con su amargor tu agua delicada:
Comienza ya, y digamos el cuidado
De Galo, en cuanto paze mi ganado.

Los montes dan oído á nuestro canto,
Que tienen y los montes sus oídos,
Y á cuanto les cantamos, otro tanto
Al punto de ellos somos respondidos;
Mas, Náyades, ¿qué selva amastes tanto?
¿Qué bosque así ocupó vuestro sentido
Cuando de amores Galo perecia,
Pues ningun monte docto os detenía?

Que cierto es, que ni el Pindo ni el Parnaso
De algun detenimiento causa os fueron,
Ni la Aganipe Aonia del Pegaso,
Ni la Castalia fuente os detuvieron:
Y fué tan lastimero y duro el caso,
Que de él los insensibles se dolieron;
Lloró el pino y lloró el laurel febeo,
Y el Ménalo y las peñas de Liceo.

Y las ovejas mismas lastimadas,
Juntas con él estaban de contino;
A ellas no les pesa ser guiadas
Por ti, el mayor poeta y más divino;
No deben ser de ti menospreciadas,
Ni juzgues que el ganado no te es dino,
Pues fué del bello Adoni apacentado
Por prados y riberas el ganado.

Y vino el ovejero, y vino luégo
El porquerizo, y vino el gordo hinchado
Menalca de bellota; y tanto fuego
Y tanto amor, ¿de dónde? han preguntado;
Y tambien vino á pelo, y dice: «Ruego
Me digas, ¿qué locura te ha tomado?
Licori, por quien, Galo, estás muriendo,
A otro por las nieves va siguiendo.»

Y vino el dios Silvano, y parecia
Que sacudiendo recio meneaba
Los lirios y espadañas que traia,
La selva que su frente coronaba;
Y el dios de Arcadia, Pan, tambien venia,
Con rostro rubicundo que agradaba;
Por nuestros ojos mismos visto ha sido,
De negras moras y carmin teñido.

Y ¿cuándo has de dar fin á tu tormento?
Que de estas cosas, dice, amor no cura;
Que nunca amargo lloro y sentimiento
Hartaron del amor la hambre dura,
Ni se vió amor de lágrimas contento,
Ni cabra de pacer rama y verdura,
Ni de flor las abejas, ni los prados
De en agua de continuo andar bañados.

El, sin embargo de esto, doloroso
Y triste respondió: «Vos, los pastores
De Arcadia, cantareis con lastimoso
Verso por vuestros montes mis dolores,
Vosotros que en el canto artificioso
Sois únicos maestros y cantores;

Reposará mi alma ¡oh, en qué alegría!
Si canta vuestra voz la suerte mia.

»Y ¡oh! si de vosotros fuera yo uno,
O guarda de ganado ó viñadero,
Si amara á Fili, Aminta ú otro alguno
Que si es moreno Aminta, no es tan fiero
Tendido so los sauces de consuno,
Gozáramos en paz del bien postrero;
La Fili de guirnaldas me cercara,
Y Amintas con su canto me alegrara.

»Aquí prados habia deleitosos,
Aquí, Licori, hallarás fuentes frias,
Y aquí, si te agradara, en amorosos
Deseos traspasáramos los dias;
Mas ¡ay! que ahora, amor, por peligrosos
Pasos llevas mis locas fantasías,
Y entre las armas fieras y el bramido
De Marte tienes preso mi sentido.

Y de la patria tú, y de mí alejada
Mas nunca crea yo tal desventura
Sola y sin mí, la nieve alpina helada,
Y ves del Rhin la tierra helada y dura;
¡Ay! no ofenda á tu carne delicada
El frio, ó menoscabe tu hermosura;
No corte de tu planta el cuero tierno
La escarcha rigurosa del invierno.

Lo que en verso calcédico he compuesto
Pasar quiero á la flauta siciliana,
Y entre las selvas y alimañas puesto,
Quiero pasar mi duelo y pena insana;

Entallaré en los árboles aquesto
Y tu quebrada fé, Licori, y vana;
Ellos creciendo se harán mayores,
Y creceréis con ellos, mis amores.

Y en tanto con las Ninfas paseando,
Del Ménalo andaré por los oteros,
O si me diere gusto, iré cazando
Los tímidos venados y ligeros;
Sin ser conmigo parte, ni lanzando
O nieve el cielo, ó turbios aguaceros,
Serán de mí con perros rodeados
Los valles del Partenio y los collados.

Y se me representa ya y figura
Que voy por los peñascos discurriendo;
Ya voy por la montaña espesa, oscura,
Ya encorvo el arco, y todo al tire atiendo;
Mas como si salud á mi locura
Diese lo que ahora triste voy diciendo,
O como si del mal del pecho humano
Supiese condolerse aquel tirano.

Mas ya ni quiero Ninfas ni cantares,
Los versos no me placen ni los quiero,
Ni gusto por montañas y lugares
Asperos perseguir el puerco fiero;
Las selvas no remedian mis pesares
Ni el mal incomparable de que muero;
Ni estudio mio ¡oh pena, oh triste duelo!
Podrán mudar aquel que abrasa el suelo.

No pueden, ni si en medio del invierno
Pusiese dentro el pecho el Ebro helado,

Ni si cuando del olmo el cuero interno
 Se seca en los Guineos, su ganado
 Paciese cometido á mi gobierno,
 Y cuando el sol en Cancro está encumbrado;
 Todo lo tiene amor preso y rendido,
 Rindámosle tambien nuestro sentido.

Esto me baste, Musa, haber cantado
 En cuanto un canastillo estoy tejiendo
 A Galo, cuyo amor, cual bien plantado
 Alamo, en mí por horas va creciendo;
 Alto, que el ya á la sombra estar sentado
 Daña, de enebro y más la sombra siendo,
 Y aun á las mieses son las sombras frias;
 Id hartas, que anochece, id, cabras mias.

VIRGILIO.—GEÓRGICAS.—LIBRO I.

QUID FACIAT LETAS SEQUETES.

Lo que fecunda el campo, el conveniente
 Romper del duro suelo, el sazonado
 Juntar la vid al olmo, y juntamente
 Cómo se cura el buey, cómo el ganado,
 Y de la escasa abeja diligente
 Su industria y saber mucho no enseñado,
 Aquí, Mecenas claro, comenzando
 Por órden cada cosa, iré cantando.

O vos, lumbreras claras de la vida,
 Que el año producís andando el cielo,

Alma Céres y Baco, si en florida
Espiga por don vuestro mudó el suelo
Primera bellota, y la bebida
Con las holladas uvas perdió el hielo;
Y vos, dioses propicios del aldea,
Venid, Faunos, á dó mi voz desea.

Venid, Faunos, venid, coro lucido
De Driadas, pues vuestros dones canto;
Y tú, Neptuno, aquí en el campo herido
Con el grande tridente, con espanto
El caballo produjo; y del florido
Bosque el cultivador, y de otro, canto,
De novillos pastor tres veces ciento,
Que pacen de la Cea el grueso asiento.

Y tú, pastor de ovejas, Pan, dejados
Tus bosques y tus valles de Liceo,
Si son de ti tus Ménalos ya amados,
Ven presto favorable aquí ó Tegeo;
Y tú, Minerva, ven, que á los collados,
La gruesa oliva hallando diste arreo,
Y el mozo inventador del corvo arado,
Y el del ciprés entero por cayado.

Y los dioses y diosas igualmente,
Cuantos teneis por obra y por oficio
La guarda de los campos juntamente;
Aquellos que con vuestro beneficio
Las mieses levantaiis no sin simiente,
Y aquellos que enviais del edificio
Del cielo, para bien de los sembrados,
Largos hilos de lluvia derramados.

Y finalmente tú de quien se duda
A cuál divinidad serás alzado,
O si de lo terreno, que se muda,
Querrás y de tu Roma el gran cuidado;
De arte que colgada de tu ayuda
La redondez te adore, coronado
Con el materno mirto frente y sienes,
Señor del aire, y campo, y de sus bienes.

O si fueres del mar por Dios tenido,
Y á ti solo adorare el marinero,
Y Tule lo postrar de lo sabido,
Y diere por ti Teti el mar entero,
Por ti para su yerno, ó añadido
A los meses tardíos por lucero
En el lugar que está desocupado,
Entre Virgo y las Chelas asentado.

Que si lo miras, ya para tu asiento
Los brazos encogió el Escorpio ardiente,
Y más de la mitad con miramiento
Te deja de su silla reluciente:
Pues, ó te venga de esto mas contento,
O seas el que fueres finalmente,
Que no te esperará rey el infierno,
Ni tú desearás tan mal gobierno.

Aunque el Eliseo campo Grecia admire,
Y Proserpina huya, demandada
Volverse con su madre, así que inspire
En mí tu deidad, apiadada
Del labrador, que ignora por dó tire,
Y da favor á aquesta empresa osada:

Ven pues, y desde luégo acostumbrado
Aprende como Dios ser invocado.

En el verano nuevo, cuando el frio
Humor, en la alta sierra desatado,
Desciende convertido en largo rio,
Y el campo, con el céfiro alentado,
El seno afloja que cerraba el frio,
Al punto gima el buey con el arado,
Hincándolo, y la reja, de gastada,
Con el arar relumbre como espada.

Aquella mies sin duda corresponde
Con lo que siempre el labrador desea,
Que en dos tiempos el hielo en sí la esconde,
Y en dos tiempos el sol la ve y recrea;
Sus frutos las paneras rompen, donde
Se encierran: mas tu estudio y vela sea,
Antes de abrir con reja el nuevo suelo,
Las mañas conocer del viento y cielo.

Los vientos, y los modos diferentes
Del aire y sus diversas calidades;
Lo propio de las tierras, las simientes
Que huyen ó á quien hacen amistades;
Que aquí se dan los trigos, las ardientes
Uvas mejor allí, las variedades
De frutas hallan dicha en otra parte,
Y lo que sin cultura nace y arte.

¿No ves por aventura cómo envia
La Frigia su azafran? ¿el indio feo
Nos da el rico marfil? ¿y cómo cria
Encienso el viciosísimo Sabeo?

Los Calibes dan hierro, y á porfía
El Ponto el venenoso castoreo,
Y Epiro en dar las yeguas tiene gloria,
Que en Elis se aventajan con victoria.

Que luégo en el principio divididas,
La suya á su lugar naturaleza,
Aquestas leyes puso establecidas
Con liga y nudo eterno de firmeza;
Luego cuando las piedras esparcidas
Lanzó Deucalion por la grandeza
Del yermo suelo y tierra espaciosa,
De dó los hombres nacen, dura cosa.

Así que, como digo, el mes primero
Del año el fuerte buey con el arado
Trastorne el fértil suelo, porque quiero
Que cueza con su ardor el quebrantado
Terron el seco estío; y si es ligero
El campo, á la ligera sea tocado;
Allí porque no ahogue yerba el trigo,
Aquí porque no espire el jugo amigo.

Tambien harás que á veces repartido
Goce el segado campo de reposo,
Y que por luengo espacio entorpecido
Con moho se endurezca el perezoso,
O sembrarás cebada allí venido
Su tiempo, de dó en vainas sonroso
O coges el legumbre, ó fué arrancada
De dó por ti la arveja delicada,

O de donde sacaste del lupino
Triste la caña flaca vocinglera.

Mas quema adonde nace el campo el lino,
Y la bañada en sueño dormidera
Le quema, y las avenas. El contino
Uso trocando así, pues se aligera,
Con tal que sin empacho ni recelo
Hartes de estiércol grueso el flaco suelo.

De estiércol y ceniza torpe, inmundas,
Esparce largo el campo adelgazado,
Que así y mudando esquilmo se fecunda
La tierra, y no es ninguna del no arado
Suelo la utilidad. A la infecunda
Haza provecho á veces ha causado
Quemarla, y que al rastrojo seco asido,
Corra abrasando el fuego y dé estallido.

O porque así se esfuerza ocultamente
Y más se engruesa el campo, ó porque luego
Quemado, lo vicioso totalmente
Perece, y suda el daño con el fuego;
O porque aquel ardor eficazmente
Descubre mas caminos, y lo ciego
Relaja de los poros, por dó venga
El jugo á lo sembrado, y lo mantenga.

O es porque endurece el fuego al suelo,
Y aprieta más las venas desatadas,
A que ni recios soles, ni del cielo
Las lluvias menudas enviadas,
Ni el cierzo penetrable, envuelto en hielo,
Le abraze; y mucho sirve á las aradas
Quien rompe los terrones descuidados,
Con puntas y con zarzos arrastrados.

No mira al que esto hace del dorado
 Cielo la roja Céres sin provecho,
 Ni ménos al que al brazo atravesado
 Los lomos que alzó arando en el barbecho
 Las corta de través con el arado,
 Y al sesgo, diligente, y al derecho
 La tierra sin cesar desasosiega,
 Y doma y trae sujeta así la vega.

Húmedos equinocios, frios, serenos,
 Labradores pedid, que el polvoroso
 Hielo dá ricos panes, hace amenos
 Prados, y si presume de abundoso
 El suelo de la Frigia, y sus llenos
 Campos admira el Gárgara gozoso,
 De esta sazón de tiempo más le viene
 Que de cuanta cultura y labor tiene.

¿Qué diré del que luégo que ha esparcido
 La simiente, prosigue, y de la arena
 Flaca lo amontonado y mal asido
 Deshace? ¿y que despues con larga vena
 Del agua que le sigue, el esparcido
 Campo baña? ¿y lo mismo cuando pena
 Y hirve el abrasado suelo ardiendo,
 Y sus yerbas, que en él se van muriendo;

Al punto de la altura recostada
 Abre camino al agua, que cayendo
 Hierve las lisas piedras, y encontrada,
 Ronco murmullo mueve, y tiembla yendo
 La tierra abierta y seca, de abrasada?
 ¿Y del que en yerba el vicio va paciendó

De las mieses que igualan las aradas,
Porque despues no se echen de granadas?
¿Del que el humor, en lagos recogido,
Con bebedora arena lo destierra?
El rio mayormente si salido
De madre, y largamente por la tierra
En los inciertos meses extendido,
Con cieno, que dejó, la ocupa y cierra,
Por dó las anchas fosas llenas sudan
Con aguas que estancias no se mudan.

Y no, dado que el hombre y buey á una,
Cultivando la tierra y trabajando,
Hayan aquesto hecho, no es ninguna
La ofensa que el mal ansar hace andando,
Y las grullas de Tracia, y la importuna
Endivia los sembrados enredando
Con sus amargas hebras, ni es beleño
Las sombras á los panes muy pequeño.

Que el mismo eterno Padre quiso en parte
No fuese la labranza del barbecho
Fácil, y fué el primero que con arte
Los campos meneó, porque de hecho
El cuidado forzoso fuese parte
Para aguzar el torpe humano pecho;
No consintiendo que su monarquía
Se entorpeciese con pereza fria.

Porque ántes de su reino por ninguno
El campo ni fué arado ni mullido,
Ni el señalar con lindes cada uno
Su parte ó el dividir fué permitido;

Servian al comun sin miedo alguno,
La tierra daba fruto no pedido.
El asimismo puso mal veneno
A las serpientes negras en el seno.

El les mandó á los lobos que salteen,
Al mar que se levante, y sacudida
Quiso que miel las hojas no goteen,
Y de él la luz del fuego fué escondida;
Los vinos que corrian no se veen,
Que fué por él su vena reprimida,
Para que imaginando el uso, hiciese
Las artes poco á poco, y las puliese.

Y para que buscase el trigo arando,
Y para que del seno el escondido
Fuego, á los pedernales golpeando,
Sacase. Allí primero fué sentido
El barco de los rios, y allí cuando
Redujo á cierta suma, y su apellido
Compuso á cada estrella el marinero,
Osas, Virgalias, Híadas, Lucero.

Y entónces se inventó cazar las fieras
Con lazos, y con ligas engañosas
El enredar las aves, y las fieras
Selvas cercar con canes; las undosas
Mares con redes largas, barrederas,
El uno escudriñaba, y con ñudosas
Mangas, el otro, hiriendo á su albedrío,
El hondo penetró del ancho rio.

Y entónces el rigor del hierro vino,
Y fué la cortadora sierra hallada,

Que á fuerza de las cuñas cortó el pino,
Fácil para el hender la edad dorada:
Nacieron muchas artes; que el contino
Trabajo pertinaz y la apretada
Falta, que en lo preciso no reposa,
Todo lo sobrepuja poderosa.

Céres nos enseñó á romper la tierra
Con hierro, cuando ya casi faltaba
Bellota en el sagrado monte y sierra,
Y la comida Epiro nos negaba;
Mas luégo al pan le vino nueva guerra,
La niebla dañadora, que gastaba
La espiga, y el baldío y desechado
Cardo, que se erizaba en el sembrado.

Ahóganse las mieses, sube y crece
Selva desagradable, abrojo, espina
Y en lo que cultivado resplandece
Reina la grama inútil, la malina
Avena; y si tu mano desfallece
En perseguir con rastro á la contina
Al campo, y si no espantas con ruido
Las aves, ó con honda y estallido;

Si no estrechares tú con podadera
Las sombras del umbroso y negro suelo,
Si en el otoño y en la primavera
Con votos no pidieres agua al cielo;
En vano ¡ay! los montones de la era
Ajena mirarás, y tu consuelo,
Con que consolarás tu merecida
Hambre, será la encina sacudida.

Tambien nos convendrá que dicho quede
Qué armas ha de usar el esforzado
Rústico, sin las cuales no se puede
Sembrar, ni mejorar lo ya sembrado:
La reja es lo primero, y le sucede
El roble de muy grave y corvo arado,
La carreta de Céres Eleusina,
Que despacio volviéndose camina.

Los trillos, las rastreras, los pesados
Rastros, desigualmente los tejidos
Cestos, alhajas viles, los trabados
Zarzos de rama y mimbre, los debidos
Harneros al dios Baco, que ajuntados
Con acuerdo tendrás y apercebidos
De ántes todos estos, si la amada
Gloria del fértil campo te es guardada.

Con tiempo allá en la selva retorcido
Con fuerza valentísima es domado
El olmo para cama, y constreñido
Recibe forma en sí de corvo arado;
De allí por ocho piés sale extendido
Derecho así el timon, y á cada lado
Su oreja y su dental, y de antemano
Se corte al yugo el tejo bien liviano.

El tejo y la alta haya, y juntamente
La esteva se apareje, que plantada
Detrás en el arado, prestamente
Vuelva las bajas ruedas; y colgada
La leña dura en el hogar caliente,
Allí será del humo examinada:

Y puédote decir otras mil cosas,
Que los ancianos mandan, provechosas.

Mil cosas, si te place estar atento,
Y tan menuda cuenta no es penosa:
La era de primero de cimiento
Trastórnala, y con greda pegajosa
Macízala despues, y desde el centro
Por toda alrededor con poderosa
Y bien rolliza piedra así rodando,
Lo desigual del suelo irás quitando,

Porque no nazcan yerbas, ni hendida,
El polvo en ella reine, ocasionada
A ser de mil cojijos ofendida;
Que á veces hace en ella su morada,
Y su troj el raton, y su manida
El topo ciego pone allí cavada,
Y el sapo allí se halla cada dia,
Y cuanta sabandija el suelo cria;

Y á veces el gorgojo atala y gasta
Grande monton de trigo, y la hormiga
Ensila mucho más de lo que basta,
Temiendo la vejez pobre y mendiga;
Que si tu diligencia no contrasta
Mil daños amenazan á la espiga;
Y atenderás tambien, si te es gustoso,
A adivinar lo estéril, lo abundoso.

Atiende á cuando en flores la almendrera
Se viste por el campo, y de florida
Las ramas encorvare; la panera,
Si el fruto viene á colmo, enriquecida

Será por un igual, y grande era
Verás con gran calor; mas si caida
La flor se fuere en hoja, muy menguadas
Espigas trillarás y mal granadas.

Y visto he yo que muchos sembradores
Los granos medicinan, y primero
Con alpechin los bañan, con licores
Otros, para que el fruto más entero
Hincha la falsa vaina, y los ardores
Del fuego, aunque pequeño, más ligero
Los cuezan y enmollezcan, y aún he vido
El trigo desdecir muy escogido.

He visto que despues de gran cuidado
Desdice poco á poco, si el humano
Velar en cada un año lo granado
No escoge y lo mejor con propia mano;
Que así por ley en todo lo criado
Descae y vuelve atrás el ser liviano
Y viene empeorándose de contino
A estado ménos bueno y ménos dino.

No de otra forma y modo que acontece
Al que con remo y fuerza apénas lleva
El barco la agua arriba, si enflaquece
Y si dé cuanto puede no hace prueba,
Si acaso el brazo afloja y desfallece,
Ya la raudal corriente se le lleva
Al punto en pos de sí arrebatado,
Y como cuesta abajo despeñado.

Y allende de esto, importa el tener cuenta
Tanto á nosotros como al marinero

Que al Ponto y que al estrecho Abido tienta,
Llevado por el mar ventoso y fiero
Al patrio y dulce nido, donde asienta,
Con el Arcturo y con el Carretero,
Sus cábras y su dia, y juntamente
Con la Culebra austral resplandeciente.

Cuando la Libra iguales horas diere
Al sueño y á la vela, y juntamente
La redondez por medio dividiere
Entre la noche y luz, el buey valiente
Traed á la melena, y por dó fuere
Con mano, ó labradores, diligentes
Esparcid las cebadas hasta cuando
Lo crudo del invierno venga helando.

Y por el mismo modo es apropiado
Tiempo para entregar el lino al suelo,
Y de la dormidera el delicado
Grano á la santa Céres sin recelo,
Cuando está seco el campo, y el nublado
Alto y suspenso se anda por el cielo;
Mas de las habas es la sementera
Cuando aparece ya la primavera.

Y á ti tambien, alfalfa, los llovidos
Sulcos te acogerán bien en su seno,
Y al mijo en cada un año á sus debidos
Cuidados sazón viene y tiempo bueno,
Cuando ya el blanco toro con lucidos
Cuernos del año nuevo y del sereno
Aire la puerta abriendo, se pusiere
El Can contraria estrella, y le cediere.

Empero si labrares para el trigo
Las tierras, ó si para las cebadas,
Y fueres de los panes solo amigo,
Primero se te escondan las llamadas
Virgilias, y primero, como digo,
Se esconda la Corona, que entregadas
Al sulco las simientes le confies,
Y al suelo sin sazón tu año fies.

Que muchos comenzaron no caida
La Maya, mas al fin la espiga vana
Burló sus esperanzas. Si esparcida
La arveja ó vil favelo, ó la gitana
Lenteja fuere en precio de ti habida,
Su tiempo te dirá su sazón sana
Sus rayos el Bootes cobijando;
Comienza, y llega al hielo así sembrando.

Que por aqueste fin del sol dorado
La redondez del cielo dividida,
Con número medido y limitado
Por doce claros signos es regida
Y en cinco zonas todo está cortado;
La una de las cuales encendida
La tiene de continuo el sol presente,
Y el fuego que la tuesta eternamente.

De aquesta alrededor las dos postreras
Por la siniestra y por la diestra mano
Se extienden verdinegras con las fieras
Lluvias, con el rigor del hielo insano;
Y entre estas y la media van dos veras,
Dadas por dón al hombre soberano,

Y en ambas al través hecho el camino
Por dó los signos andan de continuo.

Que cuanto se levanta el cielo alzado
Encima los alcázares Rifeos,
Tanto se va sumiendo, recostado
Hácia el ábrego y Libia y los Guineos.
Aqueste quicio vemos ensalzado;
Debajo de los piés aquel los feos
Y hondos infernales; el Cerbero
Leve, y del negro lago el mal Barquero.

Aquí va dando vueltas la serpiente
Grandísima, á manera de un gran rio,
Por entre las dos osas reluciente,
Las osas, que en la mar nunca el pié frio
Lanzaron; mas allí continuamente
Que es calma, dicen, todo y estantío,
En noche profundísima espesando
Lo oscuro las tinieblas, y engrosando.

O dicen que la aurora despedida
De aquí les lleva el dia, y al momento
Que torna á descubrírsenos nacida,
Y que de sus cabellos el aliento
Nos toca, de la tarde la lucida
Estrella allí con presto movimiento
Sus luces les enciende: por manera
Que el cielo nos es seña verdadera.

Es seña que nos dice sin engaño
del aire las mudanzas revoltoso,
La mies, la sementera, y cuando el año
Concede dar el remo al mar undoso;

Cuando se puede al agua echar sin daño
La nave, y cuando el pino poderoso
Con su sazón debida viene á tierra,
Cortado en la fragosa y alta sierra.

Así que, no es sin fruto tener cuenta
En ver si nace el signo, ó si se pone,
Y el año que con una y justa cuenta
De cuatro tiempos varios se compone.
Si fuere que la lluvia no consienta
Salir al labrador, no se perdone
De hacer mil cosas, que la nube huida,
Convienen y se hacen de corrida.

Que el labrador la reja allí embotada
Afla de su espacio, y cava el leño
En barco, ó si le place, á su manada
Almagra, y el monton grande ó pequeño
A cuenta le reduce, es aguzada
La horca de dos puntas, alza el dueño
El roto valladar, allí se apresta
Lo que la vid caediza tiene enhiesta.

Entónces con los mimbres es tejido
El fácil canastillo, tuesta el fuego
Entónces las espigas, y es molido
El grano con la piedra; y al sosiego
Santo el hacer tambien le es permitido
Por ley algunas obras, porque el riego
No hay fiesta que lo vede, ni es vedado
Cercar con valladares el sembrado.

Ni ménos el armar al ave engaño,
Ni el encender los cardos, ni el roñoso

Ganado zambullirle en fresco baño;
Y á veces sobrepone al espacioso
Asnillo el labrador, conforme al año,
Aceite ó vil manzana, y va, y gozoso
Le torna del mercado á su morada
Con pez ó cualquier piedra aderezada.

Y para el trabajar tambien la luna
A dias es feliz en su carrera:
Huye su quinta luz, en quien á una
Tesifone nacieron y Meguera,
Y el Orco verdinegro y la laguna,
Y en tal dia la tierra lanzó afuera
Con parto abominable á Tifoeo,
A Japeto, Porfirio, Reto, Ceo.

En tal dia produjo infelizmente
A todos los hermanos conjurados,
De dar asalto al cielo osadamente:
Tres veces procuraron levantados
Sobreponer al Pelio el eminente
Osa y Olimpo, y fueron derrocados
Tres veces con el rayo soberano
Los montes, que el furor alzaba en vano.

Empero es felicísimo el seteno
Que al décimo sucede, en poner vides,
En el domar los bueyes, y es muy bueno
Para tejer lo urdido; y si partides
De vuestra casa, el propio es el noveno,
Aunque es malo á los hurtos y á sus lides,
Y á cosas es mejor la noche fria,
O cuando al alba el suelo se rocía.

De noche muy mejor la paja leve,
De noche mejor mucho el seco prado
Se corta, que á las noches se les debe
Un correoso humor; y desvelado
A los candiles largos del sol breve,
Con hierro aguza alguno delicado
La tea, y su mujer, que tambien vela,
Corre la lanzadera por la tela.

Corre por el telar, y engaña el duro
Y luengo trabajar así cantando,
O cuece el dulce mosto á fuego puro,
El cobre hirviente á tiempos espumando;
Mas el estío al trigo ya maduro
La hoz aguda aplica, y volteando
En la espaciosa era, son trilladas
Las mieses, del calor del sol tostadas.

Ara cuando se puede arar desnudo,
Y siembra por el mismo modo y arte,
Que el tiempo del invierno es como mudo,
Que ata al labrador la mano y arte,
Que cuando reina el frio y hielo crudo,
Los labradores por la mayor parte
Gozan de lo allegado, y juntamente
A veces se convidan dulcemente.

Convídalos á ello el tiempo helado,
Hecho para el regalo, y que del pecho
Desata las congojas y cuidado;
Como cuando con viento al fin derecho
Entran al puerto dulce y deseado,
Cargados los navíos de provecho,

Alegres, con laurel los marineros
Coronan á los árboles veleros.

Bien es verdad que es propio á la cosecha
Del roble y del laurel y verde oliva
Y del sangriento mirto, y que aprovecha
Para enredar la grulla fugitiva,
Para poner al ciervo en red estrecha,
Seguir la liebre, herir la corza esquiva
Con honda que estallide, en cuanto al suelo
La nieve cubre, al rio enfrena el hielo.

¿Qué diré del otoño y su mudanza,
Ya cuando van los dias de corrida,
Lo que se ha de velar en la labranza?
Y cuando va el verano de vencida,
Y cuando por los campos la mies lanza,
Y cria sus espigas conmovida,
Y en las cañas los granos, ya cuajados
De leche, se demuestran muy hinchados?

Que he visto yo en la siega misma, y cuando
Llamaba el labrador los segadores,
De mil contrarios vientos, batallando,
Venir las guerras todas y furores,
Que de raíz las mieses arrancando
Enteras, por los aires voladores
Subieron, y llevó la caña el grano,
Envuelta en torbellino, el soplo insano.

Y viene muchas veces desde el cielo
De agua innumerable un golpe fiero,
Y las nubes, derraman sobre el suelo,
Que el cierzo amontonara, un mar entero;

Húndese el alto cielo, y lo que al hielo
Y al sol labrara el buey, el aguacero
Lo anega, y quedan llenos los fosados;
Los rios resonando van hinchados.

Crece los hondos rios, todo el llano
Con ondas hervorosas bulle, y luégo
Del nuble tenebroso la alta mano
Lanza tronando rayos hechos fuego,
Con que la tierra tiembla, con que en vano
Las alimañas huyen, con que el ciego
Y abatido pavor generalmente
Los ánimos humilla de la gente.

Mas él con tiro ardiente, poderoso,
O las Ceraunias puntas encumbradas,
O el Ródope ó el Ato mentiroso
Derrueca, y luégo al punto desplegadas
Sus alas, se redobla furioso
El Abrego, y la lluvia, desatadas
Las nubes, espesísima, al crecido
Viento la playa y bosques dan bramido.

Pues con recelo de esto pon cuidado
En advertir los meses, las estrellas,
Los signos dó se esconde el viejo helado,
Y á dó el Cilenio esparce sus centellas;
Mas sobre todo, da lo situado
A las diosas y á Céres, grande entre ellas,
A quien festejarás con larga mano,
Fenecido el invierno, en el verano.

En las primeras yerbas santo ofrece,
Cuando se viste el campo de hermosura,

Entónces el cordero es gordo y crece,
Al sueño baña entónces la dulzura,
Entónces ya cocido se enmollece
El vino, y de la sombra la espesura
Entónce es agradable en la montaña,
Entónces pues tu rústica compañía.

Adore pues á Céres lo aldeano,
Y tú el panal le mezcla y leche y vino,
Y la dichosa hostia vaya á mano
Tres veces de las mieses el camino;
La gente le acompañe y coro ufano,
Y llame á sí con voces de contino
A Céres, y ninguno sea osado
La hoz meter primero en lo sembrado.

La hoz en las espigas, si primero
De encina coronado no dijere
A Céres su cantar, y placentero
Con saltos descompuestos la sirviere;
Y porque con indicio verdadero
Podamos conocer lo que viniere,
Las lluvias, los calores, los estíos,
Los vientos, que producen hielo y frios.

El ciel estatuyó lo que la luna
Nos dice, que por meses se renueva,
Qué signo aplaca el viento, y lo que una
Y muchas veces visto, es cierta prueba
Para que el labrador por ley ninguna
De la cabaña lueñe el hato nueva,
Mas junto al derredor de su morada
Apaste receloso su manada.

Que yendo ya los vientos á alterarse,
Las costas de los mares conmovidos
Comienzan enojadas á hincharse,
Y se oyen por las sierras estallidos;
Resuenan las riberas, que turbarse
Empiezan, ó se espesan los ruidos
Del bosque y sus murmullos de hora en hora,
Indicios de la fuerza movedora.

Y apénas ya las olas se contienen
De hacer á los navíos guerra fiera,
Cuando del mar sus cuervos prestos vienen,
Trayendo vocería, á la ribera;
Y cuando las cercetas se detienen
Y espacían por lo seco, y la junquera
Y los sabidos lagos olvidando,
La garza sobre el nublo va volando.

Y vemos muchas veces los cometas,
Si vientos se aparejan, derrocarse
Del cielo, y de sus llamas luengas vetas,
En pos de sí luciendo, señalarse
Por las oscuras noches y secretas;
Y muchas revolando levantarse
Las pajas y las hojas ya caídas,
Y plumas sobre el agua andar movidas.

Mas si fulmina de dó el cierzo espira,
Si truenan donde el Euro vive y mora,
Cuanto del prado y campo el cielo mira,
Anda nadando todo en breve hora,
Y todo marinero en la mar tira
Las velas hechas agua, y las mejora;

Mas nunca por faltarles el aviso
La lluvia al hombre ofende de improviso;
Porque ó la grulla luégo, alzando el vuelo,
Como el vapor del valle se levanta,
Le huye, ó la becerra, vuelta al cielo,
Atrae el aire á sí, ó suena y canta
La rana en el charcal su antiguo duelo,
O vuela, y no se cansa ni quebranta
De andar cercando el lago á la contina
Mil veces la parlera golondrina.

O saca del secreto de su techo
Los huevos de ordinario la hormiga,
Cursando su sendero angosto estrecho,
Y por beber los mares se fatiga
El arco grande de colores hecho,
O el escuadron de cuervos de la amiga,
Comida en grande número volviendo
Con las espesas alas hace estruendo.

Tambien del mar mil aves diferentes,
Y las que en torno de los Asios prados
Los lagos escudriñan diligentes,
Los lagos del Caistro no salados,
Verás cómo á porfía hombros, frentes
Se esparcen y rocan, y en los vados
Ya corren, ya se sumen, y así en vano
Se estudian de bañar con juego ufano.

Y la sagaz corneja tambien llama
La lluvia con voz llena, y se pasea
A solas por la arena; y por la llama
Del olio y vil candil, si centellea,

Las siervas, que mandadas de su ama,
Velan de roche y hilan su tarea,
Conocen el llover, y en sí producen
Las mechas unos hongos que relucen.

Y puedes con señales no menores,
Llovido, colegir lo raso y puro;
Que ni en los celestiales resplandores
Se muestra la luz bota, el rayo oscuro,
Ni ménos en la luna los tenores
Que sigue de su hermano rojo y puro,
Ni andan por el aire derramadas
Como unas lanas blancas y delgadas.

Ni ménos en el sol las alas tienden
Los halcones, de la Teti amados;
No los lechones con la boca entienden
En derramar los haces desatados,
Mas ántes á los valles se descenden,
Y en ellos se recuestan rellanados
Los húmidos vapores, y en el techo
Apénas abre la lechuza el pecho,

Apénas viendo que es el sol ya ido,
Canta; el esmerejon se ve ensalzado,
Altísimo en el aire, y su debido
Paga por el cabello colorado
La ciris, que á dó quiera que del nido
Cortando por el cielo va delgado,
La sigue el enemigo crudo y fiero
Con grande estruendo y con volar ligero.

Sigue el esmerejon por donde quiera,
Y ella de la parte dó él se avia,

Con ala el aire líquido, ligera
Huyendo, va cortando, y se desvia;
Y sus voces los cuervos ó tercera
O cuarta vez repiten á porfía,
Y á veces en los árboles alzados,
No sé con qué dulzura alborozados.

Alegres más que suelen travesear
Consigo y con las hojas con ruido,
Y cuando ya las lluvias no gotean
Gustan de reveer su dulce nido
Y sus pequeños hijos; no que sean
Por esto más divinos en sentido,
Ni, cuanto á lo que creo, que por hado
Más cierto ó más discurso les sea dado;

Sino que cuando el tiempo variable
Y el movedizo humor su senda altera,
Y el ábrego con soplo deleznable
Lo ralo espesa, afloja lo que fuera
Espeso, luégo aviene que lo instable
Del ánimo se trueca en su manera,
Y siente agora el pecho un movimiento,
Y otro si conduce lluvia el viento.

De aquí vienen aquellos acordados
Cantos que dan las aves gorjeando,
El juego y el placer de los ganados,
Los cuervos con los cuellos pompeando,
Mas si los soles miras presurados,
Las lunas que los siguen rodeando,
Ni el dia venidero hará engaño,
Ni la serena noche burla y daño.

La luna en el principio que su puro
Ardor, que se le torna, va cogiendo,
Si con oscuro cuerno el aire oscuro
Cercare en sí, gran lluvia aperciendo,
Se va contra la mar y suelo duro;
Mas si se colorare apareciendo,
Es viento, porque al viento la dorada
Luna se pone siempre colorada.

Mas si en su cuarta luz, que siempre ha sido
Pronóstico la cuarta verdadero,
Con afilado cuerno y con lucido
Saliere, aquel dia todo entero,
Y los demás por todo el mes cumplido
Sin vientos lucirán, y el marinero
Dará sus votos salvo en la ribera
A Glauco, á Panope, á Melicera.

Y el sol, ó cuando sale ó cuando encierra
Sus rayos en las olas, da señales;
Y el sol en sus señales nunca yerra,
O salga por las puertas orientales,
O láncese debajo de la tierra,
Y suban las estrellas celestiales;
Que lo que señalare el sol divino,
Certísimo sucede de continuo.

Que si cuando en Oriente se mostrare,
Con manchas esparciere su salida,
Y nube en la mitad de sí encerrare,
Su media redondez así escondida;
No dudes de la lluvia si tardare,
Que ya de golpe viene y de corrida

El Noto despeñándose furioso,
A hatos, mieses, árboles dañoso.

Y si por entre el nublo espeso opuesto,
Por partes diferentes descubriere,
Nacido el sol, sus rayos, ó con gesto
La aurora deslucido apareciere,
Del lecho de Titon, de flor compuesto,
La hoja podrá mucho, si pudiere
Las uvas defender, segun saltando
Con el granizo, el techo irá sonando.

Y aún es mas de provecho el tener cuenta
Con cuando el sol, pasada su carrera,
Se parte ya del cielo, que presenta
Entónces cada vez de su manera
Su rostro, como vemos; que si alienta
La lluvia, es verdinegro, si la fiera
Pujanza de los Euros, tiñe luégo
Su rostro de color de sangre y fuego.

Y si del claro rostro el ardor puro
Con manchas á mezclarse comenzare,
Verás en un momento el aire oscuro
Hervir en lluvia y viento; y si cerrare
La noche, no será nadie tan duro,
Serálo el que en tal noche me rogare
Correr por la mar alta, puesta en guerra,
Desamarrar la nave de la tierra.

Mas si, ya cuando el dia el sol conduce,
Y cuando nos esconde el que ha traído,
Su redondez entera y pura luce,
En vano el nublo entónce habrás temido;

Del cierzo, que á pureza le reduce,
Verás la selva y monte ser movido:
Da el sol ciertas señales, finalmente,
De todo lo que al campo es conveniente.

El te dirá lo que la luz tardía
La estrella de la tarde te acarrea;
El te dirá qué piensa el Mediodía,
El húmido Africano qué desea,
Las nubes, de dó el viento, y dónde guía,
El hace que se entienda y que se vea;
Que ¿quién será tan tonto y tan osado,
Que diga que el sol burla ó que es burlado?

Tambien el sol avisa á la contina
Los ciegos movimientos que se ordenan,
Las guerras que se emprenden, y adivina
Las fraudes que en secreto se encadenan,
Del César en la muerte el mismo indina,
Por quien así los hados nos condenan,
Cubrió su luz; temieron los malvados
Siglos en noche eterna ser dejados.

Aunque tambien entónces, y las tierras
Y los tendidos mares señas dieron,
Las aves importunas y las perras,
Al Etna muchas veces todos vieron
Hervir y rebosar por campo y sierras
Rompidas las hornazas que tuvieron
Los Cíclopes, y en bolas hecho el fuego
Lanzar, y piedras hechas polvo luégo.

Sonó por todo el aire en Alemaña
De armas temeroso y gran sonido,

Tembló más de lo usado la montaña
De los fragosos Alpes, y fué oído
En los callados bosques son de extraña
Figura, y ya de noche oscurecido
Fantasmas fueron vistas, matizadas
Con formas y colores nunca usadas.

Hablaron los salvajes animales
Lo que no es de decir, el curso el río
Detuvo, abrióse el suelo en los umbrales
Sagrados, sudó el bronce, lloró el frío
Marfil, y el Po, venciendo sus canales
Con avenida enorme y desvarío,
Las selvas trastornaba, y del exido
Las chozas y el ganado lleva asido.

Y siempre en aquel tiempo se hallaron
Señales de amenaza en la asadura
Que abría el sacrificio, y no cesaron
Los pozos de manar en sangre pura,
Ni las ciudades grandes se excusaron
De oír aullar los lobos por la oscura
Noche, ni en luz serena el cielo y clara
Tantos rayos jamás de sí lanzara.

Ni tantas veces nunca se encendieron
Los aires con cometas; y así avino
Que vieron otra vez, los campos vieron
Filipos los romanos, que sin tino
Escuadras contra escuadras concurren;
Ni tuvo el crudo cielo por indigno
Que Ematia, por dos veces ¡ay! bañada
Con nuestra sangre, fuese así engrosada.

Será que en algun tiempo trastornando
La tierra el labrador con corvo arado,
Los hierros de los dardos irá hallando,
El hierro del orin casi gastado;
Y en los vacíos yelmos arrastrando
Encontrará con el ligon pesado,
Y rotos los sepulcros allí espesos,
Con pasmo mirará los grandes huesos.

Dioses, de nuestra patria propio amparo,
Dioses, que os traspasastes de ella al cielo,
Y tú, Remo, y tú, Vesta, á quien es caro
El Tibre turbio y el romano suelo,
Que al ménos este mozo alto y raro
Socorra a questo siglo envuelto en duelo:
No os pese, que ya asaz con muertes duras
Penamos las troyanas falsas juras.

Que veo que ya el cielo soberano
De ti nos tiene envidia, y se lamenta
Que más te ocupes, César, en lo humano,
Dó en fuero ó desáfuero ya no hay cuenta,
Dó hierve en guerras todo, dó el insano
Furor en tantas formas se presenta;
La esteva no se precia, los sembrados
Se yerman de cultores despojados,

Llevados los obreros, se ensilvecen,
Las hoces se trasforman en espadas:
Los Partos de una parte se embravecen,
De otra las Germanías alteradas;
Los pueblos que vecinos más parecen,
Guerrean, ya sus ligas quebrantadas;

Esparce por dó quiera el Marte crudo
Lo fiero, lo sangriento, lo sañado.

Como cuando del puesto libre extiende
El paso por el campo la cuadrega,
Y cuanto se adelanta, más se enciende,
Y del correr las alas más despliega;
Y en balde el cuadreguero tira y tiende
Las riendas, ó le plega ó no le plega,
Llevado de los potros de las ruedas,
Que sordas á los frenos, no están quedas.

VIRGILIO.—LIBRO II.—DE LAS GEÓRGICAS.

Aquesto cuanto al campo y su cultura,
Al tiempo, y sus sazones dicho sea:
Ahora de las vides la postura,
Y de Baco mi voz cantar desea;
De Baco, y de otras ramas de frescura,
Con que se viste el monte y se hermosea;
Y de la verde oliva juntamente,
Que crece perezosa y lentamente.

Aquí, ó tú Lenéo, aquí te aplica,
Pues aquí de tus dones todo es lleno:
Que á ti florece el campo, y fructifica
Del pampanoso otoño rico el seno;
Y la vendimia en las tinajas rica
A ti hirviendo exprima vino bueno,
Y consigo, y desnudos del calzado
Los piés tiñe en el mosto así pisado.

Pues cuanto á lo primero, es diferente
En lo que es el nacer de la arboleda,
Su ley y condicion; que sin simiente
Hay árboles que nacen, sin que pueda
Preciarse de ello el hombre; y finalmente
Se nacen de sí mismos, y no queda
Ni monte dó no crezcan, ni ladera,
Ni torcida corriente de ribera.

Cual es el blando mimbre, la hiniesta,
El álamo, y el sauce verde oscuro,
Oscuro de esta parte, y blanco de esta:
Hay otros de más tosco ingenio, y duro,
No nacen sino de simiente puesta;
Así el castaño sube al aire puro,
La carrasca en los bosques señalada,
La encina de los Griegos consultada.

De las raíces de otros pimpollece
Un monte de renuevos casi entero:
El olmo, y el cerezo así parece;
Y en bajo la gran sombra del primero
Laurel, así el pequeño lauro crece:
Esto es lo natural, lo que primero
Natura estableció, lo con que cria
Las selvas y los montes cada dia.

Sin esto hay otros modos diferentes
Del uso, y del ingenio demostrados;
Unos las ramas verdes y recientes
Del cuerpo de sus madres desviados
Extienden por los surcos; otras gentes
Entierran los pimpollos trasplantados,

O plantan las estacas con cabezas
Agudas, ó hendidas en sus piezas.

Y árboles á veces hay, que miran
Forzados como en arcos en la tierra;
Sus ramos vivos prenden, y se admiran
En ver cómo renacen; otro afierra
Plantado sin raíces, y así tiran
Seguros del suceso, que no yerra,
Los podadores las más altas ramas,
Y dánles en el suelo hondas camas.

Tambien, lo cual es grande maravilla,
Los troncos degollados, brota á fuera
Oliva de cortada y seca astilla,
Y vemos muchas veces de lo que era
Mudarse uno en otro, y en la silla
De la manzana ingerta dulce pera;
Y vestirse de sangre y rojo fino
La salvaje cereza en el endrino.

Pues ea, ó labradores, poned mientes,
Y conoced que formas de cultura
Serán á cada suerte convinientes,
Traed á mansedumbre las posturas
Salvajes con industria, y diligentes;
No duerman perezosas y seguras
Las tierras; la vid reine en el esquivo
Ismaro, en el Taburno el verde olivo.

Y tú tambien aspira, y juntamente
Conmigo lleva al fin la comenzada
Labor, ó gloria mia, ó justamente
La parte de mi fama mas preciada,

Mecenas, y volando el mar patenté,
Corre el abierto mar con vela hinchada;
Mas no pretendo yo en mis versos todo
Ponerlo, ni es posible en ningun modo.

No si me fuesen dadas lenguas ciento,
Si cien voces, si voz de bronce duro;
Pues ven, y hácia la costa alienta el viento,
La tierra está en la mano, que no curo
Con versos de fingido fundamento,
Con versos de rodeo luengo oscuro,
Con exordios prolijos y pesados
Fatigar tus sentidos ocupados.

El arbol que á luz viene, y se levanta
De suyo es el sin fruto; más lozano,
Y fresco, y muy valiente se adelanta,
Que el suelo le es conforme, propio, y sano:
Y el mismo si se ingiere, ó se trasplanta,
Lo montesino pierde, y lo villano;
Y si en beneficiarlo perseveras,
Ligero seguirá por donde quieras.

Y por la misma forma se mejora,
Traspuesto en campo abierto lo nacido
Estéril de hondo tronco; porque ahora
Lo espeso de las hojas, lo tejido,
La sombra de la madre dañadora
Lo tienen asombrado, y revenido;
Si quiere llevar fruto, se lo quitan;
Si lleva, se lo quemán, y marchitan.

Mas si por caso el arbol de sembrada
Semilla se levanta es muy tardío;

Dará sombra á los nietos, ya pasada
La cuarta descendencia, en el esto;
Su fruta viene á ménos, olvidada
De su primero gusto y su natio,
La vid dará racimos desmenguados,
Mesa de pajarillos desmandados.

Es ello así, que al fin á toda suerte
De árboles se debe su cuidado,
A todos su labranza, á todos fuerte
Brazo, que los reduzca á ley de arado,
Á todos mucha costa; mas se advierte,
Que acuden más conforme al deseado
De cepa las olivas, de sarmiento
La vid; de firme estaca el mirto lento.

De planta y de postura el avellano,
Y el grande fresno nace, y la corona
De Alcides, arbol alto, verde y vano,
Y el que del padre Epíreo se pregona,
Y el tronco de la palma soberano
A este nacimiento se aficiona,
Y la derecha haya, y muy subida
A ver los casos de la mar crecida.

Y en cuanto al ingerir, el espinoso
Madroño sale habido de noguera;
Y lleva en sí manzano poderoso
El plátano, que estéril por sí fuera;
La haya á la castaña da reposo;
Y el roble con las flores de la pera
Blanquísimo encanece; y vemos rota
Debajo de los olmos la bellota.

Ni es uno solamente, ni sencillo
El modo del ingerto, y del escudo;
Porque por dó ha yema en el ramillo
Se lanza, y rompe el velo haciendo nudo;
Allí se hace un seno al árbolillo
Ajeno, en que metido aprenda el rudo
En la corteza verde allí, y jugosa
Soldando incorporarse en una cosa.

O con aguda cuña en los cortados
Francos y lisos troncos hondamente
Por lo macizo hiende, y encastados
Los palos frutuosos brevemente,
De ellos con ramos verdes y poblados
Un árbol grande sale á luz patente;
Y admírase, mirando el tronco lleno
De nuevas hojas, de no su fruta el seno.

Y mas allendé de esto, de los fuertes
Olmos, del sauce, y loto, y del ideo
Cipres, no hay un linaje ni unas suertes;
Ni las olivas grasas sin arreo
De un mismo talle todas, que si adviertes,
Hay luenga, hay ocal, hay las que creo
Que llaman pausia oliwa, á quien ninguna
Iguala en amargura de aceituna.

Lo mismo en el manzano, en los frutales
De Alcinoo, en los limones acontece;
Ni es una misma causa en los perales
La Sira, y la que en Crústume florece,
Las grandes y pesadas verdinales;
Ni la vendimia misma, que parece

Estar de nuestros árboles colgada,
En Medina de Lesbo es vendimiada.

Hay vid de Jasio, hay blanca vid Gitana:
Aquesta es para el grueso espeso suelo,
Aquella en el ligero más se ufana:
Hay Psitia que entre todas alza el vuelo
Para el bastardo vino, hay la temprana,
Hay la vestida de purpúreo velo,
Hay la doncel Lageos, producida
Para tener el pié, y la lengua asida.

Y á ti, Retica uva, ¿con qué canto
Ahora te diré? Mas si te empino,
No quiero que compitas tú por tanto
Con las bodegas del falerno vino:
Hay vides Amineas firmes quanto
Serán ningunos vinos, que el más fino
Licor de Lidromonte, el de Candía,
Les hace reverencia y cortesía.

Y la menor Arges, con que ninguna
Competirá en ser larga en vino, en vida;
Ni yo te callaré ni á ti, Basuna,
En racimos hinchada, y muy crecida;
Ni á ti, agradable Rodia, más que alguna
A los dioses, y al fin de la comida:
Mas sus linajes y sus nombres dellos
No hay número que pueda comprendellos.

No hay número cabal, ni importa nada
En número tenerlo reducido,
Que si quisiere alguno, ó si le agrada
Saberlo, es desear tener sabido

Cuántas arenas turba en la espaciada
Playa de Libia el céfiro movido;
O cuanta ola viene á la ribera,
Quando el fiero levante el mar altera.

Y advierte, que tampoco es cada tierra
Buena para llevar toda arboleda;
Que el roble estéril en fragosa sierra,
En la márgen del rio la sauceda,
El chopo en el cenoso lago afierra,
Al mirto la ribera es cosa leda,
Y Baco los recuestos descombrados,
Y los cierzos el tejo ama helados.

Mira las tierras que en los fines doma
Del mundo el labrador, y las moradas
Del Arabe, dó el sol naciendo asoma,
Las gentes Gelonesas muy pintadas,
Tierras que para sí cada una toma
Arboles, por dó son diferenciadas;
El ébano da solo el Indio feo,
La rama del incienso es del Sabeo.

¿Pues para qué es decirte del madero,
De donde suda el bálsamo oloroso?
¿Del fruto del acanto siempre entero
En su verde vigor, y siempre hermoso?
¿Del bosque cano en lana, que el postrero
Etiopie cultivó artificioso?
¿Y cómo el Indio oriente en la arboleda
Peina los blandos copos de la seda?

¿O las selvas que la India más vecina
Al Océano cria, seno extremo

De todo lo poblado? A dó se empina
Tan alto la arboleda, que al supremo
Cogollo de los árboles no atina
Enviada saeta con extremo
De arte ni de fuerza: y es muy hecha
Aquella gente al arco, y á la flecha.

Lleva la Media el agrio zumo, el duro
Sabor del feliz árbol, que ligero,
Las veces que en el vaso amable y puro,
La madrastra cruel con pecho fiero,
Mezclando yerbas y no buen conjuro,
Inficionó el sencillo bebedero,
Viene más que otra cosa presto, y bueno,
Y lanza de las venas el veneno.

Es de grandeza el árbol señalada,
Y al lauro es por extremo parecido;
Y si de sí no diera derramada
Otro diverso olor, laurel nacido
Fuera: su hoja en sí tiene enclavada,
Por más que sople el viento embravecido:
Firme es su flor con ella: el torpe viento
Cura el Medo, y el viejo de años ciento.

Mas ni las selvas Medas, rica tierra,
Ni el Ganges de hermosura rodeado,
Ni el Hermo turbio en oro, que en sí encierra,
Puede ser con Italia comparado:
No el llano Batriano, ni la sierra,
No el Indio de mil bienes abastado:
Ni toda la Panchaya, y sus arenas
De árboles y de incienso todas llenas.

No trastornan en ella los terrones
Toros, que por la boca espiran fuego;
Ni con sembrados dientes de dragones,
En astas y en almetes vueltos luégo,
Se eriza la campaña de escuadrones:
Mas por dó quiera que el mirar desplego,
De mieses está llena, de viñedos,
De olivas verdes, de ganados ledos.

De aquí el guerrero potro cuelli-erguido
Se muestra por el campo y verde prado,
De aquí las blancas greyes ó el crecido
Toro, mayor ofrenda en tu sagrado
Rio, Clitumno, todo zambullido,
Mil veces á los templos han guiado
De Roma los triunfos; y el verano,
O siempre dura, ó viene más temprano.

Al año aquí dos veces los ganados
Esquilan, y dos veces los frutales
Son útiles con fruta; aquí fallados
Ni tigres son, ni fieros animales;
Ni son entre las huertas engañados
Cón yerbas ponzoñosas y mortales
Los tristes, que las cogen; ni consiente
Que se enrosque ó extienda la serpiente.

Ajuntemos á esto el muy crecido
Número de ciudades señaladas;
Sus obras de trabajo no creído,
Tantas villetas fuertes torreadas
En los tajados riscos, donde han sido
A fuerza de los brazos levantadas;

Y junto á los antiguos altos muros
Los rios, que ya turbios van, ya puros.

¿Qué contaré de dos mares, el que baña
Lo alto de la Italia, y el Tirreno?

¿Los lagos que embellecen la campaña?

¿Tú, Lari, de espacioso y ancho seno;

Tú, Benaco, que en olas, furia, y saña
Te ensalzas como un mar? ¿O será bueno

Decir los puertos todos del Lucrino,

Sus muelles contra el ímpetu marino?

¿Sus muelles, y el enojo, y los humores
De onda rebatida aunque resuena

De léjos, y con voces no menores

Del agua Julia la admitida vena;

Lanzándose por medio los licores

Del lago Averno la canal Tirrena;

Y sobre todo aquesto tanta mina

De oro, de metal, y plata fina?

De plata los arroyos, los metales

De cobre que en sus venas ha mostrado,

Larga en mineros de oro, en minerales.

La misma ha producido, y levantado

Gentes de fama, y de obras inmortales;

Gentes de firme pecho, denodado,

Los Marsos, y la juventud Sabela,

Y el Ligur hecho al polvo, y á la vela.

El Ligur, y los Volscos, siempre armados

De dardo y azagaya; y juntamente

Los Decios, y los Marios, los preciados

Camilos; y en las armas el ardiente

Valor de los Scipiones señalados;
Y á ti, César, que ahora en el oriente
Ultimo de los límites Romanos
Alejas vencedor los Indios vanos.

¡Oh! salve de Saturno tierra amada,
Grande madre de mieses, de varones
Tierra productora, aventajada,
Por tu respeto emprendo en mis renglones
Lo que enseñó, y preció la edad pasada;
Y del Ascreo cisne las canciones,
La sacra fuente osado descerrando,
Por los Romanos pueblos voy cantando.

Ahora es de decir la diferencia
De tierras, el vigor de cada una;
Lo que podrán llevar, la conveniencia
Que algunos frutos tienen con alguna.
La tierra, pues, sin jugo en apariencia
De estéril, pedregosa, de ninguna,
O de espinosas matas, los collados
Escasos, arcillosos, y delgados:

Y la selva de Palas vividera,
Dó gozan, y es señal que en ellos crece
Gran copia de acebuche, y por dó quiera
La silvestre aceituna se parece
Sembrada por el suelo. Mas la entera,
La gruesa, la que el dulce humor bastece,
El de espeso, y jugoso, y fértil seno,
El campo de copiosa yerba lleno:

Cual vemos muchas veces ser los valles
Sujetos á los montes, dó caminan

Arroyos de los riscos que llevalles
Util grosura suelen; que se inclinan
Al ábrego; que crían sin sembralles
Helechos que las rejas abominan:
Este, pues, te dará muy poderosas,
Y en vino largas vides y abundosas.

Aqueste es fértil de uva, aqueste es vino,
Cual es el que en las anchas tazas de oro
Se vierte en el altar, cuando el divino
Músico sopla ya el marfil sonoro,
Y vuelve al sacrificio lo que es dino
En fuentes vaheando el sacro coro.
Mas si te aplicas más á los ganados
De cabras, bien que abrasan los sembrados,
De ovejas, y de vacas, al baldío
Caminad de Tarento el abastado;
O cual aquel florido campo mio,
Que fué á la triste Mántua mal quitado,
Que pasce blancos cisnes en el rio,
Que abunda en fuente pura, en verde prado;
Y cuanto corta el diente en luengo dia,
Repara en breve noche el agua fria.

La tierra negra casi, y que rompida
En bajo el corvo arado, su grosura
Te muestra, la que está como podrida,
Que aquesto mismo arando se procura,
Es tierra para mieses escogida:
De tierra no verás por aventura
Venir á tu morada perezosos
De bueyes tantos carros tan copiosos.

O donde el labrador con mano airada
El campo desmontando, trajo al suelo
La selva muy antigua, ociosa, holgada;
Y de cuajo arrancó sin ningun duelo
Las casas poseidas, la morada
Antigua de las aves, que hácia el cielo
Volaron dando cantos doloridos,
Dejando sus amados dulces nidos.

HORACIO.—ODAS.—LIBRO I.

ODA I.—*Mecenas attavis.*

De claros Reyes claro descendiente,
Mecenas, mi honra toda y grande amparo,
A unos les agrada la carrera
Y polvo del olimpo, y la coluna
Con arte y con destreza no tocada
De la hervorosa rueda, y la vitoria
Noble si la consiguen, con los dioses
Señores de la tierra los iguala.
A otro si á porfía el variable
Vulgo le sube á grandes dignidades.
A otro si recoge en sus paneras
Cuanto en las eras de Africa se coge.
Con quien gusta del campo, y su labranza,
No será parte de Atalo el tesoro
A menalle de él, y hacer que corra
La mar hecho medroso navegante.
Mientras que al mercader le dura el miedo,

De cuando el vendaval conmueve guerra
Al golfo Icario, loa á boca llena
Los prados de su pueblo, y el sosiego:
Mas luégo á la pobreza no se haciendo,
Se torna á rehacer de rota vela.
Algunos hay tambien, á quien no pesa
Con el sabroso vino, ni del dia
Sus ciertos ratos darse á buena vida;
A veces so la verde sombra puestos,
A veces á la pura y fresca fuente.
Ama los escuadrones el soldado,
Y el son del tambor, y la pelea
De las que madres son tan maldecida.
El que de la caza sigue, persevera
Al hielo y á la nieve, descuidado
De su moza mujer, si acaso han visto
Los perros algun corzo, ó si ha rompido
El bravo jabalí las puestas redes.
A mí la yedra, premio y hermosura
De la gloriosa frente, me parece
Una divinidad, el monte, el bosque,
El baile de las Ninfas, sus cantares
Me alejan de la gente, y más si sopla
Euterpe su clarin, y Polihymnia
No deja de me dar la Lesbia lira:
Y á mí si tú en el número me pones
De los poetas líricos, al cielo
Que tocó pensaré con la cabeza.

LA MISMA.—*Mæcenas attavis.*

Ilustre descendiente
De Reyes, ó mi dulce y gran amparo
Mecenas, verás gente,
A quien el polvoroso olimpo es caro,
Y la señal cercada
De la rueda que vuela, y no tocada.

Y la noble vitoria
Los pone con los dioses soberanos;
Otro tiene por gloria
Seguir del vulgo los favores vanos:
Y otro si recoge
Cuanto en las eras de Africa se coge.

Aquel que en la labranza
Sosiega de las tierras, que ha heredado,
Aunque en otra balanza
Le pongas del rey Atalo el estado,
Del mar Mirtoo dudoso
No será navegante temeroso.

El miedo miétras dura
Del fiero vendaval al mercadante,
Alaba la segura
Vivienda de su aldea, y al instante
Como no sabe hacerse
Al ser pobre, en la mar torna á meterse.

Será tambien alguno,
Que ni el banquete pierda, ni el buen dia,
Que hurta al importuno
Negocio el cuerpo, y dase á la alegría,

Ya so el arbol florido,
 Junto dó el agua nace ya tendido.

Los escuadrones ama,
 Y el son del atambor el que es guerrero,
 Y á la tropa que llama
 Al fiero acometer mueve el primero,
 La batalla le place,
 Que á las que madres son tanto desplace.

El que la caza sigue,
 De su mujer está al hielo olvidado,
 Si el perro fiel prosigue
 Tras del medroso ciervo, ó si ha dejado
 La red despedazada
 El jabalí cerdoso en la parada.

La yedra, premio digno
 De la cabeza docta, á mí me lleva
 En pos su bien divino,
 El bosque fresco, la repuesta cueva,
 Las Ninfas, sus danzares,
 Me alejan de la gente y sus cantares.

Euterpe no me niegue
 El soplo de su flauta, y Polihyna
 La cítara me entregue
 De Lesbo, que si á tu juicio es dina
 De entrar en este cuento
 Mi voz, en las estrellas haré asiento.

ODA IV.—*Solvitur acris.*

Ya comienza el invierno rigoroso
 A templar su furor con la venida

De Favonio suave y amoroso,
Que nuevo ser da al campo, y nueva vida:
Y viendo el mercadante bullicioso,
Que á navegar el tiempo le convida,
Con máquinas al mar sus naves echa,
Y el ódio torpe y vil de sí desecha.

Ya no quiere el ganado en los cerrados
Establos recogerse, ni el villano
Huelga de estarse al fuego, ni en los prados
Blanquea ya el rocío helado y cano:
Ya Vénus con sus Ninfas concertados
Bailes ordena, miéntras su Vulcano
Con los Ciclopes en la fragua ardiente
Está al trabajo atento y diligente.

Ya de verde arrayan, y varias flores
Que á producir el campo alegre empieza,
Podemos componer de mil colores
Guirnaldas, que nos ciñan la cabeza.
Ya conviene que al Dios de los pastores
Demos en sacrificio una cabeza
De nuestro hato, ó sea corderillo,
O si él quisiere más, un cabritillo.

Que bien tienes, ó Sexto, ya entendido
Que la muerte amarilla va igualmente
A la choza del pobre desvalido,
Y al alcazar real del Rey potente.
La vida es tan incierta, y tan medido
Su término, que debe el que es prudente,
Enfrenar el deseo, y la esperanza
De cosas, cuyo fin tarde se alcanza.

¡Qué sabes, si hoy te llevará la muerte
 Al reino de Pluton? donde mal dado
 Jugarás, si te cabe á ti la suerte
 De ser Rey de banquete convidado:
 Ni te consentirán entretenerte
 Con el hermoso Licida tu amado,
 De cuyo fuego saltarán centellas,
 Que enciendan en amor muchas doncellas.

ODA V.—*Quis multa gracilis.*

¡Quién es ó Nise hermosa,
 Con aguas olorosas rociado,
 El que en lecho de rosa
 Te ciñe el tierno lado?
 ¡Y á quién con nudos bellos,
 Con simple aseo pura los cabellos
 Anudas? ¡Cuántas veces
 Su dicha llorará y tu fé mudada,
 Y del favor las veces,
 ¡Ay! y la mar airada,
 Sus vientos, su rencilla
 Contemplará con nueva maravilla!
 El que te goza ahora
 Y tiene por de oro, y persuadido
 De liviandad, te adora,
 Y ser de ti querido,
 Y siempre y solo espera,
 No sábio de tu ley mudable y fiera
 Aquel es sin ventura,

En cuyos ojos luces no probada;
 Yo, como la pintura
 Por voto al templo dada
 Lo muestra, he ofrecido
 Mojado, al Dios del mar, ya mi vestido.

ODA XIII.—*Cum tu, Lidia.*

Quando, Lidia, me alabas
 La cerviz bella de color de rosa
 De Thelefo, y no acabas
 De llamar á los brazos, y á ella hermosa;
 Mi corazon llagado,
 Hirviendo con la cólera está hinchado.

Entónces en su asiento
 No me queda el color, que ántes tenía,
 Mas el dolor que siento,
 Por mi rostro las lágrimas envía,
 De las cuales presumo,
 Cuan con pequeñas llamas me consumo.

En ira estoy ardiendo,
 Si las burlas con vino demasiado
 Tanto fueron creciendo,
 Que han tus hermosos hombros señalado,
 O si el mozo atrevido
 Tus colorados labios ha mordido.

Mas si me crees, señora,
 No esperarás de ver siempre constante,
 Quien los besos que adora
 El verdadero amante,

Daña como grosero,
 Dó puso Vénus su contento entero.
 ¡Oh dichosos amantes!
 A quien prendas de amor puro y sincero
 Entre sí tan constantes
 Tienen con amor tan verdadero,
 Cual no será rompido
 En cuanto al cuerpo el alma habrá regido.

ODA XIV.—*O navis.*

¿Tornarás por ventura
 A ser de nuevas olas, nao, llevada
 A probar la ventura
 Del mar, que tanto tienes ya probada?
 ¡Oh que es gran desconcierto!
 ¡Oh toma ya seguro, estable puerto!
 ¿No ves desnudo el lado
 De remos, y cuál crujen las antenas
 Y el mástil quebrantado
 Del ábrego ligero, y cómo apénas
 Podrás ser poderosa
 De contrastar así la mar furiosa?
 No tienes vela sana,
 No dioses á quien llames en tu amparo,
 Aunque te precies vana-
 Mente de tu linaje y nombre claro,
 Y seas noble pino,
 Hijo de noble selva en el Euxino.
 Del navío pintado

Ninguna cosa fia el marinero
Que está experimentado,
Y teme de la ola el golpe fiero;
Pues guárdate con tiento,
Si no es que quieres ser juego del viento.

¡Oh tú! mi causadora
Ya antes de congoja y de pesares,
Y de deseo ahora
Y no poco cuidado, huye las mares,
Que corren peligrosas
Entre las islas Cícladas hermosas.

ODA XIX. — *Mater Sæva Cupidinis.*

La madre de amor cruda,
Y el hijo de la Semeles tebana,
Y la lascivia vana,
Al alma que ya está libre y desnuda
De amor, le mandan luégo
Que torne y que se abrase en vivo fuego.

El resplandor me abrasa
De Glicera, que más que el mármol fino
Reluce, y me hace brasa
Su brio desenvuelto, y del divino
Rostro un no sé que espira,
Grande deslizadero á quien le mira.

Con ímpetu viniendo
En mí la Vénus, toda desampara
Su Cipro dulce y cara,
Y que ni el scita quiere, ni el que huyendo

Valiente se mantiene,
Ni que diga lo que ni va, ni viene.

Aquí incienso y verbena,
Aquí céspedes verdes juntamente,
Y aquí poned, mi gente,
De vino de dos hojas una llena
Taza, que por ventura
Vendrá, sacrificada, ménos dura.

ODA XXII.—*Integer Vita.*

El hombre justo y bueno,
El que de culpa está y mancilla puro,
Las manos en el seno,
Sin dardo ni azagaya va seguro,
Y sin llevar cargada
La aljaba de saeta enherbolada.

O vaya por la arena
Ardiente de la Libia ponzoñosa,
O vaya por dó suena
De Hidaspes la corriente fabulosa,
O por la tierra cruda,
De nieve llena y de piedad desnuda;

De mí sé que al encuentro,
Mientras por las montañas vagueando,
Más de lo justo entro
Sin armas, y de Lálaje cantando,
Me vino, y más ligero
Huyó que rayo un lobo carnicero;
Y más fiera alimaña

Que aquella, y más disforme no mantiene
 La más alta Alemaña
 En sus espesos bosques, ni la tiene
 La tierra donde mora
 El moro, de fiereza engendradora.

O ya en aquella parte
 Que siempre está sujeta al inclemente
 Cielo, dó no se parte
 Espesa y fria niebla eternamente,
 Dó árbol no se ve,
 Ni soplo de aire blando que lo oree.

O ya me ponga alguno
 En la region al sol más allegada,
 Dó no vive ninguno,
 Siempre será de mi Lálaje amada,
 La del reir gracioso,
 La del hablar muy más que miel sabroso.

ODA XXIII.—*Vitas hinnuleo.*

Rehuyes de mí esquiva,
 Cual el corcillo, ó Chloé, que llamando
 La madre fugitiva
 Por montes sin camino va buscando,
 Y no sin vano miedo
 De la selva, y del viento nunca quedo.

Porque si ó la venida
 Del céfiro las hojas meneadas
 Encrespa, ó si escondida
 La verde lagartezna las trabadas

Zarzas movió, medroso
 Con pecho, y con pié tiembla sin reposo.

Pues yo no te persigo
 Para despedazarte cruelmente,
 O cual tigre enemigo,
 O cual leon en Libia: finalmente
 Deja ya casadera
 El seguir á tu madre por dó quiera.

ODA XXX.—*¡O Venus Regina!*

¡Oh Vénus poderosa!
 De Gnido y Papho reina esclarecida,
 Desampara la hermosa
 Cypro, dó fuiste siempre tan querida,
 Y pásate volando
 A donde te está Glicera llamando.
 Venga en tu compañía
 el mozuelo cruel acelerado,
 Y las Ninfas querria
 Con las Gracias trajeses á tu lado,
 La mocedad sabrosa,
 Dó si no bulle amor, es triste cosa.

ODA XXXIII.—*Albi ne doleas.*

¡Ay! no te duelas tanto,
 Tibulo, ni te acuerdes del olvido
 De Glicera, ni en canto
 Publiques tus querellas dolorido,

Si por un bien dispuesto
 Mozo la fementida te ha pospuesto.

Porque sabrás que muere
 Por Cyro Licorissa la hermosa,
 Y Cyro no la quiere,
 Y vase tras de Pholoe desdeñosa;
 Y yo sé que primero
 Se amistarán el lobo y el cordero.

A Vénus así place
 De aprisionar diversos corazones
 En duro lazo, que hace
 Compuesto de disformes condiciones,
 Y de nuestro error ciego
 Saca su pasatiempo, y crudo fuego.

Por mí lo sé, que siendo
 De un principal amor muy recüestado,
 Yo mismo consintiendo,
 La Mirtale me tiene aherrojado,
 La cual es medio esclava,
 Y más enojadiza que mar brava.

HORACIO.—ODAS.—LIBRO II.

ODA VIII. —*Ulla si juris.*

Si, Nise, en tiempo alguno
 Quebrar tú la palabra, y fé jurada
 Daño tan sólo uno
 Pusiera en ti afeada
 En la uña siquiera,
 Ó solo un diente en ti se ennegreciera,

Yo te creyera ahora:
Mas por la misma causa que perjura
Te muestras, se mejora
Muy más tu hermosura,
Y sales hecha luégo
Público y general estrago y fuego;
Y ganas, aunque jures
Por las cenizas de tu madre heladas,
Y luégo te perjures;
Y aunque por las calladas
Lumbreras celestiales
Jures, y por los dioses inmortales.
Que burlan de estas cosas,
Y de estas juras Vénus, y el ligero
Pecho de las hermosas
Ninfas, y el amor fiero,
Que su saeta ardiente
Aguza en crueldad continuamente.
Y hácese mayores,
Creciendo para ti los mozos todos,
Y en nuevos servidores
Creces, y de tus modos
No huyén crudos fieros,
Por más que lo amenazan los primeros.
De ti la cuidadosa
Madre teme sus hijos, y el avaro
Padre; de ti la esposa
Teme el esposo caro,
Cuitada si no viene,
Pensando que tu vista le detiene.

ODA X.—*Rectius vives.*

Si en alta mar, Licino,
No te engolfares mucho, ni temiendo
La tormenta, el camino
Te fueres costa á costa prosiguiendo,
Entre la demás gente
Sabrosa vivirás y dulcemente.

Que quien con amor puro
La dulce medianía ama y sigue,
Está libre y seguro
De las miserias en que el pobre vive,
Y carece de grado
Del palacio real rico, envidiado.

Que al fin más cruda guerra
El viento hace al pino mas crecido,
La torre viene á tierra,
Cuanto es más alta con mayor ruido,
Los montes ensalzados
Más veces de los rayos son tocados.

En los casos aviesos
No pierde la esperanza, ni confía
En los buenos sucesos
El ánimo que está de noche y día,
Para ser combatido,
De templanza y valor apercebido.

Con lluvia y noche oscura
Si el cielo se oscurece, él se serena;
No si falta ventura
Ahora, ha de durar siempre la pena;

Que Apolo ya su musa
Despierta, y ya del arco y flechas usa.

En las dificultades
Te muestra de animoso y fuerte pecho,
Y en las prosperidades,
Cuando favor soplaré más derecho,
Recoge con buen tiento
La vela, que va hinchada con el viento.

ODA XIV.—*¡Heu, fugaces!*

Con paso presuroso
Se va huyendo ¡ay Póstumo! la vida,
Y por más religioso
Que seas, no dilatas la venida
A la vejez, ni una hora
Detienes á la muerte domadora;
Por más que en sacrificio
Degüelles cada día que amanece
Mil toros por servicio
Del dios Pluton, que nunca se enternece,
Que estrecha la grandeza
Del Ticio con las aguas de tristeza.

Por dó pasarán todos
Cuantos la liberal tierra mantiene,
Así el que de los godos
Desciende y en su mano el cetro tiene,
Como los labradores
Que viven de tan solos sus sudores.

Y no servirá nada

No haber en la cruel batalla entrado
Ni de la mar airada
No haber las bravas olas sprimentado
Y en el otoño en vano
Huido habrás el ábrego mal sano.

Que del Cocito oscuro
Las aguas perezosas es forzado
Que veas, y aquel duro
Trabajo á que Sísifo es condenado,
Y la casta alevosa
De Danao, y su suerte trabajosa.

Y que dejes muy presto
La casa, tierra y la mujer amada,
Y que sólo el funesto
Ciprés te acompañe en la jornada,
Solo de todas cuantas
Plantas, para dejar en breve, plantas.

Y tus vinos, guardados
Debajo de cien llaves, del dichoso
Herederero gastados
Serán, y del licor, que en suntuoso
Convite no es gustado,
De tu casa andará el suelo bañado.

ODA XVIII. — *Non ebur.*

Aunque de marfil y oro
No está en mi casa el techo jaspeado
Con la labor del moro,
Ni á las vigas de Himecia han sustentado

Columnas muy labradas
Dé los confines de Africa cortadas;
Y aunque no fuí heredero
De las riquezas de Atalo y su estado,
Ni tengo en mi granero
El trigo que en la Apulia se ha sembrado,
Ni me envian mis criadas
De Laconia las granas adobadas;
Pero una medianía
Con un ingenio y vena razonable
Tengo, con que me hacía,
Aunque pobre, á los ricos agradable,
Y en aquesta pobreza
Nunca pedí á los Dioses más riqueza.
Ni pido al poderoso
Amigo que me dé mayor estado,
Pues llamo yo dichoso
Al que me da mi granja y campo amado;
Y veo cual se alejan
Los dias que vuelan, y vejez me dejan.
Tú buscas oficiales,
Casi entregado á la vejez odiosa,
Que te corten iguales
Para tu entierro mármoles y losa,
Casi estando olvidado
De la muerte, que tienes tan al lado.
Y poco le parece
A tu avaricia toda la ribera,
Que á edificar se ofrece
Dentro del mar, quizá porque acá fuera

Ven para tus antojos
Poco espacio en la tierra ya tus ojos.

Tomando vas á todos
Tus vasallos la tierra que han comprado,
Y por todos los modos
Que puedes en sus tierras te has entrado,
Y de sal avariento,
Sólo á robar lo ajeno estás atento.

A la mujer cuitada
Cargada con sus hijas vas echando
De su pobre morada:
Su dura suerte, y tu crueldad culpando,
El marido lloroso
Venganza pide al cielo poderoso.

Aquesto le consuela
Ver, que á este señor de grande estado
El infierno le espera,
Dó será por menudo castigado
De cuantas sinrazones
Hizo, tomando ajenas posesiones.

¿Qué andas imaginando
Para adquirir aún más de lo adquirido?
Que la muerte domando
A todos va, cuantos acá han nacido,
Así á los muy señores,
Como á los miserables labradores.

Pues á la centinela
Que la infernal morada está guardando,
No pienses con cautela,
Ni con puro dinero ir engañando,

Pues nunca por dinero
Pudo engañar Prometheo al gran portero.

Este tiene en cadena
A Tántalo, y á todo su linaje,
Este saca de pena
Al pobre que la vida le era ultraje,
Y al que vive contento,
Hace gustar la muerte en un momento.

HORACIO.—ODAS.—LIBRO III.

ODA IV.—*Descende Celo.*

Desciende ya del cielo,
Caliope, ¡oh reina de poesta!
Por largo espacio el suelo
Hinche de melodía,
O la flauta sonando,
O ya la dulce cítara tocando.
¿Oís? ¿O mi locura
Dulce me engaña á mi? porque el sagrado
Canto se me figura
Que oyo, y que el-amado
Bosque paseo ameno,
De frescas aguas, de aire blando lleno.

En el monte Vulturo,
Dó me crié en la Apulia, fatigado
En mi niñez de puro
Jugar, todo entregado
Al sueño me cubrieron
Unas palomas, que sobrevinieron.

De verdes hojas, tanto
Que á todos admiró, cuantos la sierra,
Y risco de Acheranto,
Y la montuosa tierra
De Bata, y de Fiñano
Moran el abundoso y fértil llano.

En ver cómo dormia,
Ni de osos ni de víboras dañado,
Y cómo me cubria
De mirto amontonado,
Y de laurel un velo,
Que este ánimo en un niño era del cielo.

Por el alto Sabino
Vuestro voy, vuestro, ó Musas, y dó quiera
Que vaya, ó si camino
Al Tibur en ladera,
O si al Preneste frio,
O si al Bayano suelo el paso guio.

Porque amo vuestros dones,
En los campos Philipos en huida
Los vueltos escuadrones
No cortaron mi vida,
Ni el tronco malo y duro,
Ni en la mar de Sicilia el Palinuro.

Como os tenga primero
Connigo, tentaré de buena gana,
O hecho marinero
Del mar la furia insana,
O hecho caminante
Los secos arenales de Levante.

Por entre los Britanos
Fieros para los huéspedes, seguro,
Y por los Guipuzcoanos
Que brindan sangre puro,
Y por la Scitia helada,
Iré, y por la Gelona de arco armada.

Cuando del trabajoso
Oficio el alto César de la guerra,
Buscando algun reposo,
En los pueblos encierra
La gente de pelea,
Con vosotras se esconde y se recrea.

Vosotras el templado
Consejo y la razon dais, y por gloria
Teneis habello dado,
Que pública es la historia
De la Titana gente,
Como la destruyó con rayo ardiente.

Quien los mares ventosos,
Quien la pesada tierra, quien los muros
Altos y populosos,
Y los reinos oscuros,
Y sólo El los mortales
Y los dioses con leyes rige iguales.

Bien es verdad, que puso
Aquella fiera gente confiada
En sus brazos confuso
Temor en la morada
Soberana del cielo,
A dó subir quisieron desde el suelo.

¡Mas qué parte podían
 Ser Minas, ni Tifon, ni el desmedido
 Porfirio, ó qué valían
 El Reto, el atrevido
 Encelado, que echaba
 Los árboles al cielo que arrancaba,
 En contra el espantoso
 Escudo de la Palas? A su parte
 Vulcano herboroso
 Y Juno estaba, y Marte,
 Y quien jamás desecha
 De sus hombros la aljaba, ni la flecha.

Y baña en la agua pura
 Castalia sus cabellos, y es servido
 De Licia en la espesura,
 Y el bosque dó ha nacido
 Posee, y el que solo
 En Delo, y en Patara reina Apolo.

De sí misma es vencida
 La fuerza sin consejo, y derribada;
 Mas la cuerda y medida
 Del cielo es prosperada,
 A quien la valentía
 Desplace dada al mal de noche y día.

Testigo es verdadero
 De mis sentencias Gias, el dotado
 De cien manos, y el fiero
 Orion, el osado
 Tentador de Diana,
 Domado con saeta soberana.

Duélese la cargada
 Tierra sobre sus partos, y agramente
 Su casta ver lanzada
 En el abismo siente,
 Ni el fuego á la montaña
 De Etna sobrepuesta gasta, ó daña.
 Ni del vicioso Ticio
 Jamás se aparta el buitre, ni se muda
 A su maldad y vicio
 Dado por guarda cruda,
 Y está el enamorado
 Pirithoo en mil cadenas apretado.

ODA VII.—*Quid fles, Asterie.*

¿Por qué te das tormento,
 Asterie? No será el abril llegado,
 Que con próspero viento
 De riquezas cargado,
 Y mas de fé cumplido,
 Tu Giges te será restituido.
 Que en Orico, dó ahora
 Despues de las cabrillas revoltosas
 Del viento guiado mora,
 Las noches espaciosas
 Y frias desvelado
 Pasa, y de largo lloro acompañado.
 Bien que con maña y artes
 De su huésped Chloë el mensajero
 Le tienta por mil partes,

Diciendo el dolor fiero,
Con que la triste pasa,
Y como con tu fuego ella se abrasa.

Y como la alevosa
Antea movió á Preto con fingida
Querella á presurosa-
Mente quitar la vida
Al casto en demasía
Bellorophonte, él mismo le decia.

Y cuenta como puesto
En el último trance fué Peleo,
Mientras que huye honesto
La Hipólita, y arreo
Le trae toda historia
De mal ejemplo el falso á la memoria.

En balde, porque á cuanto
Le dice está más sordo que marina
Roca, ni por espanto,
Ni por ruego se inclina:
Tú huye por tu parte
De Enipeo tu vecino enamorarte.

Aunque ni en la carrera
Ninguno se le iguala, ni con mano
Revuelve más ligera
El caballo en el llano,
Ni con igual presteza
Nadando corta el Tibre y su braveza.

En siendo anochecido
Tu puerta cierra, y no abras la ventana
Al canto dolorido

De la flauta alemana,
 Y aunque mil veces fiera
 Te llame, tñ más dura persevera.

ODA IX.— *Donec gratus.*

Horacio. Miéntas que te aguardaba,
 Y miéntas que ninguno más dichoso
 Los brazos añudaba
 Al blanco cuello hermoso,
 Más que el persiano Rey fué venturoso.

Lidia. Y yo miéntas no amaste
 A otra mas que á mí, ni desechada
 Por Chloe me dejaste,
 De todos celebrada,
 Y más que Iliá (la) Romana fué nombrada.

Hor. A mí me manda ahora
 La Chloe, que canta, y tañe dulcemente
 La vihuela sonora,
 Y porque se acrecienta
 Su vida moriré yo alegremente.

Lid. Y yo con inflamado
 Amor al Calais quiero, y soy querida,
 Y si el benigno hado
 Le da mas larga vida,
 La mia daré yo por bien perdida.

Hor. ¿Mas qué si torna al juego
 Amor, y torna á dar firme lanzada?
 Si de mi puerta luégo
 La rubia Chloe apartada,

A Lidia queda abierta, y libre entrada?

Lid. Aunque Calais hermoso
Es más que el sol, y tú más bravo y fiero
Que mar tempestuoso,
Más que pluma ligero,
Vivir quiero contigo, y morir quiero.

ODA X.—*Extremum Tanaim.*

Aunque de Scythia fueras,
Y aunque más bravo fuera tu marido,
Condolerte debieras,
Lyce, del que ofrecido
Al cierzo tienes en tu umbral tendido.

La puerta, la arboleda
Oyes del fiero viento combatida,
¿Cuál brama? ¿cuál se queda
La nieve ya caída
Del aire agudo en mármol convertida?

Deja, que es desamada
De Vénus esa tu soberbia vana,
No te halles burlada,
No te engendró Toscana
A ser como Penélope inhumana.

¡Oh! aunque á domeñarte
Ni tu marido de otro amor tocado,
Ni ruego, ni oro es parte,
Ni del enamorado
La amarillez teñida de violado,
Un poco de blandura

Usa conmigo, ¡oh sierpe! ¡oh más que hierta
 Encina, y roble dura,
 Que no siempre tu puerta
 Podré sufrir al aire descubierta!

ODA XVI. — *Inclusam Danaem.*

Asaz tenían guardada
 A Danae de nocturnos amadores
 La torre fabricada
 De metal, y de perros veladores
 La centinela alerta,
 Y más fuerte que acero la gran puerta:
 Si del padre medroso,
 Guardador de la vírgen, no burlaran
 Vénus, y el poderoso
 Júpiter, y ambos juntos acordaran
 Ser seguro camino
 Para entrar, convertirse en oro fino.
 El oro tiene tanta
 Fuerza, que va por medio de la guerra,
 Y las piedras quebranta
 Con más fuerza que el rayo viene á tierra:
 Por oro destruida
 Fué de Ampharao la casa esclarecida.
 El rey Philipo hendia
 Las puertas, y los muros torreados
 Con dones, y vencia
 A los reyes contrarios obstinados:
 Pone el don extranjero

Al feroz capitan grillos de acero.

Cuanto más va creciendo
La riqueza, el cuidado de guardalla
Tanto más va subiendo,
Y la sed insaciable de aumentalla;
Por esto huí medroso,
Mecenas, el ser rico y poderoso.

Al que ménos codicia,
Le da Dios más, y se harta fácilmente;
Desnudo de avaricia,
El bando sigo de la pobre gente,
Y huyo muy contento
Del real, del que es rico y avariento.

Y soy más verdadero
Señor de la hacienda no estimada,
Que no si en mi granero
Cuanto ara y coge Apulia yo encerrara,
En medio de riqueza
Tanta, viviendo en mísera pobreza.

Entienda el poderoso
Señor, que manda el Africa marina,
Que estado más dichoso
Que el suyo me da el agua cristalina
De mi limpio arroyuelo,
Mi fértil campo y monte pequeñuelo.

La calabresa abeja
Aunque no me da miel blanca y sabrosa,
Ni mis vinos añeja
La cueva Listrigonia tan famosa,
Ni traigo mis ganados

En los pastos de Francia apacentados;
 No vivo con pobreza,
 Que la vida traer suele alterada;
 Y si quiero riqueza
 Mayor, no me será por ti negada:
 Sin la codicia ardiente
 Los tributos daré más facilmente,
 Que no si poseyere
 Juntas la Lidia y Tracia poderosas.
 A aquel que mucho quiere
 Le han de faltar por fuerza muchas cosas;
 No es mal afortunado
 A quien Dios poco, que le baste, ha dado.

ODA XXVII.—*Impios parræ.*

Agüero en la jornada
 Al malo dé la voz del pico oida,
 Y la perra preñada,
 Y la zorra parida,
 Y del monte la loba descendida,
 Y rompa el comenzado
 Camino la culebra, que viniendo
 Ligera por el lado,
 El cuartago temiendo
 Dejó, que yo no temo nada, habiendo
 Con santa voz movido
 De adonde nace el sol el cuervo abuelo,
 Primero que al querido
 Lago rayendo el suelo

Volase la sagaz del negro cielo.

Dichosa á dó quisieres

Podrás ir, Galatea, y acordada

De mí vive dó fueres,

Tu ida no es vedada,

De pico, ó de corneja desastrada.

Mas mira como lleno

El Orion de furia va al poniente,

Yo sé quien es el seno

Del Adria luengamente,

Y cuánto estrago hace el soplo oriente.

La tempestad que mueve

El resplandor Egeo que amanece,

Quien mal quiero la pruebe,

Y el mar que brama y crece,

Y las costas azota y estremece.

Que así del engañoso

Toro la blanca Europa confiada,

Con rostro temeroso

Miró la mar cuajada

De formas espantables, aunque osada.

La que poco ántes era

Maestra de guirnaldas robadora

De la verde ribera,

Con breve espacio de hora

No vió más de agua, y cielo, y noche, y llora.

Y luégo que se vido

En la poblada Creta, enajenada

De todo su sentido,

¡Oh padre! ¡voz amada,

Por un ciego furor tan mal trocada!

Y dijo: ¡ay enemiga

De mí! ¿dó, y de dó vine? ¿todo el bando

Del mal no me castiga?

¿Por dicha estoy llorando

Culpada, ó inocente estoy soñando?

¿O velo, ó sueño vano

Del umbral de marfil aparecido

Me burla? ¡Ay! ¿cuán más sano

Fuera el prado florido

Que las olas del mar embravecido?

Si me entregase alguno

Aquel novillo malo, en que venía,

Con fierro uno á uno

Los cuernos quebraría

Que poco tiempo há tanto quería.

Desvergonzada, el techo

De mi padre dejé, desvergonzada:

¿Después de lo que he hecho

Respiro? ¡ay Dios! cercada

Me viese yo, y de leones ya tragada.

Antes que se desjogue

La presa, y que magrez aborrecida

El fresco rostro arrugue,

Que así bella y florida

Deseo ántes de tigres ser comida.

Europa vil, tu ausente

Padre te aprieta el nudo, da, mezquina,

¿Qué dudas? prestamente

El cuello á aquesa encina

Con este cordon tuyo, que adivina
 Ceñiste. O si te agrada
 El risco agudo, y el despeñadero,
 Sus, muere despeñada,
 Entrégate al ligero
 Viento; sino es que hija de Rey quiero
 Obedecer esclava
 A bárbara mujer en vil estado.
 Presente al lloro estaba
 Riendo falsa al lado
 La Vénus, y su hijo desarmado.
 Y de burlar contenta,
 Le dijo: «Si aquel mal toro á deshora
 Tornare, tened cuenta,
 No le hirais, señora,
 Ni os le mostreis tan brava como ahora.»
 Aprende á ser dichosa:
 Del Júpiter, no llores, no vencido.
 ¿No ves que eres esposa?
 Del orbe dividido
 El tercio gozará de tu apellido.

HORACIO.—ODAS.—LIBRO IV.

ODA 1.—*Intermisa diu.*

Despues de tantos dias,
 O Vénus, ¿otra vez soplas el fuego
 De tus duras porfias?
 No más por Dios, no más por Dios te ruego,

Que no soy cual solía,
Cuando á la hermosa Cinara servía.

No trates más en vano
¡Oh de amor dulce cruda engendradora!
Rendirme, que estoy cano,
Y duro para amar; vete en buen hora:
Revuelve allá tu llama
Sobre la gente moza, que te llama.

Si un corazon procuras,
Cual debes, abrasar, y si emplearte
Debidamente curas,
Con Máximo podrás aposentarte,
Haz allí tu manida,
Que de nadie serás más bien servida.

Porque es mozo hermoso,
Y en todo cuanto hace es agraciado,
Es noble y generoso,
De mil habilidades adornado,
Y defensa elocuente
Del acuitado reo diligente.

El llevará animoso
De tu capitanía la bandera,
Y si más poderoso
Que el rico Contendor le echare fuera,
Por este beneficio
Te servirá con templo y sacrificio

De mármol tu figura
Pondrá so rico techo colocada
A cerca la agua pura
Del lago Albano, á dó serás honrada

Con incienso abundante,
Con cantos, y con cítara sonante.

Dos veces allí al día
Las vírgenes, y mozos escogidos
Cantarán á porfía
Tu nombre en corro de la mano asidos,
Y á son yendo cantando,
El suelo herirán de cuando en cuando.

A mí ya no me agrada
Ni mozo, ni mujer, ni aquel ligero
Esperar, que pagada
Me es la voluntad, ni ménos quiero
Coronarme de rosa,
Ni la embriagada mesa me es gustosa.

¡Mas ay de mí mezquino!
¿qué lágrimas son estas que á deshora
Me caen? ¡ay Ligurino!
¡Ay! di: ¿qué novedad es esta que hora
A mi lengua acontece,
Que en medio la palabra se enmudece?

De ti en la noche oscura
Mil veces que te prendo estoy soñando,
Otras se me figura,
Traidor, que en pos de ti, que vas volando,
Ya por el verde prado,
Ya por las raudas aguas sigo á nado.

ODA XIII. — *Audivere, Lice.*

Cumplióse mi deseo,
 Cumplióse, ó Lice, á la vejez odiosa
 Entregada te veo,
 Y todavía parecer hermosa
 Cuanto puedes procuras,
 Y burlas, y haces mil desenvolturas.

Y con la voz temblando
 Cantas por despertar al perezoso
 Amor, que reposando
 Se está despacio sobre el rostro hermoso
 De Chia la cantora,
 Que de su edad está en la flor ahora;

Que sobre seca rama
 No quiere hacer asiento, ni manida
 Aquel malo, y desáma-
 Te ya; porque la boca denegrida
 Y las canas te afean,
 Que en la nevada cumbre ya blanquean.

Y no son poderosas
 Ni las granas de Coo, ni los brocados,
 Ni las piedras preciosas
 A tornarte los años, que encerrados
 Debajo de su llave
 Dejó la edad, que vuela más que el ave.

¿Qué se hizo aquel donaire?
 ¿Aquella tez hermosa? ¿dó se ha ido
 Del movimiento el aire?
 ¿Aquella, aquella, dó ha desaparecido,

Aquella en quien bullia
 Amor, que enajenado me tenía?
 No hubo más amada
 Beldad despues de Cinara, más clara,
 De más gracias dotada;
 Mas ¡ay! ¿cómo robó la muerte avara
 A Cinara temprano,
 Y con la Lice usó de larga mano?
 Dióle que en larga vida
 Con la antigua corneja compitiese,
 De años consumida,
 Para que con gran risa ver pudiese
 La gente moza herviente
 Vuelta en pavesa ya la hacha ardiente.

HORACIO.—ODAS.—LIBRO V.

ODA II. — *Beatus ille.*

Dichoso el que de pleitos alejado,
 Cual los del tiempo antigo,
 Labra sus heredades no obligado
 Al logrero enemigo.
 Ni el arma en los reales le despierta,
 Ni tiembla en la mar brava,
 Huye la plaza y la soberbia puerta
 De la ambicion esclava.
 Su gusto es ó poner la vid crecida
 Al álamo ayuntada,
 O contemplar cual paze desparcida

El valle su vacada.
Ya poda el ramo inútil, ya ingiere
En su vez el estraño;
O castra sus colmenas, ó si quiere,
Trasquila su rebaño.
Pues cuando el padre Otoño muestra fuera
La su frente galana,
Con cuanto gozo coge la alta pera
Las uvas como grana;
Y á ti, sacro Silvano, las presenta,
Que guardas el exido,
Debajo un roble antiguo ya se asienta,
Ya en el prado florido.
El agua en las acequias corre, y cantan
Los pájaros sin dueño,
Las fuentes al murmullo que levantan,
Despiertan dulce sueño.
Y ya que el año cubre campo y cerros
Con nieve y con heladas,
O lanza el jabalí con muchos perros
En las redes paradas;
O los golosos tordos, ó con liga,
O con red engañosa,
O la extranjera grulla en lazo obliga,
Que es presa deleitosa.
Con esto ¿quién del pecho no desprende
Cuanto en amor se pasa?
¿Pues qué si la mujer honesta atiende
Los hijos, y la casa?
Cual hace la sabina, ó calabresa

De andar al sol tostada,
Y ya que viene el dueño enciende aprisa
La leña no mojada.
Y ataja entre los zarzos los ganados,
Y los ordeña luégo,
Y pone mil manjares no comprados,
Y el vino como fuego.
No me serán los rombos más sabrosos,
Ni las ostras, ni el mero,
Si algunos con levantes furiosos
Nos da el invierno fiero.
Ni el pavo caerá por mi garganta,
Ni el francolin greciano,
Más dulce que la oliva que quebranta
La labradora mano.
La malva ó la romaza enamorada
Del vicioso prado,
La oveja en el disanto degollada,
El cordero quitado
Al lobo; y mientras cómo ver corriendo
Cual las ovejas vienen,
Ver del arar los bueyes que volviendo
Apénas se sostienen.
Ver de esclavillos el hogar cercado,
Enjambre de riqueza,
Así, dispuesto un cambio, ya al arado
Loaba la pobreza:
Ayer puso á sus ditas todas cobro,
Mas hoy ya torna al logro.

DE PÍNDARO.

Olimp. — ODA I.

El agua es bien precioso,
Y entre el rico tesoro,
Como el ardiente fuego en noche oscura,
Así relumbra el oro;
Mas, alma, si es sabroso
Cantar de las contiendas la ventura,
Así como en la altura
No hay rayo más luciente
Que el sol que rey del día
Por todo el yermo cielo se demuestra,
Así es más excelente
La olímpica porfía
De todas las que canta la voz nuestra;
Materia abundante,
Donde todo elegante
Ingenio alza la voz, ora cantando
De Rea y de Saturno el engendrado,
Y juntamente entrando
El techo de Hieron altopreciado.
Hieron el, que mantiene
El cetro merecido
Del abundoso suelo siciliano,
Y dentro en sí cogido
Lo bueno y la flor tiene
De cuanto valor cabe en pecho humano.
Y con maestra mano

Discanta señalado
En la más dulce parte
Del canto, la que infunde más contento
Y en el banquete amado
Mayor dulzor reparte.
Mas toma ya el laud, si el sentimiento
Con dulces fantasías
Te colma, y alegrías
La gracia de Pernico, el que en Alfeo
Volando sin espuela en la carrera,
Y venciendo el deseo
Del amo, le cobró la voz primera.
Del amo glorioso
En la caballería,
Que en Siracusa tiene el principado,
Y rayos de sí envía
Su gloria en el famoso
Lugar que fué por Pelope fundado;
Por Pelope, que amado
Fué ya del gran Neptuno,
Luégo que á ver el cielo
La Cloto lo produjo relumbrando
En blando márfil uno
De sus hombros al suelo
Con la estrañez jamás vista admirando.
Hay milagrosos hechos,
Y en los humanos pechos
Mas que no la verdad desafeitada,
La fábula con lengua artificiosa
Y dulce fabricada

Para lanzar su engaño es poderosa.

Merced de la poesía,
Que es la fabricadora
De todo lo que es dulce á los oídos,
Y así lo enmiela y dora,
Que hace cada día
Los casos no creíbles ser creídos;
Mas los días nacidos
Después ven el engaño:
Mas lo que nos conviene
Es fingir de los dioses lo que es dino,
Siquiera es ménos daño,
Por dónde á mí me viene
Al ánimo cantar de ti, divino
Tantalides, diverso
De lo que suena el verso
De los antepasados; y es que habiendo
A los dioses tu padre convidado,
Y en Sipilo comiendo,
Neptuno te robó de amor forzado.

Domóle amor el pecho,
Y en carro reluciente
Te puso donde mora su alto hermano:
A dó en la edad siguiente
Vino al Saturnio lecho
En vuelo el Ganimedes soberano:
Mas como al ojo humano
Huiste, y mil mortales
Que luengo te buscaron,
A tu llorosa madre no trajeron

Ni rastro ni señales:
Por tanto no faltaron
Vecinos envidiosos que dijeron,
Que por cruel manera
En ferviente caldera
Cortado miembro á miembro, y parte á parte,
Los dioses te cocieron, y traído
A la mesa destarte,
Entre ellos te comieron repartido.

Mas tengo por locura
Hacer del vientre esclavo
A celestial alguno, y carnicero:
Yo al fin mis manos lavo,
Que de la desmesura
El daño y el desastre es compañero,
Y más que de primero
El Tántalo fué amado
De los gobernadores
Del cielo, si lo fué ya algun terreno;
Bien que al amontonado
Tesoro de favores
No le bastando el pecho de relleno,
Rompió en un daño fiero,
Que el Júpiter severo
Le sujetó á la peña caediza,
Y así el huir que siempre fantasea,
Y el miedo que le atiza,
Ajénale de cuanto se desea.
Y de favor desnudo,
Padece otros tres males

Demás de este mal crudo; porque osada-

Mente dió á sus iguales

La ambrosía que no pudo,

Y el nectar dó los dioses colocada

Tienen su bien hadada

Y no finible vida.

¡Mas cuánto es loco y ciego

Quien fia de encubrir su hecho al cielo!

Despues de esta caida

Tambien el hijo luégo

Tornaron al lloroso y mortal suelo;

Y como le apuntaba,

La barba ya, y estaba

El mozo en su vigor, y florecia,

Al rico y generoso casamiento

Que entónces se ofrecia,

El ánimo aplicó y el pensamiento.

Ardiendo, pues, desea

A la Hippodamia

Del claro Pisaton ilustre planta,

Y á dó la mar batia

Cuando la noche afea

El mundo, solo busca al que quebranta

Las hondas, y levanta,

Al cual que en continente

Junto de el aparece,

Le dice: «Si contigo aquel pasado

Tiempo sabrosamente

Algo puede y merece,

Y si ya mi dulzor te vino en grado,

Enflaquece la mano,
Y lanza de Oomano,
Y dame la victoria en Elis puesto,
Que á dilatar las bodas y concierto
El padre esta dispuesto,
Dado que son ya trece los que ha muerto.

»Lo grande y peligroso
No es, no, para el cobarde,
El alto y firme pecho lo presume,
Y pues temprano ó tarde
Es el morir forzoso,
¿Quién es el que sin nombre y vil consume,
Y en honda noche sume
El tiempo de la vida,
De toda prez ajeno?
Al fin yo estoy resuelto en esta empresa,
Y tuya es la salida,
Y dar suceso bueno.»
Y dicho esto calló; mas no fué aviesa
De aquesta su recuesta
La divinal respuesta:
Porque dándole nueva valentía,
Le puso en carro de oro los mejores
Caballos que tenía
Con alas no cansadas voladores.

Y así alcanzó victoria
Del contendor valiente,
Y fué suya la vírgen, y casado
Viviendo luengamente
De alto fecho y gloria

Seis príncipes, seis hijos engendrados
Dejaron; y pasados
Los días yace ahora
En tumba suntuosa
A par del agua Alfea, á par del ara
De las que el mundo adora,
La más noble y gloriosa,
Y hace que su nombre y fama clara
Por mil partes se extienda
La olímpica contienda,
Que se celebra allí, dó el pié ligero,
Dó hace las osadas fuerzas prueba,
Y quien sale primero,
Dulcísimo descanso, y gozo lleva

Para toda la vida.

Tanto es precioso y caro
El premio que consigue, y siempre aviene
Ser excelente y raro
El bien que de avenida,
Y junto y en un dia al hombre viene;
Mas á mí me conviene
Con alto y noble canto
Por más aventajado
En el veloz caballo coronarte,
Hieron ilustre, y cuanto
A todos en estado
Vences, y en claros hechos, celebrarte
Tanto con más hermosas
Y más artificiosas
Canciones yo presumo. Vive, y crece,

Que Dios tiene á su cargo tu ventura,
 Y si no desfallece,
 Aun yo te cantaré con más dulzura.
 Cantarte he victorioso
 En voladora rueda,
 Y el Cronio, que hácia el sol continuo mira,
 Para que tanto pueda,
 Me infundirá copioso
 Don de palabras vivas, que en mí inspira
 Fortísima, y me tira
 Así hecha señora
 La Musa poderosa;
 Que cada uno en uno se señala,
 Y todo al Rey adora:
 No busques mayor cosa,
 Y el cielo que en lo alto de la escala
 Te puso, te sustente
 Allí continuamente,
 Y yo de tan ilustre compañía
 Me vea de continuo rodeado,
 Y claro en poesía
 Por todo el griego suelo andar nombrado.

 DE TÍBULO.—LIBRO II.

 ELEGÍA III.—*Rura tenent.*

Al campo va mi amor, y va á la aldea
 El hombre que morada un punto solo
 Hiciere en la ciudad; ¡maldito sea!

La misma Vénus deja el alto polo,
Y á los campos se va, y el dios Cupido
Se torna labrador por esto solo.

¡Ay! yo con qué placer, si permitido
Me fuera ir donde estás, con el arado
Rompiera el fértil campo endurecido.

Y en hábito de aldea disfrazado,
Siguiera el paso de los bueyes lento,
De tus hermosos ojos sustentado.

Si me abrasara el sol, ningun tormento
Sintiera, ni dolor, aunque la esteva
Las manos me llagara en partes ciento.

Que Apolo bien así en forma nueva
De la vacas de Admeto fué vaquero,
Y hizo de su amor ilustre prueba.

Su música y belleza contra el fiero
Amor no le valió, ni saludable
Yerba de cuantas él halló primero.

Toda su medicina al incurable
Golpe quedó rendida, y traspasada
Su alma fué con flecha penetrable.

Llevó y tornó del pasto la vacada,
La leche por su mano fué exprimida,
Y con el blanco cuajo fué mezclada,

Y con delgadas mimbres fué tejida
La forma para el queso de su mano,
Dejando libre al suero la salida.

¡Ay! cuántas veces, cuántas de su hermano,
Que en pos de algun novillo le encontraba,
Se avergonzó Diana, mas en vano.

El cabello, que al oro despreciaba,
 Revuelto le traía, y desgredado,
 Que el duro amor así se lo mandaba.
 ¡Oh venturosa edad! ¡siglo dorado!
 Cuando sin deshonor, ni inconveniente
 Aun á los mismos dioses era dado
 Servir al dulce amor abiertamente.

DE JUAN DE LA CASSA.

El Dejo de las cosas.

Ardí, y no solamente la verdura
 De este mi año breve, amor, te he dado,
 Mas del maduro otoño una gran parte.
 Pedia libertad, y hasme apretado,
 Como á preso que huye, con más dura
 Cadena, y no me vale ruego ni arte.
 ¡Ay triste! ¿habrá en el mundo alguna parte
 Segura, cueva en monte, en la mar honda,
 Abismo á dó me esconda,
 Y libre de este mal que tanto temo,
 Siquiera de mi vida en el extremo?
 Con razon temo tu poder crecido,
 Que el corazon mil veces me has abierto,
 Sin hallar contra ti defensa en nada,
 Mas de con voz humilde y color muerto
 Confesarme á la clara por vencido:
 Cual que region desierta y apartada
 Buscar quisiera ahora, que gastada

La fuerza sienta, y el cabello cano
Por huir de tu mano,
Que entre el fuerte escuadron que tu bandera
Sigue, un soldado flaco ¿qué honra espera?
¡Mas ay triste! ¿dó iré? que por dó quiera,
Ó por la húmeda mar, ó seca arena
Tomado tiene el paso amor primero;
Dó quiera el fuego luce, el arco suena,
Y veo contra mí la punta fiera,
De cuyo golpe guarecer no espero,
Que el blanco es cierto, el tirador certero.
Mas ¿qué sirve si el tiempo ha ya secado
Mi vigor, y agostado
Como yerba, que al sol su fuerza pierde,
Y solo en mí el deseo queda verde?

Tiempo fué, cuando osé de amor vencido,
Delante alguna bella y desdeñosa
Presentar mis querellas y tormento;
Hallé una voluntad blanda, amorosa
Debajo del desden, y convertido
Mi dolor y mi pena fué en contento;
Mas ¿quién oirá de hoy más mi triste acento?
¿Quién no condenará una edad cansada
De nuevo enamorada?
La voz está ya ronca, y los sentidos
Como culebra al hielo entorpecidos.

Tórname aquel vigor que el tiempo avaro
Robó veloz, y torna la viveza
Que me alentaba, y tiñe este cabello
Cual fué primero, porque en la corteza

El mal secreto no se muestre claro;
Y si soy tuyo, haz que pueda sello,
Que no huyo la guerra, ántes en ello
El no poder me duele; mas mi suerte
Si no es ya para el fuerte
Oficio tuyo, libertad te pido,
Yo viviré, serás tú bien servido.

El invierno, y las nieves de mi vida
Solo te quito, amor, y aqueste hielo
De tus llamas y ardor tan diferente;
No te debe pesar, si el débil vuelo
Convierto á mejor nido, pues seguida
Ha sido ya de mí tan luengamente
Tu vida amarga y dulce juntamente,
Que justo es ya que sea libertado
Un esclavo cansado

Siquiera á la vejez, y así es costumbre
Donde se usa nobleza y mansedumbre.

Mas pues amor ningun consejo quiere,
Síguele á donde fuere,
Breve cancion, y ante mi bien presenta
El continuo dolor que me atormenta.

DEL BIENIBO.

Oracion.

Señor, aquel amor por quien forzado
Muriendo de mi mal hiciste enmienda,
Nos libre de tu ira, y nos defienda.

Mira, Padre amoroso,
 Cuanto es tenaz esta mundana liga,
 Y como el engañoso
 Contrario con mil lazos nos obliga,
 Y el dulce con que cubre su enemiga,
 Por donde si acontece que nos prenda,
 Tu blanda piedad á esto atienda.

¿Quién hay que no confiese,
 Señor, que son sin fin nuestras maldades?
 Mas si culpa no hubiese,
 ¿A dó demostrarías tus piedades?
 ¿En quién relucirían tus bondades
 Las cuales porque el hombre las entienda
 No tomes á despecho que te ofenda.

Tú, Padre, nos lanzaste
 En este mar, y tú nos saca á puerto,
 Y si ya nos amaste,
 Cuando el suelo te tuvo vivo y muerto,
 Amanos también ora, y nuestro tuerto
 A tu dulce perdon no ponga rienda,
 Mas siempre más copioso en nos descienda.

APÉNDICE Á LA SEGUNDA PARTE.

Fracmento de la Andrómaca de Eurípides.

No traje esposa á Troya cosa buena,
 Mas pestilencia mala y desventura,
 Cuando á su lecho Páris traje á Elena.
 Por quien cayendo, ó Troya, de tu altura,

El Marte griego de mil naos cercado
Con fuego te deshizo, y lanza dura.

Y á mi esposo que triste al carro atado
Le trajo en torno el muro por el suelo,

.....
Y yo de mi alto techo al desconsuelo
De aquesta triste playa fuí traída,
Cubierta de cautivo horrible vuelo.

¡Cuánta agua por mi faz cayó vertida,
Cuando dejé mi casa y mi marido!

.....
¡Ay triste! ¿para qué veo el sol lucido,
Esclava de Hermione brava y cruda,
Que á aqueste duro estrecho me ha traído?

Que ansiosa y de mortal favor desnuda
Estoy á aquesta imágen abrazada,
En lloro deshaciéndome, cual suda
El agua por la piedra destilada.

Otro fragmento de la misma.

O no nacer jamás escojo y quiero,
O ser de padres buenos,
Y en techos suntuosos heredero
Y de nobleza llenos.

Que si lo que es difícil acontece
Los que son bien nacidos,
No son de lo que ayuda y favorece
En la escasez validos;

De la proeza antigua y celebrada

Les viene honra y gloria,
Que de los virtuosos no es gastada
Con tiempo la memoria.
Que aun muertos su virtud les resplandece
Como clara lumbrera,
Y así es mejor perder lo que se ofrece
Por no justa manera,
Que con ofensa odiosa y violenta
Hollar á la justicia,
Bien es aquesto dulce, y bien contenta
A la mortal malicia;
Mas esta con el tiempo se marchita
Su flor, y seca queda,
Y afrenta á las familias da infinita
En cuanto el siglo rueda.
Por dó el vivir que juzgo por debido,
Es lo que digo ahora,
En lo de la ciudad, en lo escondido
A dó cada uno mora.
El mando de igualdad desamparado
No debe serpreciado.

*Fracmento de la tragedia de Thyestes por
Séneca.*

Esté quien se pagase poderoso
De la corte en la cumbre deleznable,
Viva yo en mi sosiego y mi reposo.
De mí nunca se escriba ni se hable,
Mas en lugar humilde y olvidado

Goce del ocio manso y amigable.

No sepan si soy vivo, si finado
Los nobles y los grandes, y mi vida
Se pase sin oír cosas de estado.

Así cuando la edad fuere cumplida,
Y mis días pasados sin ruido,
La muerte no será mal recibida.

No moriré enojoso y desabrido:
La muerte llama grave, y no la quiere
El que de todo el mundo conocido,
Solo de sí desconocido muere.

HORACIO.—ODAS SUELTAS.

LIB. I.—ODA V.—*Quis multa*

¿Quién tiene la cabida
De tantos deseada, y de ninguno
Enteramente habida?

¿Quién es aquel sólo uno
Que goza de tu amor tan importuno?

Tus tan rubios cabellos,
Que al oro con desprecio desdeñaban,
Dime, ¿á quién dejas vellos;
Aquellos que mataban
A cuantos por su mal los contemplaban?

¡Cuán triste y engañado
Está el desventurado que en amarte
Emplea con cuidado
De su vida gran parte,

Que piensa que no puedes ya mudarte!

¿Qué será cuando vea

La mar turbada, y vientos levantados

El triste, que desea

Remedio á sus cuidados,

Que ignora la mudanza de los hados?

De aquellos tengo duelo,

Que no conocen tus agudas artes,

Que tienen por consuelo

Que seguirás sus partes,

Sin que de su querer jamás te apartes.

Ya yo, como escapado

De tal tormenta donde me anegaba,

Tengo ya dedicado

El leño en que nadaba

Al templo del señor de la mar brava.

ODA XIX. — *Mater Sæva.*

La Madre rigurosa

Del amor, y el de Semele nacido,

La licencia amorosa,

A mi pesar me tienen compelido

A volver mis cuidados

A los amores, que tenía olvidados.

Con su fuego me apura

El resplandor de Glicera, más claro

Que el jaspe, aquella dura

Condicion, y el desden me es dulce y caro,

Y el rostro reluciente,
Que aún mirarle á la vista no consiente.

Vénus ha descargado
En mí toda su fuerza, y su querida
Chipre ha desamparado,
Ni me consiente cante la huida
Del Parto valeroso,
Ni lo que para amor es provechoso.

Ponme aquí prestamente
Un césped vivo, inciensos, y verbena,
Y venga juntamente
Una taza de vino añejo llena,
Que hecho el sacrificio,
Vendrá más blanda al amoroso oficio.

ODA XXIV.—*Quis desiderio.*

AD VIRGILIUM.

¿Quién es el que no siente
La falta de tal hombre en demasía?
Entona tristemente,
Melpómene, á su muerte una elegía,
Pues que voz delicada
Te dió tu padre, y cítara templada.

En fin, ¿qué eterno sueño
De tu Don Juan los ojos ha ocupado?
¿A quién tendrá por dueño
De hoy más la honestidad, y el no violado
Celo de la fé humana,
De la justicia, y la verdad no vana?

Murió con triste llanto
De muchos, mas de nadie fué sentido,
Ni fué llorado tanto
Como de ti, Francisco, que movido
De mi piadoso celo,
En vano pides tu Don Juan al suelo,
¡Ay! que nos le dió el cielo
Para vivir allá, en habiendo dado
Muestras acá en el suelo
De valor, y de un ánimo estremado;
Y cuando más lucia,
La prenda se llevó que más queria.
Y aunque con más dulzura
Que el tracio Orfeo la cítara tocases,
Y en la yerma espesura
Los árboles tras ti á tu son llevases,
No harias que volviese
Una alma al mundo, y que de allá saliese.
Ni Mercurio con ruego
Quebrantarás las leyes, ni los hados
A los del caos ciego;
Mas lo que hacen los dioses consagrados,
Pues no sufre enmendarse,
Con paciencia será mejor llevarse.

ODA XXXIII.

Para que en demásía,
Albio, no te dé pena la aspereza,
Ni en llorosa elegía

De Glicera lamentos la dureza,
Porque con fé inconstante
Estima más que á sí su nuevo amante;

Mira como la bella

Licoris por amor en viva llama

De Ciro arde, y á ella

Ves como el duro Ciro la desama;

Con fé sincera y pura

Inclinándose á Pholoe, áspera, y dura.

Pero verán primero

Que sin temor las cabras han pacido

Con el lobo más fiero,

Que la arenosa Libia ha producido,

Que Pholoe al deseo

Corresponda de aqueste amante feo.

Vénus así lo ordena,

A la cual da contento, que con dura

Y áspera cadena

Dos diversos en alma y en figura

Estén presos, y el fuego

Atiza alegre del sangriento juego.

LIB. II.—ODA VIII.—*Ulla si juris.*

Si del haber mentido,

Varina, algun castigo te viniese,

Si un diente denegrado,

O en una uña más fea yo te viese;

Cuanto hubieras jurado

Crejera como firme enamorado.

Mas luégo que obligada
Tuviste la cabeza á tu promesa,
Volviste mejorada,
Resplandeciendo mucho más aquesa
Hermosura que de ántes,
En tu amor enredando más amantes.

Así que te es partido,
Faltar á las cenizas de tu madre
Todo lo prometido,
Pues no hay cosa, traidora, que te cuadre
Como burlar del cielo,
Y no estimar los dioses en un pelo.

De esto ¡ay! se reian
Cupido y Vénus con las Ninfas bellas,
De ver como crecian
Cada dia con tu amor vivas centellas,
Las flechas amolando,
Con que á todos, señora, estás matando.

Y como no avisados
De la fiereza de que estás armada,
Crecen tus namorados,
Y así siempre en tu casa frecuentada,
Y aunque sienten sus males,
No pueden olvidar ya tus lumbrales.

Por ti temen las madres
A los mancebos en su edad florida;
Por ti sus viejos padres
Pasan tan triste vida;
Y las recién casadas
Temerán por ti desamparadas.

LA MISMA.

Si del haber rompido
La fe del juramento, pena alguna,
Te hubiera sucedido;
Si un diente se te hiciera negro, ó una
Uña mas fea siquiera,
Varina, cuanto juras te creyera.

Mas tú cuando has quebrado
Los juramentos alevosamente
Más de lo acostumbrado,
Hermosa sales, y resplandeciente,
Haciendo á los ociosos
Mozos de tus amores codiciosos.

Pues cierto te conviene
Mentir á las cenizas encerradas
Que en sí la tierra tiene
De tu madre, y al cielo, y las calladas
Estrellas celestiales,
Y áun á los mismos dioses inmortales.

Porque yo te aseguro
Que Vénus burla, y burlanse las bellas
Ninfas de este perjuro,
Y el fiero dios de amor tambien con ellas,
Que en la sangrienta muela
Sus saetas continuamente amuela.

Mas como van creciendo
Los mozos, crecen nuevos servidores,
Que á ti se van rindiendo,
Y tambien los antiguos amadores

Tu casa no han dejado,
 Aunque mil veces lo han amenazado.
 A ti temen las madres
 Por amor de sus hijos fatigadas,
 A ti los viejos padres,
 Y las recién casadas,
 Porque acaso embebidos
 No tenga tu donaire á sus maridos.

ODA XI.—*Non semper.*

No es siempre, Valgio amado,
 De las nubes el campo humedecido,
 Ni el Caspio mar airado
 Con desiguales olas afligido;
 Ni en todo el año el cielo
 A Armenia cubre con el duro hielo.
 Ni le hace continua
 Guerra el furor del cierzo riguroso
 A la arraigada encina
 En Gargano de Pulla, monte umbroso,
 Ni el olmo levantado
 Siempre está de sus hojas despojado.

Tú empero eternamente
 Al difunto Misten llamas y lloras
 Con voz triste, y doliente
 Del amoroso estado, ni mejoras
 Cuando la sombra crece,
 O huye al claro sol cuando amanece.
 Mas no al mancebo tierno

Las Troyanas hermanas le lloraron,
Y el Rey con llanto eterno;
Ni aquel que tres edades le tocaron,
Lloró en vida tan larga
De Antiloco la muerte acerba amarga.

De tan blandas querellas
Te deja al fin; y ántes con numerosos
Versos á las estrellas
Igualemos los hechos gloriosos
De César; y los rios
Medo, y Nifaten con ménos brios,
Por seguir su corriente,
Y entrambos con demencia concedidos
A la vencida gente;
Y los fieros Gelones reducidos
A que en estrechos prados
Revuelvan los caballos fatigados.

ODA XVI. — *Ocium divos.*

Descanso pide al cielo
El marinero en alto mar metido,
Cuando con negro velo
El aire oscurecido,
La luna, y su fiel norte se ha escondido.

Y en la fiera batalla
Descanso pide el capitan armado,
Un bien que no se halla,
Ni fué jamás comprado
Por perlas, y por oro muy cendrado.

Porque ni magistrados,
Ni gran riqueza excusan el tormento
De los graves cuidados,
Que en el rico aposento
Tienen su albergue, y principal asiento.

Con poco se sustenta,
Quien no busca mas bien del que ha heredado,
Ni teme á la tormenta,
Ni ambicioso cuidado
Le priva de su sueño sosegado.

¿De qué sirve matarnos
Por largo hacer para tan corta vida?

¿De qué sirve alejarnos
Con ansia desmedida
Por mares de region no conocida?

Que aunque más pretendamos
Huirnos de nosotros, no podemos,
Que si á caballo vamos,
Y aunque en la mar entremos,
Nuestra pasion nos sigue á vela y remos.

No trate el que está alegre
En cosa que le dé desabrimiento,
Y el afligido, alegre
Su triste pensamiento,
Que no hay en cosa ya cabal contento.

Aquiles fué temprano
Arrebatado de la muerte dura;
Titan murió ya anciano;
Y á mí dará ventura
Lo que á ti habrá negado por ventura.

Hácente á ti ruido
 Mil vacas, y cien atos de ganado,
 Y siempre andas vestido
 Del paño delicado
 Dos veces en la púrpura bañado.

A mí me ha dado el cielo
 Que entone el verso lírico gracioso,
 Y en un pequeño suelo
 Un huerto deleitoso,
 Donde huyo del vil vulgo enojoso.

LIB. III.—ODA IX.—*Donec gratus.*

DIÁLOGO.—*Horacio y Licida.*

Horacio. En cuanto tu alegría
 En mí tuviste puesta, y el nevado
 Cuello no te ceñía
 Con lazo estrecho alguno más privado,
 Vivía más dichoso
 Que de persas el Rey más poderoso.

Licida. En cuanto tú no ardiste
 En amorosa llama de otra alguna,
 Ni á Chloe en más tuviste
 Que á Lidia, en lo más alto de la luna
 Mi nombre tenía parte,
 Mas clara que Iliá del dios Marte.

Hor. A mí me rige ahora
 La tracia Chloe diestra en dulce canto
 Y cítara sonora,
 Por quien la muerte no me pondrá espanto;

Si con ella la rueda
Fatal perdona al alma que acá queda.

Lic. Con recíproca llama
Calis me abrasa el alma enamorada,
Y tanto ésta le ama,
Que dos veces por ella muerte airada
Gustara, si así el hado
Perdonase al mancebo delicado.

Hor. ¿Qué será si volviese
Aquel pasado amor, y con cadenas
Inviolables pusiese
Juntas las almas, áun ahora ajenas,
Si Chloe es desechada
Dándole puerta á Lidia desdeñada?

Lic. Aunque él más que un lucero
Es bello, tú mudable y más liviano
Que la corcha, y más fiero
Que del soberbio mar el ruido insano,
Viviré dulcemente,
Y moriré contigo alegremente.

LIBRO TERCERO.

TRADUCCIONES SAGRADAS.

AL LECTOR.

En esta tercera parte van las Canciones sagradas, en las cuales procuré, cuanto puede, imitar la sencillez de su fuente y un sabor de antigüedad que en sí tienen, lleno á mi parecer de dulzura y majestad. Y nadie debe tener por nuevos ó por ajenos de la sagrada Escritura los versos, porque ántes le son muy propios, y tan antiguos, que desde el principio de la Iglesia hasta hoy los han usado en ella muchos hombres grandes en letras y en santidad, que nombrara aquí si no temiera ser muy prolijo. Y pluguiese á Dios que reinase esta sola Poesía en nuestros oídos, y que sólo este cantar nos fuese dulce, y que en las calles y en las plazas de noche no sonasen otros cantares, y que en estos soltase la lengua el niño, y la doncella recogida

se solazase con esto, y el oficial que trabaja aliviase su trabajo aquí. Mas ha llegado la perdicion del nombre cristiano á tanta desvergüenza y soltura, que hacemos música de nuestros vicios, y no contentos con lo secreto de ellos, cantamos con voces alegres nuestra confusion. Pero esto no es mio ni de este lugar.

SALMO PRIMERO.

Beatus vir.

Es bienaventurado
Varon el que en concilio malicioso
No anduvo descuidado,
Ni el paso perezoso
Detuvo en el camino peligroso.

Y huye de la silla
De los que mofan la virtud y al bueno,
Y juntos en gavilla,
Arrojan el veneno,
Que anda recogido en lengua y seno.

Mas en la ley divina
Pone su voluntad, su pensamiento,
Cuando el dia se inclina,
Y al claro movimiento,
Y está en la oscura noche en ella atento.

Será cual verde planta,
Que á las corrientes aguas asentada,
Al cielo se levanta,
Con fruta sazónada,
De hermosas hojas siempre coronada,
Será en todo dichoso,
Seguro de la suerte, que se muda;

No así el malo animoso,
 Cual si el viento sacuda
 La paja de la era muy menuda.

Por esto al dar la cuenta
 La causa de los malos, como vana,
 Caerá con grande afrenta
 Allí la cortesana
 Santa nacion huirá de la liviana;
 Porque Dios el camino
 Sabe bien de los justos, que es su historia;
 Del otro desatino,
 De la maldad, memoria
 No habrá, como de baja y vil escoria.

SALMO II. — *¿Quare fremuerunt....?*

¿Por qué braman las gentes?
 ¿Los pueblos vanidades han pensado?
 ¿Los reyes excelentes
 Y príncipes del mundo se han juntado
 Con coraje, negando
 Al Señor, y á su Cristo amenazando?
 Y dicen: «Nuestros cuellos
 Saquemos de su yugo y ataduras;»
 Mas riéndose de ellos
 Estará Aquel que habita en las alturas;
 Ahora calla y mira,
 Y á su tiempo hablará con furia é ira.
 Mas yo su Cristo ungido
 Soy, por mano de Dios en Rey alzado

Sobre el monte subido
 De Sion, su ley al mundo he predicado;
 Por eso en este día
 Me dijo estas palabras de alegría:
 «Tú eres mi Hijo amado,
 Que yo engendro mi ser comunicándote;
 Hoy te he regenerado
 Despues de muerte á vida revocándote;
 Pídeme en algo herencia,
 Que ¿qué te negará quien dió su esencia?
 ¿Pides, ¡oh Hijo mio!
 Las gentes que se armaron contra ti?
 Yo te doy señorío
 Sobre ellas, que te sirvan como á mí;
 Y a questo imperio y mando
 De hoy más se vaya al mundo publicando.
 Y pues con cruz durísima
 Tu cuerpo lastimaron, afligiéndolo,
 Yo con liberalísima
 Voluntad te las doy, tú mereciéndolo,
 Que en premio digno y justo
 Las rijas y castigos á tu gusto.
 ¡Oh, pues, reyes tiranos,
 Los que juzgais al mundo injustamente,
 De cuya lengua y manos
 Escapó condenado el inocente!
 Sufrid que el documento
 Divino en vuestras almas haga asiento.
 Sufrid sin osadía
 Al Señor, sin jactancia presuntuosa;

Con humilde alegría,
 Con alegre conciencia, mas medrosa,
 Aprended la doctrina
 Que á virtud y justicia siempre inclina.

» Guardad que no se encienda
 Por vuestra culpa el celo soberano,
 Porque quien os defienda
 No habrá de su abrasante y fuerte mano,
 Y tendreis tal ceguera,
 Que no hallareis la senda verdadera.

» Y cuando se encendiera
 El fuego de su saña en un momento,
 ¡Dichoso el que tuviere,
 No en el mundano y flaco pensamiento
 Puesta, mas en el cielo
 Su esperanza, su gozo y su consuelo!»

SALMO IV.—*Cum invocarem.*

Cuando con gran dolencia
 Del alma te llamé, tú me escuchaste,
 Dios de la mi inocencia,
 Señor, tú me ensanchaste
 El corazon, que en sueño estrecho hallaste.

Pues eres piadoso,
 Derrama sobre mí piadosos dones,
 Y vuelve tu amoroso
 Oido á mis razones,
 Que más son que mis culpas tus perdones.
 ¡Oh hombres! ¿hasta cuándo

Tendreis el corazon endurecido,
 La vanidad amando
 Del bien que os ha mentido,
 Siguiendo á rienda suelta su partido?

Sabed como engrandece
 A su amigo el Señor, y estále oyendo;
 A mi alma favorece,
 Luégo le concediendo,
 Cuanto en su corazon le está pidiendo.

Enójeos el pecado,
 Y no pequeis jamás en vuestros pechos;
 Corregid lo pasado,
 Y en vuestros ricos lechos
 Sollozad, en lágrimas deshechos.

Un sacrificio justo
 Sacrificad á Dios, que es el que alcanza
 Perdon á todo injusto,
 Y tened esperanza
 Que nadie se salvó sin confianza.

Dicen los pecadores:
 «¿Quién nos dirá dó están las cosas buenas?»
 ¿No ven los resplandores
 De mi rostro y las venas
 De luz, de quién sus almas están llenas?

Dísteme tu alegría,
 Joya que gozan todos tus privados;
 Mas á la compañía
 De los que van errados
 Frutos de vino y pan multiplicados.

De paz favorecido,

Entre justos y santos reposando,
 Me quedaré adormido,
 Porque me estás guardando,
 En confianza eterna descansando.

SALMO VI.—*Domine ne in furore.*

No con furor sañoso
 Me confundas, Señor, estando airado,
 Ni con ceño espantoso
 Me castigues, tasado
 Cuanto merece al justo mi pecado.

Mas ántes sin enojo,
 Doliéndote de mí, te muestra humano;
 Pues á tus piés me acojo;
 Sáname con tu mano,
 Que no tiene mi cuerpo hueso sano.

Mi alma está confusa,
 Entre esperanza y miedo vacilando;
 Y ¿dónde, Señor, se usa
 Que quien se está finando,
 Y os llama, le dejeis así? ¿Hasta cuándo?

Vuelve, Señor, tu cara,
 Alienta aqúeste espíritu afligido,
 Que tu clemencia rara
 No atropella al caído
 Ni quiere hacer justicia en el rendido.

Que nadie en la agonía
 Se acordará de ti sin ti, por cierto;
 Y con la losa fria

De tierra ya cubierto,
¿Qué gloria puede darte un cuerpo muerto?

Por esto en un gemido
Las noches llevaré todas lavando,
El lecho defendido,
Que mancillé pecando,
Mi cama con mis lágrimas bañando.

La fuerza de mi llanto
De mis ojos la vista ha enflaquecido,
Y de enemigos tanto
Fuí siempre combatido,
Que estoy siempre arrugado y consumido.

Afuera pecadores,
No tengais parte en mí los que habeis sido
De la maldad autores,
Porque el Señor ha oído
El llanto de mis voces y gemido.

Porque ya de mis quejas
La lamentable voz es recibida
Dentro de sus orejas,
Y también acogida,
Que luégo fuí librado, en siendo oída.

Túrbense avergonzados
Todos mis enemigos grandemente,
Las espaldas tornados
Vuelvan confusamente,
Huyendo á rienda suelta velozmente.

SALMO VI.—*Domine ne in furore tuo.*

INTRODUCCION.

En lágrimas deshecho,
Y en un ¡Ay! convertido el dulce canto,
Atravesado el pecho
De gran temor y espanto,
A ti vuelvo, mi Dios, con triste llanto.

Lo que no fué bastante
Hacer el dulce amor, hoy lo ha causado
El temor, que delante
Me pone mi pecado,
Y él me tiene á tus pies arrodillado.

Pienso la ofensa hecha,
Que de mi bien me aparta y me desvia,
Y aquella cuenta estrecha
Que he de dar en el día,
Que salga de este cuerpo el alma mia.

Y habiéndola pensado
Temo, viéndome tal que he de perderte,
Y quedar sepultado,
Sin jamás poder verte,
En la region y sombra de la muerte.

Triste desconfianza
Te me muestra terrible y riguroso;
Socorre la esperanza
En trance tan forzoso,
Diciendo, que eres manso y amoroso.

Y dame atrevimiento

Para llegarme á ti, del bien la palma,
Soplando un dulce viento,
Con que navegue mi alma,
Que estaba ya del todo puesta en calma.

Inclina tus oídos,
Mi Dios, al pobre que te está llamando,
Escucha los gemidos
Del que te va buscando,
Y con el santo Rey dice llorando:

Salmo 142. No permitas, Señor,
Partir mi alma tan sin penitencia,
Que con bravo furor
Me quite tu potencia
En el final juicio tu presencia.

Dame que en esta vida
Me aproveche del tiempo que me has dado,
Para que en la partida,
Cuando fuere juzgado,
No vea yo, Señor, tu rostro airado.

De mí te compadece,
Señor, misericordia es la que pido:
Mira cual se te ofrece
Un pecador herido,
Con mil enfermedades combatido.

Muy enfermo me siento,
Y para bien obrar debilitado,
Y fáltame el aliento
Para poder, cuitado,
Resistir á los vicios y al pecado.

En ti solo confío;

Sáname pues, Señor, que la flaqueza
Es tal, y el dolor mio,
Que de piés á cabeza
Todo el cuerpo maltrata pieza á pieza.

Mi alma de verdad
Se siente grandemente fatigada,
Por la dificultad
De verse colocada
En la perfecta senda deseada.

Queda en tan triste estado,
Su mal y tu justicia remirando,
Padece en sumo grado,
Sus fuerzas van faltando,
¿Pero dime, Señor, dime, hasta cuándo?

¿Hasta cuándo querrás
Con tal tribulacion verme anegado?
¿Cuándo, Señor, vendrás?
¿Hasta cuándo olvidado
Seré, y con tales penas castigado?

No me entregues á olvido
Tardando; vuelve el rostro, que apartado
Justamente habia sido
De mí por ser culpado,
Muéstramelo benigno, y no enojado.

Deja mi alma exenta
De pecado, que á muerte la condena;
En salud la aposenta
Libre de culpa y pena,
Rompiendo de sus vicios la cadena.

De los cuales librarne

Te suplico, Señor, tengas memoria,
Y tambien de salvarme
Dándome gracia y gloria,
Y de mis enemigos la victoria.

La justicia ó bondad,
Que pudo merecerlo, á mí me falta,
Mas por la piedad
Que en ti, mi Dios, se esmalta,
Te pido que me des virtud tan alta.

Porque entre aquella gente,
Que tú á eterna muerte has condenado.
Eres generalmente
De todos olvidado,
Y tu nombre de nadie es venerado.

¿Habrá quien confesarte
Querrá en tormentos puesto, Padre eterno?
¿Querrá alguno loarte
En el horrible infierno?
Líbrame pues, Señor, del crudo averno.

Oye mi peticion
Mirando, inmenso Dios, que he procurado
Hacer satisfaccion
Con trabajo pesado,
De penas y gemidos rodeado.

No se me irán ociosas
Las noches, que al reposo convidando
Están, mas dolorosas
Lágrimas derramando,
Mi triste lecho lavaré llorando.

Mis ojos hechos fuente,

De entrañables suspiros fatigado,
Llorando amargamente,
Bañaré yo mi estrado
Al descanso sabroso dedicado.

La consideracion
Interior de mi alma está sumida
Con la recordacion
De la pasada vida,
Y tu venganza en ella merecida.

Entre los que induciendo
Me andaban con enojo furibundo,
Me estuve envejeciendo,
Sea carne, diablo y mundo,
Que deseaban verme en el profundo.

Aunque eran enemigos,
El consejo de Pablo despreciando,
Tomelos por amigos
El viejo hombre abrazando,
Que á su querer me andaba gobernando.

Mas hecha ya mudanza
Con el favor divino en este intento,
Digo con confianza:
«Id lejos de mi asiento,
Todos los que buscásteis mi tormento.

» Los que de la maldda
Siguiendo vais el áspero sendero,
De mí ya os apartad,
Dejadme, que no quiero
Tomar vuestro consejo crudo, y fiero. »

Ya no es justo que emprenda

Camino que al Señor es tan odioso,

Volver cumple la rienda,

Pues misericordioso

Oyó mi voz, y plancto lacrimoso.

Oyó el Señor mi ruego,

Perdonóme la ofensa cometida,

Recibió desde luego

Mi oracion ofrecida,

Otorgando el remedio de mi vida.

Confúndanse de verme

Todos mis enemigos, pues quisieron

Totalmente perderme,

Y pues que no lo hicieron,

Avergüéncense en ver que no pudieron.

Turbados sin tardanza

Se vean, pues me miran levantado,

Y con firme esperanza

En tan feliz estado

Por la divina gracia reparado.

SALMO XI.—*Salvum me fac, Domine.*

O sálvame, Señor, que no hay ya bueno,

Que faltan las verdades,

Y trata aún con quien tiene dentro el seno

Cada uno falsedades.

Con labios halagüeños cada uno

Y con dos corazones:

No dejes de estos labios, Dios, ninguno,

Ni de estos fanfarrones,

Que dicen, prometamos largamente,

Mi boca está en mi mano,
 ¿Qué cuesta el hablar largo, ó qué viviente
 Me estorbará el ser vano?

Mas dice Dios: ya vengo conmovido
 De los menesterosos,
 De sus agravios de ellos, del gemido
 De los pobres llorosos,

A serles su salud, y su bonanza,
 Y soplo favorable:
 Y son, Señor, tus dichos sin mudanza,
 Y son firmeza estable.

Son en hornaza plata, en fuego ardiente
 Mil veces apurada:

Y así nos libras eternamente,
 Señor de esta malvada,

De esta malvada gente, que contino
 Nos cerca á la redonda,

Y crece, porque tu saber divino
 Y tu grandeza honda

Les da pasar en gozo, y en convites,
 Y así se lo permites.

SALMO XII.—*Usquequó Domine.*

Dios mio, ¿hasta cuándo
 Ha de durar aqueste eterno olvido,
 Que vas conmigo usando?

¿Hasta cuándo ofendido
 De mí, tu rostro mostrarás torcido?

Y entre consejos ciento

¿Hasta cuándo andaré desatinado?

¡Ay duro, y gran tormento!

¿Hasta cuándo hollado

Seré del enemigo crudo, airado?

Convierte ya tu cara,
Aplica á mis querellas tus oídos,
Dios mio, y con luz clara
Alumbra mis sentidos,
No sean del mortal sueño oprimidos,

No pueda mi adversario
Decir, prevalecse en algun dia:
Que si el duro contrario
Viese la muerte mia,
Extremos de placer y gozo haria.

Mas tu misericordia,
En quien, Señor, confio, me asegura;
Henchirá la victoria
Mi alma de dulzura:
Yo cantaré, y diré que soy tu hechura.

SALMO XII.—*Usquequó Domine.*

¿Hasta cuándo, Dios bueno,
Hasta cuándo estareis de mí olvidado?

Y ese rostro sereno

¿Hasta cuándo de un lado

Ha de estar para mí triste, cuitado?

¿Hasta cuándo pasmada
Entre varios consejos vacilando
Tendré esta alma cuitada?

Y el dolor ¿hasta cuándo
Ha de estar mis entrañas traspasando?
A mi enemigo airado
¿Hasta cuándo he de estar, Señor, rendido?
Ya basta lo pasado,
Si vos atento oído
Volveis, y rostro alegre al afligido.

Si sola una centella
De vuestra luz tuviere en mi sentido,
Yo quedaré con ella
Tan vivo y tan lucido,
Que nunca en mortal sueño esté dormido.

Y así ni mi enemigo
Se ufanará de haberme contrastado,
Ni dirá que conmigo
Sus fuerzas ha mostrado,
Y que me deja ya domesticado.

Tendrá el que mal me quiere,
Si me quiere vencido gran pujanza;
Pero si yo pusiere,
Dios mio, mi esperanza
En vos, ¿quién tomará de mí venganza?

Mi corazon ya ufano,
Tan próspero estará y tan victorioso,
Que por tan soberano
Bien, al nombre glorioso
Vuestro mil palmas cantará gozoso.

SALMO XVII.— *Diligam te, Domine.*

Del siervo de Dios David, el cual habló las palabras de este canto en el día que el Señor le libró de la mano de todos sus enemigos, y de la de Saul, y dijo:

Con todas las entrañas de mi pecho
Te abrazaré, mi Dios, mi esfuerzo, y vida,
Mi cierta libertad, y mi pertrecho,

 Mi roca, donde tengo mi guarida,
Mi escudo fiel, mi estoque victorioso,
Mi torre bien murada y bastecida.

 De mil loores digno, Dios glorioso,
Siempre que te llamé te tuve al lado,
Opuesto al enemigo, á mí amoroso.

 De lazos de dolor me vi cercado,
Y de espantosas olas combatido,
De mil mortales males rodeado.

 Al cielo voceé triste, afligido,
Oyérame el Señor desde su asiento,
Entrada á mi querella dió en su oído.

 Y luégo de la tierra el elemento
Airado estremeció, turbó el sosiego
Eterno de los montes su cimiento.

 Lanzó por las narices humo, y fuego
Por la boca lanzó, turbóse el día,
La llama entre las nubes corrió luégo.

 Los cielos doblegando descendia,
Calzado de tinieblas, y en ligero
Caballo por los aires discurría.

 En Querubin sentado ardiente y fiero,

En las alas del viento que bramaba,
Volando por la tierra, y mar velero,
Y de tinieblas todo se cercaba,
Metido como en tienda en agua oscura
De nubes celestiales, que espesaba.

Y como dió señal con su luz pura,
Las nubes arrancando acometieron
Con rayo abrasador, con piedra dura.

Tronó rasgando el cielo, estremecieron
Los montes, y llamados del tronido,
Más rayos y más piedras decendieron.

Huyó el contrario roto, y desparcido
Con tiros, y con rayos redoblados,
Allí queda uno muerto, allí otro herido.

En esto de las nubes despeñados
Con su soplo mil rios, hasta el centro
Dejaron hecha rambla en monte, en prados.

Lanzó desde su altura el brazo adentro
Del agua, y me sacó de un mar profundo,
Libróme del hostil, y crudo encuentro.

Libróme del mayor poder del mundo,
Libróme de otros mil perseguidores,
A cuyo brazo el mio es muy segundo.

Dispuestos en mi daño, y veladores
Vinieron de improviso, y ya vencian,
Mas socorrió con fuerzas Dios mayores.

Ya dentro en cerco estrecho me tenian,
Mi Dios abrió espacioso y largo paso,
Porque mi vida y obras le aplacian.

No se mostró en la paga corto, escaso

El premio, y la virtud, y mi inocencia
Vinieron, y su gracia al mismo paso;

Porque perpétuamente en mi presencia
Sus leyes conservé, sus santos fueros
Ni por amor quebré, ni por violencia.

Jamás fueron al mal mis piés ligeros,
Huí todo lo que es de Dios ajeno,
No me aparté jamás de sus senderos.

A las llanas anduve entero, y bueno
Delante del Señor continuamente,
Y siempre á mi apetito puse freno.

Y así correspondió perfectamente
El premio á mi justicia, á mi pureza
Que siempre ante sus ojos fué presente.

Que cual cada uno vive, así tu alteza
Se hace con el bueno bueno, y pio,
Y llano con el que usa de llaneza.

Con el puro te apuras, Señor mio,
A cautelas cautela, á mañas maña,
Y al desvarío pagas desvarío.

En cuanto el sol rodea y la mar baña,
Te muestras al humilde favorable,
Y abates la altivez con ira y saña.

Siempre lució ante mí tu luz amable,
Y en mis peligros todos siempre tuve
De tu bondad consejo saludable.

Por ti traspaso el muro, que más sube,
Por ti, por los opuestos escuadrones
Rompiendo victorioso, y salvo anduve.

El caso es, que la regla y ley que pones

Lo bueno es, y lo puro, y así escuda
Aquellos que le dan sus corazones.

¿Quién hay fuera de ti, Señor, que acuda,
Cuando la fuerza, y seso desfallece?

¿Qué roca hay, que asegure sin tu ayuda?

Dios es el que me anima y fortalece,
El que todos mis pasos encamina,
Y hace que ni caiga, ni estropeece.

Pusiste ligereza en mí vecina
Al gamo, y me defiendes colocado
En risco, que á las nubes se avecina.

Por ti la espada esgrimo, tu cuidado
Hace mi brazo diestro en la pelea,
Y fuerte más que acero bien templado.

Tu amparo como escudo me ródea,
Tu diestra me da fuerza, tu blandura
Me sube á todo el bien que se desea.

Dotaste de presteza, y de soltura
Mis pasos, que jamás en la carrera
Doblaron por trabajo, ni longura.

Seguia, y alcanzaba la bandera
Contraria que huia, y no tornaba,
Sin primero hacer matanza fiera.

De los que destrozados derrocaba,
Jamás se levantó ningun caido,
Y con pié poderoso los hollaba.

De fortaleza de ánimo ceñido
Por ti fuf en la batalla, por ti vino
El que se rebeló ante mí rendido.

Por ti sin corazon, y sin camino

Huyó de mi cuchillo el enemigo,
Desorden fuí á su escuadra, y desatino.

Buscaban voceando algun abrigo,
Y no hubo valedor, á ti llamaron,
Y ni rogado tú les fuiste amigo.

En partes menudísimas quedaron
Deshechos por mi mano, como el viento
Volando lleva el polvo, así volaron.

Librástesme, Señor, del movimiento
Del pueblo bandolero, á mi corona
Sujetos allegaste pueblos ciento.

Quien nunca vi, me sirve, y me corona,
Apénas le hablé, ya me obedece,
A su natural mente, á mí me abona.

Esto hace el extraño: el que parece
Mio, no mio ya más extranjero,
Cerrado en sus miserias vil perece.

Vívame, mi Señor, mi verdadero
Peñasco, mi bendito, mi ensalzado,
Mi Dios, y mi salud, y gozo entero.

Tú de venganzas justas has hartado
Mi pecho, y no contento con vengarme,
Mil gentes á mi cetro has sujetado.

No te satisfaciste con librarme
Del opresor injusto, hasta el cielo
Te plugó sobre todos levantarme.

Por todo el habitable y ancho suelo
Celebraré tu nombre y tus loores,
Mi voz de ti cantando alzará el vuelo.

De ti, que te esmeraste en dar favores

A tu querido Rey, á tu Mesías,
 Que amparas de David los sucesores,
 En cuanto tras las noches van los dias.

SALMO XVII.—*Diligam te.*

A ti amaré de hoy más toda mi vida,
 Gran Dios, dulce Señor, descanso mio,
 Y tú solo en mi pecho harás manida.

Desde hoy te entrego todo el señorío
 De este mi corazon empedernido,
 Porque dispongas de él á tu albedrío.

Tú mi defensor eres, tú mi nido,
 Mi torre de homenaje, mi esperanza,
 Mi caudillo, mi Dios, mi bien cumplido:

Refugio, fuerza, escudo, espada y lanza,
 Guarida, protector, salud, reposo,
 Y en fin, mi suma bienaventuranza.

Invocaré tu plazo victorioso,
 Celebrando en sonoro y dulce canto
 Tu bondad y tu nombre glorioso.

Y luégo se verán llenos de espanto
 Mis enemigos, puestos en huida,
 Y cesará mi miedo, y triste llanto.

Ya me vi en tanto estrecho, que mi vida
 Estaba en gran peligro, y á la muerte
 Me llevaba corriendo de vencida.

Los enemigos locos de tal suerte
 Revueltos á mis piés, que me tiraba
 A la huesa derecho mal tan fuerte.

Ya mi postrera hora se acercaba,
Y en medio de tan súbito accidente
El agua á la garganta ya llegaba.

A Dios clamé con voz ronca, y doliente,
El cual me oyó, mostrando sentimiento
De verme así tratar injustamente.

Y apenas mi afligido pensamiento
Ante su real trono y piés postrado,
Llegó con el debido acatamiento;

Cuando la tierra que le vió enojado
Toda se estremeció, y del gran espanto
Quedó todo elemento alborotado.

Los altísimos montes entretanto
Temblando acá y allá bamboleaban,
En sentir demudar su rostro santo.

Sus narices en saña humo lanzaban,
Llamaradas de fuego le salían
Por la boca, que todo lo abrasaban.

Los cielos paso á su Señor hacían,
Que á la tierra bajaba, dó allegado
Las nieblas de cortina le servían.

Ya sobre Querubines asentado,
Sube volando, y hácenle la guía
Los vientos de que el carro va tirado.

Con tinieblas envuelve el claro día,
Y en medio de ellas hace armar su tienda,
Sin consentir ser visto por la vía.

De espesas nubes como de una venda
Cubierto, y de aguaceros van cuajados
Los aires, que le van haciendo senda.

Sáltanle de los ojos inflamados
Centellas, que en granizo prestamente
Resuelven, y deshacen los nublados.

Pues como su divina voz se siente,
De nuevo empieza con temor doblado
À relampaguear súbitamente.

El airè está otra vez todo turbado,
Ya los rayos con ímpetu furioso
Rasgan el espesísimo nublado.

La piedra, el torbellino impetuoso,
Los espantosos truenos, las saetas
De fuego hacen estruendo temeroso.

Discurren por el aire mil cometas,
La tierra se abre, y aguas trasparentes
Descubre allá en sus venas más secretas.

Hiéndense las cimas eminentes
De los encumbradísimos collados,
Donde por maravilla aportan gentes.

De arriba abajo muestran despojados
Del hondísimo abismo los cimientos,
Que sobre el mismo centro están fundados.

Tan temido es de cielos, y elementos
El trueno de la voz divina airada,
Y de tanta virtud tus mandamientos.

Al fin desde su santa y real morada
Consoló, y esforzó mi sufrimiento
Con una amorosísima embajada.

Y sin mirar á mi merecimiento,
Por sola su bondad súbitamente
Me dió la mano, y puso en salvamento.

Cargóme el enemigo en saña ardiente,
Cuando la afliccion debilitaba
Mi fuerza; mas libróme el Dios potente.

Sacóme del estrecho en que me hallaba,
Y púsome en la via santa y pura,
Al tiempo que yo ménos lo pensaba;

Dignándose aceptar la intencion pura,
Con que mi voluntad ha procurado,
Y siempre de guardar su ley procura.

No halló mancilla en mí de algun pecado,
Que la gracia que de él he recibido,
En todo bien me ha siempre conservado.

Y así me dará el premio merecido
Conforme á mi buen ánimo y deseo,
Y á las obras que de él han procedido.

Yo diré osadamente lo que creo
De tu bondad, y de lo que conmigo
Usas, Señor, experimento, y veo.

De tus amigos eres buen amigo,
Extraño de los que andan de ti ajenos,
Y con los enemigos enemigo.

Tratas los malos mal, bien á los buenos,
Y en fin tal con nosotros te sentimos,
Cuales nos hallas ser, ni más ni ménos.

Con los que por favor á ti acudimos
Descubres tu grandeza y maravillas,
Si con fé y humildad á ti venimos.

Al pueblo humilde ensalzas, y acaudillas,
Al que te teme sientas á tu lado,
Y con azotes al soberbio humillas.



Tú mi bajeza en el real estado
Has puesto, y me has en fin á esta grandeza
Del polvo en la tierra levantado.

En tu nombre me atrevo á alzar cabeza,
Y por medio de picas, y de espadas
Entrar la más guardada fortaleza.

¡Oh cuán seguras dejas tus pisadas!
¡Cuán limpias y seguras las carreras,
Que de tus santos piés han sido holladas!

¡Oh cuán suaves son, cuán verdaderas
Castas, santas, y fieles, y aprobadas
tus palabras, mi Dios, y tus maneras!

Todas al fuego en el crisol cendradas,
Llenas de amor y de sabiduría,
Y de mí más que el oro deseadas.

Tú, á quien en tu bondad todo se fia,
Y á tu sombra se acoge, das ayuda,
Favor, ánimo, esfuerzo y valentía.

¡Oh gente ciega, y de piedad desnuda,
Que adorais piedras, palos y animales,
Y esperais en deidad bestial, y muda!

Mirad, si hallais quien entre dioses tales
De nada forje cielos y elementos,
Dé, y quite vida, y ser á los mortales.

Ved si hay otro Señor, á quien mil cuentos
De Serafines sirvan de rodillas,
Y obedezcan las aguas, y los vientos.

Que en tierra y cielos obre maravillas,
Como Señor de la naturaleza,
Sin que en ella haya fuerza de impedillas.

Tal es el que esfuerza mi flaqueza,
El que me adiestra, y de uno y otro lance
Por el camino llano me endereza.

Y con presteza tal en cualquier trance
Me saça fuera de la vil canalla,
Que no hay gamo que á más correr me alcance.

De arriba á bajo me hace fina malla,
Y enseña cuáles armas, y qué suerte
De fuerzas debo usar en tal batalla.

Como fleche y dispare el arco fuerte,
Que de acero finísimo es formado,
Y á cada golpe un enemigo acierte.

De tu escudo, Señor, vivo amparado,
Y esa tu diestra me defiende y rige,
Y me conserva en el real estado.

Tu disciplina que la carne aflige,
De todo mal mi espíritu preserva,
Y con suave freno le corrige.

Tal que por medio de la helada yerba
Corre sin desbarrar con la presteza,
Que á la vecina fuente herida cierva.

Y con la misma sed y ligereza
Perseguiré todo adversario mio,
Hasta ver en mi mano su cabeza.

Sin que cansancio, sed, hambre, ni frio,
Haga que me repose, ó que atrás vuelva,
Hasta tenerlos en mi poderío.

Y que por monte, valle, prado ó selva,
A caer á mis piés cualquiera de ellos
Rendido, y sin aliento se resuelva.

Porque vos los traeis de los cabellos,
Y haceis que al medio de la via tropiecen,
Y al yugo inclinen sus inhiestos cuellos.

Y porque á las maldades no se avecen,
Ordenais que por más que ayuda clamen,
Los haga polvo como lo merecen,

Para que los esparzan, y derramen
Lõs vientos, y cual lodo por las plazas
Los pisen, y desechen aunque bramen.

Por vos de las contiendas y trapazas
Del vano vulgo ser librado espero,
Y de sus falsas y ambiciosas trazas.

Y armado de tal modo caballero,
Rey de todas las gentes ser llamado
Con título perfecto y verdadero.

Tal que del pueblo ya de mí ignorado
Sea perfectamente obedecido,
Habiéndoseme el mio enajenado.

Enajenádose ha, y endurecido,
Echando por sembrados y barbechos,
Del camino real se me ha salido.

Mas Dios que ve sus enconados pechos,
Y que aunque digan ser mis servidores,
No dicen sus palabras con sus hechos,

De ellos me vengará cual de traidores,
Que contra su Señor se han rebelado,
Dándome más vasallos seguidores.

Viva, viva de hoy más, y sea loado,
Y ensalcen tal Señor todas las gentes,
Pues sobre todos tanto me ha ensalzado.

Y yo miéntras duraren los vivientes,
Me esforzaré á celebrar su gloria
Con voces é instrumentos diferentes.

Perpetuando la feliz historia
De las gracias, favores y riqueza,
Que á David, á su casa y su memoria
Ha prometido, y dado su grandeza.

SALMO XVIII.—*Cæli enarrant.*

Los Cielos dan pregones de tu gloria,
Anuncia el estrellado tus proezas,
Los dias te componen larga historia,
Las noches manifiestan tus grandezas.

No hay habla, ni lenguaje tan diverso,
Que á aquesta voz del cielo no dé oído,
Vuelva esta voz por todo el universo,
Su son de polo á polo ha discurrido.

Allí hiciste al sol rica morada,
Allí el garrido esposo y bello mora,
Lozano y valeroso su jornada
Comienza, y corre, y pasa en breve hora.

Traspasa de la una á la otra parte
El cielo, y con su rayo á todos mira;
Mas ¿cuánto mayor luz, Señor, reparte
Tu ley, que del pecado nos retira?

Tus ordenanzas, Dios, no son antojos,
Avisos sabios son al tonto pecho;
Tus leyes alcohol de nuestros ojos,
Tu mandado alegría y fiel derecho.

Temerte es bien jamás perecedero,
 Tus fueros son verdad justificada;
 Mayor codicia ponen que el dinero,
 Más dulces son que miel muy apurada.

Amarte es abrazar tus mandamientos,
 Guardarlos mil riquezas comprende,
 Mas ¿quién los guarda, ó quién sus movimientos
 O todos los nivela, ó los entiende?

Tú limpia en mí, Señor, lo que no alcanzo,
 Y libra de altiveces la alma mia,
 Que si victoria de este vicio alcanzo,
 Derrocaré del mal la tiranía.

Darásme oído entónces, yo contino
 Diré, mi Redentor, mi bien divino.

SALMO XVIII.—*Cæli enarrant.*

La vista, el gran concierto, la belleza
 Del luminoso cielo y sus esferas,
 La gran velocidad y ligereza
 De tanta muchedumbre de lumbreras,
 Su curso invariable y su grandeza
 Pregonan donde quiera en mil maneras
 La majestad, el ser, la gloria eterna
 Del que lo crió todo, y lo gobierna.

Noche tras noche, y dia que tras dia
 Siguen con variedad invariable,
 Dan bien claro á entender como á porfia,
 Que hay un Dios de saber tan inefable
 Que todo lo provee, dispone, y guia,

Y hace mudar quedándose inmudable,
Y que no puede ser que acaso vaya
Todo aqueste universo tan á raya.

Y no hay gente tan bárbara y salvaje
En escondido valle ó yerma sierra,
Que no pueda entender este lenguaje,
Que tantas maravillas en sí encierra,
Sin que haya monte ó rio que le ataje,
Que del un cabo al otro de la tierra
No llegue á retener en todo oído
De su universal voz el gran sonido.

¿Pues qué diré del sol, á quien ha dado
Tan alto asiento el mismo que le ha hecho,
Y de su caminar tan concertado,
Que como esposo sale de su lecho
De rayos todo alrededor cercado,
Y para rodear tan largo trecho,
A larguísimos pasos de gigante
Parte cada mañana de levante?

En brevísimo tiempo traspasando
Mil millares de millas sin cansarse,
Sube á la cumbre, de la cual bajando
Al occidente viene, y sin pararse
Torna por los antípodas volando
Otra vez al oriente á demostrarse,
Y sin faltar jamás á esta tarea
Todo lo vivifica, y lo recrea.

Mas toda esta gran máquina ordenada
Con maravillosísima armonía
No puede ser, ni debe, comparada

A la divina ley, ley santa y pía,
Que muy más claro muestra la extremada
Excelencia, y bondad de quien la envia,
Volviendo á sí con dulces sofrenadas
Las almas, que sin ella van erradas.

Con inefable fé comunicando
En la niñez saber de edad madura,
La justicia á su lado está igualando
Una y otra balanza, y con gran cura
Las pone en el fiel, regocijando
Toda alma que con buena intencion pura
De agradar á su Dios, sigue la via,
Que á gozar de él eternamente guia.

Alumbra á toda vista el claro objeto
De sus preceptos puros, luminosos;
Va delante el temor santo y perfecto,
Que durará en los pechos muy gozosos;
Y los juicios dados con efecto
Constante con los rectos y piadosos
Procesos del juez tan sustanciados,
Que en sí mismos están justificados:

De más codicia, y mucho más preciosos
Que cuanta plata y oro hay en las minas
Del riquísimo Oriente, y más hermosos
Que cuantas en el mundo hay perlas finas,
Y piedras muy preciosas; más sabrosos
Que el panal de la miel, á quien tú inclinas
Y ayudar á entenderlos y guardarlos,
Y con humilde amor reverenciarlos.

Como tantos tus siervos han probado

Con observarlos siempre alegremente,
 Sabiendo cuanto premio aparejado
 Está á quien fuere en esto diligente.
 ¿Mas quién conocerá cuanto ha faltado
 A obligacion tan alta y excelente?
 ¿Quién escudriñará, como conviene,
 Tantos rincones como esta alma tiene?

Perdona pues, Señor, sin más descargo
 Cuanto por ignorancia te he ofendido,
 Y los pecados, que los que á mi cargo
 Están, por mi descuido han cometido:
 Saldré luégo de estado tan amargo
 Puro, alegre, y en otro convertido,
 Y serte han agradables mis razones,
 Mis suspiros, y mis meditaciones.

No me queda, ni quiero otra esperanza,
 Otro Dios, otro gusto, ni otra ayuda.
 Tú por escudo bastas, tú por lanza,
 Tú mostrando á mis émulos desnuda
 La rica espada, que á dó quiera alcanza,
 De tu palabra á dos filos aguda,
 Sin merecerlo yo, más por quien eres
 Mi Redentor, y todo mi bien eres.

SALMO XXI. — *Deus, Deus meus, respice in me.*

Segun las dos letras Hebrea y Vulgata.

Eterna fortaleza,
 Dios mio, fuerte mio poderoso,

Inclina á mi bajeza
Tu vista soberana,
Pues ya en aqueste trance riguroso
Mi vida está cercana
Con ansia y dolor fuerte
A las horribles puertas de la muerte.

¿Por qué al Hijo querido,
De quien sólo agradarte has publicado,
Cual siervo aborrecido,
Desvalido le dejas?
Más bien sé, que de culpas rodeado,
Mis bramidos y quejas
Hasta haber satisfecho
Están lejos de serme de provecho.

Desde que el sol descubre
Su luz á los mortales alegrando,
Hasta que el rostro cubre,
Como está el dolor firme
Sin un punto cesar, te estoy llamando.
Mas ¡ay! que por no oirme
No sé dónde te escondes,
Pues á tantos clamores no respondes.

Tú la noche pusiste,
Porque los animales descansasen;
Mas veo que aún no quisiste,
Que en el comun reposo
Mis fatigados miembros reposasen:
Pues de noche el rabioso
Furor de mis tormentos
No cesa, ni mis gritos y lamentos.

No es mucho que dé voces,
Pues desharán un bronce y un diamante
Los tormentos atroces
De este dolor terrible,
Que no cesa, ni afloja un solo instante.
No soy tan insensible
Que tal pena no sienta,
Ni conozca el gran mal que me atormenta.

Pues bien sé no te falta
Para poder valerme fortaleza;
Porque habitando esa alta
Y soberana cumbre,
Tienes el poder mismo, y la grandeza
Con que de servidumbre
A tu Israel libraste,
Y á perpetuos loores le obligaste.

Que porque en ti esperaron
Aquellos padres de la edad pasada,
Ser libres alcanzaron,
Pues cuando á ti te plugo
Que sacudiesen la cerviz cansada
Del egipciano yugo,
Salieron victoriosos
Cargados de despojos preciosos.

Porque áun no bien apénas
A ti clamaron, cuando concediste
Que sus duras cadenas
En libertad trocasen;
Y porque en ti esperaron, tú hiciste
Que no se avergozasen

Del haberte invocado,
Y en tu robusta diestra confiado.

Pues aunque yo no hubiese
Agradádote en nada más que aquellos,
Y cuando yo no fuese
Tu Hijo y heredero,
Sino un esclavo inútil como ellos,
En tormento tan fiero
Debieras darme ayuda,
Por ser mi pena más que aquellas cruda.

Pues aquellos el nombre
De hombres no perdieron en Egipto;
Mas yo ya no soy hombre,
Sino un triste gusano
Asqueroso á los hombres y maldito:
Que de que yo sea humano
Como ellos no se precian,
Y áun los más abatidos me desprecian.

Las ansias insufribles,
Que no cesan jamás de atormentarme,
No me son tan terribles,
Como es el ver que todos
Cuantos pasan se ponen á mirarme,
Y por diversos modos
La cabeza moviendo,
Burlan de mí con risa así diciendo:

«No en defensor humano,
Sino en Dios solo espera, y á él se ha vuelto,
Pues dele ya la mano
Que bien recio le llama,

Y sáquele de aquellas penas suelto:
Pues que tanto le ama,
Que según él nos dijo,
Es su querido y regalado Hijo.»

Tú, mi Dios, en mí obraste
Siempre divinos, y admirables hechos;
Del vientre me sacaste
Por obra milagrosa,
Y desde que gusté los santos pechos
De mi Madre gloriosa,
Mi Dios, tú solo has sido
La única esperanza que he tenido.

Del vientre de mi Madre
En tus sagradas manos fuí arrojado,
Y como eres mi Padre,
Ya desde aquel momento
Que en virginal vientre fuí engendrado,
Eres tú mi sustento,
Mi amparo, y mi gobierno,
Mi defensor, y mi tutor eterno.

Pues en tal sazón muestra,
Cuanto me ha aprovechado el invocarte;
Y tu valiente diestra
Esté siempre conmigo,
Y de mí un instante no se aparte,
Pues no hay ningún amigo,
Ni quien me favorezca,
Y de mí padecer se compadezca.

Que al aprieto terrible,
Que ya me va cercando, y me rodea,

Ningun tormento horrible
Imaginarse puede,
Que en alguna manera igual le sea;
Pues mi dolor excede
Todos aquellos males,
Que pueden padecer cuerpos mortales.

Los novillos más gruesos,
Y muchos toros de los mas briosos,
Que en los bosques espesos
De Basán se mantienen,
Cercándome con ímpetus furiosos
Acosado me tienen,
Y contra mí encarando,
Abren su boca, cual leon bramando.

Toda mi fuerza y brio
Cual agua se ha deshecho, y derramado,
Y cualquier hueso mio
De su encaje está fuera,
Y de sus ligamentos desatado;
Y deshecho cual cera
Está entre mis entrañas
Mi corazon con penas tan extrañas.

Cual teja quemada
Secándose mi fuerza la he perdido,
Y al paladar pegada
Está la lengua mia;
Y aún ya, Señor, me tiene convertido
En la ceniza fria,
En que al hombre convierte
El brazo riguroso de la muerte.

De perros matadores
Me cerca un gran ejército rabioso,
Y mis acusadores
Para que mi tormento
Si puede ser, me sea más penoso,
Buscan cada momento
Trazas para aumentarme
Las penas, y el dolor hasta matarme.

Con tan agudos clavos
Tienen mis piés y manos traspasadas,
Cual los leones bravos
Rasgar, y enclavar suelen
A quien hieren sus garras aceradas;
Y mis huesos me duelen
Tanto, que uno á uno
Contaré todos sin quedar ninguno.

Pues en cada uno de ellos
Tantos tormentos se han ejercitado,
Que desde mis cabellos
Hasta mi pié y su planta
No hay hueso, que no esté desencajado,
Y es mi flaqueza tanta,
Que los que me atormentan,
Con gran facilidad todos lo cuentan.

Y los que así me han puesto,
No tienen compasion de mí, mas ántes
Con muy alegre gesto,
Como á fiera herida,
Que en el arena ven los circunstantes
Dejar la amada vida,

Así me están mirando,
Por fiesta y juego mi morir tomando.

Delante de mis ojos
Reparten más alegres mis vestidos,
Que suelen los despojos
Ganados con afanes,
Después de los contrarios ya vencidos,
Partir los capitanes,
Trayendo á la memoria
La sangrienta batalla y su victoria.

Mas porque no perdiera
Mi túnica el valor si se rompía,
La dejaron entera,
Y entre sí echaron suertes
Para saber así de quién sería:
En penas pues tan fuertes
Tú, Señor, no me dejes,
Ni tu socorro santo de mí alejes.

Favor y amparo mio,
Acude á defenderme con presteza,
Y libreme tu brio
De aquel cuchillo airado,
Que muestra en los egipcios gran braveza:
Pues viéndome cargado
De innumerables vicios,
Estoy hecho el mayor de los egipcios.

De los perros feroces,
Que me amenazan cruel y fieramente
Con sus dientes atroces,
Libren tus manos santas

Mi alma de mí amada únicamente;
Pues entre penas tantas
La ves atormentada,
Y es sola, y de favor desamparada.

Señor, que á quien te invoca,
Siempre en sus aflicciones le has oído,
Líbrame de la boca
Del leon carnicero,
Y del rinoceronte embravecido,
Que de su cuerno fiero
Toda la terribleza
Ejercitar pretende en mi flaqueza.

Que cuando por tus manos
De tantas ansias libre yo me viere,
Contaré á mis hermanos
Tu nombre sacrosanto,
Y á donde mayor junta se hiciere,
Allí con alto canto,
Que me oiga el pueblo todo,
Cantaré tus loores de este modo:

«Los que dejado el vano
Número de los dioses fabulosos,
Sólo al Dios soberano
De los cielos lucientes
Reverenciais con pechos temerosos,
Viviendo entre las gentes,
Con voces de alegría
Loores le ofrecen de noche y día.

»Y celebre su gloria
Del sagaz luchador la descendencia,

Y con grata memoria,
Cual pueblo santo y fiel,
Le respete con miedo, y reverencia
El divino Israel,
Porque no ha despreciado
La miseria del pobre y desdeñado.

»Porque cuando yo estaba
En tal desprecio y tal abatimiento,
Que aquel que me miraba,
Aunque en verme muriendo
Su ira apacentaba en mi tormento,
Luégo de mí huyendo,
El rostro revolvía,
Que daba horror, y asco á quien lo via:

»El su vista serena
Volvió á mí entre mis angustias desiguales,
No á burlar de mi pena,
Mas á darme la mano;
Y cuando asco de mí hacian los mortales
Como de vil gusano,
De aquella mi vileza
No rehuyó la faz de su pureza.

»Y pues que él á las quejas,
Que le daba cercado de dolores,
Inclinó sus orejas;
Yo haré una sagrada
Y gran congregacion, dó sus loores
Con música acordada
Cantaré comenzando
Mi canto de él, y en él mismo acabando.

» Aquesto que prometo
Cumpliré con gran bien de mis amigos,
Y no en lugar secreto,
Mas en una alta cumbre,
Dó cuantos á Dios temen sean testigos,
Junta la muchedumbre
Del Partho, el Medo, el Scita
El Egipcio, el Romano y Elamita.

» Y porque mis promesas
Se cumplan con efectos más notables,
Pondré abundantes mesas,
Dó los pobres hambrientos
Se harten de manjares saludables;
Y hartos y contentos
Al Señor de señores
Los que le buscan, le darán loores.

» Y como la comida,
El agua y vino que daré aquel dia,
Será la misma vida
Y bienaventuranza,
Vivirán en descanso y alegría
Ajenos de mudanza
Sus ledos corazones
Por eternas sin fin generaciones.»

Oyendo esta mi historia
De la ancha tierra los extremos todos,
Traerán á la memoria
Lo que naturaleza
Les enseñó por imperfectos modos
De la suma grandeza

Del Señor invisible,
Que habita luz y gloria inaccesible.
Y de su yerro vano
Se volverán á Dios de tierra y cielo,
Que con abrir la mano
Mantiene los vivientes,
Y con devocion pura y santo celo
Le adorarán las gentes,
Cuantas el orbe encierra
Los pechos derribados por la tierra,
Porque naturalmente
El verdadero Rey y sempiterno
Es el Omnipotente
En la tierra y el cielo,
A cuyo nombre cielo, tierra, infierno
Postrarán por el suelo
Las levantadas frentes,
Y él regirá de hoy más todas las gentes.

Mas no cuantos mortales
Al eterno Señor se convirtieren,
Habrán de ser iguales
En tener premio ó penas;
Mas conforme á las obras que hicieron
Celestes ó terrenas,
Será tambien su suerte,
Pues tendrán vida eterna ó eterna muerte.

Aquellos que medrados
Con los fértiles pastos, que en la tierra
Por Dios les fueren dados,
Comieren á mis mesas,

Estos tales vencida ya la guerra
Y cargados de presas,
En paz eternamente
Harán adoracion á Dios presente.

Y aquellos que gustaren
De comer de la tierra cenagosa,
Y en ella se volcaren
De mi mesa olvidados,
Echarlos ha la diestra poderosa
Del Señor despeñados,
Dó con alta caida
Perezcan alejados de la vida.

Empero el alma mia,
Que por la deuda del pecado ofrezco,
Que yo no conocia,
Despues de la tormenta
De estos graves dolores que padezco,
De la pelea sangrienta
Saliendo con victoria,
A mi Dios vivirá en eterna gloria.

Y por el gran tormento
De esta mi muerte tan horrible y fiera,
Tendré hijos sin cuento:
Y porque eternamente
La generacion mia venidera
Servirá á Dios fielmente,
Serán sus herederos
Del mismo Dios y hijos verdaderos.

Cual los orbes del cielo,
Que adornados de luces y belleza

Rodean todo el suelo,
 Y en tan claro lenguaje
 De Dios van pregonando la grandeza,
 Que no háy ningun linaje
 Tan extraño, y no oido,
 Que no entienda la voz de su sonido.

Mis hijos celestiales
 Al pueblo nuevamente renacido
 Con voces inmortales,
 Y valeroso pecho
 Anunciarán el Dios no conocido;
 Y que el Señor ha hecho
 Con mano poderosa
 Eterna paz, y redencion copiosa.

SALMO XXIV.—*Ad te, Domine, levavi.*

Aunque con más pesada
 Mano, mostrando en mí su desvarío
 La suerte dura airada,
 Me oprima á su albedrío,
 Levantaré mi alma á ti, Dios mio.

En ti mi alma puso
 De su bien la defensa, y de su vida:
 No quedaré confuso,
 Ni la gente perdida
 Se alegrará soberbia en mi caida.

Porque jamás burlados
 Los que esperando en ti permanecieron
 Serán, ni avergonzados:

Confusos siempre fueron,
Los que sin causa al bueno persiguieron.

Enséñame por donde
Caminaré, donde hay deslizaderos
Y el lazo dó se esconde,
Con piés vueltos ligeros,
Señor, me enseña á andar por tus senderos.

Guíame de contino,
Señor, por tu camino verdadero;
Pues sólo á ti me inclino,
Y á ti solo yo quiero,
Y siempre en ti esperando persevero.

Que es tuyo el ser piadoso
Esté siempre en tu memoria,
Y el número copioso
De tu misericordia,
De que está llena toda antigua historia.

Conforme á mis maldades
No me mires, Señor, con ojos de ira;
Conforme á tus piedades
Por tu bondad me mira,
Por tu bondad, por quien todo respira.

Es bueno, y juntamente
Es fiel, y justo Dios, al que sin tino
Va ciega y locamente
Redúcele benino,
Mas con debido azote, al buen camino.

A los mansos aveza,
Que sigan de sus huellas las pisadas;
A la humilde llaneza

Por sendas acertadas
La guia, y por razon justificadas.
Todo es misericordia
Y fé, quanto Dios obra, y tiene obrado
Por la antigua memoria,
Con los que su sagrado
Concierto, y lo por Dios justificado
Conservan: y por tanto
Que des dulce perdon, Señor, te pido
Por él tu nombre santo
A lo que te he ofendido,
¡Ay triste! que es muy grave, y muy crecido.
Mas cuál, y cuán dichoso
Aquel varon será, que de Dios fuere
Y su ley temeroso:
Irá Dios donde él fuere,
Será su luz en todo lo que hiciere.
Su alma en descansada
Vida de bienes mil enriquecida
Reposará abastada,
La tierra poseida
De su casta será y esclarecida.
A los que le temieren
Hará Dios su secreto manifiesto,
Y á los que le sirvieren
El tesoro repuesto,
Que en su ley, y promesa tiene puesto.
Mis ojos enclavados
Tengo, Señor, en ti la noche y dia,
Porque mis piés sacados,

Segun mi fé confia,
Serán por ti del lazo y su porfia.

Tus brazos amorosos
Abre, Señor, á mí con rostro amado,
Con ojos piadosos,
Porque desamparado
Y pobre soy, de todos desechado.

Los lazos de tormento,
Que estrechamente ciñen mi afligida
Alma, ya son sin cuento:
¡Ay Dios! libra mi vida
De suerte tan amarga y abatida.

Atiende á mi bajeza,
Mira mi abatimiento, de mi pena
Contempla la graveza,
Con mano de amor llena
Rompe de mis pecados la cadena.

Y mira cómo crecen
Mis enemigos más cada momento,
Y cómo me aborrecen
Con aborrecimiento
Malo, duro, cruel, fiero, sangriento.

Por ti sea guardada
Mi alma, y mi salud de tan tirano
Poder sea librada,
Mi fé no salga en vano,
Pues me puse, Señor, todo en tu mano.

Al fin, pues que te espero,
Valdrame la verdad y la llaneza;
Mas sobre todo quiero,

Que libre tu grandeza
A tu pueblo de angustia y de tristeza.

SALMO XXVI.—*Dominus illuminatio.*

Dios es mi luz y vida,
¿Quién me podrá dañar? Mi fortaleza
Es Dios y mi manida,
¿Qué fuerza ó qué grandeza
Pondrá en mi corazon miedo ó flaqueza?

Al mismo punto cuando
Llegaba por tragarme el descreido,
El enemigo bando,
Yo firme, y él caido
Quedó, y avergonzado, destruido.

Si cerco me cercare,
No temerá mi pecho, y si sangrienta
Guerra se levantara,
O si mayor tormenta,
En esto espero yo salir de afrenta.

A Dios esto he pedido,
Y pediré, que cuanto el vivir dura,
Reposo yo en su nido,
Para ver su dulzura,
Y remirar su casa y hermosura.

Que allí en el dia duro
Debajo de su sombra ahinojado,
Y en su secreto muro
Me defendió cerrado,
Como en roca firmísima ensalzado.

Y tambien veré ahora
De aquestos que me cercan el quebranto,
Y donde Dios se adora,
Le ofrezco don santo
De gozo, de loor, de dulce canto.

Inclina, ó poderoso,
A mi voz que te llama tus oidos,
Cual siempre piadoso
Te muestra á mis gemidos,
Sean de ti mis ruegos siempre oidos.

A ti dentro en mi pecho
Dijo mi corazon, y con cuidado
En la mesa, en el lecho
Mis ojos te han buscado,
Y buscan hasta ver tu rostro amado.

No te me escondas, bueno,
No te apartes de mí con faz torcida,
Pues ya tu dulce seno
Me fué cierta guarida,
No me deseches, no, Dios de mi vida.

Mi padre en mi terneza
Faltó, y perdió mi madre el nombre caro
De madre con dureza;
Mas Dios con amor raro
Me recogió debajo de su amparo.

Muéstrame tu camino,
Guia, Señor, por senda nunca errada
Mis pasos de contino,
Que no me dañen nada
Los puestos contra mí siempre en celada.

No me des en la mano
 De aquestos que me tienen afligido,
 Con testimonio vano
 Crecer de mí han querido,
 Y al fin verán, que contra sí han mentido.
 Yo espero firmemente,
 Señor, que me he de ver en algun dia
 A tus bienes presente
 En tierra de alegría,
 De paz, de vida, y dulce compañía.
 No tomes á despecho,
 Si se detiene Dios, ó alma, espera,
 Dura con fuerte pecho,
 Con fé acerada entera
 Aguarda, atiende, sufre, persevera.

SALMO XXXVIII.—*Dixi, custodiam.*

Dije: sobre mi boca
 El dedo asentaré, tendré cerrada
 Dentro la lengua loca,
 Porque desenfrenada
 Con el agudo mal no ofenda en nada.
 Pondréla un lazo estrecho,
 Mis ansias pasaré graves conmigo,
 Ahogaré en mi pecho
 La voz, miéntras testigo,
 Y de mi mal juez es mi enemigo.
 Callando como mudo
 Estuve, y de eso mismo el detenido

Dolor creció mas crudo,
Y en fuego convertido,
Desenlazó la lengua y el sentido.

Y dije: manifiesto
El término de tanta desventura
Me muestra, Señor, presto,
Será no tanto dura,
Si sé cuando se acaba, y cuanto dura.

¡Ay! corta ya estos lazos,
Pues acortaste tanto la medida,
Pues das tan cortos plazos
A mi cansada vida,
¡Ay! ¡cómo el hombre es burla conocida!

¡Ay! ¡cómo es sueño vano,
Imágen sin sustancia, que volando
Camina! ¡Ay! ¡cuán en vano
Se cansa amontonando
Lo que deja, y no sabe á quién, ni cuándo!

¡Mas yo en qué espero ahora
En mal tan miserable mejoría?
En tí, á quien sólo adora,
En quien sólo confía,
En quien sólo descansa la alma mía.

De todos, que sin cuento
Mis males son, me libra, y á mi ruego
Te muestra blando, atento,
No me pongas por juego,
Y burla al ignorante vulgo y ciego.

De nadie fundo queja,
Callando y mudo paso mi fatiga,

Y digo, si me aqueja,
Mi culpa es mi enemiga,
Y que tu justa mano me castiga.

Mas usa de clemencia,
Levanta ya tu mano airada,
Tu azote, tu sentencia,
Que la carne gastada,
Y la fuerza del alma está acabada.

No gasta la polilla
Así como tu enojo y tu porfía
Contra quien se amancilla,
Consúmesle en un dia,
Que al fin el hombre es sueño y burlería.

Presta á mi ruego oido,
Atiende á mi clamor, sea escuchado
Mi lloro dolorido,
Pues pobre, y desterrado
Como mis padres vivo á ti he llegado.

¡Oh! da una pausa poca,
Suspende tu furor para que pueda
Con risa abrir la boca
En vida libre y leda,
Aqueste breve tiempo que me queda.

SALMO XLI.—*Quemadmodum desiderat.*

Como la cierva brama
Por las corrientes aguas encendida
En sed, bien así clama

Por ser restituida
Mi alma á ti, mi Dios, y á tu manida.
Sed tiene la alma mia
Del Señor, del viviente, y poderoso;
¡Ay! cuándo será el día
Que tornaré gozoso
A verme ante tu rostro glorioso.
La noche estoy llorando
Y el día, y esto sólo es mi sustento,
En ver que preguntando
Me están cada momento,
¿Tú Dios, di, donde está, tu fundamento?
Y en lloro desatado
Derramo el corazón con la memoria
De cuando rodeado
Iba de pueblo y gloria,
Haciendo de tus loas larga historia.
Mas digo, ¿por qué tanto
Te afliges? Fía en Dios, ó alma mia,
Que con divino canto
Yo cantaré algún día
Las sus saludes y la mi alegría.
Y crece más mi pena,
Dios mío, de esto mismo que he contado,
Viéndome en el arena
De Hermon, y despoblado
De Mizaro de ti tan acordado.
Y así viene llamada
Una tormenta de otra, y con ruido
Descarga una nubada,

Apénas que se ha ido
 La otra, y de mil olas soy batido.
 Mas nacerá, yo espero,
 El dia en que usará de su blandura
 Mi Dios; en tanto quiero
 Miéntras la noche dura,
 Cantarle, y suplicarle con fé pura.

Decirle hé: ¡oh mi escudo!
 ¿Por qué me olvidas, di? ¿Por qué has querido,
 Que el enemigo crudo
 Me traiga así afligido
 Con negro manto de dolor vestido?

Esme tajante espada,
 Que de mis huesos entra en lo más dentro,
 La voz desvergonzada,
 Que cada dia siento
 Decir, ¿dó está tú Dios, tu fundamento?

¿Por qué te encoges tanto,
 Y afliges? Fia en Dios, ó alma mia,
 Que con debido canto
 Yo le diré algun dia,
 Mi Dios, y mi salud, y mi alegría.

SALMO XLIV.—*Eruclavit.*

Un rico y soberano pensamiento
 Me bulle dentro del pecho:
 A ti, divino Rey, mi entendimiento
 Dedico, y cuanto he hecho.

A ti yo lo enderezo, y celebrando
 Mi lengua tu grandeza,

Irá como escribano volteando
La pluma con presteza.

Traspasas en beldad á los nacidos,
En gracia estás bañado,
Que Dios en ti á sus bienes escogidos
Eterno asiento ha dado.

Sus, ciñe ya tu espada, poderoso,
Tu prez y hermosura,
Tu prez y sobre carro glorioso
Con próspera ventura,

Ceñido de verdad, y de clemencia,
Y de bien soberano,
Con hechos hazañosos su potencia
Dirá tu diestra mano.

Los pechos enemigos tus saetas
Traspasen herboladas,
Y besen tus pisadas las sujetas
Naciones derrocadas.

Y durará, Señor, tu trono erguido
Por más de mil edades,
Y de tu reino el cetro esclarecido
Cercado de igualdades.

Prosigues con amor lo justo y bueno,
Lo malo es tu enemigo:
Y así te colmó Dios, tu Dios el seno
Más que á ningun tu amigo.

Las ropas de tu fiesta producidas
De los ricos marfiles
Despiden en ti puestas, descogidas
Olores mil gentiles,

Son ambar, y son mirra, y son preciosa
Algalia sus olores,
Rodéate de infantas, copia hermosa
Ardiendo en tus amores.

Y la querida Reina está á tu lado
Vestida de oro fino;
Pues, ó tú ilustre hija, pon cuidado,
Atiende de contino,

Atiende, y mira, y oye lo que digo:
Si amas tu grandeza,
Olvidarás de hoy mas tu pueblo amigo,
Y tu naturaleza:

Que el Rey por ti se abrasa, y tú le adora,
Que él solo es Señor tuyo,
Y tú tambien por él serás señora
De todo el gran bien suyo.

El Tiro, y los más ricos mercaderes
Delante ti humillados
Te ofrecen desplegando sus haberes,
Los dones más preciados.

Anidará en ti toda hermosura,
Y vestirás tesoro,
Y al Rey serás llevada en vestidura,
Y en recamados de oro.

Y juntamente al Rey serán llevadas
Contigo otras doncellas,
Irán siguiendo todas tus pisadas,
Y tú delante de ellas;

Y con divina fiesta y regocijos
Te llevarán al lecho,

Dó en vez de tus abuelos tendrás hijos
De claro, y alto hecho:

A quien del mundo todo repartido
Darás el cetro y mando.

Mi canto por los siglos extendido

Tu nombre irá ensalzando,

Celebrarán tu gloria eternamente
toda nacion y gente.

SALMO XLIV.—*Eructavit.*

El pecho fatigado
De sentencias mayores y subidas
Me sobra colmado,
Al Rey van dirigidas
Mis obras y canciones escogidas.

Vuélvase mi ligera
Lengua como la mano ejercitada
A escribir más entera,
Sin que se borre nada,
Ni canse hasta el fin muy concertada.

Hermoso y dulce esposo,
Mas que Adan y sus hijos esparcido
De gracias, y sabroso,
Mas amado, y querido,
Y de Dios para siempre bendecido:

Ciñe tu rica espada,
Prepotente de gloria y de grandeza,
Y salga bien hadada
Esa tu gentileza,

Y descúbrase á todos tu riqueza
Sobre sublimes ruedas
De justicia, verdad y mansedumbre,
Y verás como quedas
En la más alta cumbre,
Vencida de enemigos muchedumbre.

Tus agudas saetas
Pueblos derribarán muchos tendidos,
Rey, todo lo sujetas,
Todos de ti heridos
Son con ásperos golpes, y crecidos.

Tu silla y alto asiento
Para siempre jamás es poderoso,
De mudanzas exento,
Tu cetro muy glorioso,
Cetro de rectitud, no riguroso.

La justicia es tu cielo,
Y la desigualdad tu aborrecida,
Por eso Dios del cielo
Ungió tu esclarecida
Cabeza en abundante y gran medida.

Tu precioso vestido
Lanza mirra de sí y olor suave,
Cuando al marfil bruñado
Se le quita la llave,
Y se abren los armarios, donde cabe.

A tu derecha mano
Se asentará la esposa acompañada
De estado soberano
De reinas rodeada,

De oro luciente puro coronada.

Y vos, linda doncella,
Oid, oid, llegad vuestros oídos,
Dejad tierna querella
De padre y conocidos,
Y olvidad esos pueblos ya sabidos.

Ya queda aficionado
El rey á tu donaire y hermosura,
Tenle muy acatado,
Mira que eres su hechura,
Postrarse ha la de Tiro á tu figura.

Y en esto más gloriosa,
Que de estado real tan eminente
No se te esconde cosa,
Y cuando quieres, presente
Tienes al Rey que manda tanta gente.

Vestida muy de gala
Con ropas de hilo de oro entretejidas,
Te esperan en la sala
Mil damas bien guarnidas,
Cantando á tus entradas y salidas.

Por tus padres cansados
Y viejos de los años consumidos,
De mozos esforzados
En número crecidos
Hijos verás de reyes escogidos.

Muy dentro en mi memoria
Mientras del sol durare el gran rodeo,
Tendré viva la gloria
Del dichoso himeneo,

Pues de él me manó el bien que así poseo.

Y por tal beneficio

Mis pueblos prontamente conmovidos

Al inmortal oficio,

Los tus loores debidos

Harán de gloria y bien enriquecidos.

SALMO L. — *Miserecre mei, Deus.*

Dulcísimo Dios mio,

Cuya clemencia inmensa

Jamás faltó al que á ti se ha convertido,

Pues solo en ti confío,

Perdóname la ofensa,

Que contra ti, mi Dios, he cometido;

Y así como ella ha sido

Muy grande y cometida

Contra divina esencia,

Así sea la clemencia

Tambien, Señor, muy grande, y muy cumplida:

Porque sea perdonado

Con gran misericordia un gran pecado.

Y pues que siendo una

Tu clemencia divina,

Las obras de ella son innumerables,

No me niegues ninguna,

Pues varia medicina

Requieren tantas llagas incurables;

Y aquellos exorables

Ojos tuyos piadosos,

Que están acostumbrados
A perdonar pecados
Los vuelve á mí, Señor, más amorosos,
Borrando mis delitos
Del libro del rigor de tus escritos.

Lava mi culpa grave
Con agua de tu gracia
Una y otra vez, mi Dios eterno,
Porque con tan suave
Remedio y eficacia
Me libre de las penas del infierno;
Y el fuego sempiterno,
En que arde quien te ofende,
En el profundo abismo,
Aparta de mí mismo,
Y en tu divino amor, Señor, me enciende,
Pues es muy más cumplida
Tu gracia, que la culpa más crecida.

Si yo, Señor, negase
Mi culpa en tu presencia,
Queriéndome librar, y escusar de ella,
Sería justo faltase
A mí tu gran clemencia,
Pues no podía negando merecella;
Mas yo que en conocella
Jamás me vi obstinado,
Antes siempre delante
Tengo en cualquier instante
Mi culpa descubierta y mi pecado,
Es visto que merezca,

Que tu piedad de mí se compadezca.

A ti solo pequé,

A ti solo ofendí,

El mal delante ti, mi Dios, he hecho;

Perdóname, porque

Veán, Señor, que en ti

Conforman las palabras con el hecho;

Y quede satisfecho

El mundo, á quien dijiste,

Que al pecador que llora,

Perdonas á la hora,

Que en mí tan claramente lo cumpliste,

Dejando convencido

Al que dudar aquesto se ha atrevido.

Mira que concebido

He sido en el pecado

Original de mi primero padre,

Del cual soy perseguido

Desde que fuí engendrado,

Estando aún en el vientre de mi madre;

Y así es justo que cuadre

En mí más tu clemencia,

Que si libre naciera,

Y natural me fuera

Bondad acompañada de inocencia;

Porque es muy duro intento

Forzar la inclinacion del nacimiento.

Bien sé, Señor, que amaste

Verdad sencilla y pura,

Y siempre lo contrario aborreciste;

Y así pues que otorgaste
Clemencia á tu criatura,
No faltará el perdon que prometiste;
Y pues que descubriste,
Señor, al alma mia,
Y á mi ingenio imperfecto
Lo oculto, y lo secreto
De tu alta y celestial sabiduría,
No es mucho que yo entienda,
Que no puedes faltar á quien se enmienda.

Y como el muy lisiado
De lepra irse solia
Al sumo Sacerdote, y de su mano
De hisopo rociado
Cobraba mejoría,
Y de su enfermedad quedaba sano;
Así, Dios soberano,
De tu sangre bendita
Con hisopo rocía
Aquesta lepra mia,
Que con otros remedios no se quita:
Lava mi alma con ella,
Y verse ha más que nieve blanca y bella.

Da ya, Señor, contento,
Y gozo, y alegría
A mi desconsolado y triste oido,
Diciendo, que el tormento,
Pecado y culpa mia
Me está ya perdonado y remitido;
Porque el cuerpo afligido,

Y huesos humillados
Algún trabajo y pena
Truequen en suerte buena,
Y estén de verse así regocijados,
Sintiendo de tu gracia
El soberano gusto y su eficacia.

Aquel rostro divino
Lleno de eterna gloria
Vuelve, Señor, de mi maldad inmensa,
Y aparta de continuo,
Mi Dios, de tu memoria
Las culpas cometidas en tu ofensa:
Y pues que recompensa
No hay correspondiente
A la ofensa infinita;
Con tu sangre bendita
Se suplá lo que falta, y acreciente,
Borrando con clemencia
De mis maldades graves la sentencia.

Siendo la culpa mia,
Señor, ya perdonada,
Y la pena por ella merecida,
En mí un corazón cria
De limpieza extremada,
Con que muy limpia y pura sea la vida:
Y porque yo despida
Las culpas de mi pecho
Y las antiguas mañas,
Remueva en mis entrañas
Un espíritu limpio y muy derecho,

Quitando el que encorvado
Estaba con el peso del pecado.

No me echés, Señor mio,
De tu rostro glorioso,
Muéstramele, mi Dios, manso y benigno,
Déjame á mi albedrío
Mirarle con reposo,
Y verle, y adorarle de contino;
Tu espíritu divino,
Santísimo, admirable
Infunde al alma mia,
Con que tenga alegría
De gozo, y de contento incomparable,
Y un don tan excelente
No le quites de mí perpétuamente.

Vuélveme aquel estado
De gran contentamiento,
Dichoso, alegre, dulce, inestimable,
Donde en mi alma encerrado
Estaba muy de asiento
Tu espíritu gozoso y saludable:
Y porque variable
Por mi parte no quede
Aqueste don crecido,
Que lo confirmes pido,
Pues confirmarle fácilmente puede,
Poniendo en mí la mano
Tu espíritu muy alto y soberano.

Seré, Señor, tan grato
A la merced crecida,

Que en esto de tu mano he recibido,
Que ni un punto, ni rato
Emplearé en mi vida,
Sino en loar tu nombre engrandecido,
Y así agradecido
A los actos divinos,
A los malos sin fé,
Señor, enseñaré
Tus obras, y carreras, y caminos,
Con lengua tan despierta,
Que el que más malo fuere se convierta.

¡Oh Dios, y Señor mio!
Mi Dios, y Padre eterno,
Pues solo tú, Señor, puedes librarme,
Líbrame de aquel brio
Con que á mí flaco y tierno
La carne y sangre suelen sujetarme;
Porque pueda alegrarme,
Y quedar ya contento
De no ser tributario
De tan duro adversario,
Viéndome quedar de él libre y exento,
Y entónces de alegría
Cantaré tu justicia cada dia.

Mi boca ahora está
Opresa ó impedida
Con grave cerradura del pecado,
Y así no puede ya,
No siendo socorrida,
Cantarte á ti, Señor, glorificado:

Abre pues el candado
De mis labios cerrados,
Y entónces será parte
Mi lengua de alabarte
Con cantos de alabanza sublimados,
Y anunciaré yo solo
Tus loores, Señor, de polo á polo.

Ya yo, Señor, hubiera
Por mis culpas inmensas
Corporal sacrificio á ti ofrecido;
Mas sé que no es manera
De perdonar ofensas
El sacrificio en fuego consumido;
Ni á ti te ha aplacido,
Ni dá contentamiento
El mísero becerro
Muerto con duro hierro,
Ni el tímido cordero humilde y lento,
Ni ménos el intenso
Olor y humo espeso del incienso.

El sacrificio suave,
Señor, y verdadero,
Y aquel que más á ti, mi Dios, te agrada,
Es un dolor muy grave
De espíritu sincero,
Y un alma de su error contribulada;
Tambien de ti es preciada
La pena y sentimiento
De un corazón contrito
Humilde, triste, aflicto,

De compuncion muy lleno, y de tormento;
Y nunca despreciaste,
Señor, el corazon, que así hallaste.

Y estando confiado
De que benignamente
Perdonarás, Señor, mi culpa inmensa,
Quiero pedirte osado,
Que ya universalmente
Perdones á tu pueblo toda ofensa,
Con tu bondad dispensa,
Y sea benignamente
Con Sion, ciudad nombrada,
Porque sea perdonada
Su culpa, y el error de tanta gente,
Y vea edificados
Jerusalen sus muros consagrados.

Hecho ya este edificio,
Por donde se figura
La universal Iglesia militante,
En ella el sacrificio,
Que es de justicia pura,
Será á Dios agradable é importante:
Pondrá tambien delante
La ofrenda y el incienso,
Y en el altar sagrado
Becerro delicado,
Que dé gemidos de dolor intenso,
Por donde es entendido
El penitente humilde y afligido.
Al Padre sempiterno,

Al alto Rey del cielo
 Se dé perpétua gloria y alabanza,
 Y al Hijo, al coeterno
 Nacido acá en el suelo
 La gloria se le dé en igual balanza,
 Y al Espíritu que alcanza
 El mismo ser divino
 De entrambos procedente
 Se dé gloria excelente
 Por todos los fieles de contino,
 Como se dá y se ha dado
 Desde el principio al fin de lo criado.

PERÍFRASIS

DEL SALMO LXVIII.—*Salvum me fac.*

Hazme salvo, Dios mio,
 Que entraron hasta el alma
 Las aguas de mis penas trabajosas,
 En su profundo rio
 Sin sustancia y en calma
 Quedé en el cieno, y lama pegajosas,
 Pasé las espumosas
 Hondas del mar y altura;
 La tempestad sorbióme,
 Trabajé dando voces, y faltóme
 La fuerza en la estrechura:
 Quedóme la voz ronca
 Rasgando la garganta seca y bronca.
 Faltóme de mis ojos

La claridad entera,
Mientras que mi esperanza me tenía
En ti dulces despojos,
Creció la rabia fiera
De tantos enemigos á porfia,
Que el número se hacía
Mayor que el de cabellos,
Que ciñe mi corona,
Quisieron mal de balde mi persona:
La furia injusta de ellos,
Todos hechos á una,
Me persiguió sin piedad alguna.

No se vean confusos
Aquellos que te buscan,
Dios de Israel: padezco siendo tuyo,
Siguiendo sus abusos,
Mirándome se ofuscan,
Y en el mirar su confusion arguyo;
En afrentas concluyo
Por ti, ante quien me postro,
A mi rostro afrentado
Tiene la confusion desfigurado;
Y mirándome al rostro
Ninguno me hablaba,
Y cada cual que fuese yo dudaba.

Extraño quedé hecho
A todos mis hermanos,
Peregrino á los hijos de mi madre
Me hice á mi despecho:
Salí contra tiranos

En el mar, que es justo que me cuadre,
Teniéndote por padre,
Comian mis entrañas
El zelo de su casa,
A tu suave Ley su injuria pasa
Obrada con sus mañas:
A ti, Señor, la hicieron,
Y tus afrentas sobre mí cayeron.

Cubrí con el ayuno
Mi ánima afligida,
Y en cara con oprobios me fué dado:
Y sin quedar alguno,
Cuando traje vestida
Mi carne con cilicio acomodado,
Todos lo han murmurado,
Estando en sus corrillos,
De mí hablaban todos
Con lengua, y doble pecho de mil modos,
Al parecer sencillos;
Y en su trono sentados
Hablaban contra mí los potentados.

Los que bebían vino,
Calientes de su fuego,
Cantaban contra mí cien mil donaires:
Con este desatino
Traían á su juego
Mi nombre envuelto en befas por los aires;
Y viendo sus desgaires,
A ti volví mis ruegos
Como á refugio cierto,

Que te agrada en tal tiempo tal concierto;
Crezcan en mí los fuegos
De tu misericordia,
Sácame á paz, y á salvo en mi discordia.

Sácame de este lodo,
No me quede atollado,
Cercado de enemigos de este mundo;
Mas líbrame de modo,
Que no muera ahogado:
La tempestad del agua y el profundo
No me sorban, que fundo
Por lo que al alma toca,
Que sobre mi rabioso
No cierre sobre mí el pozo su boca.
Oyeme Dios piadoso
En mis necesidades,
Segun la multitud de tus piedades.

No le escondas la cara
A tu siervo afligido,
Repárame que estoy atribulado;
Al alma presto ampara,
Que la libres te pido
Por confusion de mi enemigo estado:
Tú sabes qué injuriado
Con reverencia vengo
A verte, y con respeto,
Y á quien me aprieta, en tu presencia tengo;
A miseria sujeto
Mi corazon espera
Por ti, Señor, afrentas, aunque muera.

Esperé compañero
Con quien mi mal pasase,
Llevando de mis ansias con mi pena
La carga, peso fiero:
Busqué quien consolase
Mi alma de dolor y rabia llena:
De mi casa á la ajena
Jamás hallarle pude,
Antes por quien manjares
A darme amargas hieles presto acude;
Sediento en mis pesares
Hallé quien me brindase
Vinagre de crueldad, que me amargase.

Su mesa se les vuelva
Cebo mortal en lazo,
Sin que lo puedan ver ante sus ojos,
Y sus vidas resuelva;
Vean por paga el plato
De escándalos mortales á manojos:
No vean sus enojos,
Tengan ciega la vista
De eterna negregura;
Encima sus espaldas siempre asista
Tal peso y desventura
De tus iras sobre ellos,
Que llegue tu furor á deshacellos.

Su albergue esté desierto,
Su rico tabernáculo
Con soledad desierto siempre obligues
Con morador incierto,

Por horrendo espectáculo,
Porque acosaron al que tú persigues;
Y porque al que fatigues
No le añadan dolores
Sobre las tristes llagas,
Sean como sus obras tus favores;
Sus nombres les deshagas,
Del lecho de la vida
No tengan con los justos más cabida.

Soy pobre dolorido,
Ampárame en el llanto,
Solo cantar tu nombre es ya mi oficio,
Haréle engrandecido,
Y agradará mi canto
Más que el nuevo becerro en sacrificio;
Y por tal más propicio,
Con alegría entera
Los pobres tengan vida,
Que Dios los oye opresos donde quiera,
Que es compañía escogida;
El cielo, mar y peces
Te alaben, y todo cuanto cria el suelo en veces.

Porque ha de librar presto
De sus tribulaciones
Dios á Sion, resplandeciente estrella,
Las ciudades, y el resto
De Judá y sus naciones
Le tendrán por herencia clara y bella,
Y habitarán en ella
Las reliquias perdidas

De la escogida casta,
 Que á Dios ha restaurado tantas vidas.
 Permite ya, pues basta,
 Que quien ama tu nombre,
 Tenga morada en ella de renombre.
 Seas, mi Dios sagrado,
 En himnos y cantares alabado,
 En salmos y canciones,
 Y pon en paz los tristes corazones.

SALMO LXXI.—*Deus, judicium.*

Señor, da al Rey tu vara,
 Y al hijo del Rey da tu Monarquía,
 Que con justicia rara
 El solo regirá tu señoría.
 Alcanzarán derecho
 Los pobres por su mano, y los collados
 No turbarán el pecho
 Del vulgo, ni los cerros encumbrados.
 Harán más sin justicia,
 Porque él dará el debido á cada uno,
 Al humilde justicia,
 Salud al injuriado, al importuno
 Injuriador quebranto:
 Serás temido tú mientras luciere
 El sol y luna, en cuanto
 La rueda de los siglos se volviere.
 Influirá amoroso
 Cual la menuda lluvia, y cual rocío

En prado delicioso,
Florecerá en su tiempo el poderío
Del bien, y una pujanza
De paz, que durará no un siglo solo,
Su reino rico alcanza
De mar á mar, y de uno á otro polo.

Y puesto ante él postrado
El negro montesino, el enemigo,
El polvo besa hollado.
Los reyes de la mar con pecho amigo,

Y Grecia, y los Romanos
Con los isleños todos los Sabeos,
Los Arabes cercanos
Tributo le darán, y los deseos

De todos los vivientes
Así convertirá; las más lucidas
Coronas de las gentes
Todas adorarán ante él caidas.

Por cuanto por su mano
Será librado el pobre, que oprimia
El soberbio tirano,
El triste á quien amparo fallecia.

Será el menesteroso
Cercado de perdon, la empobrecida
Alma con don piadoso
Será por él del logro redimida,

Y de la violencia:
La sangre del cuitado muy preciosa
Será ante su presencia,
Y darle por mortal vida gloriosa:

Y de oro ricos dones,
Por donde agradecido de contino
Con divinos pregones
Ensalzará sus loas su divino
Amor; sin pausa alguna
Por el será bendito. ¡Oh siglos de oro!
Cuando tan sola una
Espiga sobre el cerro tal tesoro
Producirá sembrada,
De mieses hondeando cual la cumbre
Del Líbano ensalzada:
Cuando con más largueza, y muchedumbre
Que el heno en las ciudades,
El trigo crecerá; por dó desplega
La fama en mil edades
El nombre de este Rey, y al cielo llega.
El nombre que primero
Que el sol manase luz resplandecía:
En quien hasta el postrero
Mortal será bendito, á quien de día,
De noche celebrando,
Las gentes darán loa, y bien andanza,
Y dirán alabando:
«Señor Dios de Israel, ¿qué lengua alcanza
A tu debida gloria?
De maravillas solo autor, bendito
Tú seas, tu memoria
Vaya de gente en gente en infinito
Espacio, é hincha el suelo
Tu sacra majestad, cual hinche el cielo.»

SALMO LXXIII.—*Ut quid, Deus, repulisti.*

¿Qué causas son, Señor, tan poderosas
Las que tu saña tanto han despertado,
Que á tus mismas ovejas
Para siempre las dejas
En las sombras de muerte peligrosas?
¿A dó lejos de ti las has hechado,
Pues contra el Israel que apacentabas,
Tu furor se ha encendido en llamas bravas?
Acuérdate, Señor, que ese rebaño
De antigüedad por tuyo has poseido,
Y aunque de nuestros bienes
Necesidad no tienes,
Con él te deleitabas; y si el daño
Prosigue hasta dejarle destruido,
Aunque la culpa de perderse es suya,
La hacienda que se pierde es propia tuya.

Porque es aquella parte de tu herencia,
Que gobierna el cayado de tu mano,
Y con mil maravillas
Del Nilo y sus orillas
Libertó tu infinita omnipotencia,
Y en los pastos del monte soberano
De la fértil Sion, que señalaste
Para tu habitacion, la apacentaste.

No, señor, no, contra tu pueblo amigo,
Mas contra los contrarios orgullosos
Levanta el brazo fuerte,
Y ven á darles muerte,

Pues ha contaminado el enemigo,
Sin temer tus castigos rigurosos,
Con obras que el oír las pone espanto,
Tu purísimo templo sacrosanto.

En las solemnes fiestas que en memoria
De bienes y favores recibidos
Te celebra humillado
Tu pueblo congregado,
Estos contrarios de tu justa gloria
Han triunfado con voces y alaridos;
Porque como enemigos que aborrecen
A tu inefable nombre, lo escarnecen.

Aun se ven tremolar los estandartes
De su injusta victoria señas ciertas,
Que esos bárbaros duros
Han puesto en nuestros muros
Sobre las más vistosas y altas partes,
Y sobre las almenas de las puertas
Por donde á la ciudad entran y salen,
Porque más sus trofeos se señalen.

Con los terribles golpes y el ruido,
Que derriban las hachas aceradas
En la selva vecina
A la robusta encina,
El ejército junto enfierecido
Derribó de tu templo las sagradas
Puertas y con martillos, hachas, picos,
Han destrozado sus ornatos ricos.

Y porque de tu templo cosa alguna
No se librase del cruel coraje,

De su edificio el resto
Por la tierra le han puesto
Con llamas tales, que aun la fresca luna
Sintió calor; tan grande es el ultraje
Con que el fiero enemigo ha profanado
El palacio á tu nombre dedicado.

Con el acuerdo y ánimo que emprenden
La lid desde el menor hasta el caudillo,
Es dejar abrasados
Los lugares sagrados,
Y que de todos cuantos los defienden,
Sin quedar uno pasen á cuchillo,
Porque ni haya en la tierra dó se nombre,
Ni quien celebre fiestas á tu nombre.

El mayor mal que en todos estos males
Nos aflige, Señor, es què entendemos
Que entregarnos te plugo
A este cruel verdugo,
Pues de tu cierto amparo las señales,
Cual otras veces vimos, ya no vemos:
Ni aun hay profeta alguno manifiesto,
Que nos sepa enseñar la causa de esto.

¡Hasta cuándo, Dios nuestro, el enemigo
Con sus oprobios, en tristeza y llanto,
Nos dará muerte fiera?
¡Oh Señor! considera,
Que aunque bien merezcamos tal castigo,
Ese contrario que tu nombre santo
Desprecia siempre con soberbia loca,
A debida venganza te provoca.

¡Por qué desprecias tu afligida gente,
Que ves en ocasion tan miserable?
Pues tu mano escondiendo,
La apartas, y sabiendo
Vibrar tu fuerte diestra omnipotente
El rayo vengador inevitable
Con el horrendo y pavoroso trueno,
¡Ahora estás las manos en el seno!

A la defensa de tu mismo imperio,
Alto Dios, te invocamos, pues tú eres
Desde el tiempo primero
Nuestro Rey verdadero,
Que como tal de Egipto el cautiverio
Nos trocaste en riquezas y placeres,
Obrando en admirable y justa guerra
Tal libertad en medio de la tierra.

Allí se mostró bien que no te falta
Para librar los tuyos fortaleza;
Pues el mar dividiste,
Y sus hondas volviste
En fábrica de muros firme y alta,
Secando el suelo, y dándole dureza,
Dó á los dragones dió tu brazo fuerte
Derribando estos muros, fiera muerte.

Y de la gran ballena las cabezas,
Sus príncipes y diestros capitanes
Con sus huestes armadas
Ya por ti quebrantadas
En muy pequeñas y menudas piezas,
Por manjar á las aves y los canes

Las diste, y por despojos peregrinos
Al Arabe, y Etíope vecinos.

Tú del pedernal duro largas fuentes
Sacaste, con que el pueblo fatigado
La sed satisfaciese,
Y para que pudiese
Vadear de los rios las corrientes,
Sin que al viejo ni al niño delicado
Los piés se les mojasen perezosos,
Secaste tú los rios caudalosos.

Los tiempos todos son vasallos tuyos,
Cual lo es el claro dia y noche oscura,
Y la purpúrea aurora
Del dia anunciadora,
Y el rojo sol que con los rayos suyos,
Que esparcen luz, salud, y hermosura,
Visita en breve tiempo los dos polos,
Son obras propias de tus dedos solos.

Tú pusiste los términos estables
A la tierra que inmoble permanece
Entre ella y el abismo;
Y con el poder mismo
Hiciste por los cursos variables
Del mayor luminar que resplandece,
El abundante otoño é invierno frio,
La verde primavera y seco estío.

Acuérdate, Señor, de estas hazañas,
Que sabe obrar tu eterna fortaleza,
Y ten en la memoria,
Que á tu inefable gloria

El soberbio enemigo y sus compañías
Han injuriado con cruel fiereza;
Y que ha desafiado con desprecio
A tu invencible nombre el pueblo necio.

Tu fiel congregacion pura y sencilla
No la entregues á bestias carniceras,
Pues te conoce y ama,
Y sin cesar te llama,
Como viuda y triste tortolilla:
No consientas que maten estas fieras
La manadilla pobre de tu gente,
Olvidándote de ella eternamente.

Mira que tienes tu palabra dada,
No borrar de Jacob la descendencia,
Y ya el contrario bando
Tanto nos va acabando,
Que aun la oscura canalla desechada
Tienen sus casas llenas con violencia
De las presas y agravios, que en las calles
Se hacen, y en los campos, y los valles.

No permitas que el pobre y abatido,
Que en ti como en presidio inexpugnable
Su confianza puso,
Quede triste y confuso,
Sin darle á sus querellas grato oido;
Que si tiendes tu mano favorable
Haciéndole mercedes y favores,
A tu nombre dará eternos loores.

Levántate, Dios fuerte, y Rey de gloria,
Y por tu causa que desierta yace,

Vuelve con gran pujanza;
 Y porque la tardanza
 Deseches, ten, Señor, en la memoria
 Las injurias y oprobios, que te hace
 El bárbaro enemigo cada día,
 Desde la aurora hasta la noche fría.

Y no olvides las voces injuriosas
 De estos tus enemigos, pues intentan
 Para más despreciarte
 Con ellas irritarte,
 A que muestres tus fuerzas poderosas;
 Y como no les haces que las sientan,
 En tu desprecio y ódio permanecen,
 Y siempre más y más se ensoberbecen.

SALMO LXXXVII.—*Domine Deus salutis meæ.*

Señor de mi salud, mi solo muro,
 Juez de mi defensa, á ti voceo,
 Cuando está el aire claro, cuando oscuro.

Entrada en tu presencia sin rodeo,
 Y halle en tus oídos libre entrada
 La dolorida voz de mi deseo.

En males y en dolores anegada
 El alma, y casi ya en la sepultura
 Está la vida breve y fatigada.

Con los que moran la región oscura,
 Y triste, con aquellos soy contado,
 A quien faltó el amparo y la ventura.
 Libre y cautivo, vivo y sepultado,

Cual el que duerme ya en eterno olvido,
Del todo de tu mano desechado.

Pusísteme en el pozo más sumido,
A donde á la redonda me contienen
Abismos y tinieblas y gemido.

Asiento en mí tus sañas firme tienen,
Y sobre mi cabeza sucediendo
De tu furor las olas van y vienen.

Su rostro mis amigos encubriendo,
Porque, Señor, lo quieres, me declinan,
O por mejor decir, se van huyendo.

Antes me huyen, ántes me abominan:
Contarles mis fatigas yo quisiera,
A quien ¡ay! tus entrañas no se inclinan.

En cárcel me detienes así fiera,
Que ni la pluma, ni la voz se extiende
A publicar mi pena lastimera.

Cegado hé con la lluvia, que descende
Espesa de mis ojos y contino
El grito á ti, y los brazos la alma tiende.

Y dice: ¿Si verán tu bien divino
Los polvos? ¿ó los huesos enterrados
Tus loas si dirán con canto dino?

¿Tus hechos en la huesa celebrados?
¿Será de tus grandezas hecha historia
En la callada tumba, en los finados?

¿En las tinieblas lucirá tu gloria?
¿O por ventura habrá de tus loores
En la region de olvido gran memoria?

No ceso de enviarte mil clamores,

Y aun ántes que despiertes tú la aurora,
Despierto á referirte mis dolores.

¡Por qué, Señor, tu pecho, dó el bien mora,
Desprecia así las voces de un caído,
Y huyes de mirarme más cada hora?

Bien sabes de mi vida cuanto ha sido
El curso miserable y cuán cuitado
Los golpes de tu saña he sostenido.

Encima de mis cuestras han pasado
Las olas de tus iras, tus espantos
Me tienen consumido y acabado.

Un mar me anega de miseria y llantos,
No en partes, sino juntos me rodean
Un escuadron terrible de quebrantos.

A los que mi salud y bien desean,
A todos de mí triste los destierras,
Y porque en nada á mi dolor provean,
En sus secretos techos los encierras.

SALMO CH.—*Benedic anima mea Domino, et omnia.*

Alaba á Dios continuo, ó alma mia,
Y todas mis entrañas, dad loores
A su glorioso nombre noche y dia.

Alaba, y nunca olvides sus favores,
Sus dones tan diversos del debido
A tus malvados hechos y traidores.

El te perdona cuanto has ofendido,
Y pone saludable medicina
En todo lo que en ti quedó herido.

Tu vida, que al sepulcro está vecina,
El mismo la repara, y te hermosea,
Con ricos dones de piedad divina.

Bastécete de cuanto se desea,
Cual águila será por él trocada
En bella juventud tu vejez fea.

Hace justicia Dios muy apurada,
Da Dios á los opresos su derecho,
A los que oprime injusta mano osada.

Notificó su ingenio y dulce pecho
El santo Moises, á su querido
Pueblo manifestó su estilo y hecho.

Y dijo: «Para todo lo nacido
Soy de entrañable amor, soy piadoso,
Soy largo en perdonar, la ira olvido.»

No tiene en sus entrañas ni reposo
La saña, ni sosiego, ni le dura
Eterno en ira el pecho corajoso.

No fué el castigo cual la desmesura,
Mas al contrario incomparablemente
La pena es ménos que la culpa dura.

Cuanto se encumbra el cielo reluciente
Sobre la baja tierra, tanto crece
En amor sobre la humilde y llana gente.

Lo que hay de dó el sol nace á dó anochece,
Tanto por su clemencia desviada
De nos nuestra maldad desaparece.

Con las entrañas que la madre amada
Abraza sus hijuelos, tan amable
Te muestras á tu gente regalada.

Conoces nuestro barro miserable,
Y tienes dibujado en tu memoria,
Que nuestro ser es polvo vil, instable.

De nuestros dias la más larga historia
Es heno, y tierna flor que en un momento
Florece, y muere su belleza y gloria.

Pasó sobre ella un flaco soplo, un viento,
Y como si jamás nacido hubiera,
Aun no conocerás, dó tuvo asiento.

La gracia de Dios siempre es duradera
En quien dura en su amor, y sucediendo
Por mil generaciones persevera.

En los que su ley santa obedeciendo
La escriben en su alma, y sin olvido,
Y velando la cumplen, y durmiendo.

No sólo reinas sobre el sol lucido,
Mas tu corona alcanza, y comprende
Cuanto será jamás, y cuanto ha sido.

El coro tierno, que en tu amor se enciende,
Te dé loor, el coro poderoso,
El que á tu voz alerta siempre atiende.

Bendígate el ejército hermoso
De todas las lumbreras celestiales,
A quien hacer tu gusto es deleitoso.

Bendígate tus obras inmortales,
Loores te dé cuanto el mundo cria,
El mar, la tierra, el aire, los mortales,
Y alábate tambien el alma mia.

SALMO CII.—*Benedic....*

Alaba, ó alma, á Dios, y todo cuanto
Encierra en sí tu seno
Celebre con loor su nombre santo
De mil grandezas lleno.

Alaba, ó alma, á Dios, y nunca olvide,
Ni borre tu memoria
Sus dones en retorno á lo que pide
Tu torpe y fea historia.

Que él sólo por sí sólo te perdona
Tus culpas y maldades,
Y cura lo herido, y desencona
De tus enfermedades.

El mismo de la huesa á la luz bella
Restituyó tu vida,
Cercóla con su amor, y puso en ella
Riqueza no creida.

Y en esto que te viste, y te rodea
Tambien pone riqueza,
Así renovarás lo que te afea,
Cual águila en belleza.

Que al fin hizo justicia, y dió derecho
Al pobre saqueado:
Tal es su condicion, su estilo y hecho,
Segun lo ha revelado.

Manifestó á Moisés sus condiciones
En el monte subido,
Lo blando de su amor, y sus perdones
A su pueblo escogido.

Y dijo: «Soy amigo y amoroso
Soportador de males,
Muy ancho de narices, muy piadoso
Con todos los mortales.»

No riñe, y no se amansa, y no se aira,
Y dura siempre airado,
No hace con nosotros, ni nos mira
Conforme á lo pecado.

Mas cuanto al suelo vence, y cuanto excede
El cielo reluciente,
Su amor tanto se encumbra, y tanto puede
Sobre la humilde gente.

Cuan léjos de dó nace el sol fenece
El soberano vuelo,
Tan léjos de nosotros desaparece
Por su perdon el duelo.

Y con aquel amor que el padre cura
Sus hijos regalados,
La vida tu piedad, y el bien procura
De tus amedrentados.

Conoces á la fin, que es polvo, y tierra
El hombre, y torpe lodo;
Contemplas la miseria, que en sí encierra,
Y le compone todo.

Es heno su vivir, es flor temprana,
Que sale y se marchita;
Un flaco soplo, una ocasion liviana
La vida y ser le quita.

La gracia del Señor es la que dura,
Y firme persevera,

Y va de siglo en siglo su blandura
Con quien en él espera:

En los que su ley guardan, y sus fueros
Con viva diligencia,
En ellos, en los nietos, y herederos
Por larga descendencia.

Que así dó se rodea el sol lucido
Estableció su asiento,
Que ni lo que será, ni lo que ha sido
Es de su imperio exento.

Pues lóente, Señor, los moradores
De tu rica morada,
Que emplean valerosos sus ardores
En lo que más te agrada.

Y alábate el ejército de estrellas,
Que en alto resplandecen,
Que siempre en tus caminos claras bellas
Tus leyes obedecen.

Alábente tus obras todas cuantas
La redondez contiene,
Los hombres, y los brutos, y las plantas,
Y lo que las sostiene.

Y alábate con ellos uoche y dia
Tambien el alma mia.

SALMO CIII.—*Benedic, anima mea, Domino, Domine Deus.*

Alaba, ó alma, á Dios: Señor, tu alteza
¿Qué lengua hay que la cuente?
Vestido estás de gloria y de belleza,

Y luz resplandeciente.

Encima de los cielos desplegados

Al agua diste asiento;

Las nubes son tu carro, tus alados

Caballos son el viento.

Son fuego abrasador tus mensajeros,

Y trueno, y torbellino:

Las tierras sobre asientos duraderos

Mantienes de continuo.

Las mares las cubrían de primero

Por cima los collados,

Mas visto de tu voz el trueno fiero

Huyeron espantados.

Y luego los subidos montes crecen,

Humíllanse los valles,

Si ya entre sí hinchados se embravecen,

No pasarán las calles:

Las calles, que les diste, y los linderos,

Ni anegarán las tierras:

Descubres minas de agua en los oteros,

Y corre entre las sierras

El gamo, y las salvajes alimañas

Allí la sed quebrantan,

Las aves nadadoras allí bañas,

Y por las ramas cantan.

Con lluvia el monte riegas de sus cumbres,

Y das hartura al llano:

Así das heno al buey, y mil legumbres

Para el servicio humano.

Así se espiga el trigo, y la vid crece

Para nuestra alegría:
La verde oliva así nos resplandece,
Y el pan de valentía.

De allí se viste el bosque, y la arboleda,
Y el cetro soberano,
Adonde anida la ave, adonde enreda
Su cámara el milano.
Los riscos á los corzos dan guarida,
Al conejo la peña;
Por ti nos mira el sol, y su lucida
Hermana nos enseña

Los tiempos. 'Tú nos das la noche oscura,
En que salen las fieras,
El tigre, que racion con hambre dura
Te pide y voces fieras.

Despiertas el aurora, y de consuno
Se van á sus moradas:
Da el hombre á su labor sin miedo alguno
Las horas situadas.

¡Cuán nobles son tus hechos, y cuán llenos
De tu sabiduría!
Pues ¿quién dirá el gran mar, sus anchos senos
Y cuantos peces cria?

¡Las naves que en él corren, la espantable
Ballena que le azota?
Sustento esperan todos saludable
De ti, que el bien no agota.

Tomamos, si tú das, tu larga mano
Nos deja satisfechos.
Si huyes, desfallece el sér liviano,

Quedamos polvo hechos.

Mas tornará tu soplo, y renovado
Reparará el mundo,
Será sin fin tu gloria, y tú alabado
De todos sin segundo.

Tú que los montes ardes, si los tocas,
Y al suelo das temblores,
Cien vidas que tuviera, y cien mil bocas
Dedico á tus loores.

Mi voz te agradará, y á mí este oficio
Será mi gran contento:
No se verá en la tierra maleficio,
Ni tirano sangriento.

Sepultará el olvido su memoria:
Tu alma, á Dios da gloria.

SALMO CVI.—*Confitemini Domino.*

Cantemos juntamente,
Cuán bueno es Dios con todos, cuán clemente.

Canten los libertados,
Los que libró el Señor del poderío
Del áspero enemigo, conducidos
De Reinos apartados
De oriente, de poniente y cierzo frio,
Del uno y otro polo, que perdidos
Por yermos no corridos
Sin encontrar poblado vagueando,
Vencidos de la hambre desmayaban,
Ansiosos voceaban,

Remedio de su mal á Dios llamando;
El cual luégo inclinando
El pecho piadoso,
Los puso en verdadero y fiel camino,
Y colocó en reposo.
Pues lóente contino,
Porque hartó la hambre, y al cuitado
Hizo de ricos dones abastado:
Y digan: «Inmortales
»Loores, ¡oh Señor! te den tus obras,
»Tu amor con los mortales,
»Las grandes maravillas, que así obras.»
Aquellos que en cadena
Moraron, en horror, en noche oscura,
De hierros rodeados y pobreza,
Padeciendo la pena
Debida á su maldad, á su locura,
Porque amargaron malos la nobleza
De la divina alteza,
Hollaron su consejo verdadero,
Por donde los colmó el pecho y mano,
Sin que favor humano
Les valga, con miseria y dolor fiero,
Y libres del primero
Error vueltos al cielo,
Llamaron al Señor que abrió la estrecha
Cárcel, y vino al suelo
La cadena deshecha:
Celebren el poder por quien quebradas
Fueron las cerraduras aceradas,

Y digan: «Inmortales
»Loores, ¡oh Señor! te den tus obras,
»Tu amor con los mortales,
»Las grandes maravillas que así obras.»

Y los hombres livianos,
Que por seguir sin orden ni medida
El deleitoso mal la arada senda,
Los miembros firmes sanos
Hinchieron de dolor, y de la vida
Perdieron la más dulce y rica prenda,
Que á la dura contienda
No iguales, de la fiebre derrocados
Estando, y ya del todo al mal rendidos,
Del vivir despedidos,
Contra todo manjar enemistados,
A la muerte llegados,
Con miserable lloro
Pidieron tu favor, y tú al momento
Les mandaste un tesoro
De fuerzas y contento:
Ofrézcante por este beneficio
Agradecido y justo sacrificio:

Y digan: «Inmortales
»Loores, ¡oh Señor! te den tus obras,
»Tu amor con los mortales,
»Las grandes maravillas que así obras.»

Tambien los que corrieron
La mar con flaco leño, volteando
Por las profundas aguas, y probaron
En el abismo, y vieron

De Dios las maravillas grandes, cuando
Mandándolo los vientos se enojaron,
Y las alas alzaron
Al cielo furiosos: ya se pega
Con las nubes la nave, ya en el suelo
Se hunde, y el recelo
Atónitos los turba, ahila, y ciega,
El grito al cielo llega;
Mas luégo Dios llamado
Las mares allanó, serena el dia,
Y dentro el deseado
Puerto con alegría
Los puso: de lugar pues eminente
Cuenten de Dios los hechos á la gente,
Y digan: «Inmortales
»Loores, ó Señor, te den tus obras,
»Tu amor con los mortales,
»Las grandes maravillas que así obras.»
Dios secará las fuentes,
Agotará los rios, y la tierra
Viciosa yermará por los pecados
De las malvadas gentes,
Que moraban en ella, y de la sierra
Esteril hará frescos, verdes prados,
Y pondrá allí plantados
Los pobres, donde hechos moradores,
La tierra labrarán, que no envidiosa
Alegrará copiosa
Con dulce y rico fruto á sus señores,
Y con dones mayores

Irán siempre creciendo
 Ellos y sus ganados: porque el daño,
 Y el ir disminuyendo
 No nace del mal año,
 Mas de los malos dueños; y por tanto
 Sobre ellos verterá duelo y quebranto:
 Y al pobre dió riqueza,
 Y sucesion illustre, y gozo al bueno,
 Al malo infiel tristeza:
 Y ponga esto el que es sabio dentro el seno.

SALMO CIX.—*Dixit Dominus.*

Asiéntate, á mi Rey, mi Dios le dice,
 A mi mano derecha,
 Que yo pondré lo que te contradice
 Peana á tus pies hecha.

Y de Sion tu vara fuerte envía
 Sobre tus enemigos,
 Que todos tus vasallos en un dia,
 Son nobles, son amigos.

Que tú tienes en ti del nacimiento
 La fuerza, y el rocío,
 Con que los haces llenos de contento,
 De luz y santo brio.

Más cierto que da el sol la blanca aurora,
 El parto el vientre lleno:
 Y el sacerdocio en ti por siempre mora
 Conforme al del Rey bueno.

Que Dios lo juró así, que nunca tira,

Ni muda lo jurado:
Y Dios destroza Reyes puesto en ira
A tu derecho lado.

Y pasará á cuchillo el mundo, llenos
De muertos los fosados,
Y los erguidos de él ni más ni menos
Serán despedazados.

Mas tú que bebes turbio en la carrera,
Ensalzarás bandera.

SALMO CXIII.—*In exitu Israel.*

En la feliz salida
Del pueblo, y casa de Jacob famosa
De la desconocida
Bárbara, y prodigiosa
Tierra de Egipto idólatra y viciosa,
La celestial morada
Gloria del mundo, y célebre Judea
Fué allí santificada,
Con la cual se recrea
Su Dios, y en sólo su favor se emplea.

Siente el favor glorioso
Con que á su pueblo lleva Dios triunfando
El mar, y temeroso
Huye, atrás volando
Vuelve el Jordan su curso levantando.

Allí de gozo el suelo
Como las ovejuelas y corderos
Se alegran al señuelo

De sus pastores veros,
Se alegran montes, valles, selvas, oteros.

¿Cuál poderosa mano
Reprime, ó mar, tus fuerzas y violencia?

¿Y al fiero curso ufano,
Jordan, de tu potencia,
Quiere enfrenar, y hacerle resistencia?

¿Qué os roba el alegría,
Montes, collados, que como amorosas

Ovejas y su cria
Con las yerbas sabrosas
Se alegran, os gozais con estas cosas?

El mar furioso, y rio
Ante el aspecto de su Dios sagrado

No tiene poderío,
Por sólo su mandado
Mueve la tierra á uno y otro lado.

Y así del escabroso
Estéril risco, y de la piedra dura

Con ruido sonoro
Manaron en hartura
Estanques y corrientes de agua pura.

A ti se debe solo
De tan ilustres hechos gloria entera,

Que en nuestro humilde polo
Ningun mortal hubiera,

Que de tan altas obras digno fuera,
De tu piadoso celo

Tenemos tantos bienes recibidos;
Porque el bárbaro suelo,

Viéndonos oprimidos,
No diga: «Están de Dios destituidos.»

Pues desde el sacro asiento
Del cielo dó tu espíritu divino
Reside, el firmamento
Gobiernas, y camino
Das sólo á lo que quiere tu destino.

Los simulacros vanos,
Que bárbaros adoran humilmente,
Son obras de sus manos,
De planta reluciente,
De oro, ó de metal falso aparente.

Su lengua plateada
Jamás hará, Señor, humano acento,
Y la vista dorada
Jamás verá el contento,
Que se le da de sacrificio al viento.

Los cánticos gozosos
No gozarán, que sordos los oídos
Tienen los poderosos,
Y olores ofrecidos
No los percibirán por muy subidos.

Sus manos veneradas
No palparán su gloria; ni en el suelo
Se verán sus pisadas,
Ni áun para su consuelo
Podrán ellos gemir su desconsuelo.

Los bárbaros profanos,
Que tales monstruos honran y veneran,
Y esperan en sus manos,

Como plantas se ingieran
En sus miserias, y como ellas mueran.

La casa ennoblecida
Del ilustre Jacob en Dios espera,
Dador de eterna vida,
El es su gloria entera,
Esperanza, y ayuda verdadera.

En él la planta bella
De Aarón tuvo florida su esperanza,
Pues nunca en la flor della
Se vió jamás mudanza,
Creciendo con su ayuda, y confianza.

Los justos temerosos
En su piedad esperan humildemente,
Y así viven gozosos,
Porque con celo ardiente
El es su ayuda y guarda eternamente.

Con los que le adoramos
Mil bienes está siempre repartiendo,
En su memoria estamos
Siempre en favor creciendo,
Y el amoroso está nos bendiciendo.

De su sagrada mano
La casa de Israel su dulce amada,
Y la del justo hermano,
Aarón santificada
Está, y de privilegios adornada.

A todos finalmente,
Los que con pecho humilde y digno espanto
Le adoran rectamente

Con celebrado canto,
Los bendice su Dios glorioso y santo.
Sobre estos ricos dones
Con larga mano nuestro Dios anida
Tesoros y blasones
De soberana vida
A vos y á vuestros hijos sin medida.
Cuan bienaventurados
Sereis, benditos de la firme diestra,
Cuyo poder formados
Para riqueza nuestra
Los claros cielos y la tierra muestra.
Los príncipes del suelo
Tienen de Dios terreno paraíso,
Pero el empíreo cielo
Para sí mismo quiso
Se reservase eterno é indiviso.
No alabarán tu gloria
Los que del nudo humano desatados
Sepultan su memoria,
Ni todos los que dados
Están al reino oscuro desterrados.
Solos los que el aliento
Vital ayuda, alegres y gozosos
Con dulce y grato acento,
Y títulos gloriosos
Te alabamos, de ti muy deseosos.

SALMO CXXII. — *Ad te levavi oculos meos.*

A ti, Dios poderoso,
Enderecé mis ojos desde el suelo,
Pidiéndote lloroso,
Pues moras en el cielo
Me envíes de tu altura algun consuelo.

Puesto en grave congoja
De mil perseguidores acosado,
No sé donde me acoja,
Sino á ti que has usado
Al más triste ayudar con más cuidado.

Como quien ha servido,
Y está esperando pago de su amo,
Así en verme afligido,
A ti, mi Dios, yo llamo,
Y lágrimas llamándote derramo.

Mira, Señor, que andando
En tu servicio soy muy perseguido,
Vuelve pues por tu bando,
No lo echés en olvido,
Remedia á los que siguen tu partido.

Ten lástima de vernos
Llenos de afrenta y persecuciones,
No permitas hacernos
Tan grandes sinrazones,
Y dársenos continuo mil baldones.

Las almas se entristecen
De ver que de soberbios y mundanos
Mil afrentas padecen,

Y de estos inhumanos
Te pido que las vengues con tus manos.

SALMO CXXIV.—*Qui confidunt.*

Como ni trastornado
El monte Sion, ni de su asiento
Jamás será mudado;
Así del mal exento,
Será quien tiene á Dios por fundamento.

De montes rodeada
Está Jerusalem, y defendida,
Y Dios tiene cercada
A su gente escogida
Con cerca que jamás será rompida.

Ni entregará al injusto
Cetro Dios la virtud, porque la rienda
No suelte acaso el justo,
Y en la vedada senda
No meta el pie, y á mal la mano tienda.

Que Dios al bueno ampara,
Y ciñe con su gracia y don divino,
Y al que con libre cara
Sigue por el camino
Derecho, favorece de continuo.

Mas los que por torcidos
Senderos se desvian engañados,
Serán de Dios traídos
A fines desastrados:
Libre el Señor de mal á sus amados.

SALMO CXXIX.—*De profundis.*

De lo hondo de mi pecho
Te he llamado, Señor, con mil gemidos,
Estoy en grande estrecho,
No cierres tus oídos
A mis llantos, y tristes alaridos.

Si mirares pecados,
Delante ti, Señor, la luz no es clara,
Presentes y pasados,
La justicia más rara
No osará levantar á ti su cara.

Mas no eres riguroso,
A un lado está el perdon, y á otro indulgencia,
Tú en medio vas sabroso,
A pronunciar sentencia,
Vestido de justicia y de clemencia.

Y así los pecadores
Teniendo en ti su Dios tal esperanza,
Te temen, y dan loores,
Que á tu justa balanza
Saben que está vecina confianza.

Yo, Señor, en ti espero,
Y esperando le digo al alma mia,
Que más esperar quiero,
Y espero todavía,
Que es tu ley responder al que confía.

No espera la mañana
La guarda de la noche desvelada,
Ni así con tanta gana

Desea la luz dorada,
Cuanto mi alma ser de ti amparada.

En tal Señor espera,
Israel, tú que en tus altas moradas
La piedad es primera,
Las lucientes entradas
Tienen mil redenciones rodeadas.

De aquellas vendrá alguna
A Israel libertad, ya yo la veo,
A tu buena fortuna
Del mal que estabas feo
Sanarás todavía tu deseo.

SALMO CXXXVI.—*Super flumina.*

Cuando presos pasamos
Los rios de Babilonia sollozando,
Allí nos asentamos
A descansar llorando,
De ti, dulce Sion, nos acordando.

Allí de descontentos
Colgamos de los sauces levantados
Los dulces instrumentos,
Que en Sion acordados,
Solian cantar á Dios salmos sagrados.

Colgámoslos de enojo
Por ver, que aquellas bárbaras naciones
Tenian cruel antojo
De oír cantar canciones,
A quien hacen llorar mil sinrazones.

Ellos como se vieron
Cerca de Babilonia en su region,
«Tañed y cantad, dijeron,
Y no cualquier cancion,
Mas uno de los cantos de Sion.»

Con amargos extremos
Les respondimos: «¿presos y en cadena,
Nos mandais que cantemos
Salmos en tierra ajena
De Dios y de toda cosa buena?»

Si yo miéntras viviere,
De ti, Jerusalem, no me acordare,
Y dó quiera que fuere,
Tu ausencia no llorare,
Olvídeme de mí, si te olvidare.

Si en tal prision, y mengua
Puesto por mi cancion fuere cantada,
Mi voz ronca y mi lengua
Al paladar pegada
Quede de haber cantado castigada.

Si tuviere contento
Sin ti, Sion, mi bien y mi alegría,
Con áspero tormento
Pague el placer de un dia
Con mil años de pena el alma mia.

Y ten, Señor, memoria
De los hijos de Edom en su alegría
De tu ciudad y gloria,
Vengando en aquel dia
Su furia, crueldad y tiranía.

Castiga á estos feroces
 Guerreros, que venciendo no contentos,
 Dicen á grandes voces:
 «Derribad los cimientos,
 Asolad, asolad los fundamentos.»

¡Oh Babilonia triste!
 Dichoso el que te diere justo pago
 Del mal que nos hiciste,
 Y dijere: «yo hago
 En nombre de Sion aqieste estrago.»

Y en la justa venganza
 Más bendito será quien más llevare
 Por rigor la matanza,
 Y los niños que hallare,
 En piedras sin piedad despedazare.

SALMO CXXXVI.—*Super flumina.*

Estando en las riberas
 De los rios crecidos,
 Que á Babilonia ciñen asentados,
 Memorias lastimeras
 De los bienes perdidos
 Traian los sentidos tan turbados,
 Que los gozos trocados
 En dolorosos llantos
 Ajenos de contentos,
 Todos los instrumentos
 De música acordada, y dulces cantos
 De los sauces más altos

Colgamos, de consuelo y gozo faltos.

Y en medio estas tristezas

Y destierro prolijo,

Ved que alivio los bárbaros nos daban:

Movian las cabezas

Con fiesta y regocijo,

Nuestras bravas miserias ultrajaban,

Himnos nos preguntaban

De los que en otro tiempo

Cantábamos en Sion,

Y que nuestra pasión

La echásemos en burla y pasatiempo,

Y los que nos tenían

Presos, con esto más nos afligian.

Nosotros la respuesta

Que á petición tan dura

Dábamos, era hablarles sollozando:

«¡Oh gente descompuesta

Sin rastro de blandura!

¿Cómo quereis que estando así llorando,

De Sion nos acordando,

Tristes y pensativos,

De nuestra tierra ausentes,

Y en la ajena dolientes,

Cantemos siendo presos y cautivos

Los himnos que cantábamos,

Quando en Jerusalem de paz estábamos?»

Jerusalem mi gloria,

Mi gloria y alegría;

De verdadera paz principio, y fuente,

Si jamás tu memoria
Cayere de la mia,
Si te olvidare un punto solamente;
Si estuvieres ausente
De mi alma un momento,
Si una ó mil pasiones,
Si fieros escuadrones
Apartaren de ti mi pensamiento,
Mi diestra helada y queda
Se torne, que tocar la harpa no pueda.

Plegue á Dios, patria mia,
Que si yo me olvidare
De ti, del templo, y casas torreadas,
Que en la garganta fria
Las voces que formare
Dentro se queden de mi boca heladas,
Y al paladar pegadas;
Y si jamás hubiere
De placer un instante
Sin ponerte delante
En cualquier fiesta, y gozo que sintiere;
Mil libras de tormento
Pague por sola una de contento.

No os olvideis, Señor,
De dar su merecido
A los hijos de Edom en aquel dia,
Cuando tras el dolor
Fuere restituido
Vuestro pueblo á la gloria y ufanía,
De que gozar solia;

Y aquellos fementidos
Que nuestras cuitas riendo
Decian con gran estruendo,
A ellos, á ellos, mueran destruidos
Hasta los fundamentos:
Señor, vengad sus burlas con tormentos.
Ciudad brava y terrible,
Babilónico Imperio,
Desdichado de ti; y aquel dichoso
Que con pecho invencible
Rompido el cautiverio
Librare á Israel pueblo glorioso,
Y con brazo furioso
Hiciere en ti el estrago,
Que tú en Sion hiciste
Cuando la destruiste;
Dichoso el que te diere el justo pago,
Que áun tus recién nacidos
En duras piedras mueran sacudidos.

SALMO CXLV.—*Lauda, anima mea.*

Miéntras que gobernare
El alma aquestos miembros, y entre tanto
Que el aliento durare,
Yo con alegre canto
Mi Dios celebraré, y su nombre santo.
No funde su esperanza
En los Reyes ninguno, ni en sugeto
Ponga su bien andanza

Nacido de imperfecto
Principio y á miserias mil sujeto.

La alma va por su parte
A su esfera con presto movimiento;
Y en polvo la otra parte
Se torna, y al momento
Los sus intentos todos lleva el viento.

Aquel será dichoso
Y de buena ventura, que en su ayuda
Pone á Dios poderoso,
Que en solo Dios se escuda
Y nunca su fiducia de Dios muda.

De Dios, que el mar y tierra,
Y el cielo fabricó resplandeciente
Con cuanto dentro encierra;
De Dios, que á toda gente
Mantiene fé y palabra eternamente.

Y saca de cadena
Los piés injustamente aherrojados,
Da pan con mano llena
A los necesitados,
Es fiel justicia de los agraviados.

Con mano piadosa
Levanta, y pone en pié al abatido,
Da ver la luz hermosa
Al ciego, y al partido
Tiene de la virtud amor crecido.

A su sombra se acoge
El que anda desterrado y peregrino,
Al huérfano recoge,

Y á la viuda, y el tino
 Hace que pierda el malo en su camino.
 Dios reina sobre cuanto
 O fué ya, ó es ahora, ó despues fuere:
 Dios, que es tu Dios en tanto,
 Sion, que mundo hubiere,
 Y un siglo á otro siglo sucediere.

SALMO CXLVII. — *Lauda, Hierusalem.*

Jerusalen gloriosa,
 Ciudad del cielo amiga y amparada,
 Alaba á Dios gozosa
 De verte así ensalzada,
 Loa á tu Dios, Sion, de Dios amada.

Porque ves con tus ojos
 De tus puertas estar sobrecerrados
 Candados y cerrojos;
 Y á tus hijos amados
 Bendijo en ti por siglos prolongados.

De bien y paz ceñida
 Tanto te guarda Dios, que no hay camino
 Por dó seas ofendida;
 Y con manjar divino
 Te harta, y satisface de continuo.

Aqueste Dios envia
 A la tierra su voz y mandamiento,
 Y con presta alegría
 Le obedece al momento,
 Sin poder resistir todo elemento.

Envia blanca nieve
Como copos de lana carmenada,
Aqueste es el que llueve,
Y esparce niebla helada
Menuda cual ceniza derramada.

Tambien envia del cielo
Cual planchas de cristal esclarecido
El riguroso hielc,
Cuyo frio crecido
No puede reparar ningun vestido.

Y aunque está más helado,
Se derrite al divino mandamiento,
Sopla el sonido airado
De algun lloviioso viento,
Y al punto suelta el húmido elemento.

Aqueste Dios declara
Su palabra á Jacob, su pueblo amado,
Y en Israel, que ampara,
Nos ha depositado
La Ley, y ceremonias que ha ordenado,
No ha hecho Dios tal cosa
Con todas las naciones juntamente,
Ni con lengua piadosa
Manifestó á otra gente
Su corazon tan cierta y tiernamente.

DE LOS PROVERBIOS, DE SALOMON.

CAPÍTULO ÚLTIMO.

El sabio Salomon aquí pusiera
Lo que para su aviso, de recelo
Su madre y de amor llena, le dijera:
¡Ay, hijo mio! ¡ay dulce manojuelo
De mis entrañas! ¡ay mi deseado!
Por quien mi voz continuo sube al cielo.

Ni yo al amor de hembra te vea dado,
Ni en manos de mujer tu fortaleza,
Ni en daño de los reyes conjurado.

Ni con beodez afees tu grandeza,
Que no es para los reyes, no es el vino,
Ni para los jueces la cerveza.

Porque en bebiendo olvidan el camino
Del fuero, y ciegos tuercen el derecho
Del oprimido pobre y del mezquino.

Al que con pena y ansia está deshecho,
Aquel dad vino vos, la sidra sea
De aquel á quien dolor le sorbe el pecho.

Beba y olvídese, y no siempre sea
Presente á su dolor adormecido
Húrtese aquel espacio á la pelea.

Abre tu boca dulce al que afligido
No habla, y tu tratar sea templado
Con todos los que corren al olvido.

Guarda justicia al pobre y al cuitado,
Amparo halle en ti el menesterozo,
Que así florecerá tu grande estado.

Mas ¡oh si fueses hijo tan dichoso,
Que tuvieses por mujer hembra dotada
De corazon honesto y virtuoso!

Ni la piedra oriental así es preciada,
Ni la esmeralda que el Ofir envia,
Ni la vena riquísima alejada.

En ella su marido se confia,
Como en mercadería gananciosa,
No cura de otro trato ó granjería.

Ella busca su lino hacendosa,
Busca algodón y lana, y diligente
Despierta allí la mano artificiosa.

Con gozo y con placer continuamente
Alegra, y con descanso á su marido,
Eñojo no jamás, ni pena ardiente.

Es bien como navío bastecido
Por rico mercader, que en sí acarrea
Lo bueno, que en mil partes ha cogido.

Levántase, y apenas alborea,
Reparte la ración á sus criados,
Su parte á cada uno y su tarea.

Del fruto de sus dedos y hilados,
Compró un heredamiento que le plugo,
Plantó fértil majuelo en los collados.

Nunca el trabajo honesto le desplugo,
Hizo sus ojos firmes á la vela,
Sus brazos rodeó con fuerza y jugo.

Esle sabroso el torno, la aspa y tela,
El adquirir, la industria, el ser casera,
De noche no se apaga su candela.

Trae con mano diestra la tortera,
El huso entre los dedos volteando
Le huye, y torna luégo á la carrera.

Abre su pecho al pobre que llorando
Socorro le rogó, y con mano llena
Al salto, y al mendigo va abrigando.

Al cierzo abrasador que sopla, y suena,
Y esparce hielo y nieve, bien doblada
De ropa su familia está sin pena.

De redes que labró, tiene colgada
Su cama, y rica seda es su vestido,
Y púrpura finísima preciada.

Por ella es acatado su marido
En plaza, en consistorio, en eminente
Lugar por todos puesto y bendecido.

Hace tambien labores de excelente
Obra para vender, vende al joyero
Franjas tejidas bella y sutilmente.

¿Quién cantará su bien? Su verdadero
Arreo es el valor, la virtud pura,
Alegre llegará el dia postrero.

Cuanto nace en sus labios es cordura,
De su lengua discreta cuanto mana
Es todo piedad, amor, dulzura.

Discurre por su casa; no está vana,
Ni ociosa, ni sin que ya se le deba,
Se desayunará por la mañana.

El coro de sus hijos crece, y lleva
Al cielo sus loores, y el querido
Padre con voz gozosa los aprueba.

Y dicen: «Muchas otras han querido
Mostrarse valerosas, mas con ella
Compuestas, como si no hubieran sido.

Es aire la tez clara como estrella,
Las hermosas figuras burlería,
La hembra que á Dios teme aquesa es bella.

Dadle que goce el fruto, la alegría
De sus ricos trabajos; los extraños,
Los suyos en las plazas á porfía
Celebren su loor eternos años.»

APÉNDICE

Á LA TERCERA PARTE.

EXPOSICION DEL CAPITULO VI DE JOB

PCR

EL MAESTRO FRAY LUIS DE LEON.

Soltando de su lengua las prisiones
Dijo Job á Elifaz, su duro amigo,
Respondiendo á sus ásperas razones:
¡Oh! si la ofensa con que mi enemigo
Hice al cielo, la viese yo pesada
Con el rigor de este áspero castigo.

Más que la arena de la mar salada
Se hallará que la pena que padezco
A mis culpas excede en ser pesada.

Y esta es la causa porque me aborrezco,
Y mis palabras de dolor teñidas
Publican que este mal no le merezco.

Que arroja sobre mí como llovidas
El Señor sus saetas vengadoras,
Que tienen ya mis fuerzas consumidas.

Y con voces que da amenazadoras

Me pone en mil rebatos cada día,
Tocando el miedo al arma á las deshoras,

Porque nunca creais que bramaria
El gamo en las dehesas abundosas,
Ni el buey en el pesebre rugiria.

¿Y quién podrá comer como sabrosas
Las viandas sin sal desazonadas,
O gustar osará las ponzoñosas?

¿Quién sino unas personas apretadas
Con una estrecha hambre, á quien parece
Lo amargo ser viandas regaladas?

Y así lo que abomina, y aborrece
Mi gusto, y lo que siempre dió de mano,
Ahora en este aprieto lo apetece.

¿Quién hará que conceda el Soberano
Lo que ahora le pido, y lo que espero
Me dé con liberal y larga mano?

Aquel que me empezó á quebrar primero,
Ahora en menudo polvo me deshaga,
Y alce el destal, y corte este madero,

Y este consuelo solo satisfaga
Mi pecho, que continuo me persiga
El Señor con dolor de alguna llaga,

Y que yo no rehuse, ó contradiga
Lo que de mí ordenare el señor mio,
Y en todo mi querer el suyo siga.

¿Tengo yo por ventura fuerza y brio
Para hacer resistencia, y defenderme
Del brazo de infinito poderío?

¿O el fin que yo pretendo, podrá serme

Cepo para que al trueque de alcanzalle;
Huelgue de padeciendo deshacerme?

No es mi fortaleza firme al talle
Del duro risco, que es del mar batido
Con mil furiosas hondas sin mellalle.

Que de muy tierna carne estoy vestido,
Que no es duro metal resplandeciente,
Que menosprecia el golpe más temido,

Ni soy por mi persona tan valiente
Que ponga en solo el brazo mi esperanza,
Ni espero haber socorro de otra gente.

No hay de mis aliados una lanza
Enhiesta, todos dejan mi partido
Sin el temor de Dios y su venganza.

Pasa por mí mi hermano el más querido
Sin reparar, cual suele despeñarse
Al hondo valle arroyo muy crecido.

Pues cierto esté el que teme el pié mojarse
En el escarcha fria aljofarada,
Que algun dia en la nieve ha de anegarse.

Cuando esta gente esté desbaratada
En un reencuentro, entónces su enemigo
La dejará vencida y destrozada.

Y cuando viendo al ojo ya el castigo
Encendida en coraje se defienda,
Le harán desamparar el puesto amigo.

Y puestos en huida por tal senda
Echarán, que poniendo el pié en vacío,
Se hunda, el alma, el cuerpo, y la hacienda.

Atended cómo vino, y con qué brio

Elifaz del ardiente mediodía
Para enjugar al triste llanto mio.

Y los demás por diferente via
Venís á ser testigos de mis daños;
Pues esperad, que pase el breve dia.

Juzgais mis esperanzas por engaños,
Y estais corridos que entre mis despojos
Se halle el atender alegres años.

Llegastes á poner en mí los ojos,
Y de roja vergüenza están teñidas
Vuestras mejillas, viendo mis enojos.

Al punto que llegando mis heridas
Sangrientas descubristes y enconadas,
Amenazó el temor á vuestras vidas.

¿He os yo sido importuno con pesadas
Razones, demandándoos la presea
Rica, con que adornais vuestras moradas?

¿O que con mano poderosa sea
Libre por vos de la de mi contrario,
Que con estrecho cerco me rodea?

Tomad la mano, y con estilo vario
Mostradme lo que ignoro, enmudecido
Haré de mis rudezas un sumario.

Decidme, ¿por qué habeis escarnecido
De las palabras de verdad nacidas?
Pues de ninguno he sido convencido.

Las palabras compuestas y pulidas,
Que usais para herirme y lastimarme,
Cual humo son del viento desparcidas.

Y por qué pretendéis atropellarme,

Viéndome en soledad desamparado,
Y siendo vuestro amigo, derribarme?

Mas ya que proseguís lo comenzado,
No me negueis siquiera atento oído,
Y juzgareis si vivo yo engañado.

Responded sin contienda y sin ruido,
Y lo que vuestra lengua pronunciare,
Sea cual justa sentencia obedecido.

Y si en la mia iniquidad se hallare,
Y herida con el aire mi garganta
Indiscretas palabras resonare,
Será vuestra sentencia justa y santa.

CAPÍTULO VIII DE JOB.

La vida humana es peligrosa guerra,
Un combate sangriento en estacada,
Que no hay paz, ni la esperen en la tierra.

Toda la vida es dura, y afanada
Como la de un cansado jornalero,
Que no deja de sol á sol la azada.

Cual el que ya sin huelgo al resistero
Del sol más alto está segando, espera
La sombra, que mitigue el ardor fiero:

Cual rústico peon que desespera
Con la fatiga larga de un destajo,
Muere por ver atada la haz postrera:

Tal yo, que por demás ha que trabajo
Meses enteros sin algun provecho,
He contado mil noches de trabajo.

Cuando voy á entregar mi triste pecho
En los brazos del sueño regalados,
Voy ya con ansia de dejar el lecho.

Y áun apénas he visto los dorados
Cabellos de la aurora, y ya suspiro
Por ver cubierto el sol tras los collados.

Ni con este esperar vario respiro,
Ni engaño este dolor, que consumido
Me tiene hasta la noche donde aspiro.

Porque asquerosa cosa es el vestido,
Con que cubro la carne regalada,
Y suciedad del polvo podrecido.

Del liso cuero está la tez trocada,
Que con muy hondos surcos le han arado,
Seca ya su frescura, y agostada.

Con mayor ligereza se han pasado
Mis días, que cortara de una tela
El tejedor el hilo delicado.

Mas en el tiempo que cual ave vuela
Nunca yo osé poner mi confianza,
Y así no me consuela, ó desconsuela.

Y atended vos, Señor, y habed membranza,
Que mi vida es un soplo de este viento,
No ensañeis contra mí vuestra venganza.

Cerráranse mis ojos al momento,
Y apagada una vez aquesta lumbre,
No se abrirán al temporal contento.

Y no me mirará de la alta cumbre
La vista del Cordero Soberano
Con el acostumbra mansedumbre.

Antes como leon fiero africano
Pondrás en mí tu vista penetrante,
Y no resistirá mi flaca mano.

Como la oscura nube en un instante,
Si con su rayo el claro sol la hiere,
Se desvanece, y huye de delante.

Así el que á los infiernos descendiere
No subirá otra vez á ver el cielo,
Mientras que nuestro Dios, Dios nuestro fuere.

Que en el negro lugar del desconsuelo
El que pone una vez el pié cuitado,
No volverá jamás al patrio suelo.

Y el solar dó nació, y dó fué criado
Le desconocerá, y pondrá en olvido,
Como al que nunca ha visto, ni tratado.

Y en estos desengaños he aprendido
A no cerrar jamás mi triste boca,
Pregonando quién soy, y quién he sido.

Y entónces el quejarme más me toca,
Cuando más la congoja me apretare,
Que llorada la pena se hace poca.

Y cuando alguna vez me retirare
Dentro en mi pecho, pena y amargura
Será cuanto en mi alma conversare.

¡Soy yo el insano mar por aventura,
O ballena sin freno monstruosa
Que me encierras en cárcel tan oscura?

Que si espero la noche tenebrosa
En las mullidas plumas consolarme
Con olvido de toda humana cosa.

O conmigo á lo ménos aliviarme,
Dando y tomando cosas en mi lecho,
Y á solas responderme, y preguntarme.

Has llegado á ponerme en tal estrecho,
Que si duermo con sombras engañosas
Traspasas de pavor helado el pecho.

Si velo, de visiones espantosas
Un millon á mis ojos se presenta,
Que hacen tremer las carnes temerosas.

Y así por no me ver en esta afrenta,
Escoge el alma un lazo para el cuello,
Y á mis huesos la muerte les contenta.

Ya cuelga la esperanza de un cabello,
En que vivir cansado se sostiene,
Y aún este estoy á punto de rompello.

Perdóname, Señor, que el alma tiene
En lo eterno la mira, y aborrece
Los dias, en que poco va ni viene.

¿Qué valor tiene el hombre, qué merece,
Que ponga en él los ojos y el cuidado
Tu majestad, y tanto lo engrandece?

Apénas por las nubes ha asomado
La bella aurora acompañando el dia
Cuando el hombre te tiene ya á su lado.

¡Mas ay! cuán poco dura el alegría,
Que con la misma ó con mayor presteza
Le desampara al punto, y se desvía.

¿Hasta cuándo, Señor, á mi flaqueza
Suspendes el perdon, y no consientes
Que trague mi saliva con dureza?

¡Yo te he ofendido, ó guarda de las gentes!
 ¿Cómo podré hacer en mi castigo
 Con que te satisfagas, y contentes?
 ¿Por qué por tu contrario y enemigo
 Me declaras, y á mí me soy pesado,
 Y lo mismo que quiero contradigo?
 ¿Y por qué no me pones en estado,
 Adonde de ofenderte esté seguro,
 Y rematada cuenta en lo pasado?
 Mira, que presto dormiré el oscuro,
 Y postrar sueño en polvo convertido,
 Si mañana me buscas te aseguro,
 Que ya me habré de ti desaparecido.

LAS NUEVE LECCIONES DE JOB.

DEL OFICIO DE DIFUNTOS.

1.º

Parce mihi, Domin...

Perdona ya, Señor, las culpas mias
 Por quien mi triste cuerpo es lastimado
 Pues bien sabes que son nada mis dias.
 ¿Quién es el hombre que has magnificado?
 ¿Por qué tu corazon tan cerca pones
 Del hombre, y tienes de él tanto cuidado?
 Visítasle en naciendo, y le dispones
 A tu culto y servicio, y al momento
 Le envias por probar mil tentaciones.
 ¿Hasta cuándo estaré en este tormento

Sin permitir siquiera que el dolor
A tragar la saliva me dé aliento?

Gravemente he pecado, guardador
De los hombres; más dime ¿cómo ó cuándo
Podré satisfacer á ti, Señor?

¿Por qué con afligirme vas mostrando
Que soy contrario tuyo y tu enemigo
Y mio, pues me estoy á mi agravando?

¿Por qué tanto rigor, buen Dios, conmigo?
¿Por qué de mí no tiras ya el pecado,
Por el cual me enviaste este castigo?

Ahora moriré y seré encerrado
En el ancho sepulcro y tierra umbría,
De la pálida muerte convidado.

Y si acaso mañana ú otro día
Me buscaren acá en esta posada,
Ya no asistiré donde solía.

2.^a

Tædet animam meam.

El alma de mi vida ya enfadada
Me hace contra mí decir razones
En ódio de una vida tan pesada.

Y cual hombre cercado de aflicciones,
Que en amargura llora su dolor,
Así dije llorando mis pasiones.

Diré con humildad á Dios, Señor,
No me condenes al tartáreo asiento,
Lugar horrendo y lleno de pavor.

Muéstrame aquesta causa y fundamento,
 Por el cual así me hayas castigado
 Por culpas, ó por ver mi sufrimiento.

¿Por ventura tendrás por acertado,
 Que calumnies y oprimas con malicia
 La obra, que tu mano ha fabricado?

¿Al consejo del impío y la injusticia
 Ayudarás acaso por enojos,
 Que haya hecho el hombre á tu justicia?

¿O por ventura tienes tú los ojos
 Tan cortos como el hombre que es falible,
 Guiado sin razon por sus antojos?

¿O los dias del hombre corruptibles,
 Y los tuyos, Señor, son de una suerte,
 Siendo tu majestad incomprehensible?

¿Pues qué podrá, Señor, así moverte
 A que tanto escudriñes mi maldad,
 Indigno de un castigo que es tan fuerte?

Mayormente que es tu infinidad
 Tan grande, que no habrá violenta mano
 Que me libre de tanta potestad.

5.º

Manus tuce.

Tus manos, Dios eterno y soberano,
 Hicieron y adornaron mi figura,
 Constituyéndola en el ser humano.

¿Pues así precipitas su hermosura
 Hechura tuya, que es tan excelente,

Dándole repentina sepultura?

Acuérdate, Señor omnipotente,
Que de tierra y vil polvo me formaste,
En que me has de volver últimamente.

¿Por ventura, Señor, no me sacaste
Cual leche y como el fértil y sabroso
Queso divinamente me cuajaste?

En aqueste edificio artificioso
De las mezclas que adornan mi estructura,
Te mostraste no poco poderoso.

Consta de carne y hueso mi figura
A quien con vida y gracia has ilustrado
Visitando, Señor, tu compostura.

Aunque si no me tienes por pesado,
Una pregunta haré á tu Majestad,
Que me da penosísimo cuidado.

4.^a

Responde mihi.

Respóndeme, cuanta es la gravedad
De mis delitos, número y frecuencia
Con que tengo ofendida tu bondad.

¿Por qué tu rostro lleno de clemencia
Escondes, reputándome enemigo,
No poco lastimado con tu ausencia?

¿A fuerzas quies tomarte pues conmigo,
Que soy cual débil hoja al fiero viento,
Arrebatada en puesto sin abrigo?

¿Tu fuerte brazo hace movimiento

Contra una seca astilla sin valor
Como yo seco, flaco y macilento?

Tú escribes contra mí con disfavor
Las culpas, por quien paso esta amargura,
Estas penas, congojas y dolor.

Y quieres confundir á esta criatura
Con los delitos de mi mocedad,
Dignísima de aquesta desventura.

Tú me has puesto con esta enfermedad
En un cepo, los piés encarcelados
Como instrumento de mi iniquidad.

Bien sé, que tienes muy considerados
Los pasos que yo dí por cualquier vía,
Mis huellas y caminos numerados.

Espero que vendrá por mí aquel día,
En que como vestido apolillado
Con podre lo ha de estar la carne mia.

5.º

Homo natus de muliere.

El hombre vive tiempo limitado
De la mujer nacido que es flaqueza,
De miserias y penas rodeado.

Cual flor y lirio pierde su lindeza,
Cual fugitiva sombra é inconstante
Antes parece y pierde su belleza.

Cuando parece estar más adelante,
Es cierto que está entónces más instable,
Porque se muda, y vuelve cada instante.

¿Pues siendo el hombre así tan miserable,
Te pones en querer juzgar su vida,
Con la definitiva é irrevocable?

¿Quién tornará una cosa que es nacida
Inmunda, á ser perfecta en sumo grado,
Si no es tu potencia esclarecida?

Breve tiempo y muy determinado
De dias tiene el hombre hasta morir,
Cuyo número tú tienes contado.

Constitústele á él para vivir
Los términos con línea tan medida,
Que no puede aumentarla ni añadir.

Pues apártate un poco de su vida,
Porque descanse el cuerpo con la muerte,
Que con lágrimas tiene tan pedida.

Y de allí espera la dichosa suerte,
Cual suele el mercenario el dulce pago,
Lo cual solo consiste en conocerte.

6.ª

¿Quis mihi hoc tribuat?

¿Quién me dará que allá en el hondo lago
Me escondieses, en tanto que el furor
Tuyo ejecuta en mí tu grande estrago?

Mas habia de ser esto, Señor,
Con tal que hubiera tiempo señalado
Para acordarte de este pecador.

¿Piensas, Señor, que el hombre sepultado
Volverá á revivir una vez muerto

Hasta el dia para ello deputado?

El tiempo que aquí vivo estoy muy cierto,
Que espero hasta entonces mi mudanza,
Para bien conducirme al mejor puerto.

Estando yo muy firme en mi esperanza.
Tú, Dios, me llamarás, y yo al momento
Responderé sin punto de tardanza.

Extenderás tu diestra con contento
En favor de la obra de tu mano,
Que no esperaba ya ningun contento.

Tú, cierto, Dios eterno y soberano,
Tienes todos mis pasos numerados,
Mas muéstrate á mis culpas muy humano.

7.ª

Spiritus meus attenuabitur.

El corazon, y espíritu cansados
Van ya los tristes dias acabando,
Con eterna flaqueza atenuados.

Todo cuanto hay en mí me va dejando,
Y no me resta más que el deseado
Sepulcro, que me está á voces llamando.

¿Qué es aquesto buen Dios, yo no he pecado?
¿Cómo con amargura y con dolor
Estoy de todas partes rodeado?

Librame de ellas, Dios, con tu favor;
Y puesto junto tí allá en tal cielo
Compita contra mí cualquier furor.

Mis dias se pasaron como vuelo,
Mis tristes pensamientos permitidos

Al corazón dejaron sin consuelo.

Convirtieron mil veces mis sentidos
Desvelados la noche en claro día,
Por estar en mis males divertidos.

Después como la luz se detenía,
Esperaba que acaso se llegase,
Cuando la oscuridad se despedía.

Bien sé que aunque esto pase, y más pasase,
Solo el Limbo es mi casa y mi aposento,
Que por ahora no hay quien de allí pase.

En aquellas tinieblas haré asiento,
Y situaré mi estrado y pobre lecho,
Hasta que llegue el día del contento.

Todo mi cuerpo está una podre hecho,
A quien llamo mis padres con razón,
Con título justísimo y derecho.

Digo hermanos de mi generación
A los viles gusanos con verdad,
Pues lo que yo he de ser ya ellos son,
Y pues que soy de aquesta calidad,
¿Cuál esperanza tengo, qué paciencia
Respecto de mi poca dignidad?

S.^a

Pelli meæ consumptis.

Mi carne consumida en mi dolencia
Tiene mi piel al hueso tan pegada,
Que entre los dos no hay casi diferencia.
Solos los tristes labios ya dejada

La boca, y van los dientes divulgando
Con suma fealdad jamás pensada.

¡Oh gentes que os estais de mí admirando,
Pues veis mi dura suerte y desconsuelo,
Suplícocos que de mí os vais apiadando!

¿Por qué no me decís algun consuelo,
Siquiera los que sois fieles amigos
En mi grave tristeza y sumo duelo?

¿Por qué me perseguís como enemigos,
De mis carnes, decid, estais comiendo,
Pensais que á mi penar faltan testigos?

¿Quién me diese que fuera yo escribiendo
Mis palabras en esta conyuntura,
Y en un libro las fuera yo esculpiendo?

¿Quién me diera, que aquesta mi escritura
Fuera con pluma fuerte de un acero,
Porque más señalase la escritura?

Escritas dó se pierdan no las quiero,
Sino en papel de plomo ó pedernal,
Pues todo lo demás no es duradero.

Creo cierto, que vive vida actual
Mi Redentor y Dios omnipotente,
Remediador de todo nuestro mal.

Y que el dia postrero ciertamente
He de resucitar á nueva vida,
Dó le verán mis ojos veramente.

Entónces me será mi piel vestida
Otra vez, y veré á Dios poderoso
En mi carne que ahora está podrida.

Veré á mi Dios entónces muy glorioso

Y ninguno por mí, sino mis ojos,
Con la cual esperanza estoy gozoso.

Considerando todos mis despojos,
En que ahora veo yo mi desconsuelo,
Dije al dador de todos mis enojos.

9.^a

¿Quare de vulva eduxisti me?

¿Por qué, di, me sacaste de aquel velo,
Que en el vientre materno me encubria,
Para vivir tan triste y sin consuelo?

¡Oh si muriera al tiempo que nacía,
Antes de que los ojos me miraran,
Al punto que mi madre me paría!

Y si luégo al momento me enterraran,
Fuera mi ser un casi no haber sido,
Porque todos al punto me olvidaran.

Mas pues aquesto ser más no ha podido,
¿Por ventura los dias de mi edad
No tienen algun término medido?

Remite tu rigor por tu bondad,
Para que poco á poco sea llevado
Mi dolor, y no laste enfermedad.

Antes que parta, deja á mi cuidado
Algunos rastros libres de esta pena,
Para que lllore y gima mi pecado.

Antes que parta á aquella tierra llena
De miserias, tinieblas y terror,
Como de bienes y consuelo ajena.

A dó sombras de muerte con temor
 Habitan, dó no hay órden ni concierto;
 Antes en vez de todo hay un rumor
 Sempiterno con sumo desconcierto.

CAPÍTULO III.

Cántico de Abacuc, en el cual pide á Dios perdone al pueblo los pecados, que por su rudeza habia cometido.

Hirió, Señor, mi oído
 Una voz tuya, y conocí tu intento
 En venganza teñido,
 Y tanto temor siento,
 Que perdido y turbado
 Las fuerzas y la sangre me han faltado.
 ¡Oh gran Señor! la hechura
 De esa tu liberal y franca mano,
 Cuando la esquivas y dura
 Del áspero tirano
 Hace su vida muerte,
 La resucita á libre y feliz suerte.

En medio de los años
 Que pusiste por término al castigo,
 Mostrarás que estos daños
 Son heridas de amigo,
 Pues cuando más airado
 Estás de la piedad tan acordado.

Vendrá del encendido
 Austro mi Dios, y el santo del umbroso
 Farán, que ya vestido

De resplandor glorioso
El cristalino cielo,
Y de su nombre tiene lleno el suelo.

Vendrá resplandeciente,
Como la luz de Febo en la alta cumbre,
Y en su mano luciente
Mil rayos de esta lumbre,
Y allí estará escondida
Su eterna fortaleza tan temida.

Ante su faz huyendo
Irá la temerosa y triste muerte,
Y luégo apareciendo
El enemigo fuerte,
De entre sus piés hollado
Su alcázar dejará desamparado.

Y hecho alto, en su silla
Se sentará, y hará medir la tierra,
Para distribuilla
A su gente de guerra,
Que huestes y murallas
Asólaron en lides y batallas.

Los montes encumbrados,
Mil siglos en su alteza sostenidos,
Dejará quebrantados
Y en polvo convertidos,
Y hará que humildes sean
Los collados quel mundo señorean.

Que viendo el sér divino,
A quien la eternidad es su medida,
Hollar este camino,

Se postrará rendida
Toda la humana alteza
Ante la Majestad de su grandeza.

Ya vimos asentado
El ejército negro en la campaña,
Para ser castigado
Quien provocó su saña,
Y despues destrozadas
De Madian las tiendas aforradas.

Tú, Señor, ¿no mostrate
Hasta en los claros rios tu ira ardiente?
¿Y el furor declaraste
En su ronca corriente,
Y el estar ensañado
En las olas del mar desatinado?

Que para acaudillallos,
Y pelear por ellos con tu lanza,
Subes en tus caballos,
Y luégo en ordenanza
Tus carros acerados
Irán á libertar aprisionados.

Sí, la funda que viste
Tu arco has de quitar, y levantarle;
Que al pueblo lo dijiste,
Y no puedes faltarle,
Pues nunca diste al viento
Tu palabra, tu fé y tu juramento.

Y de los hondos rios
Que el mundo bañan con veloz carrera
Enfrenarás los brios,

En viendo su ribera,
Y solamente en verte
Los montes sentirán dolor de muerte.

Y la demás corriente
Huyendo al mar se entregará ligera,
Gimiendo tristemente;

La profunda ribera,
Y el piélago sin suelo
Levantará los montes hasta el cielo,

Y en su dorada cumbre
El curso detendrán el sol y luna,
Y el ojo irá á la lumbre
De sus rayos á una,
En la luz de la lanza
Resplandeciente intenta á la venganza,

Con el sordo bramido
Del numeroso ejército hollando
Irás el extendido
Suelo, y tendrás temblando
De tal furor pásmadas
Las gentes sin aliento desmayadas.

Cuando librar quisiste
Tu pueblo de la dura servidumbre,
De tu alcázar saliste,
En vestido de lumbre
Y al caudillo esforzado,
Cual fuerte escudo te pusiste al lado.

Hiciste un golpe fiero
En casa del malvado, y la cabeza
Rompiste á su heredero,

Y toda su fiereza,
Su estribo y fundamento,
Descarnaste, y batiste hasta el cimiento.

De su imperio glorioso
Los cetros á tu voz fueron desechos,
Y el caudillo animoso
Que con gente y pertrechos,
Cual tempestad venía,
A hacer en mí cruel carnicería:

Venía ya á cebarse
Muy gozoso en la presa el enemigo,
Cual suele encarnizarse
Sin temor de castigo
En un desamparado,
El que lo coge acaso en apartado.

Mas tú, Señor, rompiste
Con tus fuertes caballos la hinchada
Mar, y á tu pueblo diste
Larga y segura entrada,
Y en el húmedo cieno
Paso fijo, seguro, llano, ameno.

Esto oí, y al momento
Mi corazon y entrañas se turbaron,
Y del áspero acento
De aquesta voz temblaron
Mis labios denegridos,
En el pavor helado enmudecidos.

Y ojalá consumiese
Mis huesos este miedo, y penetrase
Hasta que los pudriese,

Y el aire inficionase,
Y la tierra oprimida
De aquestos piés
Quedase corrompida.

Con tal que en el aprieto
De aquel tan congojoso y triste dia,
Me halle yo quieto
Con segura alegría,
Y suba victorioso
Al pueblo apercebido, belicoso.

Porque la fructuosa
Higuera negará su primer fruto,
Y de la vid hojosa
No cogerán tributo;
Y la fecunda oliva
Ya no responderá al que la cultiva.

Y los surcos ingratos
No pagarán el grano recibido,
Y los copiosos hatos
Serán en el ejido
De huestes saqueados,
Y en los pesebres faltarán ganados.

Mas yo de aqueste estrago
Tan terrible y comun libre y exento,
En dia tan aciago
Me gozaré, y contento
En mi Señor y guia,
Alegrareme en Dios, que es salud mía.

El Dios, y Señor mio,
Mi amparo, y mi defensa, y fortaleza,

Que á mi paso tardio
Dará tal ligereza,
Como á corza ligera
Que al viento deja atrás en la carrera.

Y por tus encumbrados
Cerros, ¡oh patria mia deleitosa!
Y floridos collados
La arpa sonora
Con la voz acordando,
Iré sus vencimientos celebrando.

HIMNO.

Pange lingua....

Publica lengua, y canta
El misterio del Cuerpo glorioso,
Y de la Sangre santa
Que dió por mi reposo,
El fruto de aquel vientre generoso.

Nobis datus....

A todos nos fué dado
De la Virgen purísima María,
Por todos engendrado,
Y mientras acá vivia
Su celestial doctrina desparcia.

In supremæ....

De allí en nueva manera
Dió fin maravilloso á su jornada
La noche ya postrera,
La noche deseada,
Estando ya la cena aparejada,
Convida á sus hermanos,
Y cumplida la sombra y ley primero
Con sus sagradas manos
Por el legal cordero
Les da á comer su Cuerpo verdadero.

Verbum caro....

Aquella criadora
Palabra, con palabra sin mudarse
Lo que era pan ahora,
En carne hace tornarse,
Y el vino en propia sangre trasformarse.
Y puesto que el grosero
Sentido se acobarda, y desfallece,
El corazon sincero
Por eso no enflaquece,
Porque la fé le anima, y favorece.

Tantum ergo....

Honremos pues echados
Por tierra, tan divino Sacramento,

Y queden desechados,
Pues vino el cumplimiento,
Los ritos del antiguo testamento.

Y si el sentido queda
Pasmado de tan alta y nueva cosa,
Lo que él no puede, pueda,
Ose, lo que él no oza,
La fé determinada y animosa.

Genitori, Genitoque....

Gloria al Omnipotente,
Y al gran Engendrador y al Engendrado,
Y al inefablemente
De entrambos Inspirado
Igual loor, igual honor sea dado.

ÍNDICE DE ESTE TOMO PRIMERO.

PARTE PRIMERA.

POESÍAS PROPIAS	PÁGINAS.
Introduccion, por D. Francisco Besalú.....	v
PRÓLOGO á D. Pedro Portocarrero.....	1
ODA I.—¿Qué descansada vida.....	7
II.—Virtud hija del cielo.....	10
III.—La cana y alta cumbre.....	11
IV.—No siempre es poderosa.....	14
V.—El aire se serena.....	16
VI.—Inspira nuevo canto.....	18
VII.—En vano el mar fatiga.....	20
VIII.—¿Cuándo será que pueda.....	21
IX.—¿Qué vale cuanto ve.....	24
X.—Recoge ya en el seno.....	26
XI.—Folgaba el rey Rodrigo.....	27
XII.—Cuando contemplo el cielo.....	30
XIII.—No te engañe el dorado.....	33
XIV.—Aunque en ricos montones.....	35
XV.—¡Oh ya seguro puerto.....	37
XVI.—Alma region luciente.....	39
XVII.—¿Y dejas Pastor santo.....	40
XVIII.—Las selvas conmoviera.....	42
XIX.—¿Qué santo ó qué gloriosa.....	48
XX.—Elisa, ya elpreciado.....	51
XXI.—Virgen que el sol más pura.....	54
XXII.—Huid contentos de mi triste pecho.....	58
XXIII.—DÉCIMA.—Aquí la envidia y mentira.....	60
XXIV.—Vuestra tirana exencion.....	60
XXV.—Mi trabajoso día.....	63
XXVI.—No siempre descendiendo.....	65
XXVII.—Al canto y lira mia.....	67

XXVIII.—Amor casi de un vuelo me ha encumbrado.....	68
XXIX.—Alargo enfermo el paso, y vuelo cuanto.....	68
XXX.—Ahora con la aurora se levanta.....	69
XXXI.—¡Oh cortesía, oh dulce acogimiento.....	69
XXXII.—Después que no descubren su lucero.....	70

APÉNDICE PRIMERO.

I.—Inocente cordero.....	71
II.—No viéramos el rostro al Padre eterno.....	75
III.—Los que teneis en tanto.....	77
IV.—En el profundo del abismo estaba.....	84
V.—Aquí yacen de Carlos los despojos.....	90
VI.—Quien viere el suntuoso.....	90

APÉNDICE SEGUNDO.

I.—Escuela esclarecida.....	91
II.—De tres soy la segunda hermosura.....	95
III.—Mil varios pensamientos.....	97
IV.—Cuando la noche oscura.....	101
V.—Si de mi bajo estilo.....	108
VI.—No invoco aquel nápeo.....	109
VII.—Por bosques y riberas.....	114
VIII.—¡Oh cuán dichoso estado.....	115
IX.—Al cielo vais, Señora.....	117
X.—Cortarme puede el hado.....	118
XI.—Virgen muy más que el sol resplandeciente.....	119
XII.—Gózase el alma mía.....	120

SONETOS.

I.—Cuando me paro á contemplar mi vida.....	122
II.—Tiéneme el agua de los ojos ciego.....	123

PARTE SEGUNDA.

TRADUCCIONES PROFANAS.

VIRGILIO.—ÉGLOGAS

I.—Tú, Titiro, á la sombra descansando.....	125
II.—En fuego Coridon pastor ardia.....	130

III.—Dime ¿es de Melibeo este ganado.....	135
IV.—Un poco más alcemos nuestro canto.....	140
V.—Pues nos hallamos juntos, Mopso ahora.....	144
VI.—Primero con el verso siciliano.....	150
VII.—Debajo un roble que movido al viento.....	155
VIII.—El dulce y docto contender cantando.....	159
IX.—¿A dó, Meri, los piés te llevan hora.....	166
X.—Este favor de ti que es el postrero.....	170

VIRGILIO.—GEÓRGICAS.—LIBRO PRIMERO.

I.—Lo que fecunda el campo, el conveniente.....	175
-------------------------------------------------	-----

LIBRO SEGUNDO.

I.—Aquesto cuanto al campo y su cultura.....	206
----------------------------------------------	-----

ODAS DE HORACIO.

DEL LIBRO PRIMERO.

I.—De claros reyes claro descendiente.....	219
I.—Ilustre descendiente.....	221
IV.—Ya comienza el invierno riguroso.....	222
V.—Quién es, ó Nise hermosa.....	224
XIII.—Cuando Lidia, me alabas.....	225
XIV.—¿Tornarás por ventura.....	226
XIX.—La madre de amor cruda.....	227
XXII.—El hombre justo y bueno.....	228
XXIII.—Rehuyes de mí esquivas.....	229
XXX.—¡Oh Vénus poderosa.....	230
XXXIII.—¡Ay! no te duelas tanto.....	230

DEL LIBRO SEGUNDO.

VIII.—Si, Nise, en tiempo alguno.....	231
X.—Si en alta mar, Licinio.....	233
XIV.—Con paso presuroso.....	234
XVIII.—Aunque de marfil y oro.....	235

DEL LIBRO TERCERO.

IV.—Desciende ya del cielo.....	238
VII.—¿Por qué te das tormento.....	242
X.—Mientras que te agradaba.....	244

X.—Aunque de Scitia fueras.....	245
XVI.—Asaz tenían guardada.....	246
XXVII.—Agüero en la jornada.....	248

DEL LIBRO CUARTO.

I.—Despues de tantos dias.....	251
XIII.—Cumplióse mi deseo.....	254

DEL LIBRO QUINTO.

II.—Dichoso el que de pleitos alejado.....	255
--------------------------------------------	-----

DE PINDARO.

I.—El agua es bien precioso.....	258
----------------------------------	-----

DE TÍBULO.—LIBRO SEGUNDO.

Elegia III.—Al campo va mi amor y va á la aldea.....	265
------------------------------------------------------	-----

DE JUAN DE LA CASA.

Ardí, y no solamente la verdura.....	267
--------------------------------------	-----

DEL BEMBO.

Señor, aquel amor por quien forzado.....	269
------------------------------------------	-----

APENDICE A LA SEGUNDA PARTE.

FRAGMENTO DE LA ANDRÓMACA DE EURÍPIDES.

No trajo esposa á Troya cosa buena.....	270
-----------------------------------------	-----

OTRO FRAGMENTO DE LA MISMA.

O no nacer jamás escojo y quiero.....	271
---------------------------------------	-----

DE SÉNECA EL TRÁGICO.

Esté quien se pagase poderoso.....	272
------------------------------------	-----

HORACIO.

ODAS SUeltas.—LIBRO PRIMERO.—ODA V.

V.—¿Quién tiene la cabida.....	273
XIX.—La madre rigurosa.....	274

XXIV.—¿Quién es el que no siente.....	275
XXXIII.—Para que en demasia.....	276

LIBRO SEGUNDO.

VIII.—Si del haber mentido.....	277
VIII.—Si del haber rotpido.....	279
XI.—No es siempre, Valgio amado.....	280
XVI.—Descanso pide al cielo.....	281

LIBRO TERCERO.

X.—En cuanto tu alegría.....	283
------------------------------	-----

PARTE TERCERA.

TRADUCCIONES SAGRADAS.

PRÓLOGO.....	285
SALMO I.—Es bienaventurado.....	287
II.—¿Por qué braman las gentes.....	288
IV.—Cuando con gran dolencia.....	290
VI.—No con furor sañoso.....	292
VI.—En lágrimas desecho.....	294
XI.—O sálvame, Señor, que no hay ya bueno.....	299
XII.—Dios mio, ¿hasta cuándo.....	300
XII.—¿Hasta cuándo, Dios bueno.....	301
XVII.—Con todas las entrañas de mi pecho.....	303
XVII.—A ti amaré de hoy más toda mi vida.....	308
XVIII.—Los cielos dan pregones de tu gloria.....	315
XVIII.—La vista, el gran concierto, la belleza.....	316
XXI.—Eterna fortaleza.....	319
XXIV.—Aunque con más pesada.....	332
XXVI.—Dios es mi luz y vida.....	336
XXXVIII.—Dije: sobre mi boca.....	338
XLI.—Como la cierva brama.....	340
XLIV.—Un rico y soberano pensamiento.....	342
XLIV.—El pecho fatigado.....	345
L.—Dulcísimo Dios mio.....	348
LXVIII.—Hazme salvo, Dios mio.....	357
XXI.—Señor da al Rey tu vara.....	363

LXXIII.—¿Qué causas son, Señor, tan poderosas.....	366
LXXXVII.—Señor de mi salud, mi sólo muro.....	372
CII.—Alaba á Dios continuo, ó alma mia.....	374
CII.—Alaba, ó alma, á Dios, y todo cuanto.....	377
CIII.—Alaba, ó alma, á Dios: Señor, tu alteza.....	379
CVI.—Cantemos juntamente.....	382
CIX.—Asiéntate, á mi Rey mi Dios le dice.....	386
CXIII.—En la feliz salida.....	387
CXXII.—A ti Dios poderoso.....	392
CXXIV.—Como ni trastornado.....	393
CXXIX.—De lo hondo de mi pecho.....	394
CXXXVI.—Cuando presos pasamos.....	395
CXXXVI.—Estando en las riberas.....	397
CXLV.—Mientras que gobernare.....	400
CXLVII.—Jerusalen gloriosa.....	402

PROVERBIOS DE SALOMON.

CAPÍTULO ÚLTIMO.

El sabio Salomón aquí pusiera.....	404
------------------------------------	-----

APÉNDICE A LA TERCERA PARTE.

CAPÍTULO VI DE JOB.

Soltando de su lengua las prisiones.....	408
------------------------------------------	-----

CAPÍTULO VII.

La vida humana es peligrosa guerra.....	412
-----------------------------------------	-----

LAS NUEVE LECCIONES DE JOB.

DEL OFICIO DE DIFUNTOS.

Perdona ya, Señor, las faltas mías.....	416
-----------------------------------------	-----

CÁNTICO DE ABACUC.

Hirió, Señor, mi oído.....	426
----------------------------	-----

HIMNO.

PANGE LINGUA.

Publica lengua, y canta.....	432
------------------------------	-----

daña alguna vez á la claridad, su solidez siempre es animada y elocuente. En medio de la desigualdad y cierto desórden del estilo se le caen de la pluma algunos pensamientos sublimes, que así sueltos y separados, reciben más brillo y realce. Otras veces junta y amontona nobilísimas expresiones, que derrama con magnífica profusion y cierta negligencia propia de la misma abundancia. Parece que solo él poseyó el secreto de la lengua castellana, que manejada por su pluma, descubre cierta seriedad anciana y altiva, y cierta índole dura pero valiente. Su elocucion es más nerviosa que dulce, y más cerrada que elegante; eria alguna vez locuciones que son todas suyas, cuando lo son sus pensamientos. Verdad es que él fué, como si dijésemos, el primero que hizo esclava la lengua de su pluma, para darle número y entonacion; aunque tambien este número le sujetó algunas veces á quebrantar el órden de las ideas con la inversion violenta de las palabras. En algunas partes á las cosas comunes realza hasta donde raya su imaginacion; á las cuales, suele dar cuerpo con el vigor de su expresion. En otras junta una expresion familiar con un pensamiento magnífico; y entónces admira más, por que es grande sin parecerlo. Su estilo, que parece lo formó sobre el gusto oriental, en fuerza de su inteligencia en la lengua santa, está animado de pinturas. Todas sus imágenes son vivísimas y naturales, tomadas de los objetos más magníficos ó admirables, y casi siempre de objetos en movimiento. Esto se manifiesta más claramente en su *Exposicion de Job*, cuya diction es á mi juicio la más escogida, rica y enérgica de los demás escritos suyos de prosa castellana, y donde relampaguean rayos de la más sublime y animada elocuencia, que hasta hoy pueden presentarse en ninguna lengua vulgar.... Por último, los pensamientos de Leon son tan profundos y la expresion tan nueva, ó con más propiedad tan suya, que su mismo estilo ha venido á ser su retrato y su divisa que lo distingue, lo caracteriza, y lo ha hecho hasta ahora inimitable; es una librea con que no puede disfrazarse ningun otro escritor.

ANTONIO CAMPANY.—*Teatro Histórico-crítico de la Elocuencia Española.*

AUTORES Y OBRAS PRINCIPALES

QUE

FORMARÁN ESTA BIBLIOTECA

- FRAY LUIS DE GRANADA.—*Introduccion al Simbolo de la Fe.—Guía de Pecañores.—Libro de la oracion y meditacion.—Memorial de la vida cristiana.—Catorce sermones sobre las festividades principales de Jesús y su Santísima Madre.*
- FRAY LUIS DE LEON.—*Nombres de Cristo.—La perfecta casada.—Exposicion de Job.—Poesias.—Aprobacion de las Obras de Santa Teresa.*
- VENERABLE JUAN DE AVILA.—*Los libros audi filia et vide.—Veinte y siete tratados del Santísimo Sacramento.—Cartas espirituales.*
- FRAY DIEGO DE ESTELLA.—*Las cien meditaciones del Amor de Dios.—La vanidad del mundo.—Vida y excelencias de san Juan Evangelista.*
- SAN JUAN DE LA CRUZ.—*Subida al Monte Carmelo.—La noche oscura del Alma.—El cántico espiritual entre el alma y Cristo, su esposo.—La llama de*

amor viva.—Instrucciones y cautelas para ser perfecto religioso.—Avisos sentencias.—Devotas poéticas.—Cartas espirituales.

SANTA TERESA DE JESÚS.—Relacion de su vida.—Camino de la perfeccion.—Libro de las fundaciones.—Las Moradas.—Conceptos del amor de Dios.—Cartas espirituales y familiares.

FRAY PEDRO MALON DE CHAIDE.—Tratado de la Magdalena, ó sus tres estados de pecadora, de penitente y de santificada.

FRAY FERNANDO DE ZARATE.—Discursos de la Paciencia cristiana, divididos en dos partes.

PADRE EGSEBIO NIEREMBERG.—Diferencia entre lo temporal y lo eterno.—Obras y Dias, ó Manual de Señores y Príncipes.—Centurias de dictámenes prudentes y reales.

FRAY JUAN MÁRQUEZ.—Los dos estados de la Espiritual Jerusalem.—El Gobernador cristiano, deducido de las vidas de Moisés y Josué.

FRAY ANTONIO DE GUEVARA.—Reloj de Príncipes, ó vida de Marco Aurelio.—Menosprecio de la corte y alabanzas de la aldea.

La suscripcion podrá hacerse á cualquiera de las obras indicadas.

LA BIBLIOTECA RELIGIOSA de Autores clásicos Españoles se imprime tambien en folio, en cuyo tamaño cuesta en provincias real y cuartillo la entrega de 64 páginas, en papel comun, y en papel satinado real y medio.

ENSEÑANZA CATEQUÍSTICA, ó medios de promover la importantísima enseñanza de la Doctrina cristiana, por D. Francisco Besalú, Presbítero. Un tomo en 8.º, á 4 reales: se hallará en los mismos puntos.

CONDICIONES DE ESTA PUBLICACION.

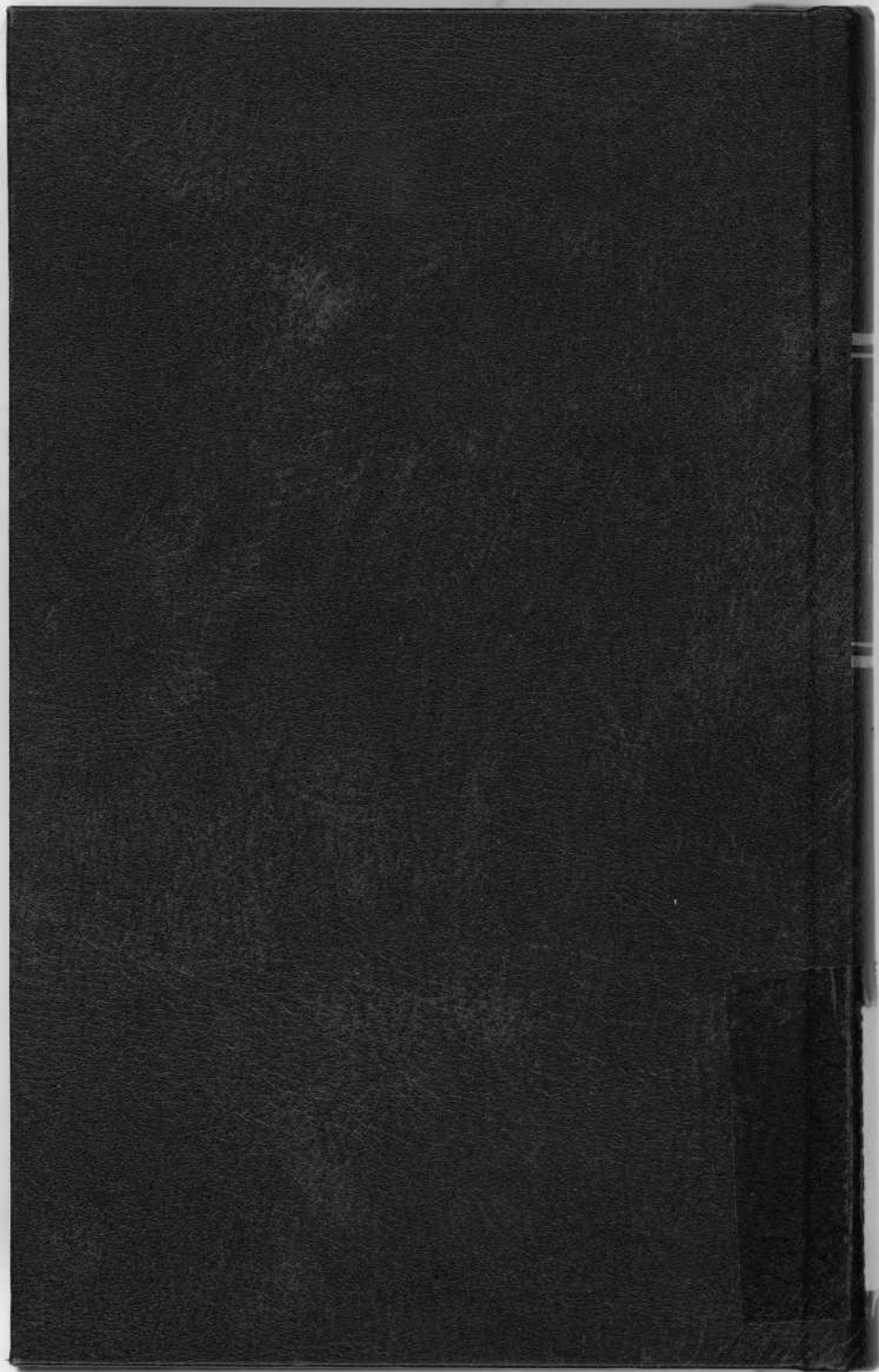
1.ª La *Biblioteca Religiosa* espera publicar las obras de los Autores clásicos que se anuncian en la 3.ª plana de estas cubiertas, quedando los suscritores en libertad de tomar las obras que gusten.

2.ª Las obras del famoso Maestro Fray Luis de Leon formarán cinco tomos de unas 400 páginas á 6 y medio reales tomo encuadernado en rústica.

3.ª Las suscripciones por tomos ó por entregas á voluntad de los suscritores, se podrán hacer en todas partes por los repartidores, por los representantes que esta *Biblioteca Religiosa* tiene en todos los puntos importantes, en todas las librerías y centros de publicacion, ó dirigiéndose directamente á D. Luis Roure, Administrador de esta *Biblioteca Religiosa*, en la calle del Infante, 3, tercero derecha, incluyendo el precio de los ejemplares que se piden.

4.ª La *Biblioteca Religiosa* participa á sus lectores que ya tiene publicados la *Introduccion al Simbolo de la Fe*, en cinco tomos, los *Catorce Sermones* en castellano en un tomo y la *Traduccion del Kempis* en otro. Y en prensa se hallan las obras de Fray Luis de Leon en cinco tomos y las de San Juan de la Cruz en dos tomos.





FRAY LUIS
DE LEON



POESIAS

G 23909